Frozen Falls Libro 2

NO SALGO CON FUTBOLISTAS

ANTHOLOGIE ÉTENDUE

Alex SWEET McAnders

*****

NO SALGO CON FUTBOLISTAS

Edición de antología

Por
Alex McAnders

McAnders Books
Derechos de autor © 2022

*****

Sitio Web Oficial: www.AlexAndersBooks.com
Podcast: www.SoundsEroticPodcast.com
Visite el autor en Facebook en: Facebook.com/AlexAndersBooks
Consigue 5 libros gratis al inscribirse para la lista de correo del autor en: AlexAndersBooks.com

*****

NO SALGO CON FUTBOLISTAS

Edición de antología

Haz clic aquí para ir directamente a ‘No salgo con futbolistas’

*****

No salgo con mi tutor

A pesar de que Cage Rucker, el mariscal de campo estrella, haga que su corazón palpite como los tambores de la banda escolar en los partidos de fútbol americano, Quin necesita olvidarlo. Primero, porque él tiene novia. Segundo, porque ella no está en la universidad para conocer a un chico, ni siquiera uno tan dulce y amable como él, que hace trabajo voluntario con niños durante los fines de semana. Ella tiene planes más grandes.

Desafortunadamente, para llevar adelante esos planes, necesita algo que no tiene: la habilidad de hablar con otras personas. ¿Y quién tiene esa habilidad? Cage Rucker.

Entonces, cuando él le propone enseñarle a interactuar con otras personas a cambio de que ella lo ayude a aprobar la clase que necesita para poder entrar al sistema de selección de jugadores de la Liga Nacional de Fútbol Americano, ¿cómo puede negarse?

Y, cuando descubre que él es mucho más de lo que podría haber imaginado, elegirá sus grandes planes por sobre el tío que la hace sentir cosas que nunca antes había sentido, ¿verdad?

Puede que Cage Rucker sea el mariscal de campo, pero Quin Toro es la que está haciendo una jugada riesgosa.

Nota: Este libro es parte de la colección Amor es Amor, del mismo autor, y

está disponible como un romance tierno en No salgo con mi tutor, como un romance picante en Mi tutora y como un romance entre dos hombres en Serios problemas.

*****

No salgo con mi tutor

Capítulo 1

Quin

No podía creer que Lou me hubiera convencido de hacerlo. Me estaba diciendo que hasta Rapunzel había besado a un chico a mi edad, y eso que se había pasado la vida encerrada en una torre, y, de repente, había comenzado a gritarle que el objetivo de ir a la universidad no era ese. A lo que ella me había respondido que ese era exactamente el objetivo de ir a la universidad. Lo que era aún peor era que tenía razón. Al menos para mí.

Me había llevado mucho tiempo decidirme a ir a la universidad. No porque no creyera que la educación superior fuera necesaria. Estaba muy a favor de estudiar. Pero no había ido a un instituto tradicional. En nuestro instituto, explorábamos nuestros intereses, los devorábamos como galletas de chocolate y luego los presentábamos en clase para los que no estaban tan fascinados con ese tema.

Nadie termina de comprender el sistema cuando se los explico. Pero, en mi instituto, funcionaba. Era una escuela especial, para niños que entendían muy rápido, y yo era la mejor de la clase. Cuando cumplí dieciocho años, tenía el equivalente a un título avanzado en varias especialidades, así que, ¿de qué me serviría ir a la universidad?

Después de graduarme, me tomé un año sabático en el que leí todo lo que encontré acerca de todo lo que me interesaba. Cuando me di cuenta de que me estaba convirtiendo en un ratón de biblioteca, pasé unas semanas en África y otras en Asia y, luego, terminé el viaje de mochilera por Europa.

El viaje me ayudó a poner las cosas en perspectiva. Sí, sabía mucho sobre muchos temas. Pero, en el momento en el que hubo más inscripciones, el instituto tenía solo cincuenta alumnos. Y, además, eran todos como yo. Todos aprendíamos muy rápido y todos habíamos crecido en los mismos pisos lujosos de Nueva York.

Yo era inteligente y, por eso, me daba cuenta de que había más en la vida. Los tres meses que había pasado viajando por el mundo me habían dado cierta perspectiva. Pero la perspectiva era que no sabía nada sobre lo que realmente importaba y que no era buena en lo relacionado con las personas.

Nunca me había enamorado. Nunca había besado a un chico. Ni siquiera había tenido una mejor amiga. Y no sabía cómo hablar con las personas para tener algunas de esas cosas. ¿Qué tipo de vida había estado llevando?

Entonces, en lugar de pensar que podía reinventar la rueda, hice lo mismo que todos los chicos de mi edad: busqué una universidad que fuera lo más distinta a mi instituto posible y me inscribí. No hay lugar más diferente a Nueva York que Tennessee. Y, para contrastar con los rascacielos y la jungla de cemento, elegí la Universidad de East Tennessee, donde caminar por el campus era casi lo mismo que caminar por la naturaleza.

Completé el cuestionario de compatibilidad para encontrar una compañera

de cuarto y me tocó Louise, que prefería que le dijeran Lou y era la chica a la que más le gustaban los chicos que hubiera visto en mi vida. Había tenido más citas con chicos que con el médico. No sabía cómo lo hacía. Lou podía conseguir una cita en un bar gay.

Sin embargo, yo llevaba meses en la Universidad de East Tennessee y nadie me había pedido mi teléfono. Cuando Lou me dijo que era porque nunca salía del apartamento, le solté que estaba intentando hacerme salir solo para poder llevar chicos en mi ausencia. A lo que me respondió:

—Por supuesto —y luego me echó a la cara la razón por la que estaba ahí —. No puedes conocer gente nueva encerrada en esta habitación. Y, por mucho que te quiera, Quin, no obtendrás lo que buscas conmigo. No me malinterpretes, si me gustaran las chica, estaría feliz de colocarte un anillo en el anular. Pero no me gustan. Lo que significa que el lugar en el que pasas cada minuto de tu vida es el único lugar en el que no deberías estar.

—Me voy a clase —le respondí.

—¡Uf! No importa. Mira, ¿quieres demostrar que no has venido aquí para observar a la gente común hasta que tu padre te dé un trabajo en su compañía millonaria de autos eléctricos o su compañía millonaria de cohetes espaciales o alguna otra? Entonces, sal por esa puerta y te diviértete, jovencita —dijo, señalando la salida.

—Eso dolió, Lou.

—Si no es cierto, hazlo. Mézclate con la gente.

—¡Basta!

—¡Demuéstrame que estoy equivocada! Deja de decir que quieres tener una vida y ve a conseguirla.

—¡Lo haré! —le dije, furiosa.

—¡Bien!

—¡Bien!

—Y quiero pruebas. Cuando regrese esta noche, quiero ver a un chico torpe, tratando de vestirse a las apuradas, y quiero ver vergüenza, jovencita. Mucha vergüenza.

—¡Habrá mucha vergüenza! Habrá mucha vergüenza para ti. Por lo equivocada que estás… y eso.

—Bien.

—Bien.

—Lo digo en serio, Quin.

—Yo también.

Así que ahí estaba, avanzando por el campus hacia la única fiesta que había encontrado en mi investigación de último minuto. Ese día, el equipo de fútbol americano de la Universidad de East Tennessee le había ganado al de la Universidad de West Tennessee, su rival del estado, y la fraternidad de fútbol estaba dando una fiesta. Nada de eso sonaba divertido, pero estaba yendo porque… porque Lou me había engañado para que lo hiciera. Y eso que se suponía que yo era la inteligente.

Muy bien. Iría a la fiesta. Conseguiría pruebas de que había ido. Y luego me sentaría en una cafetería a leer un libro en mi teléfono.

Sabía que Lou había dicho que quería encontrarme a los besos con alguien o algo así, pero no había forma de que eso sucediera. ¡Y eso que lo había intentado! No sabía por qué nadie quería estar conmigo, pero nadie quería.

¿Acababa de bajarme el ánimo? Sí, lo había hecho. Definitivamente ya no estaba de humor para ir a una fiesta.

Al doblar la esquina, llegó a mis oídos la música antes de que la casa de la fraternidad apareciera a la vista. Era intimidante. Tuve que pensar en lo enojada que estaba con Lou por lo que me había dicho para poder seguir adelante.

Cara a cara con mi inminente perdición, casi me quedo paralizada. Simplemente no era buena para ese tipo de cosas. No había forma de que pudiera mezclarme o agruparme o lo que fuera que hicieran las personas de mi edad.

Nuevo plan. No entraría. Sin embargo, obtendría una prueba de que había estado ahí. Iba a acercarme a alguna de las seis personas que estaban afuera, le iba a pedir que nos sacáramos una selfie y luego me iría lo más rápido posible.

Miré a mi alrededor y vi algunas personas fumando, un grupo hablando en un círculo con vasos rojos y un tío parado solo. Eso facilitó la elección. Todo lo que tenía que hacer era acercarme a él, pedirle que nos tomáramos una selfie, hacerlo, agradecerle y marcharme. Podía hacerlo. No era tan rara. Podía hablar con una persona.

Apreté los labios, me resolví a hacerlo y avancé. No tenía que pensarlo demasiado. Tenía que hacerlo y terminar con eso.

—Disculpa, ¿puedo tomarme una selfie contigo? —le pregunté al chico, que me estaba dando la espalda.

—¿Quieres una foto conmigo? ¿Por qué? —me preguntó el chico, con un leve tono de enojo, mientras se giraba.

¡Vaya!

¿Conoces esa sensación, cuando ves a alguien que te deja sin aliento? El calor comienza en el dorso de las manos y se dispara hacia los brazos, por donde sube hasta el rostro y hace que te sientas mareada. Eso fue lo que sucedió cuando nuestros ojos se encontraron. El muchacho era hermoso.

Su piel clara contrastaba con el cabello negro azabache y sus ojos azules. Su mandíbula estaba tallada en mármol. Tenía hoyuelos, tantos hoyuelos, en las mejillas, debajo del labio inferior, en la punta de la barbilla, en todas partes.

Y, además, era grande. Era varios centímetros más alto que yo y el doble de ancho. Eso no decía mucho, considerando lo pequeña que soy. Y ni hablemos de lo tacaña que fue conmigo el hada de los pechos. Pero él parecía tener músculos hasta en los músculos. ¡Joder! Era hermoso.

No podía hablar y, claramente, él estaba esperando que lo hiciera. Me había preguntado algo. ¿Qué había sido? ¡Ah, cierto! Me había preguntado

por qué quería una selfie con él, y parecía molesto.

¿Lo había hecho enfadar? ¿No era normal pedirle una selfie a un desconocido? Probablemente no. ¿En qué estaba pasando?

—Lo siento —balbuceé, antes de obligar a mis piernas a moverse en la dirección contraria.

Me había alejado dos pasos, cuando él volvió a hablar.

—¡Espera! No te vayas.

Me detuve.

—Lo siento. No quise ser grosero. Si quieres una selfie, me tomaré una contigo.

—No, está bien —le dije, con ganas de mirarlo de nuevo, pero con miedo de que, si lo hacía, no sería capaz de respirar.

—No, en serio. Está bien. Podemos tomarnos una. No sé por qué alguien querría una. Pero está bien. Me encantaría tomarme una foto contigo.

Entonces lo miré de nuevo y reconocí lo que estaba diciendo. Hablaba como alguien acostumbrado a que la gente le pida tomarse fotos con él. Yo conocía un poco de eso. Era por eso, en parte, que había elegido una universidad en el medio de la nada. Quería estar en un lugar donde nadie me reconociera como Harlequin Toro, la hija rara de dos de los genios más famosos del mundo.

Sin embargo, esa era yo. ¿A él por qué la gente le pediría selfies? Era el tipo más buen mozo en la historia de la humanidad. Tal vez se le acercaran desconocidos deslumbrados por su belleza. No me hubiera sorprendido si hubiera sido así.

—Yo, mmm… no te he pedido una selfie porque sé quién eres. No te reconozco. No sé quién eres —le expliqué.

El chico echó la cabeza hacia atrás, sorprendido. Mientras lo miraba, su piel clara se tornó rosada.

—¡Oh! Bien. Entonces… —movió la cabeza como si tratara de comprender algo—. Lo siento, ¿por qué quieres una selfie conmigo?

—No era específicamente contigo. Era con cualquiera —le dije.

—¿Querías una selfie con cualquier persona? ¿Por qué?

Resoplé al recordar mi situación.

—Es para mi compañera de cuarto. Me ha dicho que tenía que salir y divertirme. Y me ha dicho que quiere pruebas…

—¿Y la selfie iba a ser la prueba?

—Sí.

—Entonces, después de tomarte la foto… ¿qué? ¿Ibas a irte?

—Sí.

El hermoso chico me miró como el bicho raro que yo efectivamente era. Se le dibujó una sonrisa en el rostro. Me hubiera hecho sentir mal conmigo misma de no ser porque yo estaba por derretirme y convertirme en un charco en el pasto.

—Esto te va a parecer una locura, pero… ya estás aquí. ¿Por qué no entras

y te diviertes?

—No soy buena con estas cosas. Con lo social, ¿sabes?

—Por suerte, eso es algo en lo que yo soy muy bueno. ¿Qué te parece si hacemos un trato? Nos sacaremos la selfie para tu compañera de cuarto, pero tienes que entrar e intentar pasar un buen rato. Te presentaré a algunas personas. Y así, cuando tu compañera te pregunte cómo ha estado la noche, no tendrás que mentirle —dijo, y su rostro se llenó de hoyuelos.

Lo miré fijo.

—¿Por qué harías algo así?

Me miró y torció la cabeza, confundido.

—Quizás solo quiero ser amable. Quizás creo que eres genial y que sería divertido pasar el rato contigo. Quizás estoy coqueteando.

Un escalofrío me atravesó al escuchar la palabra «coqueteando». ¿Qué estaba pasando? ¿Ese chico gustaba de mí? ¿Estaba sucediendo algo entre nosotros? ¿Iba a haber un chico vistiéndose torpemente cuando Lou regresara al apartamento?

—Mmm, está bien —acepté, segura de que me estaba poniendo roja como un tomate.

—Cage, por cierto…

—¿Cómo?

—Mi nombre —Me miró fijo—. ¿Y tu nombre es…?

—Ah. Quin.

—Genial. Me gusta ese nombre.

—Gracias. Me lo pusieron mis padres —le dije, porque había perdido el control de mi boca.

Cage se echó a reír—. Quiero decir, es obvio que me lo pusieron mis padres.

—No es tan obvio. Mis padres no eligieron el nombre «Cage».

—¿Quién lo hizo? ¿Un tío o alguien así?

—No, yo mismo.

—Entonces, ¿cuál es tu verdadero nombre?

Cage me miró y se notó que tenía muchas cosas en la cabeza.

—¿Qué te parece si vamos adentro y te muestro el lugar?

—Entonces, supongo que no vas a responder esa pregunta…

Cage se rio entre dientes, un poco incómodo.

—No tienes filtro, ¿verdad?

Me quedé paralizada. Esa no era la primera vez que alguien me lo decía. La vez anterior había sido el último tío del que me había enamorado.

—Supongo que no. ¿Es algo malo?

—A decir verdad, es algo refrescante.

—Oh. Bien —dije, y me enamoré un poco más de él.

—Tu sonrisa es muy bonita.

—No me di cuenta de que estaba sonriendo —le dije.

—Estás sonriendo —me dijo, sonriendo él también.

—Tú también. Y también es muy bonita —le dije, mientras sentía que el corazón me explotaba en el pecho, sin saber qué hacer al respecto.

Cage me llevó por las escalinatas, pasamos por el porche e ingresamos a la casa de la fraternidad. Me era difícil apartar los ojos de él; pero, cuando lo hice, me sorprendí con lo que vi. No sabía qué debía esperar, pero definitivamente no esperaba eso. La gran sala de estar tenía pocos muebles y estaba llena de gente. Todos sostenían vasos rojos y hablaban entre sí como si fueran amigos.

—Todavía es bastante temprano —me dijo Cage.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, levantando mi voz sobre la música country pop.

—Habrá más gente en un rato.

—¿Más de la que hay ahora? —le pregunté, mientras miraba a mi alrededor y pensaba que ya había muchísima gente.

Cage se rio entre dientes.

—Sí.

—¡Cage! —dijo un tío grandote. Pasó un brazo alrededor de los hombros de Cage y le derramó un poco de su bebida en la camisa—. Oh, ¿te he manchado?

—No pasa nada —dijo Cage, sin preocuparse—. Dan, ella es Quin.

Dan se volvió hacia mí y me miró fijo.

—¡Quin! —dijo, por fin, para terminar con el momento incómodo—. ¿Está tratando de reclutarte?

—¿Qué cosa? —le pregunté, confundida.

—Que si está tratando de que seas parte del equipo de fútbol americano.

Lo miré sin entender qué estaba pasando. ¿Estaba hablando en serio? ¿Creía que era un tío? No era la primera vez que me confundían con un chico. Pero, incluso si se había confundido, yo no tenía el cuerpo de un tío que choca a toda velocidad con hombres de cien kilos.

—¿El equipo de fútbol americano?

Confundida, me volví hacia Cage, que me sonrió.

—No le prestes atención a Dan. Ha recibido demasiados golpes.

—Eres bienvenida, por cierto —dijo Dan, a la defensiva.

—¿Jugáis en el equipo de fútbol americano? —les pregunté, hilando lo que habían dicho.

Dan dejó de hacerse el despistado y pasó un brazo alrededor de Cage.

—Yo juego en el equipo. Éste tío es el equipo.

Miré a Cage en busca de una explicación. Sonrió con humildad.

—Soy el mariscal de campo.

—No es solo el mariscal de campo —dijo Dan, burlón—. Es el tío que nos llevará a competir en un campeonato nacional y que luego se convertirá en jugador profesional.

—¡Ahhhh! Ahora entiendo. La selfie. Creíste que te estaba pidiendo una foto porque eres un jugador de fútbol americano famoso.

—No soy famoso —negó rápidamente.

—¡Joder que sí! Es famoso. No hay nadie que no sepa quién es —dijo Dan, con orgullo.

Miré a Cage para ver cómo reaccionaba. Me devolvió la mirada y se rio entre dientes, incómodo.

—No todos saben quién soy.

—Nómbrame a una persona que no lo sepa —lo desafió Dan.

Cage me sonrío con complicidad.

—¿Quieres algo de beber? Creo que necesitas beber algo. Ven conmigo.

—Un placer conocerte, Quin —dijo Dan, antes de alejarse.

—Así que eres el mariscal de campo…

—¿No te has enterado? No soy solo el mariscal de campo, soy el equipo —dijo Cage, con algo de autodesprecio.

Me eché a reír.

—Sí, me he enterado. ¿Quieres ser un jugador profesional?

—Sí —dijo Cage, sin entusiasmo, antes de darse la vuelta para servir cerveza en dos vasos rojos.

—No suenas muy emocionado.

—No. Estoy entusiasmado. No puedo esperar a jugar en la NFL. Es, eh, todo por lo que he estado trabajando —dijo. Me entregó un vaso y levantó el suyo para brindar—. Por los nuevos amigos.

Choqué mi vaso contra el suyo y tomé un trago.

—Esta cerveza es horrible —dije, mirando mi vaso.

Cage se echó a reír.

—Por favor, dime lo que piensas realmente.

—No es muy rica —le expliqué.

Cage se rio más fuerte. Luego, dejó de reír y me miró a los ojos. Tenía muchas ganas de besarlo.

—Supongo que, si te pregunto si te estás divirtiendo, me dirás la verdad.

—Me estoy divirtiendo —le dije, y me acerqué más, por si me quería besar.

Cage me miró con un brillo diabólico en los ojos. Podría haber jurado que estaba a punto de acercar sus labios a los míos, pero, en lugar de eso, dijo:

—¿Por qué no te presento a algunas personas más?

—¿Más personas? Ya he conocido a dos. ¿A cuántas personas se puede conocer en una noche?

—Jaja. Varias más que dos —dijo. Pasó una mano alrededor de mis hombros y nos pusimos en marcha.

Ese contacto hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Me sentía muy pequeña entre sus brazos. Él era tan grande y tan fuerte… No podía creer que había conocido a alguien así. No podía creer que estuviera actuando como si tuviera interés en mí. ¿Era posible que a un chico como él le gustaran las chicas como yo? Pensar en eso me hizo sentir una presión en el pecho.

Cage me llevó por la fiesta y me presentó a una persona tras otra. Era

verdad eso de que era un tío sociable. Todas las personas que me presentó estaban pendientes de cada una de sus palabras. Y, cuando me tocaba hablar a mí, estaban pendientes de cada una de las mías.

No sabía si solo estaban siendo amables o si, al estar con Cage, me había convertido en una versión más interesante de mí misma. Fuera lo que fuera, me encantaba cómo se sentía. Ese tipo de interacciones siempre me habían resultado muy difíciles; pero, al lado de Cage, yo era otra persona.

Lo mejor de todo era que él aprovechaba cada oportunidad que tenía para tocarme. Me apoyaba una mano en el hombro cuando me presentaba a alguien. Su dedo índice tocaba ligeramente mi antebrazo cuando hacía hincapié en algo. Y, cuando estábamos de pie uno al lado del otro, como si fuéramos una pareja, su hombro chocaba contra el mío cuando él se reía.

Cuando Cage terminó conmigo, yo era una bola de arcilla en sus manos y no podía dejar de pensar en la otra cosa que Lou me había sugerido. ¿Cómo se sentiría tener los brazos de Cage alrededor de mí? ¿Cómo se sentiría besarlo?

Uno de sus compañeros de equipo agitaba los brazos mientras contaba una historia, pero yo no podía apartar los ojos de Cage. Con toda su atención en su amigo, Cage sacó sutilmente el teléfono de su bolsillo y lo miró. Lo volvió a guardar muy rápido, esperó a que los brazos se quedaran quietos y luego me miró a mí y a sus amigos.

—Odio tener que deciros esto, pero tengo que irme —dijo, mientras colocaba su gran mano en la parte de atrás de mi brazo.

—Sí, yo también —dije, rápidamente.

—¿Sí? ¿Adónde vas? —me preguntó, con entusiasmo.

—A mi apartamento.

—¿Dónde queda?

—En el edificio Plaza Hall…

—¿En serio? Te acompaño —dijo, y me apretó el brazo.

Mi corazón se detuvo. ¿Venía conmigo? ¿Había llegado el momento? No podía creer que finalmente fuera a suceder. Tragué saliva y me forcé a decir algo.

—Genial.

Después de despedirnos de algunas personas, salimos hacia la noche. Me sentía mareada por el miedo y el entusiasmo. El silencio entre nosotros se prolongaba, y yo me preguntaba por qué no me decía nada. ¿No se suponía que él era bueno con esas cosas? Estaba a punto de mascullar algo cuando, por fin, él dijo algo.

—La noche está despejada.

—¿Qué cosa?

—Se ven muchas estrellas —dijo, y se volvió hacia mí—. ¿Tienes frío?

—¿Qué?

—Estás temblando.

Estaba temblando.

—Creo que estoy nerviosa —admití.

—¿Por qué estás nerviosa?

Sentí calor en la cara.

—No lo sé.

Cage me miró fijo.

—Eres muy bonita. ¿Lo sabes?

—Tú también. O sea, eres guapo, no bonito —le dije. Temblaba cada vez más.

Cage se rio entre dientes.

—Gracias. ¿Estás contenta de haber salido?

—Sí, claro que sí —le dije, y bajé los ojos al suelo.

—Hemos llegado —dijo, cuando nos acercamos a la puerta de mi edificio.

—Hemos llegado —repetí, con el corazón latiendo muy fuerte—. ¿Quieres pasar?

—¿Pasar? —me preguntó Cage, que no se lo esperaba.

—Sí —contesté, tímida.

—Ehhhh —balbuceó, antes de que la puerta se abriera y saliera una muchacha.

—¡Cage! —exclamó, y luego lo rodeó con los brazos, se puso en puntas de pie y lo besó en los labios.

Mi boca se abrió de la sorpresa. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Quién era esa chica?

La muchacha, que era pequeña y rubia y tenía rasgos angulosos, se dio la vuelta hacia mí.

—¿Quién es ella?

—Ah, ella es Quin. Quin, ella es Tasha.

Tasha me miró con sospecha. Se notaba que Cage estaba incómodo.

—Tasha es mi novia.

—¿De dónde conoces a Cage? —me preguntó Tasha.

Estaba muy impactada y no podía hablar.

—Quin me ha pedido un selfie.

Sorprendida, Tasha se giró hacia Cage.

—Ah. ¿Y se tomaron una?

—Todavía no —dijo Cage, con una sonrisa.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció Tasha—. Dame tu teléfono —me dijo, mientras se acercaba a mí con una mano extendida.

Aún sin palabras, le di mi teléfono y me paré junto a Cage.

—¡Sonreíd! —dijo.

Cage sonrió, mientras yo lo miraba atónita.

—Aquí tienes —dijo, y me devolvió el teléfono—. Mírala.

Bajé los ojos y vi la captura de mi humillación.

—Sí.

—Bien. Vámonos. Tengo hambre —dijo Tasha, mientras entrelazaba su cuerpo con el de Cage y lo alejaba.

—Ha sido un placer conocerte, Quin —dijo él, mirándome mientras se iba.

—Sí. Ha sido un placer conocerte… a ti también —murmuré, segura de que ya no podía oírme.

Observé a la pareja perfecta mientras se alejaban. Por supuesto que tenía novia. Y por supuesto que ella lucía así. Verlos alejarse me hizo sentir un dolor en el pecho.

No podía creer que hubiera pensado que estaba interesado en mí. Nadie nunca se había interesado en mí. ¿Por qué había podido ser tan estúpida? ¿Por qué había pensado que un tío como él podría estar interesado en una chica como yo?

Cuando la pareja se perdió de vista en la oscuridad, entré al edificio. Subí las escaleras aturdida y con ganas de llorar. ¿Por qué no le gustaba a nadie?

—No me digas que has ido a una cafetería a leer un libro —me dijo Lou, y me sacó de mi desconcierto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté. No esperaba verla.

—¡Uf! La cita no valía la pena. Pero no cambies de tema. No veo a ningún tío. No veo nada de vergüenza.

Saqué mi teléfono, busqué la foto con Cage y se la mostré a Lou.

—¿Quién es él?

—Cage.

—¿Por qué estás tan afligida, Bichito?

—Tiene novia —le dije, antes de mirarla a los ojos y largarme a llorar.

—Ohhh —dijo Lou, mientras me rodeaba con los brazos y me sostenía con fuerza.

—¿Cuál es mi problema, Lou? —le pregunté. Lou me llevó a mi cama, se acostó a mi lado y me abrazó mientras yo lloraba.

Capítulo 2

Cage

¡Vaya! Nunca había sentido algo así en mi vida. Apenas podía contenerme mientras miraba a Quin. No podía apartar mis manos de ella. Podría haberme quedado con ella en esa fiesta toda la noche. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía vivo.

Volver a la realidad fue muy duro. Cuando recibí el mensaje de Tasha, fue como si se abriera el piso debajo de mí. Quería quedarme con Quin. Quería ver hasta dónde llegaríamos. Pero le había prometido a Tasha que la llevaría a cenar, sin importar si ganábamos o no el partido. Yo siempre cumplía con mis compromisos y tenía uno con ella.

—Quería hablarte de algo —dijo Tasha, rompiendo el silencio mientras caminábamos.

—¿De qué?

Tasha me miró entusiasmada y se sonrojó. Era inusual que exhibiera sus emociones. Normalmente, llevaba consigo una nube tóxica, que infectaba a todos a su alrededor.

Daba por sentado que ella no era feliz con su vida. Claramente, yo era parte de su insatisfacción. Pero, cada vez que trataba de hablar con ella al respecto, me acusaba de intentar arruinar la buena relación que teníamos.

¿De qué buena relación hablaba? Ella no era feliz. Yo no era feliz. Y nuestra vida amorosa no existía.

—¿Te acuerdas de Vi? —me preguntó, entusiasmada.

—¿Tu mejor amiga, con la que estás todo el tiempo? Sí, la recuerdo.

—No tienes que decirlo así.

—Me has preguntado si recuerdo a la chica de la que te la pasas hablando.

—¿Por qué quieres iniciar una pelea? Estoy tratando de hacer algo bonito para ti.

Me contuve y respiré hondo. Estaba tenso. No había querido dejar a Quin, pero lo había hecho por Tasha. De todas formas, probablemente era lo mejor. La forma en la que me hacía sentir solo podía llevarme a tomar decisiones de las que luego me arrepentiría.

Tenía que tener en mente las cosas que importaban. Había trabajado toda mi vida para jugar en la Liga Nacional de Fútbol Americano. Estar con una chica como Tasha me ayudaría a vender la imagen de tío perfecto para poder ser el rostro de un equipo. O al menos eso decía mi padre. Él había soñado con que yo jugara al fútbol americano desde antes que yo. No podía defraudarlo.

—Lo siento. Creo que todavía estoy cansado por el partido. Eso me pone gruñón.

Tasha sonrió.

—Estás perdonado —dijo, y pasó los brazos alrededor de los míos—. Y

creo que tengo algo que te va a hacer sentir mejor.

—Muy bien —dije, y logré una sonrisa—. ¿Qué es?

—Bien, recuerdas que hemos estado hablando de subirle un poco el tono a las cosas… en la cama…

Miré a Tasha con sospecha. Lo de subirle el tono a las cosas era algo que había mencionado ella y, cuando lo había hecho, me había parecido que tenía algo específico en mente que no había dicho.

—Lo recuerdo.

—He hablado con Vi…

—Ajá… —dije, confundido.

—He hablado con Vi y le he preguntado si le gustaría estar con nosotros cuando estemos… juntos. Y me ha respondido que sí —dijo Tasha, exultante.

Me detuve y la miré. Me tomó un segundo comprender lo que estaba diciendo.

—¿Te refieres a cuando… estemos juntos?

—Sí —dijo ella, y se puso colorada como un tomate.

—¿Por qué has hecho algo así, Tasha?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué has invitado a alguien a compartir nuestra vida amorosa… y sin hablarlo conmigo primero?

—Pensé que estarías contento. ¿No es lo que todos los tíos quieren? ¿Estar con dos mujeres hermosas al mismo tiempo?

—No todos los tíos. Y, si me hubieras preguntado, te habría dicho que a mí me gusta estar con una sola mujer… si me hubieras preguntado.

—Pensé que te gustaría —dijo, desconsolada.

—Bueno, no. Y ni siquiera entiendo por qué lo has sugerido.

—Tal vez sea porque ya no tenemos una vida amorosa.

—¿Y eso es culpa mía? Eres tú la que está todo el día con Vi.

—¿Qué dices?

—Digo que no soy yo el que luce como si no quisiera estar ahí cada vez que pasamos tiempo juntos.

—Eso no es tan evidente.

—Si eres tan infeliz, quizá deberíamos terminar.

Tasha se quedó paralizada, mirándome.

—¿Por qué dices eso? ¡¿Por qué dices eso?!

—¿No es obvio?

—No. Estamos destinados a estar juntos. Yo seré la esposa perfecta para ti. Lo sabes. Vas a conseguir que te recluten y te vas a convertir en el mariscal de campo de un gran equipo de la NFL, y yo me ocuparé de la casa y haré trabajo de caridad. Ya hemos hablado de esto, amor. Nuestro futuro está decidido.

Tenía razón. Habíamos hablado del tema y eso era exactamente lo que habíamos decidido. Pero, ahora que estaba en mi último año y no podía postergar más la entrada al sistema de reclutamiento de jugadores, comenzaba a dudar. Sin embargo, no era su culpa. Y no tenía que desquitarme con ella.

—Tienes razón. Lo siento, Tasha. Estoy de mal humor hoy. Pero, por favor, no volvamos a hablar de… eso que sugeriste, ¿de acuerdo?

Apenas lo dije, vi que la luz de los ojos de Tasha se apagaba.

—De acuerdo —accedió, y continuamos la caminata hacia el restaurante en silencio.

—Te dije que no tomaras esa clase, Rucker.

—Pero es un tema que me interesa, entrenador —intenté explicarle por milésima vez.

—¿Introducción a la Educación Infantil? ¿Para qué necesita el mariscal de campo de los Dallas Cowboys o los L. A. Rams una clase sobre educación infantil? —me preguntó el entrenador, muy enojado.

—Mire —le dije, cuando finalmente perdí la calma—. Me he anotado en todas las clases que me ha indicado, sin importar si quería hacerlo o no. He asistido a todos los entrenamientos que ha programado, y he trabajado hasta vomitar…

—Y mira dónde estás gracias a eso. Tienes una gran posibilidad en un año en el que el reclutamiento es muy competitivo. Deberías agradecerme lo mucho que te he presionado.

Me contuve y respiré hondo.

—Y se lo agradezco. Pero necesito tomar al menos una clase para mí.

—Pero ¿por qué esa?

—Es algo que me interesa.

—Y, sin embargo, no has asistido a una sola clase desde el comienzo del año…

—Porque comienza veinte minutos después de que finaliza el entrenamiento. Pensé que podría ir corriendo cuando terminara de entrenar. Pero, a veces, la práctica se extiende, o tengo que tomar un baño de hielo. A veces estoy demasiado cansado.

—Bueno, deberías haberlo pensado antes de elegir esa clase, porque esa profesora no es muy comprensiva con los desafíos de los atletas. Esa profesora cree que debes asistir a clase y pasar los exámenes para aprobar. Y, si no apruebas esa clase, no podrás jugar en la primavera. Y, si no juegas, el equipo no ganará y nadie te reclutará.

—Ya lo he entendido. Comenzaré a ir a clase.

—Eso no es todo. Vas a tener un tutor. Te buscaremos a alguien. ¿Cuándo es tu próxima clase?

Levanté los ojos hacia el reloj en la pared de la oficina del entrenador.

—Ahora mismo.

—Entonces mueve tu culo y ve.

—Es en el otro extremo del campus. Para cuando llegue, solo quedarán cinco minutos de clase.

—Supongo que tendrás que correr, ¿no?

—Pero acabamos de hacer veinte minutos de carreras en velocidad.

—No contestes, solo corre. Lo digo en serio. ¡Vamos, vamos, vamos!

Cuando salí de la oficina, hice lo que me había dicho y comencé a correr. Me había quitado las hombreras, pero todavía llevaba los botines, la camiseta de compresión y los pantalones acolchados. La clase era en el tercer piso de un edificio al otro lado del campus. No tenía tiempo para cambiarme.

No sabía cómo había hecho para meterme en ese lío. En realidad, sí lo sabía. Había sido mi acto de rebeldía. Sabía que la clase estaba muy pegada al entrenamiento, pero había creído que me daría una excusa para irme temprano. Me había equivocado. Y ahora todo mi futuro dependía de esa clase.

Entré al edificio y subí las escaleras casi sin aliento. Por suerte, el estruendo de mis botines metálicos contra el concreto tapaba el sonido de mis jadeos. No había manera de que me colara silenciosamente en la parte de atrás de la clase. Cuando abrí la puerta del salón, todos se dieron vuelta para mirarme. Tenía clavados los ojos de cincuenta estudiantes y una profesora enojada.

—Lo siento. Continúe, por favor —dije, entre la dificultad para respirar y la humillación.

Me senté en el primer lugar disponible y apoyé mi cabeza en el escritorio para recuperar el aliento. Tenía ganas de vomitar de nuevo, pero no iba a dejar que eso sucediera.

Cuando me recuperé, me senté y me di cuenta de que no había tomado mi mochila del casillero. Tampoco tenía un cuaderno para esa clase. Hacía mucho que había renunciado a la idea de asistir. Pero me hubiera gustado tener algo delante de mí para no parecer un idiota.

Saqué el teléfono e hice lo que pude para que pareciera que estaba tomando notas. No lo estaba haciendo, porque no entendía nada de lo que la profesora decía. Sin embargo, parecía que el resto sí entendía. Todos estaban enfocados en la mujer que estaba de pie frente a la clase. Es decir, todos estaban prestando atención, excepto una persona. Y, cuando la vi, me quedé sin aliento.

Era Quin y me estaba mirando. Nuestras miradas se cruzaron un segundo, pero ella apartó los ojos. Sentí un hormigueo que me recorría el cuerpo. Pude escuchar cómo se aceleraba mi respiración.

Solo verla me generaba algo. Tenía una segunda oportunidad con ella y no iba a dejar que se escurriera de mi vida otra vez.

—Eso es todo por hoy. La clase que viene tomaré un examen sobre lo que vimos en las últimas dos semanas. Estudien —dijo la profesora, antes de poner su atención en mí—. Señor Rucker, ¿puede acercarse un momento?

No me lo esperaba. Peor aún, Quin estaba sentada en el lado opuesto del salón, que tenía otra salida. No me estaba mirando y se iría antes de que pudiera pedirle que me esperara.

—Señor Rucker —me volvió a llamar la mujer de rasgos asiáticos y cabello gris.

—Ya voy —le dije, sin perder de vista a Quin, que se acercaba a la salida.

Avancé rápido en contra de la corriente de alumnos y me acerqué a la profesora mientras borraba la pizarra. Se tomaba su tiempo y me estaba matando. Cuando Quin desapareció al otro lado de la puerta, mi corazón se hundió. La había perdido de nuevo y estaba muy apenado.

—Llegar cinco minutos antes del final de la clase no se considera asistir. Al menos no según mis reglas.

—Lo sé. Y lo siento mucho. Vine corriendo después del entrenamiento. Pero le prometo que, de ahora en adelante, no llegaré tarde.

—Me han dicho que debe aprobar esta clase para poder jugar la próxima temporada.

—Es así, profesora.

—Entonces debería tomarse la clase un poco más en serio.

—Le prometo que lo haré… de ahora en adelante.

—Si no quiere estar aquí…

—Quiero estar aquí.

—¿Por qué? —me preguntó, con sinceridad.

—Porque es una materia que me interesa mucho. Siempre he querido enseñar a niños.

—¿Y el fútbol americano? Me han dicho que tiene una carrera profesional prometedora.

—El fútbol es algo en lo que soy bueno. Es una bendición. Pero no es…

No terminé la oración. Las repercusiones que tendría eran más de lo que podía comprender en ese momento.

—Bueno, si se va a tomar en serio esta clase, tiene mucho con lo que ponerse al día.

—Me doy cuenta de eso y estoy dispuesto a trabajar muy duro. Voy a tener un tutor.

—¿Sí?

—Sí. De hecho… —comencé. Había tenido una idea—. ¿Podríamos retomar esta conversación la próxima clase? Le prometo que llegaré a horario.

—Espero que así sea. Recuerde que la asistencia es un requisito.

—Lo sé. Lo tengo presente. Aquí estaré. Lo prometo —le dije, mientras trotaba hacia la puerta haciendo mucho ruido con mis botines contra la alfombra.

Cuando salí al pasillo, miré en ambas direcciones en busca de ella. No la veía. ¿Adónde habría ido tan rápido?

La mayoría de los estudiantes estaban bajando por las escaleras. Troté en esa dirección y me uní a ellos. Estiré el cuello, pero no la veía. Cuando empezaba a odiarme por no haberme marchado antes, vi una espalda que solo podía ser la de Quin. Estaba saliendo de las escaleras en la planta principal.

—Disculpa. Lo siento —dije, mientras me abría paso a los empujones.

Solo logré adelantarme unos pocos metros y, para cuando llegué, de nuevo no se la veía por ningún lado.

Miré en todos los salones de clases mientras pasaba corriendo, pero no la vi. Estaba a punto de darme por vencido, pero, cuando abrí la puerta del edificio, vi su figura alejándose. Me inundó una ola de calor. Se sintió como un rayo de sol en un día nublado.

Me acerqué trotando y reduje la velocidad cuando estaba a unos metros de distancia. No podía perder la calma solo porque estaba a punto de hablar con la chica más guapa que había visto en mi vida. Tenía que al menos fingir que darle un beso no era lo único en lo que había estado pensando desde el momento en que nos habíamos conocido.

—¿Quin? —dije, lo más relajado que pude.

Se detuvo y se dio la vuelta. No parecía tan feliz de verme como yo de verlo a ella. Me provocó una punzada en el pecho, pero la hice a un lado.

—Me parecía que eras tú. ¿Cómo has estado? ¿Has ido a alguna buena fiesta desde la última vez que nos vimos? —le pregunté, con una sonrisa.

Como no contestaba, agregué:

—Soy Cage. Cage Rucker. Nos conocimos en la fiesta de la fraternidad Sigma Chi.

—Sé quién eres —me dijo, nada feliz de verme. ¡Ay! De vuelta esa la punzada de dolor—. ¿Cómo está Tasha? Así se llama tu novia, ¿verdad?

—¿Tasha? Ah, sí. Bien. Ella está bien. Eh… ¿he hecho algo que te haya molestado? Si lo he hecho, lo siento —dije. Estaba desesperado por verla sonreír.

Quin me observó con una mirada de frustración, y luego cedió.

—No. No has hecho nada mal. No me hagas caso. Solo soy una tonta.

—¿Tú? ¿Una tonta? No me lo creo —le dije, con una sonrisa.

Me miró fijo de nuevo. Sentía que estaba examinándome el alma.

—¿Por qué has dicho eso?

—No lo sé. Supongo que porque pareces muy inteligente.

Suavizó la intensidad de su mirada.

—No soy inteligente para las cosas que importan —dijo, y retomó el paso.

La alcancé.

—No creo que eso sea verdad. De hecho, apuesto a que sabes mucho de Introducción a la Educación Infantil. Apuesto a que eres de las mejores de la clase.

Al escucharlo, Quin me miró.

—Lo eres, ¿verdad?

Luego, apartó la mirada.

—Pero mira nada más. Muy bien. Entonces lo que diré a continuación será menos incómodo. Resulta que necesito que me vaya bien en esa clase para poder seguir jugando al fútbol americano y, en última instancia, entrar al sistema de selección de la NFL. Pero, como no he asistido a clase, estoy un poco atrasado. Necesito una tutora. El equipo te pagará por hacerlo.

—No puedo ser tu tutora —dijo, con desdén.

—¿Por qué no?

—Simplemente no puedo. Lo siento.

—Bueno. ¿Y si hago que la oferta sea un poco más tentadora?

—¿A qué te refieres?

—Cuando estábamos en la fiesta, me dijiste que no eras muy sociable, lo que me cuesta creer, porque parecías muy cómoda hablando con mis amigos.

—Solo estaba cómoda porque…

—¿Por qué? —le pregunté, deseando que dijera que porque estaba conmigo.

—Por nada.

—Bueno, si estás dispuesta a ayudarme con lo que se te da bien, yo podría ayudarte con lo que se me da bien a mí.

—¿Ser una estrella de fútbol americana que todos quieren?

—En primer lugar, ¡ay! Y, en segundo lugar, soy un poco más que eso.

—Lo sé. Lo siento. ¿Ves? No soy buena para esto —exclamó Quin.

Tomé su mano, intentando lucir relajado. Traté de fingir que era algo que hacía siempre que hablaba con otra persona, pero la verdad era que me moría de ganas de tocarla.

—Sí que eres buena. O puedes serlo. Déjame ayudarte. Sé que puedo. Y, una vez que hayamos terminado, serás una estrella del fútbol que todos quieran, como yo —le dije, con una sonrisa.

Quin se echó a reír. Sentí un cosquilleo tan fuerte que pensé que se me caerían los dientes.

—¿Qué dices?

Quin apartó su mano de la mía. Y no de manera sutil. Me pareció que estaba tratando de marcar los límites. Muy bien, yo podía respetarlos.

—De acuerdo —dijo, con una sonrisa.

—¿De acuerdo? —repetí. Sentía que me derretía ante ella.

—Está bien —confirmó, y me sentí completamente feliz.

—Escuché que hay un examen pronto.

—Es en dos días y cubre lo que hemos visto en las últimas dos semanas.

—Suena a que es mucho.

—Lo es —me confirmó.

—Me parece que nuestras clases particulares deberían comenzar de inmediato —sugerí, porque quería pasar cada segundo con ella.

—¿Qué tal esta noche? Prepararé un plan de estudio y partiremos desde ahí.

—¿Un plan de estudio? Eso suena muy serio.

—Lo es. Y tú también deberías tomártelo en serio si quieres aprobar el examen.

—Lo haré.

Quin vaciló.

—¿No tienes planes con tu novia o algo de eso?

Que me recordara a Tasha fue como un baldazo de agua fría para el entusiasmo desenfrenado que me generaba la idea de pasar la noche con ella.

Mi sonrisa se apagó.

—Aunque tuviera algún plan, lo cancelaría. Aprobar la materia y jugar al fútbol americano son mis prioridades. Ella lo entendería.

—Bueno. Te veré esta noche, entonces.

—¿Me das tu número? —le pregunté. No iba a dejar pasar la oportunidad de nuevo.

—Sí. Dame tu teléfono.

Se lo di y él marcó su número. Un segundo después, sonó el teléfono en su mochila.

—Sabes dónde vivo. Te enviaré un mensaje con el número de apartamento y la hora —dijo Quin, muy profesional.

—¿Entonces lo haremos en tu apartamento?

—A menos que tengas un lugar mejor. Supongo que podríamos ir a la biblioteca, pero no nos van a permitir hablar mucho.

—No, tu apartamento será perfecto. No puedo esperar.

—¿No puedes esperar para estudiar? —me preguntó, recordándome que no era una cita.

—Por supuesto. Me apasiona la Introducción a la Educación Infantil. Todo el mundo lo sabe.

Quin se echó a reír e hizo que se me derritiera el corazón.

—Nos vemos más tarde, Hoyuelos —dijo, con una sonrisa, antes de darse la vuelta y alejarse. ¡Joder! Estaba en problemas.

Capítulo 3

Quin

¿«Nos vemos más tarde, Hoyuelos»? ¿Realmente lo había dicho? ¿En qué había estado pensando? ¿En qué había estado pensando al aceptar su propuesta?

No iba a poder resistirme a él y lo sabía. Cuando me miraba, me hacía sentir como si fuera la única persona en el mundo. El tiempo se detenía cuando hablaba con él. ¿Cómo iba a hacer para estar a solas con él el tiempo suficiente para ayudarlo a aprobar la materia?

Debería haberme negado a ayudarlo. Pero la oferta había sido muy buena. Había venido a la universidad en busca de algo, y ese algo no era una carrera. Lo que quería era aprender las cosas que no sabía y que no podía aprender de los libros. Las tensiones sutiles de las conversaciones.

Para mí, la vida sería más eficiente si todos dijeran lo que pensaran y siguieran adelante. Pero sabía que las cosas no funcionaban así. Había una coreografía que había que seguir, y tenía que aprenderme los pasos.

Y Cage era el mejor profesor de baile. Lo que me había ofrecido era lo único que había ido a buscar a la universidad. No podía rechazar su oferta.

Lo único que tenía que hacer era no olvidar que tenía novia y que, sin importar lo que yo creyera que estaba pasando, eran solo ideas mías. Él nunca sentiría lo que yo sentía. La nuestra era una relación por conveniencia. Eso era todo. Y, una vez que ambos obtuviéramos lo que queríamos, seguiríamos con nuestras vidas.

Una ola de dolor me atravesó al pensar en eso. Era evidente que había sido una mala idea. No había forma de que sobreviviera a eso en lo que me había embarcado. Pero tampoco podía dar marcha atrás. Y tenía que admitir que me moría de ganas de volver a verlo.

—Lou, tiene que dejarme el apartamento esta noche —le dije, cuando regresé a casa.

—Bichito, ya te lo he dicho, si vas a besarte con un chico, pon un calcetín en el pomo de la puerta.

—¿Qué tipo de calcetín?

Lou me miró sorprendida.

—Espera, ¿qué?

—¿Un calcetín para hacer deporte o uno de esos calcetines de tobillo? Porque me parece que uno de los cortos será mejor para el pomo.

—Espera. ¡Detente! Era una broma pero ¿de qué estás hablando? ¿Traerás a un chico esta noche?

—Va a venir Cage.

Lou abrió la boca, sorprendido.

—¿El chico de la foto en la que luces triste?

—Sí. Pero viene a estudiar, nada más. Voy a ayudarlo con una clase.

—¿Compartes una clase con él? ¿Cómo es que me lo dices recién ahora?

—Hoy ha ido por primera vez. Y estaba vestido con el uniforme de fútbol americano —dije, y se me dibujó una sonrisa en el rostro.

—¿Con esas prendas muy ajustadas que usan?

—Así es —dije, mientras sentía que me ardía el rostro.

—¡Oh! No viene solo a estudiar, ¿verdad?

—Viene nada más que a estudiar —dije, y volví a la tierra—. Necesita aprobar la clase para poder jugar al fútbol el próximo semestre, y me pidió que le dé clases particulares.

—Entonces, ¿ha depositado toda su vida en tus irresistibles manos?

Me las miré y me pregunté qué de una mano podía ser irresistible.

—No es tan así… Pero más o menos.

—Oh, Dios mío, se van a besar.

—No. Tiene novia. Eso no ha cambiado.

—Quizá quiere que te unas a ellos.

—No haría eso —dije, firme.

—¿O sea que vamos a tener que hacer que se separen? —preguntó Lou, con un destello de malicia en los ojos.

—¡No! Tampoco haría eso. Si él quiere estar con ella… está bien. Me parece bien.

—¿Te ha dolido mucho decirlo?

—Muchísimo. Pero tendrá que ser verdad. No quiero estar con alguien que no quiere estar conmigo.

—Eres mejor persona que yo —dijo Lou, con resignación.

—No sé si mejor, pero mucho más solitaria.

—¡Ohhh! —exclamó Lou, mientras se levantaba y me abrazaba. Con sus brazos todavía alrededor de mí, me dijo—: Este chico te va a destruir, ¿no es así?

—Probablemente.

—No te preocupes, estaré aquí para recoger los pedazos, Bichito. Siempre estaré aquí.

—A menos que tengas una cita con alguien sensual…

—A menos que tenga una cita con alguien sensual. Pero, cuando no sea el caso, estaré aquí para ti —dijo. Luego se apartó y me ofreció una sonrisa reconfortante.

Capítulo 4

Cage

Podía hacerlo. Podía pasar el rato con Quin sin enamorarme perdidamente de ella y arruinar mi vida entera para estar juntos. Estaba seguro de que podía hacerlo. Sin embargo, cuanto más se acercaba el momento del encuentro, más claro se volvía que la decisión no iba a ser mía.

¿Cómo era posible que los otros chicos no vieran lo que yo veía? No lo entendía. Era hermosa y su torpeza era adorable. Quería pasar los dedos por su cabellera oscura y ondulada hasta perderme en ella.

Y esos ojos. Esos ojos vulnerables me derretían el corazón. Solo pensar en ellos me hacía sentir cosas.

Era como… ¿qué era los que los animales liberaban para atraer a una pareja? ¿Feromonas? Era como si ella liberara feromonas y no hubiera nada que yo pudiera hacer para resistirme.

No debería haberle pedido que me ayudara con la clase. Probablemente era la última persona a la que debería habérselo pedido. ¿Cómo haría para concentrarme teniéndola al alcance de mi mano? Había sido un grave error. Pero no podía esperar. Y nunca en mi vida el tiempo había pasado más lento.

En lugar de conducir de ida y de vuelta a casa, esperé en la sala común hasta la hora del encuentro. También podría haberme quedado con Tasha, ya que vivía en el mismo edificio que Quin. Pero lo más probable era que estuviera con Vi.

Eran inseparables. No me extrañaba que me hubiera hecho esa propuesta Hacían todo juntas. ¿Por qué no también eso?

Una vez que la dolorosa y larga espera terminó, me apresuré a cruzar el patio. Me metí en el edificio mientras alguien salía, subí las escaleras de dos en dos y llamé a la puerta. Escuché un poco de revuelo en el interior y, luego, una voz que no conocía dijo:

—Solo quiero verlo.

La puerta se abrió.

—Hola —le dije a la chica de aspecto travieso que estaba frente a mí.

—Soy Lou, gusto en conocerte —dijo, sin estirar la mano ni invitarme a pasar.

—Cage.

—¿La estrella del fútbol americano? —preguntó, sonriendo.

—Supongo que sí. ¿Está Quin?

—Sí. ¿Cuáles son tus intenciones con mi amiga?

—¡Lou! —gritó Quin, detrás de ella. Luego, empujó a su compañera de cuarto y se colocó entre nosotros dos—. Lo siento —dijo—. Lou se estaba yendo.

El cuerpo de Quin estaba muy cerca del mío.

—Está bien. Lou, te invitaría a quedarte y pasar el rato con nosotros, pero

tenemos que repasar todo lo que han visto en dos semanas… A menos que Quin crea que podemos hacer ambas cosas…

—No podemos hacer ambas cosas, y Lou ya se estaba yendo. Adiós, Lou.

—Nos vemos —dijo Lou. Pasó a mi lado a los empujones, dejando que Quin me invitara a entrar.

—Lo siento. Tiene buenas intenciones.

—Siempre es bueno tener una amiga que te cuide.

—Sí. Bienvenido a mi apartamento.

Miré a mi alrededor.

—¿Así es como vive la otra mitad?

—¿A qué te refieres?

—Los apartamentos de Plaza Hall son bastante lujosos.

—Pero tu novia también vive en este edificio, ¿o no?

—Sí, pero eso no lo hace menos lujoso. Además, ella tiene dos compañeras de piso y tiene que compartir el dormitorio. Este lugar es más bonito que mi casa.

—¿Vives en la casa de la fraternidad?

—No. No soy miembro. Lo sé, ¿dónde se ha visto un jugador de fútbol americano que no pertenezca a Sigma Chi? Pero la vida de fraternidad estaba fuera de mi presupuesto.

—¿Dónde vives? —me preguntó Quin, mientras me acompañaba al sofá de la sala de estar.

—En casa, con mi padre.

—¿Y no con tu mamá? —me preguntó. Tomó algunos libros y se sentó a mi lado.

—Mi mamá murió cuando yo nací.

Quin se quedó paralizado.

—Lo lamento mucho.

—No hay nada que lamentar. Fue hace mucho tiempo.

—O sea que siempre han sido solo tú y tu papá.

—Sí. Y a veces solo yo.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Deberíamos empezar a estudiar. Tengo la sensación de que es mucho material —le dije, para cambiar de tema.

Aunque no había conocido a mi madre, el tema seguía siendo delicado para mí. Sobre todo, debido a mi padre. Nunca me lo había dicho, pero me parecía que haberla perdido había sido un golpe duro para él. O eso era lo que yo creía.

Lo primero que Quin hizo fue mostrarme el diagrama de actividades más organizado que había visto en mi vida.

—Esto es lo que vamos a tener que cubrir antes del jueves —dijo, y se puso manos a la obra.

La seguridad con la que hablaba casi lograba sacar mi atención de su rodilla, que se movía a centímetros de la mía, con el libro de texto encima. O

del aroma que percibía cuando se inclinaba para señalarme algo en la página opuesta. Ese olor dulce me intoxicaba. No me podía resistir. Necesitaba más.

—Estás muy inclinado, ¿te duele la espalda?

—¿La espalda? Sí. Por eso me inclino, porque me duele la espalda. Necesito mantenerla estirada. Por el entrenamiento, ¿sabes?

—Si quieres, podemos pasarnos a la mesa… Las sillas tienen un poco más de apoyo —sugirió Quin, muy dulce.

—Sí, tal vez eso sea lo mejor.

Estaba a punto de levantarme cuando me di cuenta de que había un problema. Ella me provocaba más cosas que las que había imaginado.

—Eh, quizás en un momento.

—Te duele mucho la espalda, ¿no?

—Sí, me duele mucho.

—Lo siento tanto. Deberías haberlo mencionado antes. Espero que no te suene muy raro, pero puedo hacerte unos masajes si quieres. He aprendido por mi cuenta hace algunos años. No he tenido muchas oportunidades de practicar, pero creo que soy bastante buena.

—Mmm…

—Lo siento, ¿es raro? Ofrecerme a hacerte masaje es extraño, ¿verdad? —dijo Quin, palideciendo frente a mis ojos.

—No, no es para nada raro. Me encantaría que lo hicieras. Realmente me haría bien… a la espalda.

—¿Estás seguro?

—No sabes cuánto —le dije, con una sonrisa.

—Bien. Entonces…

Quin miró a su alrededor.

—Probablemente estaremos más cómodos en mi cama.

No había forma de que me pusiera de pie.

—Creo que estaremos bien en el sofá.

—Muy bien.

Quin se levantó y comenzó a estirar los dedos.

—Quítate lo que quieras, hasta que te sientas cómodo, y acuéstate.

Sentí un destello de calor en las mejillas. ¿Acababa de decirme que me desnudara? Solo Dios sabía lo que pasaría si me quitaba los pantalones. No podía hacerlo. Pero podía quitarme la camiseta.

Mientras me la sacaba lentamente, miré a Quin. La manera en la que me estaba mirando me provocó muchas cosas. Iba a tener que pensar mucho en béisbol si quería sobrevivir a sus masajes. Sin embargo, valía la pena el riesgo. Necesitaba sentir sus manos en mi piel. Cuando me acosté y ella se subió encima de mí, fue como tocar el cielo con las manos.

Con Quin masajeando y apretando mis músculos, me perdí en la felicidad que me provocaba. Sus caricias se sentían mejor que cualquier cosa que hubiera sentido. Deseaba darme la vuelta, tomarla en mis brazos y besarla como si fuera la última persona a la que besaría. Estaba dispuesto a dejar atrás

todo lo que tenía para estar con ella. Deseaba…

—Necesito ir al baño —solté, mientras me sacaba de encima a la pequeña muchacha y la arrojaba sobre el sofá.

Cerré de un portazo detrás de mí, me tomé la cabeza con las manos y caminé de un lado al otro. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que recobrar la compostura. Estaba de novio y tenía proyectos. Tenía obligaciones que cumplir.

Todos esos pensamientos me daban vueltas en la cabeza, y comencé a sentirme mareado. Necesitaba recuperar el equilibrio. Tanteé en busca de algo de qué agarrarme y lo encontré, pero luego escuché un crujido y golpeé el suelo con un ruido sordo.

Capítulo 5

Quin

—¿Estás bien? —pregunté, luego de escuchar lo que sonó como si el toallero se hubiera roto y alguien hubiera caído al suelo.

—¡Estoy bien! —gritó Cage—. Pero creo que rompí algo. Lo siento.

—No te preocupes, sea lo que sea. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Sí. Solo necesito un momento.

Lo había asustado al sentarme encima de él. Sabía que lo había hecho. Por eso me había apartado y había salido corriendo al baño como si su cabeza estuviera en llamas.

¿Por qué me había ofrecido a darle un masaje? Había sido muy extraño. Lo estaba arruinando todo.

Pero me había dicho que le dolía la espalda, y las palabras simplemente habían salido de mi boca. Si alguien comenta que le duele la espalda, lo correcto es ofrecerle un masaje, ¿no?

¡Uf! No lo sabía. No sabía nada. ¿Por qué me costaba tanto relacionarme con otras personas?

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda?

—No necesito nada —dijo Cage. Luego abrió el grifo y, finalmente, salió.

¡Vaya! Se veía muy bien de pie, sin camiseta, en la puerta del baño. ¿Cómo era posible que se vieran sus abdominales si no estaba haciendo fuerza? Solo estaba de pie. ¿Cómo era posible?

Me miró con cara de perro mojado y dijo:

—Lo siento…

—No, yo lo siento —respondí. Me sentía mal por haber cruzado un límite.

—¿Por qué me pides disculpas? —me preguntó, como si no lo supiera.

—Ya sabes, porque…

—Tú estás dispuesta a ser mi tutora en una clase que necesito aprobar para tener la vida que soñé, y yo he hecho que las cosas se pongan raras.

—He sido yo quien ha hecho que la situación se ponga rara. No tú.

—Puede que seas muy buena en lo que haces, pero lo que ha pasado ha sido culpa mía. Volvamos al estudio, ¿vale?

—¿Cómo está tu espalda?

—Mucho mejor, gracias —dijo, mientras tomaba su camiseta y se la ponía.

Seguimos desde donde nos habíamos quedado y, para cuando volvió Lou, habíamos avanzado bastante.

—¿Todavía seguís? No os cansáis, ¿eh? —bromeó Lou, lo que hizo que Cage se sintiera incómodo.

—Debería irme.

—No quiero interrumpir —dijo Lou—. Ni siquiera notaréis que estoy aquí.

—O podríamos ir a mi habitación —sugerí.

—¡No! —dijo Cage, cortante—. Quiero decir, tal vez sea mejor que sigamos mañana. Tengo muchas cosas dando vueltas en la cabeza y necesito procesarlas —dijo, mientras dibujaba círculos con las manos alrededor de su cabeza.

—Por supuesto. Dormir te ayudará a retener la información. Seguiremos mañana. Mi última clase termina a las cuatro, por si quieres empezar más temprano.

—Genial. ¿Qué te parece si nos reunimos en la sala de estudio? Así no la molestaremos a Lou.

—No os preocupéis por mí. Podéis hacerlo donde queráis —agregó Lou, y se quedó mirándonos a los dos.

—Sí, no hay problema con que estudiemos aquí —confirmé.

Cage titubeó.

—Creo que será mejor en la sala de estudio. Si a ti te parece bien.

Me frustraba que hubiera estropeado tanto las cosas como para que él ya no quisiera volver a mi habitación, pero lo entendía.

—Sí, está bien. Tenemos que terminar con todo lo que nos queda. Tal vez quieras llevar algo para comer.

Lou agregó:

—Parece que será una noche larga y dura. A ti te gusta así, ¿verdad, Quin?

—Bien, me voy a ir. Escríbeme —me dijo Cage, mirando a Lou antes de escapar.

—¿Por qué has dicho eso? —le pregunté a Lou, enojada.

—¿Has dicho que está de novio?

—Sí. Tiene novia.

—Qué interesante —me dijo. Sonreía como si ella supiera todo y yo no supiera nada—. Muy interesante —repitió. Luego, entró en su dormitorio y no regresó.

Esa noche, no pude dormir. Mientras trataba de entender qué era lo que Lou había visto y yo no, pensaba en cómo había hecho que las cosas con Cage se pusieran raras, o me imaginaba cómo sería volver a tocarlo.

Mi cabeza era un lío. Ese tío me generaba cosas. Y, después de haberlo visto solo tres veces, no podía sacarlo de mi mente.

¿Por qué tenía que estar de novio? ¿Por qué tenía que ser tan perfecto? Y, ¿por qué tenía esos hoyuelos? Necesitaba que alguien me explicara por qué tenía que tener tantos y tan bonitos hoyuelos.

Al día siguiente, en la sala de estudio, las cosas fueron menos extrañas que la noche anterior. Nos ceñimos al estudio y solo cambiamos de tema cuando tomamos un descanso para cenar.

—He traído un sándwich de más, si quieres… —le dije, mientras lo sacaba de mi mochila.

—¿Has traído un sándwich de más? —me preguntó, más sorprendido de lo que me hubiera imaginado.

—Sí. ¿Lo quieres? Me imaginé que tendrías muchas preocupaciones y que

tal vez te olvidarías de traer algo para comer.

—¡Guau! No estoy acostumbrado a que la gente sea tan considerada.

—¿Qué dices? Vamos. Eres un famoso jugador de fútbol americano. Estoy segura de que la gente hace cosas por ti todo el tiempo.

—No es lo mismo —dijo, y tomó el sándwich—. Gracias. Hay una diferencia entre las personas que hacen algo por ti porque quieren algo a cambio y las que lo hacen solo para ser amables.

—Lo entiendo. Muchas personas te ven como un trampolín para conseguir lo que quieren. Eres solo un objeto para ellos. Se olvidan de que tú también tienes sentimientos. Y de que, tal vez, lo que tú quieres no está en línea con lo que todos esperan de ti.

—¡Vaya! Eso es exactamente lo que siento —dijo, y me miró fijo. Una vez más, quedé tendida a sus pies.

—¿Qué? —le pregunté, cuando su intensa mirada se volvió demasiado para mí.

—¿Por qué conoces tan bien cómo me siento?

¿Qué se suponía que debía decirle? Me gustaba Cage. Me gustaba mucho, tal vez más de lo que debería. No quería asustarlo. Por lo menos no todavía.

Además, había elegido ir a una universidad en medio de la nada por una razón. Era mi oportunidad de confundirme con el resto. Solo quería que, por primera vez, alguien me viera como una chica normal. ¿Estaba mal? No lo sabía.

—Lo supuse.

—¿Lo supusiste? Eres muy inteligente, ¿verdad? Quiero decir, más inteligente de lo que te muestras —dijo Cage, con otra de sus encantadoras sonrisas.

Me encogí de hombros. ¿Cómo se respondía a una pregunta así? Por suerte, cambió de tema antes de que tuviera que decidirlo.

Terminamos los sándwiches y volvimos al estudio. Antes de la medianoche, habíamos cubierto todos los temas.

—Entonces, ¿eso es todo? —me preguntó Cage.

—Es todo lo que entra en el examen de mañana, sí. ¿Crees que lo has comprendido?

—Eres una muy buena tutora. Si no he comprendido algo, no será por tu culpa. Por cierto, he hablado con mi entrenador, y me dijo que tienes que contactarte con su oficina para que te paguen.

—Ah. No te preocupes por eso —le dije.

—Te has esforzado mucho para ayudarme. Nadie podría habérmelo explicado mejor que tú. Ni siquiera la profesora. Mereces que te paguen por tu trabajo.

—Está bien —cedí.

Cage me miró con extrañeza, pero no pude entender por qué.

—Ya que no estás emocionada con que te paguen, ¿qué tal lo otro que te he prometido?

—Ah, sí, las clases de «Cómo no ser tan torpe».

Cage se echó a reír.

—¿Qué te parece si jugamos flag football en el parque?

—¿Quieres jugar al fútbol en tu tiempo libre? Te debe gustar mucho.

Cage me ofreció una sonrisa apagada.

—Sería lo más normal.

—Ya que eres el experto en el tema, dime una cosa. ¿Cómo se supone que jugar al fútbol en el parque me ayudará a no sentirme como una chica rara en una fiesta?

Cage se quedó pensativo.

—Lo he estado pensando. La razón por la que me siento cómodo en reuniones sociales es porque sé que, pase lo que pase, podré manejarlo. También sé que, si digo algo estúpido, lo cual hago a menudo, todo estará bien. El mundo no va a estallar. No me van a enviar a vivir solo en el desierto. Lo más probable es que mi vida continúe sin cambios. Y llegué a darme cuenta de eso luego de haber estado en muchas situaciones sociales, cómodas e incómodas, en las que logré desenvolverme. Necesitas estar en esas situaciones. Tienes que tener la oportunidad de desenvolverte en ellas. Cuando te hayas familiarizado con todas las situaciones que puedan surgir y hayas descubierto qué hacer y qué decir —levantó las manos—, habré terminado.

Me quedé mirando a Cage, alucinada.

—Eso es muy inteligente. Tienes toda la razón. Sentirse cómoda en sociedad se basa en la experiencia. La familiaridad genera comodidad. Entonces, la respuesta es estar dispuesta a sentirse incómoda. ¡Nunca se me hubiera ocurrido!

—Se ve que, después de todo, soy bueno en algo —dijo Cage, con orgullo.

—Aunque no soy exactamente buena jugando al fútbol americano. No estoy segura de que quedar atrapada debajo de una estampida de deportistas me llene de la confianza que crees.

—Supongo que tendrás que confiar en mí —dijo Cage, y me guiñó un ojo.

¿Por qué hizo eso? ¿No se daba cuenta de que estaba haciendo todo lo posible por verlo como un amigo? ¿Por qué tenía que recordarme lo irresistible que era?

Luego de nuestra despedida, que se estiró y se convirtió en un abrazo incómodo, regresé a mi habitación y me metí en la cama. Escuché que Lou entraba al apartamento y se acercaba a la puerta de mi dormitorio.

—Sé que no estás dormida —dijo, sin llamar—. Sé que te estás escondiendo porque no quieres contarme cómo te fue. ¿O está ahí contigo? ¿Se está vistiendo a las apuradas en este momento?

—¡Buenas noches, Lou! —exclamé. Necesitaba que dejara de burlarse.

—Buenas noches, Bichito —respondió, sonriendo mientras se iba.

La imagen que Lou había plantado en mi mente se quedó en mi cabeza las tres horas siguientes. Cuando me desperté, ya estaba retrasada para la clase.

Mientras corría por el campus y atravesaba las puertas del auditorio, comprendí cómo se había sentido Cage.

Todos se volvían para mirarme, pero a mí solo me importaba una persona. ¿Estaba ahí? ¿Había llegado?

Cuando lo vi, mi corazón se aceleró. Me estaba sonriendo. Fue como beber cinco tazas de café.

La profesora Nakamura me entregó un examen y me señaló un asiento vacío. Era al otro lado del salón de donde estaba Cage. Tal vez fuera lo mejor. No estaba segura de poder mirarlo a los ojos después de todas las cosas que le había hecho en mis fantasías la noche anterior.

Mi cerebro se movía lento debido a la falta de sueño, así que, cuando terminó la clase, no estaba ni cerca de haber completado el examen. Mi plan era seguir respondiendo preguntas hasta que me dijeran que me detuviera. Mantenía un ojo en la profesora, así que vi a Cage entregar su examen y decirle algo. Luego, ella me miró, y Cage me volvió a guiñar un ojo mientras salía.

Cuando era la única que quedaba, la profesora Nakamura me dijo:

—Cage me ha comentado que te has quedado despierta hasta tarde para ayudarlo a estudiar, así que te daré veinte minutos más.

—Gracias, profesora —le dije, agradecida.

Los veinte minutos fueron apenas suficientes. Sin embargo, gracias a Cage, pude terminar. Ese tío me estaba generando algo de lo que no iba a poder regresar. Apenas podía esperar al día en que jugáramos flag football para verlo de nuevo. Era lo único en lo que podía pensar.

Cuando lo vi aparcar su camioneta y acercarse a mí en la entrada del parque, no pude evitar sonreír. Él también sonreía. Me encantaba la forma en que lo hacía. Casi compensaba los nervios que sentía por lo que iba a suceder a continuación.

—¿Estás lista? —me preguntó. Lucía confiado y hermoso.

—No.

—¿Estás nerviosa?

—Petrificada, para ser más exacta.

—No tienes nada de qué preocuparte. Sé tú misma. Si dices algo y luego te sientes incómoda, hazlo a un lado. Recuerda que el mundo no se va a acabar y que nadie es menos torpe que tú.

—Tengo serias dudas al respecto. Y tus compañeros de equipo me van a demoler. No sé si te has dado cuenta, pero soy una tía pequeña.

—Todo es relativo —dijo Cage, con una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—¡Cage! —dijo una voz, que llamó mi atención. Me di la vuelta para mirar. La voz venía de un niño. Parecía tener unos diez años. Había alrededor de quince niños de la misma edad.

—¿Estáis listos para jugar al fútbol? —les gritó Cage, con entusiasmo.

—¡Síííí! —gritaron todos.

—¿Vamos a jugar con niños? —le pregunté, confundida.

—Organizo encuentros con los niños de la liga infantil. Cuando no tenemos partidos, paso tiempo con ellos, afinando sus habilidades. El hierro se afila con el hierro —dijo, sonriendo.

—¿Voy a practicar ser más sociable con niños? —le pregunté, confundida.

—No es un nivel demasiado difícil para ti, ¿verdad?

Me eché a reír.

—No, creo que puedo manejarlo.

—Esa es la confianza que esperaba ver —dijo, y se acercó corriendo al grupo.

Cage tenía un talento natural con los niños. Los trataba como adultos, pero sin olvidarse de su edad.

—¿En qué equipo va a jugar la grandota? —preguntó uno de los niños, refiriéndose a mí.

—No lo sé —respondió Cage, echándome un vistazo rápido—. Quin, ¿para qué equipo quieres jugar?

—¿Cuál es el que siempre gana? —les pregunté.

Cage miró a los niños, que estaban separados por los colores de sus camisetas: rojas y azules.

—En general, gana el equipo rojo.

—¡Eso no es cierto! —protestó un niño del equipo azul—. La última vez ganamos nosotros.

—Pero ¿no fue suerte?

—¡No! —volvió a protestar.

—Entonces veamos si podéis hacerlo de nuevo. Tenéis a la grandota.

—¡Sí! —exclamó, celebrando con el puño.

Era solo un niño, pero se sintió bien que me quisiera en su equipo.

Me había equivocado al pensar que sería pan comido. Ser mucho más grande que los demás resultó una desventaja. El objetivo del juego era sacarle la bandera del cinturón a la persona que tenía la pelota. Sin embargo, para mi sorpresa, descubrí que la cintura de un niño de diez años estaba muy cerca del suelo. Lo único que podía hacer era bloquearlos para que no escaparan mientras uno de mis compañeros les robaba la bandera.

Cage era el mariscal de campo. Sin importar qué equipo estuviera recibiendo, él lanzaba la pelota. Sus lanzamientos eran muy precisos y, además, los niños podían atraparlos.

—Veo algunas futuras estrellas de la NFL —me dijo Cage, en el entretiempo, mientras los niños comían naranjas.

—Lo disfrutas, ¿verdad?

—Muchísimo —dijo, con una sonrisa.

—¿Por eso te has anotado en Introducción a la Educación Infantil?

Apretó los labios y asintió con la cabeza.

—¿Alguna vez has pensado en enseñar en lugar de entrar al sistema de selección?

—Muchas veces. Pero no puedo. Demasiadas personas cuentan conmigo.

—Te entiendo.

—¿En serio?

—Sí —le dije, pensando en el mundo que había dejado atrás.

Cada vez me costaba más pensar en él como solo un chico que me gustaba o al que le estaba dando clases particulares. Comenzaba a sentirlo como un amigo. Estaba segura de que era alguien en quien podía confiar. Comenzaban a pesarme las cosas que le estaba ocultando sobre mi vida.

—Me da la sensación de que no eres el tipo de persona a quien le gusta hablar de sí misma —me dijo Cage, que había notado mis dudas.

—No sé qué tipo de persona soy.

—Conozco ese sentimiento —me dijo, con una sonrisa triste.

—Yo sé qué tipo de persona eres.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de persona soy?

—Eres un jugador de fútbol atractivo que está de novio y se está preparando para jugar en la NFL.

—¿Crees que soy atractivo?

—¿He dicho eso? —le pregunté, atrapada como un ciervo ante los faros de un coche.

—Sí —dijo Cage, divertido.

—He querido decir que eres popular. Que estás a la moda. Que eres atractivo en ese sentido.

—No estoy seguro de que hayas querido decir eso —soltó, con mucha confianza en sí mismo.

La verdad era que yo tampoco estaba segura. El tío era increíblemente guapo, y eso no se podía negar.

—Bueno, de todas formas, no importa. Lo otro que he dicho es que tienes novia. Sobre eso no hay dudas.

La sonrisa de Cage desapareció.

—Sí, lo has dicho.

—Por cierto, ¿cómo está Tasha? —le pregunté. No quería saber, pero necesitaba que él la tuviera en mente antes de mostrarme otra de sus sonrisas irresistibles.

—Está bien —dijo, con seriedad—. Está con su mejor amiga este fin de semana. Creo que se han ido a hacer una caminata o algo así.

—¿Y tú no has ido con ellas?

—No. Me siento el tercero en discordia con ellas dos. Oye, tal vez podríamos salir los cuatro.

—Esa es la peor idea que he oído —le dije, sincera.

—Sí, probablemente tengas razón —dijo, pensativo—. ¿Te gustaría ir a comer algo cuando terminemos aquí?

Miré los ojos amables y claros de Cage. Quería pasar cada momento del resto de mi vida con él. Por supuesto que quería ir a comer algo con él después del partido.

—No puedo —le dije, aunque lo que quería decirle era «no debo».

—Ah, está bien. ¿Tienes planes con Lou?

—¿Con Lou?

—Me ha parecido que sois muy cercanas. Casi parecía que estaba celosa cuando me vio.

—¿Celosa? ¿Lou? No, creo que es solo que le gusta cuidarme.

—¿Estás segura? Porque se sintió un poco más que eso… Y, bueno, es muy bonita. No sé si te gustan las chicas o no, pero…

—No. Solo me gustan los tíos —le dije. Quería que quedara claro.

Se le escapó una sonrisa.

—Espera, ¿creías que no me gustaban los tíos? —le pregunté, cuando me di cuenta de lo que había dicho.

—No creía nada. Solo que eres una chica increíble. Mereces estar con alguien que te haga feliz. Si Lou podía hacerlo, ¿por qué no?

Miré a Cage mientras el dolor me atravesaba el pecho. Estaba tratando de entregarme a otra persona. Yo quería que él me deseara. Quería que se sintiera celoso de que otras personas quisieran estar conmigo.

Pero no. Había sido una tonta al fantasear con nosotros dos juntos. Él no estaba interesado en mí de ese modo, y eso me dolía.

Capítulo 6

Cage

¿Qué estaba diciendo? No quería que Quin estuviera con Lou. No quería que Quin estuviera con nadie. ¡Joder! No sabía lo que quería con ella, con el fútbol americano y con mi vida. Era la última persona para dar consejos amorosos. Cualquiera que pasara dos minutos con Tasha y conmigo lo sabría.

—Deberíamos volver al partido —me dijo Quin. Lucía mucho más triste que cuando nos habíamos sentado.

Estaba arruinándolo todo con ella. Me había parecido que jugar al fútbol sería algo divertido para hacer juntos, pero lo estaba arruinando.

—Sí. Deberíamos volver —repetí, dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de dejar de hablar.

Seguimos jugando, y me aseguré de que los niños se estuvieran divirtiendo, incluso si la persona que más quería que se divirtiera no la estaba pasando bien.

—¿Jugaremos de nuevo el próximo fin de semana? —me preguntó una de las niñas, con su madre detrás de ella.

—Tengo un partido el fin de semana que viene. Y creo que vosotros también, ¿no es así? —pregunté, mirando a la madre, que asintió con la cabeza.

—Ah, cierto, me había olvidado —dijo la niña, con una sonrisa.

—Le avisaré a vuestro entrenador. Jugaremos de nuevo en algunas semanas.

—Está bien, gracias, Cage —dijo, mientras me decía adiós con la mano.

Su madre articuló un «gracias» y ambas se marcharon.

—¿Hay alguien que no te quiera? —me preguntó Quin, lo que me hizo darme la vuelta.

—A mí solo me importa el cariño de una persona —dije, sin pensar.

—¿De quién?

Solo había querido que fuera un coqueteo casual. Pero era obvio que Quin no me lo dejaría pasar.

—De cualquier persona.

—¿De cualquiera?

—Lo que he querido decir es que sería feliz si alguien me amara.

—Tienes alguien que te ama, ¿o no?

—¿Sí? —le pregunté. No sabía de quién estaba hablando.

—Sí. Tasha.

Eso tenía que terminar. Cada vez que Quin mencionaba a Tasha, me hacía decir algo sobre nuestra relación que no era necesariamente verdad. Sí, estábamos juntos y estábamos tratando de que funcionara. Pero tratarlo y lograrlo no eran lo mismo.

—Mi relación con Tasha no es lo que todos creen.

—Oh —dijo Quin. De repente, toda su atención estaba en mí.

—Sí. O sea, llevamos un tiempo saliendo y hemos hablado sobre el futuro. Pero, a veces, es como si faltara algo. En realidad, muy seguido se siente así.

—¿Qué es lo que sientes que falta?

—Para empezar, ella. No está nunca conmigo. Y eso funciona cuando estoy en el medio de la temporada de fútbol americano y entreno dos veces por día. Incluso podría funcionar si me reclutaran, porque pasaría cuatro meses al año viajando. Pero ¿no debería querer pasar más tiempo conmigo? ¿No debería yo querer pasar más tiempo con ella?

—¿No quieres pasar tiempo con ella?

—No es que no quiera. Es que me da igual si estamos juntos o no. Es duro decirlo en voz alta, pero es la verdad.

—Si no quieres pasar tiempo con ella, ¿por qué seguís juntos?

—No es que no quiera pasar tiempo con ella.

—Lo entiendo. Lo entiendo. Pero me parece que, si estáis hablando de… estar juntos por mucho tiempo, deberías desearlo.

—No puedo discutir contra ese argumento —le dije.

—¿Por qué crees que te da lo mismo estar con ella?

Me quedé mirando a Quin sin saber qué decir. Quería decirle que era porque Tasha no era ella, pero no me pareció justo.

—Porque no siento mariposas en el estómago cuando la veo —dije.

—Eso es importante —dijo Quin, que de repente estaba de mejor humor—. ¿Alguna vez has sentido esas mariposas al ver a alguien?

—Sí, me ha pasado con una persona —le dije, con la esperanza de que no me preguntara nada más.

—¿Con quién? —me preguntó Quin, dubitativa.

Mirar esos ojos hermosos era demasiado. No podía hacerle eso, ni a ella ni a mí mismo.

—Con una persona con la que no me debería haber pasado.

—Ah —dijo Quin, desanimada.

—¿Has cambiado de opinión acerca de comer algo? Yo quiero comer. Y Tasha no volverá de su paseo con Vi hasta dentro de unas horas.

—No. Debería irme—dijo Quin, resignada.

—Muy bien. Lo entiendo. ¿Lo has pasado bien?

—Ha habido buenos momentos —dijo, con una sonrisa.

—¿Todavía confías en mí para que te enseñe a ser el alma de la fiesta?

—En primer lugar, nunca he creído que pudieras hacer milagros.

Me eché a reír.

—Pero estoy dispuesta a ver lo que tienes para ofrecer —dijo Quin, sonriendo.

Hombre, ¡cómo me gustaba esa sonrisa!

—Muy bien. Por cierto, creo que he aprobado el examen.

—¡Qué bueno! Supongo que no soy tan mala tutora después de todo. Sin embargo, espero que logres más que simplemente aprobarlo.

—Estoy seguro de que así será. Y eres una gran tutora. No puedo esperar a ver lo que me tienes preparado para la próxima.

—Supongo que pronto lo descubrirás —dijo Quin, con una sonrisa insinuante.

Un momento, ¿estaba coqueteando conmigo? Fuera un coqueteo o no, sentí un hormigueo por el cuerpo que me sacudió hasta el centro. Cuando quería hacer algo, lo hacía bien.

—Ya quiero descubrirlo —le dije. Luego, la acompañé de regreso al campus y yo regresé a mi camioneta.

Nunca en mi vida había tenido un deseo tan grande de besar a alguien. Sabía que no podía hacerlo. Además, ni siquiera estaba seguro de si Quin querría algo así. Al menos, ya sabía que le gustaban los chicos. De momento, era suficiente. Podía sobrevivir con esa esperanza por un tiempo.

Tasha me envió un mensaje para avisarme que había tráfico y que volvería al campus muy tarde, así que me fui a casa. Era lo mejor que podía hacer. Después de haber pasado el día con Quin, tenía la cabeza en otro lado.

Luego del viaje de cuarenta minutos, doblé en la calle vacía que conducía a mi casa. La camioneta de mi papá estaba encendida en el camino de entrada, con las luces prendidas.

—Oh, no —dije. Sabía cómo sería el resto de la noche.

Aparqué al lado de la camioneta de mi padre, salí y miré por las ventanillas. No lo veía. Que hubiera logrado entrar en la casa era peor. Si hubiera estado desmayado, al menos la noche estaría terminada.

Abrí la puerta de la camioneta, metí un brazo y la apagué. Con las llaves en la mano, miré hacia la casa. Las luces de la cocina y de la sala de estar iluminaban el suelo a través de las ventanas. La televisión estaba a todo volumen. Inhalé profundo, me recompuse e hice la corta caminata hasta la puerta principal.

Al entrar, vi que el lugar era un desastre. No estaba como lo había dejado. Las lámparas brillaban desde el piso, adonde habían sido arrojadas; el sofá estaba dado vuelta; el televisor estaba de lado, tirado; y la comida que había estado en la nevera se encontraba esparcida entre las dos habitaciones.

—No quiero oírlo —se quejó mi padre, llamando mi atención hacia la mesa de la cocina.

El hombre, pelirrojo, tenía el tono rosado de siempre. Como lo había sospechado, tenía una botella casi vacía de whisky Lonehand aferrada en una mano. El mejor de Tennessee.

—Papá…

—No quiero oírlo. ¿Sabes cuánto he sacrificado por ti?

—Lo sé, papá. Has sacrificado todo por mí —recité nuestro guion, mientras miraba a mi alrededor para ver por dónde empezar a limpiar.

—¡Eso es! ¡Todo! He sacrificado todo, ¡carajo! Y, ¿para qué?

—Para que me convirtiera en una estrella —dije, adelantando algunas páginas.

—No se te ocurra hacer eso. ¡No se te ocurra hablarme así! —bramó—. Debería irme. Debería subirme a mi camioneta y no volver nunca más a esta pocilga.

Esa era la parte que más me dolía. Lo lógico sería que me hubiera acostumbrado a que él amenazara con irse, pero no lo había hecho. Tal vez porque sabía que su partida estaba en mis manos.

Mi padre había sido el primero en notar lo que yo era capaz de hacer en el campo de fútbol. Se había dado cuenta de que yo sería uno de los mejores en el sistema de selección de la NFL y que con eso vendrían millones de dólares. Siempre me había dejado en claro que esa era la razón por la que se quedaba. No sabía qué haría una vez que obtuviera su parte, pero, hasta entonces, estaba seguro de que no se iría a ninguna parte.

—La casa no sería una pocilga si dejaras de destrozarla.

—¡Vete a la mierda!

—¡Qué bien, papá! Qué bonita manera de dirigirte a tu hijo.

—Tú no eres mi hijo.

—Vamos, papá. No empieces de nuevo.

Hacía poco había agregado esa subtrama nueva a nuestro guion. La historia era que lo avergonzaba por no estar a la altura de mi potencial, por lo que no podía ser su hijo.

—No lo eres. Eres un bebé que robé porque creí que podía ganar algo de dinero…

—¡Es suficiente, papá! ¡Ya no aguanto más! ¿Tanto deseas irte? ¡Aquí tienes!

Eché el brazo hacia atrás y lancé las llaves de su camioneta con tanta fuerza que rompí el vidrio. Las llaves desaparecieron afuera.

—¿Quieres marcharte? Súbete a tu camioneta y márchate. ¿Quieres quedarte y exprimirme por toda la eternidad? Entonces quédate. Ya no me importa. ¿Me oyes? Ya no aguanto esto.

Hirviendo de ira, me marché a mi habitación. La casa se sacudió cuando di un portazo detrás de mí. Miré fijo la puerta mientras jadeaba de furia. Me caían lágrimas de rabia por las mejillas. No lloraba por las cosas que me había dicho. Lloraba porque estaba atrapado.

No tenía una madre ni otros familiares. Él era todo lo que tenía. Sin él, estaba solo. Pero la única forma de sacarme su horrible voz de la cabeza era dejándolo ir.

A pesar de lo odioso que era, sabía que no estaría en el lugar donde estaba si no hubiera sido por él. Cuando estaba sobrio, me lo recordaba todos los días. Y tenía razón.

Sí, era yo el que entrenaba a las seis de la mañana y salía a correr a las siete de la tarde. Pero, durante dieciséis años, él no había hecho más que llevarme de un lugar a otro y quedarse a verme jugar.

Sabía lo que estaba haciendo. Estaba vigilando su inversión. Cuando tenía diez años, le rogaba entre lágrimas que hiciera cualquier cosa pero que no me

tirara otra pelota. Él me obligaba a continuar.

Realmente no hubiera tenido nada sin él. Ni la beca. Ni la novia amante del fútbol. Ni la oportunidad de jugar en la NFL. No sabía quién hubiera sido sin todo lo él había hecho. Pero ¿no era demasiado alto el precio que tenía que pagar?

Todos esos pensamientos cesaron cuando escuché un sonido aterrador.

—¡No! —exclamé, mientras regresaba corriendo a la sala de estar y descubría que mi padre se había ido.

Estaba poniendo en marcha la camioneta. Lo estaba haciendo. Se estaba marchando. No quería que se fuera.

Corrí afuera y lo vi balanceándose mientras trataba de poner la marcha atrás. Con lo borracho que estaba, se iba a matar. Tenía que detenerlo.

—¡Papá! —grité, al tiempo que corría hacia su camioneta y abría la puerta.

—¡Sal de aquí! —me gritó, cuando pasé por sobre él y tomé las llaves.

Después, no opuso mucha resistencia. Ambos estábamos aturdidos y sin aliento.

—Realmente te ibas a ir, ¿verdad? —le pregunté, con mis ojos clavados en los suyos, para saber la verdad.

—No eres mi hijo —fue lo único que respondió.

Herirme era tan fácil para él que ni siquiera parecía enojado. Lo había dicho como si fuera un hecho.

—A veces desearía que eso fuera cierto, ¿sabes? Pero lo soy. Y tú eres mi padre —dije, resignado—. Vamos, te llevaré a la cama.

—No quiero irme a la cama —murmuró.

—Te pondré frente al televisor. ¿Prefieres eso?

Su boca se retorció como si estuviera tratando de recordar cómo fruncirla.

—Sí.

—Muy bien. Déjame ayudarte a entrar.

Se inclinó hacia mí sin más resistencia, y sostuve su peso con los brazos.

Ese fue el comienzo de unas semanas muy difíciles. No estoy seguro de cuán diferente era para mi padre. Pero yo me había dado cuenta de que, si no lo miraba cada vez que tenía la oportunidad, iba a desaparecer.

Seguí yendo a los entrenamientos, a los partidos y a clase, pero nada más que eso. Lo único que me alegraba eran las pocas horas a la semana que pasaba con Quin. Yo no estaba cumpliendo con mi parte del trato, pero le había explicado que estaba teniendo problemas en casa y ella lo había entendido.

Creo que se daba cuenta de lo estresado que estaba. No me sentía yo mismo. Lo extraño era que Tasha ni siquiera lo había notado. No había notado que yo no pasaba tanto tiempo con ella ni que mi vida se estaba desmoronando. Empezaba a preguntarme si así serían las cosas entre nosotros para siempre.

Como se acercaban los exámenes finales y terminaba el semestre, Quin me

sugirió que aumentamos las horas de estudio. Aunque estaba al día con todo lo mencionado en clase desde que había comenzado a asistir, quedaba algo de material de las semanas anteriores que todavía no había repasado.

—El examen final cubrirá todos los temas —dijo Quin, con la expresión seria que ponía cuando hablábamos del estudio.

—Me lo recuerdas todos los días —le dije, con una sonrisa.

—Necesitas aprobar esta materia. No es gracioso —se quejó.

—Lo sé.

—¿De qué te ríes, entonces?

—De ti —le dije, provocador.

—Ah, ¡qué bien! Te ríes de la persona que quiere ayudarte.

—Vamos, sabes que no es así. Es solo que se te dibuja una pequeña arruga en la frente cuando empiezas a preocuparte por mí. Cuando aparece, sé que voy a escuchar un sermón sobre lo importante que es que apruebe la materia. Creo que, a esta altura, tú estás más preocupada que yo, y eso que todo mi futuro depende de que apruebe.

Quin me miró por un segundo y luego se relajó y se echó a reír.

—Tienes razón. Puede que me haya puesto un poco intensa —admitió.

—¿Un poco?

—Solo un poco —insistió—. Pero porque quiero que te vaya bien. Has trabajando toda tu vida para lograrlo. No quiero ser la responsable de que no lo consigas.

Miré a los ojos preocupados de Quin y di un paso hacia ella. La tomé de los hombros y apreté.

—Quin, eres muy dulce. Creo que eres la persona que más se preocupa por mí. Pero tienes que saber que, si no lo logro, no será por tu culpa. Todo lo que hago y lo que he hecho ha sido por mi decisión. Tú no eres más que un ángel, sentada en mi hombro, susurrándome al oído para que haga lo correcto. Y te lo agradezco.

—Solo quiero que logres lo que te mereces. Estás tan cerca…

Solté a Quin y examiné el patio del campus a través de la ventana de la sala de estudio.

—Yo también quiero eso. Pero siento que estoy mordiendo más de lo que puedo masticar. Entre las clases, el fútbol y cuidar de mi papá, apenas puedo respirar.

—¿Qué le pasa a tu papá? —me preguntó Quin, preocupada.

—¡Qué no le pasa…! —repliqué, mientras pensaba en qué podía decir para explicárselo—. Solo necesita que esté con él. Eso es todo.

—Si es mejor para ti, podríamos estudiar en tu casa —me ofreció Quin, dudosa y con una pizca de algo más en los ojos.

Por lo general, cuando me miraba así, yo perdía toda resistencia. Pero, por mucho que quisiera que nos juntáramos a solas, no estaba seguro de querer mostrarle cómo vivía. Ella no hablaba mucho de su familia, pero todo lo que la rodeaba me decía que venía de un hogar estable y con dinero. Mi vida era

exactamente lo contrario.

Me gustaba que me viera como un jugador de fútbol americano exitoso y despreocupado. Me gustaba que todos me vieran así, porque la verdad estaba muy lejos de esa imagen que proyectaba. No sabía si estaba listo para que Quin supiera quién era realmente.

—Lo pensaré —le dije.

—¿Por qué no aceptas sin más? —me preguntó, en voz baja.

De repente, me pareció que me estaba pidiendo algo más que cambiar el lugar de estudio. Me pareció que me estaba pidiendo que… Que la eligiera a ella o algo así.

—Lo voy a pensar. Pero ahora estamos aquí. ¿No deberíamos ponernos a trabajar?

El pedido de Quin me atormentó durante el resto de la noche. ¿Estaba leyendo demasiado entre líneas? No lo creía. Me había preguntado por qué no había aceptado sin más. Era una muy buena pregunta.

Era como si estuviera entre dos mundos. El primero era el que conocía de toda la vida. En él estaban mi papá, Tasha, la fama del fútbol americano y la promesa de mucho dinero. En el otro estaban Quin y la posibilidad de dedicarme a algo que me hiciera feliz.

Al mismo tiempo, comenzaba a pensar que no tenía la posibilidad de elegir. Tal vez me estuviera enamorando de Quin. Nunca me había sentido así por nadie. No podía dejar de pensar en ella. Fantaseaba con tocarla. Quería verla todo el tiempo.

Antes, yo creía que amaba a Tasha. Realmente lo había creído. Pero había sido porque no conocía todavía lo que era el amor ni cómo se sentía. Ese era el sentimiento que llevaba a la gente a escribir canciones. Por fin lo entendía. Y también entendía todas esas películas que mostraban que el amor tenía un precio.

Tal vez yo tuviera que pagar con todo lo que tenía. Tenía la oportunidad de tener fama, una familia y estabilidad económica por primera vez en mi vida. O podía tener amor y felicidad. Esa era la decisión que tenía que tomar.

Capítulo 7

Quin

—Sabes que eventualmente tendrás que dar el primer paso, ¿verdad? —dijo Lou, con los codos sobre la mesa y un bocado colgando del tenedor.

—No lo sé —protesté.

—No esperas que lo haga él, ¿verdad?

—No espero que nadie haga nada. No espero nada.

—Ahh, Bichito, a veces me pones tan triste.

—No hay por qué entristecerse. No pasa nada entre nosotros.

—Eso es lo que me pone tan triste. Por un lado, estás tú, una chica muy inteligente e increíblemente hermosa que no encuentra un novio…

—Tú tampoco tienes novio —le recordé.

Se llevó una mano al pecho y me miró con tristeza.

—Pero en mi caso, es por elección. Yo estoy esperando al hombre correcto. ¿Tú? Tú quieres deshacerte de tu soltería como si fuera una enfermedad. Y estás enganchada con un chico que claramente está enamorado de ti, pero que no puede ver más allá del noviazgo falso en el que se encuentra. ¡Es trágico!

Como yo no respondía, Lou me preguntó:

—¿No vas a decir nada?

—No. Creo que ya has dicho todo. Soy un poco triste.

—Espera, no he querido decir que tú eres triste. Tú eres genial. Eres guapísima y maravillosa. Y vienes de una buena familia…

—¿Qué tiene que ver mi familia?

—¡Eres un gran partido! Alguien tiene que poner un anillo en ese dedo.

—¡Guau! Eso ha escalado rápido.

—A eso voy. Estás yendo demasiado lento. Súbete a ese tío. Preferiblemente, cuando él esté acalorado y transpirado y tú estés de humor para tomar malas decisiones —dijo, con una sonrisa pícara.

Gracias a Dios, sonó mi teléfono y me rescató de esa conversación tan incómoda. Cuando lo tomé, me sorprendió ver el nombre de Cage.

Levanté un dedo para pedirle a Lou que hiciera silencio.

—Cage, ¿estás bien? Nunca me has llamado.

Lou reaccionó con alegría infantil. La ignoré.

—¿Crees que podríamos estudiar en mi casa esta noche? —me preguntó Cage, que sonaba angustiado—. No te lo pediría si el examen final no fuera mañana. Pero…

—Por supuesto. ¿Le sucede algo a tu padre?

—Mmm… sí. Está teniendo un mal día, y creo que lo mejor es no dejarlo solo.

—Lo lamento mucho. No tengo problema en ir. Solo dime a qué hora.

El teléfono se quedó en silencio.

—¿Cage?

—Estoy aquí. Eh, antes de que vengas, hay algo que probablemente deberías saber.

—Bien.

—No tenemos mucho.

—¿A qué te refieres?

—A que tengo una beca para ir a la universidad y mi padre no está trabajando en este momento. Hace un tiempo que no trabaja.

—¿Debería llevar algo para comer… u otra cosa?

—Sí, si quieres. Pero no es eso lo que te estoy tratando de decir. No debes esperar mucho. No soy…. Solo… no esperes mucho.

—¿Estarás tú? —le pregunté.

—Sí, claro.

—Entonces, tu casa tendrá todo lo que necesito.

Cage volvió a guardar silencio.

—¿Cage?

—Estoy aquí. Te enviaré mi dirección en un mensaje. Me ofrecería a recogerte, pero…

—No te preocupes. Pediré un aventón o algo así.

—Vivo un poco lejos. Si presentas las horas de clases particulares, estoy seguro de que el equipo de fútbol americano te reembolsará el dinero.

—A menos que vivas en Florida, creo que estaré bien.

—Bien. Hasta luego.

—Hasta luego.

Terminé la llamada y miré el teléfono.

—¡Síííííí! —exclamó Lou, emocionada—. Quin y Cage, un solo corazón, se dan un besito y…

—¡Cállate!

Lou abrió la boca e imitó un beso con lengua.

—Eres desagradable —le dije, con una sonrisa.

—Solo estoy orgullosa de que mi Bichito vaya a tener algo de acción.

—Eres ridícula —le dije, sin dejar de mirar mi teléfono.

—¿Qué sucede?

—A Cage le da vergüenza que conozca su casa.

—Lo entiendo.

Miré sorprendida a Lou.

—¿Por qué le da vergüenza? No debería avergonzarse. Lo que sea que haya en esa casa lo ha hecho quién es, y él me gusta… mucho.

—Dice la tía con una familia que tiene mil millones de dólares. Lo que me recuerda, ¿han hablado del tema?

—No quería que se convirtiera en un problema. Además, ese dinero no es mío, es de mis padres.

—Claro, y tú solo puedes usar lo que quieras cuando quieras.

Las palabras de Lou me dolieron. No se equivocaba. Y, por mucho que me

hubiera gustado creer que eso no me había moldeado, no era cierto. Al igual que la realidad de Cage lo había moldeado a él.

—Y, lo que es aún más importante que la riqueza de tu familia, ¿le has contado a Cage sobre lo otro? Porque, para mí, eso es un poco más importante que poder comprar un avión con la tarjeta de crédito.

—No ha surgido todavía —admití. Sabía que Lou tenía razón.

—Entonces, tal vez deberías contarle. Porque él necesita saber con quién se está involucrando… Bueno, si es que algún día tiene los cojones de invitarte a salir. O si tú lo invitas a salir a él. Sabes que puede hacerlo, ¿verdad?

—Tiene novia.

—Por lo que me has contado, necesito preguntar: ¿Tiene novia?

—Sí.

Lou se reclinó y se cruzó de brazos.

—Bien.

—Pero tienes razón. Creo que merece saber.

—Así me gusta, Bichito —dijo Lou, con una sonrisa confianzuda.

Cage no había exagerado cuando había dicho que vivía lejos. Para llegar al entrenamiento de las siete, seguro que salía de su casa a las seis y se levantaba a las cinco y media, como tarde. Era impresionante la dedicación que se necesitaba para hacer eso todos los días durante toda la vida.

Cuánto más me acercaba a su casa, más nerviosa me ponía. Fuera lo que fuera lo que lo avergonzaba, sabía que yo podría aceptarlo. Pero lo que yo iba a contarle podría ser demasiado para él.

Podría ser el final de lo que teníamos… aunque no sabía muy bien qué era lo que teníamos. Tal vez esa noche sería la última vez que me mirara como si fuera la única persona en el mundo. Sería doloroso.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de Cage, estaba cerca de tener un ataque de pánico. Todo acerca de mí era demasiado. No podía pedirle a alguien que estuviera conmigo. Cage tenía toda su vida por delante. Iba a ser un jugador de fútbol americano famoso, con millones de seguidores. Yo sería un ancla alrededor de su cuello.

No sería justo pedirle que lidiara conmigo. Tenía sus propios problemas. Si sumaba lo que fuera que le estuviera sucediendo a su padre, comenzaba a sentir que era mejor guardarme mi historia para mí.

Antes de que pudiera llamarlo para hacerle saber que había llegado, Cage salió por la puerta principal. Le di una propina generosa al chofer, bajé del coche y me acerqué a él. Llevaba una camisa a cuadros, pantalones cortos y nada en los pies. Nunca antes lo había visto descalzo.

Los pies no eran algo que me atrajera, pero los suyos eran anchos y fuertes. Me hicieron pensar en otras partes de su cuerpo que sí me atraían.

—Has llegado —dijo Cage, incómodo—. ¿Te ha costado encontrar el lugar?

—No, ha sido bastante fácil.

—Es lejos, ¿verdad?

—No es cerca del campus. ¿Siempre has vivido aquí? —le pregunté, mientras miraba el bosque espeso que rodeaba la cabaña.

—Desde que tengo memoria. Tú creciste en Nueva York, ¿verdad?

—Manhattan —aclaré.

—Cierto. Así que esto debe parecerte…

—¿La tierra de Pie Grande? Algo así.

Cage se echó a reír. Por primera vez, parecía relajado.

—Bueno, Pie Grande vive a unos pocos kilómetros, así que no estás tan equivocada. Es un gran tío, por cierto. Ni siquiera notas su pelaje después de un rato de hablar con él.

Me reí. Me gustaba que ambos nos sintiéramos cómodos.

—¿Entramos? Tenemos mucho que estudiar —dijo Cage, llevándome hacia la casa.

Una vez adentro, miré a mi alrededor. Después de la advertencia de Cage, no había sabido qué esperar. Pero era más agradable de lo que me imaginaba.

Cuando era niña, había pasado mucho tiempo en las Bahamas. Mi papá tenía una casa allí y, a menudo, íbamos a comer a lo de los vecinos. La cabaña de Cage era mucho más bonita que muchas de las casas de allí.

Por supuesto que no podía decirle a Cage que su hogar era mejor que muchas de las casas de las Bahamas, donde teníamos nuestra residencia de invierno. Me parecía que no se lo tomaría bien. En cambio, comenté:

—Debe haber sido genial crecer aquí.

—Estuvo bien. Aunque fue un poco solitario.

—Sí, te entiendo. Mi papá tiene una isla en la que solo está su casa. Si cambias los árboles que rodean este lugar por agua y los pájaros por tiburones, el resultado son todos mis veranos desde los tres años —dije, sonriendo.

—¿Has dicho que tu padre tiene una isla?

Al darme cuenta de lo que acababa de decir, me quedé helada. No solo Cage me miraba como si fuera un bicho raro, también alguien que estaba en el sofá frente a nosotros se había dado la vuelta y me observaba. Cage siguió mi mirada.

—Papá, ella es Quin. Es mi… —Cage hizo una pausa que me generó mucha ansiedad por saber cómo me iba a presentar—. Es una buena amiga. Me está ayudando a estudiar para la clase de la que te hablé.

—Es un gusto conocerlo, señor —le dije al hombre pelirrojo.

El padre de Cage me miró de arriba abajo, gruñó y volvió a mirar el televisor.

—Vayamos a mi habitación —me dijo Cage.

—Fue un gusto conocerlo, señor —dije, y no obtuve respuesta.

Entramos al dormitorio de Cage, que cerró la puerta detrás de nosotros.

—Tienes que disculparlo. Está teniendo un mal día.

—A mí me pareció que estaba bien.

—Sí, pero «bien» es relativo. Podemos sentarnos en la cama.

Me quité los zapatos, vacié el contenido de mi mochila en el centro de la cama y me senté con las piernas cruzadas. Cage también se sentó y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que voy a dejar pasar que acabas de decir que tu padre tiene una isla?

—Ah, eso.

—Sí, eso.

—Es pequeña. Todo el mundo en las Bahamas tiene una isla.

—¿Todo el mundo en las Bahamas tiene una isla? —me preguntó Cage, sorprendido.

—Perdón, no es cierto. No sé por qué lo he dicho. A decir verdad, eso tampoco es cierto. Sé por qué lo he dicho. Es porque no quiero que pienses que somos muy distintos.

—Somos muy distintos —dijo Cage, con total naturalidad—. Pero está bien. Me gustan tus diferencias. Solo espero que no te decepcionen las mías.

—Te juro que no sé de qué estás hablando. Eres la persona más normal que he conocido. Es verdad que la única otra persona que he conocido aquí es Lou, así que eso no dice mucho.

Cage se echó a reír.

—La vara está baja.

—Solo tienes que lidiar conmigo y habrás superado al 99% de la población.

Cage se rio de nuevo.

—Vamos, no estás tan mal. Quizás al 95% de la población —bromeó.

—Tienes razón. Ahora que lo pienso, es el 95%. Me equivoqué.

Se rio una vez más. Me encantaba oírlo reír.

—Siempre haces eso, ¿sabes? —dijo Cage, con una sonrisa.

—¿Qué cosa?

—Bajarte el precio.

—¿Lo hago?

—Sí.

—No me había dado cuenta de que lo hacía.

—Lo haces. Deberías ser más amable con mi amiga. Es una tía increíble —bromeó Cage.

—«Increíble» es relativo.

—Lo estás haciendo de nuevo. Acepta el cumplido.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Qué pasaría si te dijera que eres el chico más increíble que he conocido y que cada vez que estamos juntos deseo que el tiempo se detenga?

Cage se quedó helado.

—No es tan fácil aceptar un cumplido, ¿verdad?

—¿Realmente sientes eso?

—Uh, ha sido demasiado, ¿no?

—No, en serio, ¿eso es lo que sientes?

—¿Qué importa? Tienes novia.

—¿Qué importa que tenga novia?

—Importa porque, si yo pensara eso, querría que lo nuestro fuera más de lo que puede ser.

—¿Y qué si fuera posible?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasaría si yo no tuviera novia?

Miré a Cage a los ojos. Esos hermosos ojos que me encendían el alma. Hablaba en serio. Estaba pensando en romper con su novia por mí.

—Hay cosas sobre mí que no sabes —le dije, sin poder detenerme.

—¿Qué cosas? ¿Eres aún más adorable de lo que ya creo que eres?

—No, detente. Hay cosas que necesito decirte antes de que hagas o digas algo de lo que no podamos regresar.

—Oh, lo dices en serio.

—Sí.

Cage se movió incómodo.

—Bien. ¿Qué sucede?

Mi corazón latía con fuerza.

—¿Por dónde empiezo? Muy bien. He mencionado que mi padre tiene una isla.

—Recuerdo algo sobre eso, sí.

—Ha sido hace diez minutos. Espero que lo recuerdes.

Cage se rio entre dientes.

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, tiene una isla porque es muy rico.

—¿Qué tan rico?

—Tan rico como para tener una isla.

Cage se rio de nuevo.

—Entendido. ¿Creciste con mucho dinero?

—Sí.

—Me lo imaginaba. ¿Eso te daba tanto miedo decirme? ¿Que creciste en tu propia isla?

—Ni cerca.

Cage se echó hacia atrás sorprendido.

—Muy bien.

Me pasé una mano por la frente para ver si estaba sudando. Comenzaba a hacerlo.

—Lo que sucede es lo siguiente. Mi padre es rico porque es Laine Toro.

—¿Ese no es el dueño de la compañía de autos eléctricos… y de la compañía espacial… y de la compañía de energía solar?

—Sí —respondí.

—¿No es una de las personas más ricas del mundo?

—Hoy no me he fijado, pero probablemente sí.

—¡Vaya! —exclamó Cage, muy sorprendido—. O sea, me imaginaba que tu familia tenía mucho dinero, pero no que tu padre era una de las personas más ricas del mundo.

—¿Gracias? —le dije. Esperaba que fuera un cumplido.

—Es mucha información, pero tampoco es para tanto… creo —dijo. De a poco, lo comprendía—. Pensé que ibas a decirme algo grave. ¿Eso es todo? —me preguntó, sin darle mucha importancia.

—Ni cerca.

—¡Oh!

—Mi madre es Jules Thunberg.

—Espera, me suena. ¿No es una activista o algo así?

—Sí, desde los trece años. ¿Has visto la cantidad de paneles solares en los techos y de molinos de viento que hay?

—Sí.

—Bueno, es gracias a ella. Ella comenzó el movimiento que logró que los países que más contaminaban hicieran un giro de ciento ochenta grados y salvó el planeta.

—¡Joder!

—Sí, son muy famosos… Lo que hace que yo también lo sea.

—¿Qué tan famosa?

—Mi rostro ha estado en la portada de casi todas las revistas existentes. No entiendo por qué todo el mundo está interesado en mí. Me han dicho que es como si Michael Jackson y Elvis Presley hubieran tenido un hijo. Un poco lo entiendo. Por eso elegí la Universidad de East Tennessee, porque esperaba que los paparazzi no me encontraran aquí. Hasta ahora ha funcionado, pero es solo cuestión de tiempo. Tarde o temprano, van a averiguar dónde estoy.

—Es increíble.

—Si eso te ha parecido increíble, prepárate, porque hay más.

—Muy bien —dijo, ya con la boca abierta.

—Habrás notado que mis padres son inteligentes.

—Puedo imaginarlo —dijo, con cara de preocupado.

—Yo también lo soy.

—Bueno, ya me había dado cuenta.

—Me refiero a que soy muy inteligentes.

—Pero ¿de qué nivel de inteligencia estamos hablando? ¿Puedes construir una máquina del tiempo?

—No. La física cuántica no es mi especialidad.

—¿Y cuál es tu especialidad?

—Puedo hacer relaciones que otras personas no ven.

—¿A qué te refieres?

—Observo cosas.

—¿Qué cosas? —me preguntó Cage, con escepticismo. No me creía.

—Por ejemplo, sé que eres adoptado.

—¿Qué? —me preguntó, aturdido.

Había dado en el clavo.

—Sí. Y no es por el cabello rojo de tu padre. Los padres pelirrojos tienen hijos con cabello oscuro todo el tiempo. Son los hoyuelos.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Cage, cautivado.

—Los hoyuelos son un rasgo genético, los transmiten los padres. Pero no pertenecen al mismo grupo. Es decir, tener un hoyuelo en la barbilla no hace que sea más probable que tengas uno en la mejilla. Eso significa que heredas cada hoyuelo por separado. Y los que tienes a ambos lados de tu labio inferior son muy poco comunes. La probabilidad de que hayas heredado todos tus hoyuelos de uno solo de tus padres es muy baja. Quiero decir, extremadamente baja. Para que tu padre no tenga ningún hoyuelo y tú tengas tantos, todos los miembros de su familia, de todas las generaciones, deberían haber tenido hoyuelos. Y dado que eso es incluso menos probable, la respuesta obvia tiene que ser la correcta, es decir, que eres adoptado.

Estaba muy orgullosa de mí misma por haberme dado cuenta. Nadie habría notado algo tan pequeño. Pero, incluso si lo notaban, nadie habría hecho las conexiones que yo había hecho. No lo creía.

Que yo lo hubiera hecho ante el pedido de Cage tenía que haberlo impresionado. Tenía muchas ganas de impresionarlo. Quería que pensara que yo era especial en el buen sentido. Deseaba que viera que lo que me hacía distinta era algo que podía serle útil, algo que él querría en su vida. Haría cualquier cosa para que él no me viera como una chica rara.

Mientras miraba fijo a Cage, la expresión de su rostro cambió mucho. La mirada de asombro que había tenido al principio se había transformado en otra cosa. No parecía feliz. Parecía que estaba luchando con algo y, antes de que las palabras salieran de su boca, supe que había cometido un error.

—No soy adoptado —dijo Cage, con firmeza.

No lo sabía.

—Tienes razón.

—¿Qué dices? —me preguntó, confundido.

—He cometido un error.

—¿Qué quieres decir con que has cometido un error?

—Estaba pensando en… ¿Cómo se llaman?

Mi mente daba vueltas tratando de pensar en algo que me creyera y que no me hiciera quedar como una completa idiota.

—Los hoyuelos del trasero.

—¿Qué?

—Estaba pensando en los hoyuelos del trasero. Ya sabes, las marcas que algunas personas tienen en las nalgas. Eso requiere que ambos padres las tengan.

Cage me miró confundido.

—Entonces, has dicho todo eso, pero te referías a los hoyuelos en el trasero.

—Sí —le dije. Quería que me creyera.

—No tengo hoyuelos en el trasero.

—Ah, entonces supongo que nada de lo que dije aplica.

—¿Algo de lo que acabas de decirme es verdad? Quiero decir, lo de tus padres y todo el asunto de la inteligencia.

Me sentí aliviada de que estuviera dispuesto a dejar pasar la teoría sobre la adopción, pero sentí otra vez el peso de haberle contado quién era.

—Puedes corroborarlo —confirmé.

Cage me miró sin saber qué pensar. Sacó su teléfono lentamente y comenzó a escribir mi nombre.

—¿Cuál es tu apellido?

—Toro. Harlequin Toro —dije. Sentí una punzada de dolor en el pecho.

—¿Harlequin? —me preguntó, con la misma expresión que ponían todos cuando lo escuchaban.

Me encogí de hombros. Le había contado quiénes eran mis padres. ¿Creía que personas así le pondrían un nombre común y corriente a su hija?

Cage miró el teléfono y escribió mi nombre completo. Cuando aparecieron los resultados de la búsqueda, la expresión en su rostro cambió. Estaba abrumado por lo que veía. Miró una página tras otra. Ojeaba cada artículo antes de pasar al siguiente.

—Es verdad. Eres muy inteligente.

—Y un bicho raro —agregué.

—No. Eres aún más increíble de lo que me podría haber imaginado —dijo Cage, mirándome con asombro.

Una oleada de calor me invadió. Podría haber llorado. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no lagrimear. Venía con tanto a cuestas. Y, sin embargo, no parecía importarle. Más que eso, lo veía como algo bueno. Nunca me había sentido más enamorada en mi vida.

—¿Por qué no me has contado nada de esto antes? Si fuera como tú, sería lo primero que le diría a la gente.

—No lo sería.

—Yo creo que sí —dijo, con la primera sonrisa después de mucho tiempo. Me estaba volviendo adicta a esas sonrisas.

—No lo creo —le dije, sin poder ocultar lo triste que me ponía el tema—. Pero gracias por decirlo. Creo que deberíamos ponernos a estudiar.

—Ah, sí. Tenemos un examen mañana.

Cage se detuvo y me observó.

—¿Te sabes todo el libro de memoria?

—No funciona así. Por lo menos no en mí. Tengo que estudiar igual que tú. Solo que me resulta más fácil.

—Ah. Está bien —dijo Cage, y puso la atención en los libros que estaban en la cama entre nosotros.

Le conté lo que se había perdido de las primeras clases, pero me resultaba difícil mantener la concentración. De vez en cuando, levantaba la mirada. Y, cuando lo hacía, me regalaba una de esas sonrisas que me derretían el

corazón.

Seguía adelante porque Cage necesitaba entender todos los temas para aprobar el examen. Pero era difícil no derretirme con su mirada. No quería separarme de él nunca más. Saber que no podía tenerlo me destrozaba el corazón.

—Eso es todo. Creo que ya sabes todo lo necesario —le dije, después de que me repitiera lo último sin tener que consultar el libro.

—Creo que sí —dijo, con orgullo—. Nos ha llevado bastante tiempo.

—¿Sí? —le pregunté, mientras tomaba mi teléfono—. ¿La una y media?

—El tiempo vuela cuando te diviertes —dijo, pecaminosamente encantador.

—¿Las apps de viajes compartidos todavía funcionan a esta hora?

—En la ciudad, sí. Pero no vas a conseguir que vengan a buscarte hasta aquí.

—Tal vez deba tomar un taxi.

—O podrías quedarte a dormir. Tengo que ir a entrenar mañana antes de clase. Puedo llevarte de regreso al campus temprano.

—¿Quedarme a dormir? —le pregunté. Sentí cómo se me aceleraba el corazón—. Supongo que podría dormir en el sofá.

—No vas a dormir en el sofá. Además, seguramente mi papá se ha quedado dormido ahí.

—Supongo que podría dormir en el suelo.

—No vas a dormir en el suelo. Te has tenido que quedar hasta tarde porque me estabas ayudando a estudiar. En todo caso, yo dormiré en el suelo.

—No puedes dormir en el suelo. No es bueno para tu espalda. Por cierto, ¿cómo está? —le pregunté. Recordaba que le dolía la noche que habíamos comenzado con las clases particulares.

—¿Mi espalda?

—Sí. ¿Recuerdas que te dolía?

—¡Ah, sí! Mmm… sigue un poco dolorida, pero no tanto como ese día. Probablemente era por la tensión que sentía esa noche.

—¿Te daba miedo no poder jugar la próxima temporada?

—Sí, algo así.

—Entonces, si ninguno de los dos va a dormir en el suelo, ¿dónde vamos a dormir? —le pregunté, con la esperanza de que dijera lo que deseaba.

—Podríamos compartir la cama.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—¿Por qué no lo sería? Solo vamos a dormir.

O a no dormir, teniendo en cuenta lo fuerte que me latía el corazón de solo pensarlo.

—De acuerdo. Supongo que tienes razón.

—De acuerdo —dijo, con confianza.

Despejamos de la cama y nos miramos fijo el uno al otro.

—¿Quieres que te preste algo para dormir? No creo que quieras acostarte

con jeans. Puedo darte una camisa.

—Mm, bueno, vale —le dije. Estaba demasiado nerviosa.

Cage fue hasta el armario y tomó una camisa de franela roja. Lo había visto usando esa camisa.

—¿Te parece bien esta? Creo que está limpia.

Me la dio y me la llevé a la nariz. Inhalé, y mi cerebro quedó inundado por su aroma. Cada parte de mi cuerpo se encendió. Su esencia me embriagaba. Me invadió una oleada de calor. Nunca había sentido nada igual.

—¿Te parece bien? —me preguntó, dudoso.

Apenas podía hablar.

—Sí, está bien —tartamudeé, segura de que me había puesto roja.

—Me daré la vuelta para que te puedas cambiar. ¿Te molesta si me pongo cómodo?

—No, adelante —le dije, y se dio la vuelta hacia el armario.

Observé la espalda del hombre con el que estaba a punto de compartir la cama. Tenía el cuerpo perfecto y proporcionado de un jugador de fútbol americano. Los hombros eran anchos y musculosos, y su cintura era estrecha. Había otra parte de su cuerpo que ahora podía mirar. No podía apartar los ojos de ahí hasta que movió las manos al botón y sus pantalones ajustados se aflojaron.

Me giré rápido y le di la espalda. Despacio, me quité la ropa. Solo podía pensar en lo que estaba pasando detrás de mí. Cage se estaba desnudando. Lo único que tenía que hacer para verlo era darme vuelta.

Moría de ganas de hacerlo, pero me aguanté… hasta que me ganó la curiosidad y le eché un vistazo. Era de los que usaban bóxer. Y su espalda desnuda se marcaba como si estuviera tallada en mármol.

—¡Ah! —exclamé al verlo.

—¿Pasa algo? —me preguntó Cage, lo que me hizo darme la vuelta.

—No, solo trato de entender esta camisa.

—Es un camisa común y corriente —bromeó—. Tiene botones, mangas…

—Sí, ya lo logré —le respondí, mientras me apresuraba a ponérmela y quitarme los pantalones.

Miré hacia abajo para ver cómo me quedaba. Me cubría mucho. Sabía que Cage era grande, pero yo nadaba dentro de la camisa como si fuera una niña usando la ropa de su padre.

Al bajar la mirada percibí otra vez el aroma de Cage. Me dejó sin aliento. El corazón se me aceleró y abrí la boca para recobrar la compostura. Era como si me hubiera olvidado de cómo respirar.

—¿Estás vestida? —me preguntó Cage, y me trajo de vuelta a la realidad.

—Sí.

—¿Puedo darme la vuelta?

—Sí —le dije, girándome yo también.

—¡Vaya! —exclamó Cage al verme.

—¡Vaya! —exclamé yo, al ver al hombre más hermoso que jamás hubiera visto sin camisa por primera vez—. ¿Vas a dormir así? —le pregunté. No sabía si iba a poder dormir teniéndolo al lado solo con pantalones deportivos.

—Sí. ¿Te molesta? —me preguntó, dudando.

—No, para nada —le respondí, encandilada por lo que veía—. Deberíamos acostarnos —le dije. Recién entonces me di cuenta de que las sábanas también tendrían su olor.

—Hagámoslo —dijo él.

Nos metimos en la cama y nos tapamos con la sábana. Ambos nos tumbamos de espaldas y nos quedamos mirando el techo.

—Debería apagar la luz —me dijo Cage.

—Supongo que sí —le dije. Apenas podía escucharlo, el sonido de los latidos de mi corazón era ensordecedor.

Cage se levantó, fue hasta el interruptor de la luz, que estaba junto a la puerta, la apagó y regresó a la cama en la oscuridad.

Mis ojos tardaron un poco en adaptarse a la oscuridad, pero era una noche de luna. Aún sin saber bien qué estaba pasando, me quedé boca arriba sin mirarlo. No se movió en ningún momento. ¿Ya se había quedado dormido? ¿Podría haberse dormido tan rápido?

Nos envolvía un silencio ensordecedor y podía sentir su aroma a mi alrededor. No podía soportarlo más. Cage estaba tan cerca que era una tortura no tocarlo. Tenía que al menos ver el hermoso cuerpo cuyo calor me consumía. Así que, como si fuera lo más natural del mundo, rodé y me acosté de lado.

Enterrada en las sombras, abrí los ojos. Él también estaba de lado, frente a mí. Tenía los ojos cerrados. Tal vez estuviera dormido. Si lo estaba, podía mirarlo sin que nada me lo impidiera. Podía examinar el contorno de su rostro anguloso y masculino.

Cage era el hombre más hermoso que hubiera visto en mi vida. El cabello ondulado caía sobre su frente; los anchos hombros estaban descubiertos; el pecho tenía algo de vello. Sentía el deseo desesperado de tocarlo. El calor de su piel junto a la mía era suficiente para vivir por el resto de mi vida.

Necesitaba estar más cerca de él, así que moví una mano en el espacio de la cama que quedaba entre nosotros. Estaba a unos centímetros de su cuerpo dormido, pero no me atrevía a acercarme más. Aunque lo deseaba… Lo deseaba muchísimo, pero sabía que no podía… Hasta que, como si hubiera sentido mi acercamiento, Cage movió su mano a menos de dos centímetros de la mía.

Podría sentir su calor en mí. Apenas podía respirar. El corazón me latía muy fuerte. Abrí la boca. No podía soportarlo más. Necesitaba estar más cerca. Estar lejos de él me dolía demasiado.

Lentamente, estiré los dedos. No eran lo suficientemente largos. Él estaba ahí. Podía sentirlo. Tendría que mover toda la mano si quería tocarlo. Sin embargo, ¿podía hacer eso? ¿Debía hacerlo?

Al final, esa vacilación no importó porque, como si él también lo necesitara, acercó su fuerte mano a la mía y la colocó encima. Fue él quien lo hizo. Podían ser los reflejos de alguien dormido, pero me pareció que no era eso. Quería tomarme la mano y yo quería tomar la suya.

Así que moví los dedos con delicadeza y dejé que los suyos cayeran entre los míos. Cuando lo hicieron, los volví a mover, para que estuvieran en contacto. Era todo lo que había soñado. Intentaba respirar sin hacer ruido, pero era el momento más erótico de mi vida. Su piel era como un viento que se arremolinaba sobre mi cálido cuerpo.

Estaba enamorada de Cage. Ya no podía negarlo. Estábamos tomados de la mano bajo la luz de la luna. No había otro lugar del mundo en el que hubiera preferido estar. Quería que el momento durara para siempre. Se extendió durante horas, pero, finalmente, mi exhausto corazón se tranquilizó y me quedé dormida.

Capítulo 8

Cage

Me estaba enamorando de Quin. No podía negarlo. Mientras yacía en la luz de la mañana, habiendo dormido casi nada, lo único en lo que podía pensar era en cómo haría para tocarla de nuevo.

Cuando la había oído poner una mano en la cama entre nosotros, había adelantado mi mano en busca de la suya. No sabía si debía hacerlo o si ella quería que lo hiciera, pero no había podido detenerme. Necesitaba a Quin. Me moría de ganas de estar con ella. Sentía que me iba a volver loco sin ella. Y estar tan cerca sin poder abrazarla era una tortura.

Estaba a punto de terminar con esa dolorosa agonía cuando me moví y algo comenzó a sonar. Cuando sucedió, me di cuenta de que seguía medio dormido, porque me terminó de despertar. Conocía ese sonido. Era mi despertador. Me había olvidado de desactivarlo.

O, probablemente, no había sido tan tonto como para desactivarlo. Desde que había conocido a Quin, dormir ocho horas era imposible. Incluso si me acostaba temprano, cuando estaba solo y a oscuras era cuando más pensaba en ella. Tenerla ahí en ese momento era como un sueño hecho realidad.

La alarma volvió a sonar. Cierto, la alarma. No quería que despertara a Quin.

En lugar de dejar que sonara como hacía siempre, abrí los ojos para ver dónde estaba. Yo estaba del lado derecho de la cama. El despertador estaba del lado izquierdo. Tenía que pasar por encima de Quin para apagarla.

Sin pensarlo, me subí a horcajadas de ella y presioné el botón para apagar el despertador. Cuando dejó de sonar, me di cuenta de dónde estaba. Aunque nuestros cuerpos no se tocaban, estaba encima de ella. Me quedé helado y miré hacia abajo. Quin estaba acostada boca arriba.

¡Joder! Deseaba inclinarme y besarla. Estaba ahí. Tan cerca. En ese instante, abrió los ojos.

La miré. Me había atrapado. Ella sonrió, ¿o se ruborizó?

—Buenos días —dijo, con la voz ronca por el sueño.

Mirándola, me relajé.

—Buenos días —le dije. Le eché una buena mirada y luego volví a mi lado de la cama—. Lo siento.

—No. Me gustó —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te gustó la alarma?

—Oh, pensé que te referías a… —Se sonrojó de nuevo— No me molestó. ¿Eso significa que tenemos que levantarnos? Es muy temprano.

—Tengo que ir a entrenar. El viaje es largo.

Quin se retorció de manera adorable.

—¿No podemos dormir un poco más? ¿Apenas un ratito? —me preguntó Quin, mientras posaba sus hermosos ojos en mí. Esos ojos me pedían que la

abrazara.

—Tú sí, pero yo tengo que levantarme. El partido de postemporada es el sábado. Hoy es el último entrenamiento antes del juego. No puedo llegar tarde.

—De acuerdo —dijo Quin, decepcionada.

La miré a los ojos y pensé cuándo podría estar con ella de nuevo.

—¿Te gustaría ir al partido? ¿Has ido alguna vez?

—¿Quieres que vaya a tu partido? —me preguntó, con una sonrisa.

—Sí. ¿Por qué no querría?

—No lo sé. Me pareció que era tu espacio personal o algo así.

—¿Espacio personal?

—Ya sabes, la actividad que compartes con tu novia y esas cosas —me dijo, dudosa.

—En primer lugar, el estadio tiene capacidad para veinte mil personas. Hay sitio para todos. En segundo lugar, no sé hace cuánto que Tasha no va a verme jugar. Deberías ir. Así verás a qué se debe todo el alboroto.

—Puedo ver a qué se debe el alboroto desde aquí —dijo, y mi corazón se derritió.

—Me refiero a por qué es tan importante para mí aprobar esa clase para la que nos quedamos estudiando toda la noche.

—Ah, muy bien. Vale.

—Te conseguiré un par de entradas. Puedes llevar a Lou.

—No sé si le gusta mucho el fútbol americano.

—¿Le gustan los jugadores de fútbol? —le pregunté, con una sonrisa.

—Mientras sean hombres, les gustan —bromeó.

—Genial. Dile que habrá muchos hombres en el campo de juego —le dije, con una sonrisa.

Quin se rio entre dientes. Me encantaba su risa.

—Ya veremos.

—Genial.

—¿Vas a ganar?

—¿Por ti? Cualquier cosa. No habría aprobado la clase sin ti.

—Todavía no la has aprobado —me recordó.

—Pero lo haré. Me tengo confianza. Eres una buena tutora. Gracias.

—¿Eso significa que se han acabado nuestras clases particulares?

La miré mientras caía en la cuenta de que así era.

—Supongo que sí.

La idea de no tener una excusa para estar con ella me rompió el corazón.

—Tienes que ir al partido. Lo digo en serio. Prométeme que irás, incluso si Lou no te acompaña.

Quin me miró a los ojos y sonrió.

—Iré. Te lo prometo.

—Bien. Y ahora tengo que levantarme.

Salí de la cama y abandoné el cuarto en dirección al único baño de la casa.

Dejé a Quin, cerré la puerta del dormitorio detrás de mí y comencé a prepararme para el día.

Cuando regresé a la habitación, Quin estaba vestida y lista para partir. Mientras ella se arreglaba, hice un batido para desayunar y preparé mi mochila.

En el viaje de regreso a la ciudad, Quin siguió tomándome lección. Gracias a ella, realmente me sentía preparado para el examen. Nadie podría haberme ayudado más que ella. Tenía muchas ganas de que me fuera bien en el examen.

Resultó ser un genio. Yo no estaba ni cerca de serlo. Pero al menos quería demostrarle que no era un tonto. Quería ser digno de estar con alguien como ella, aunque no pudiéramos estar juntos.

Le había mencionado la idea de romper con Tasha, pero no había obtenido la respuesta que esperaba. Creo que esperaba un poco más de entusiasmo de su parte. Si iba a desarmar mi mundo para estar con ella, necesitaba saber que no iba a ser en vano.

Su respuesta había sido positiva, pero no motivadora. Eso dejaba las cosas en mis manos. Tenía mucho en qué pensar. Pero, antes de eso, tenía un entrenamiento, un examen y el que probablemente sería el partido más importante de mi vida.

Los equipos de la NFL suelen pedir videos de los candidatos para que entren a jugar en la liga a comienzos del año escolar. Luego de ver los miles de horas de grabación que reciben de todo el país, los equipos eligen a dónde enviarán a los reclutadores.

Los cazatalentos van a verlos jugar en persona en los partidos de postemporada. En las vacaciones de invierno, muchas personas concurren a los partidos de fútbol universitario de postemporada, y muchas otras los ven por televisión. De esa manera, los reclutadores pueden ver cómo juegan bajo presión. Cuando terminan los partidos de postemporada, la mayoría de los equipos saben a qué jugador pondrán en el sistema de selección. Es el momento en el que los jugadores pueden convertirse en profesionales.

Yo era un estudiante del último año, así que ese sería mi último partido de postemporada. Tenía que hacerlo bien. De lo contrario, todo lo que todos habían sacrificado para que yo llegara hasta ahí habría sido en vano. Pero no, la relación con mi padre no estaba en juego y yo no sentía el peso del mundo sobre mis hombros. ¡Para nada!

—¡Suerte en el entrenamiento! —me deseó Quin, cuando la dejé en su apartamento.

—Gracias.

—Nos vemos en el examen. Y no te preocupes, para eso no necesitas suerte. Te irá bien —dijo, con una sonrisa.

—Gracias… por todo —dije, completamente cautivado.

La observé mientras se alejaba. Qué bien se veía. Se volvió una última vez antes de desaparecer por la puerta.

Sentado en mi camioneta, lo que quería se volvió claro. No podía imaginarme un futuro sin Quin. En muy poco tiempo, se había convertido en todo para mí. Pero ¿qué coño se suponía que hiciera?

Por suerte, no tenía tiempo de pensar en ello. Si no me dirigía al entrenamiento en ese instante, llegaría tarde.

—¡Llegas tarde!

—Lo siento, entrenador. Me he quedado despierto toda la noche estudiando —me excusé, mientras pasaba corriendo junto a él de camino al vestuario, para cambiarme.

Me siguió.

—Estudiar, ¿eh? Es curioso que lo estés haciendo sin un tutor. Será mejor que no me estés mintiendo, Rucker. Si no apruebas esa materia, te suspenderán. Y no habrá nada que pueda hacer para ayudarte.

—Le juro que tengo una tutora. Le he dicho mil veces que se contacte con su oficina, pero me parece que no necesita el dinero. De cualquier forma, aprobaré la materia. Es muy buena profesora. Me ha preparado muy bien.

—Será mejor que estés preparado.

—Entrenador, estoy preparado.

—Mmm… —masculló, y me miró con sospecha.

No sabía qué estaría pasando por su cabeza ni qué significaría eso, así que me lo quité de la mente dándolo todo en el entrenamiento. Cuando terminamos, estaba al borde del vómito.

—Tengo que irme, entrenador. Tengo el examen final —le dije, con los ojos fijos en el reloj gigante al otro lado del estadio.

—¡Haz el examen y regresa! Tenemos que practicar más jugadas.

—Entendido.

Antes de cruzar el campus, me quité el casco y las hombreras. A diferencia de la primera vez, llegué al comienzo de la clase. No quedaban asientos libres cerca de Quin, así que me senté al frente.

—Buena suerte, señor Rucker —me dijo la profesora, al entregarme el examen.

—Gracias —le respondí. Luego, miré hacia atrás en busca del único aliento que me importaba.

Quin me sonrió y movió los labios:

—Lo tienes —articuló.

Yo le respondí con un «Gracias».

Resultó que Quin tenía razón. Era el examen más fácil que hubiera hecho en mi vida. Sabía que era solo gracias a la preparación de Quin. Era como si hubiera sabido lo que iban a tomar en el examen. La chica era increíble.

Me preocupé un poco al ver que era el primero en terminar. Entregué el examen incluso antes que Quin. No era posible que eso estuviera bien. Probablemente no había revisado las respuestas lo suficiente. Pero ya era tarde. Tenía que volver al entrenamiento.

Cuando le entregué el examen a la profesora, ella me miró sorprendida. No

iba a hacer nada que indicara que me había resultado fácil. Sabía que eso sería tentar mi suerte.

Pero sí hice contacto visual con Quin al salir. La miré con arrogancia, para hacerle saber que había sido pan comido. Hizo un esfuerzo para no reír y volvió a su examen.

Al salir del salón, pensé en esperarla. No podía faltar mucho para que terminara. Pero le había dicho al entrenador que regresaría tan pronto como terminara. Además, no quería ser el gilipollas que andaba por el pasillo vestido con su uniforme de fútbol americano.

Atravesé el campus corriendo y llegué a tiempo para los videos. Había mucho que repasar. Después de eso, volvimos a repasar las jugadas. El entrenador nos estaba preparando como Quin me había preparado para el examen. Cuando pude tomar mi teléfono, estaba exhausto y listo para irme a casa.

Lo encendí y encontré un mensaje de Quin.

«¿Qué te pareció?».

«Muy fácil», respondí. «Menos mal que te habías robado las preguntas del examen. Si no, no podría haber aprobado».

Era una broma, pero Quin no respondió.

«Irás el sábado, ¿verdad?».

«Por supuesto», respondió de inmediato.

«Dejaré las entradas a tu nombre en la boletería».

«Genial. Gracias».

«No, ¡gracias a ti!». No sabía cómo expresarle lo agradecido que estaba.

No merecía tener a alguien como Quin en mi vida. Mi vida era un lío. Estaba de novio con una chica a la que no amaba. Tenía miedo de salir de casa y que, al volver, mi padre no estuviera. Y mi carrera sin duda me iba a alejar de ella.

Quin era demasiado asombrosa y merecía a alguien mucho mejor que yo. De seguro ella pasaría a la historia. Y, además, era dulce, atenta y brillante. ¿Quién era yo al lado de todo eso?

—Irás al partido del sábado, ¿verdad, papá? —le pregunté, cuando lo encontré bebiendo frente al televisor.

—Sí —dijo, sin mirarme.

No le quité los ojos de encima. Había intentado ignorar lo que Quin había dicho, pero sus palabras me daban vueltas en la cabeza. Sin saber acerca de las cosas que mi padre decía, borracho, acerca de que yo no era su hijo, Quin había llegado a la conclusión de que era adoptado.

No podía ser una coincidencia. Quin era extremadamente inteligente. Sabía todo eso sobre los hoyuelos. No era posible que se hubiera confundido con los hoyuelos del trasero. No era posible.

Y, más allá de los hoyuelos, había otras cosas que no eran tan difíciles de ver. Mi padre era un hombre pelirrojo, que iba del rosa pálido al rosa pecoso. Quin me había dicho que era normal que los pelirrojos tuvieran hijos de

cabello oscuro. Y eso era lo que me decía a mí mismo cuando era un niño.

Pero, además de eso, mi papá era zurdo y yo era diestro. Le gustaban comidas que a mí me parecían repugnantes. Él era muy peludo, mientras que, a mí, a los veintiuno, todavía me costaba mucho que me creciera la barba. Y estaba bastante seguro de que él era daltónico. Era eso o rechazaba el mandato social de ponerse medias del mismo color

Ninguna de esas cosas significaba nada por sí sola. Pero si las sumaba todas… Siempre me habían hecho pensar. Ahora tenía que agregar las cosas que me decía mi padre borracho y lo que Quin había dicho sobre los hoyuelos. Ya no podía seguir mirando para otro lado.

—¿Qué? —preguntó mi padre, que sentía mi mirada.

¿Debía preguntárselo mientras todavía estaba sobrio? ¿Sería mi pregunta lo que lo haría marcharse? No podía lidiar con eso. Al menos, no en ese momento.

—¿Qué? —preguntó de nuevo, ya un poco molesto.

—La entrada estará a tu nombre en la boletería —le dije. Aparté la mirada y me dirigí a mi habitación.

Su respuesta fue un gruñido.

—Muchacho…

—Sabes que no me gusta que me llames así —le dije.

—Sabes que habrá reclutadores el sábado, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Estás listo?

—El entrenador nos ha preparado.

—Bien. ¿Quién era esa chica que vino anoche?

Dejé de caminar cuando nombró a Quin. Si quería que Quin fuera parte de mi vida, iba a tener que hablar con mi padre sobre ella en algún momento.

—Te lo dije. Es mi tutora.

—Se quedó a dormir.

—Estábamos estudiando para el examen que tenía hoy, y se nos hizo tarde.

Gruñó sin apartar los ojos de mí.

—Por cierto —le dije—, sé que ella te cae bien, pero no creo que las cosas estén funcionando con Tasha.

—Haz que funcionen. Es buena para ti. A los equipos les gustará.

—No puedo estar con alguien porque tal vez a algún equipo le guste cómo nos vemos juntos. La vida es más que eso.

—¿Sabes cuánto he sacrificado para que estés donde estás? No podrías ni imaginarlo.

—Y te lo agradezco, papá. Pero no veo qué relación tiene eso con mi pareja.

—No vayas a arruinarlo ahora, muchacho.

—No estoy arruinando nada. Solo te estoy diciendo que puede que ella no sea la indicada.

—¿Y quién lo es?

—No lo sé. Pero hay muchos peces en el océano.

—Y ninguno de ellos hará lo que ella puede hacer por ti.

—¿Te refieres a estar a mi lado el día de la selección y lucir bonita? No puedo basar mi vida en un momento que tendrá más que ver con la forma en la que juegue el sábado que con la persona con quien salgo.

—No vayas a arruinarlo, muchacho.

—Te he dicho que no me llames así.

—Te llamaré como me salga de los cojones, muchacho.

—Bien, se acabó —le dije, al ver hacia dónde se dirigía la conversación.

—No me dejes hablando solo —exclamó, cuando me marché a mi habitación y cerré la puerta.

—Más te vale que no lo arruines. Más te vale que no lo arruines, muchacho. Es lo mejor que te puede pasar. No eches todo a perder por un culo.

Me había escuchado. Había entendido lo que había insinuado con Quin, y estaba claro que no lo aprobaba. De todas formas, no importaba. Me estaba enamorando de ella, y no había nada que mi padre pudiera hacer para impedirlo.

Si Quin me lo permitía, sería mi novia. A otros podía parecerles que tenía otras opciones, pero no las tenía realmente. No podía estar lejos de ella ni aunque lo intentara. Me había atrapado, y nada de lo que sucediera iba a cambiar eso.

«¿Tienes las entradas?», le escribí en un mensaje a Quin, mientras estaba sentado en el vestuario esperando a que comenzara el partido.

—Guarda ese teléfono, Rucker. Concéntrate en el juego —me dijo el entrenador, y me obligó a guardarlo antes de recibir una respuesta de Quin.

Aguanté lo más que pude, con los ojos fijos en pantalla, hasta que el teléfono estuvo de vuelta en mi mochila. Y nada. Le había escrito el día anterior, y me había dicho que ella y Lou irían al partido. Le dije que me aseguraría de ganar para que se divirtieran. Me había dicho que le hacía ilusión, pero nada más.

Esperaba más de ella. La verdad era que me estaba costando relacionarme con ella desde que había terminado la clase. Estudiar había sido nuestra excusa para pasar tiempo juntos. Sin eso, lo único que quedaba era lo que sentía por ella. Pero no me parecía correcto decirle lo que sentía mientras todavía estuviera en una relación con Tasha.

Por otro lado, Tasha no estaba a la vista. Le había dejado entradas a su nombre en la boletería como siempre, pero hacía días que no hablábamos. Habría dicho que nuestra relación estaba terminada. Pero, siempre que desaparecía así, volvía y me recordaba el sueño que habíamos tenido en el que yo viajaba por el país jugando para la NFL y ella trabajaba en alguna organización benéfica.

No sabía por qué ese sueño siempre me hacía hacer la vista gorda sobre lo

mala que era nuestra relación. Pero no podíamos seguir así. No sabía cómo quería que fuera mi vida, pero cada vez estaba más seguro de que no quería que fuera de ese modo.

¿Cómo haría para decírselo a Tasha? ¿Cómo haría para decírselo a mi padre?

Entré al campo de juego y miré las gradas. Estaban atiborradas de gente. Sabía cuáles eran los asientos de Quin, pero no había forma de distinguirla desde donde estaba. Pasada la primera fila, el estadio se convertía en una mancha de puntos coloridos y vítores. Por lo general, me gustaba que fuera así. Pero, ese día, deseaba poder ver al menos a una persona.

¿Habría ido? En cualquier caso, iba a jugar como si lo estuviera haciendo solo para ella. Quería que estuviera orgullosa de mí. Quería que creyera que yo era digno de alguien tan especial como ella.

Nuestro equipo ofensivo salió al campo para comenzar el partido. Como mariscal de campo, examiné la línea defensiva en busca de todas las debilidades que el entrenador nos había enseñado a detectar. No vi nada hasta que el último hombre en la línea ofensiva, el ala cerrada, se movió, lo que indicaba que creía que podía hacerle un hueco a nuestro corredor.

Habíamos ejecutado esa jugada en más de diez partidos. El otro equipo lo sabía. Eso significaba que buscarían adaptarse tan pronto como comenzáramos con la jugada. Entonces, si llamaba la jugada y esperaba a que la defensa se comprometiera…

—Naranja, cincuenta y dos, verano, caminata —le dije el plan a mi equipo.

Como era de esperarse, nuestro ala cerrada abrió un agujero en su línea defensiva. Tan pronto como lo hizo, nuestro corredor salió disparado detrás de mí en busca de un pase. Envolvió sus brazos alrededor del aire y cargó contra la línea, lo que hizo que la defensa colapsara en su posición. El safety derecho se puso en su lugar para detener a nuestro corredor si lograba pasar. Y el jugador que estaba marcando a nuestro receptor abierto también se movió para respaldar al safety.

Fue entonces cuando nuestro receptor se abrió y corrió por el campo. Había llegado el momento. Estaba libre. Solo tenía que permanecer de pie el tiempo suficiente para que él alcanzara la línea de diez yardas.

Los gruñidos de esos hombres de más de ciento treinta kilos resonaban en mis oídos. Se estaban acercando. Mi corazón latía con fuerza.

«No pierdas la calma. Espera», me dije a mí mismo.

Cuando mis compañeros no pudieron contener más su línea, su apoyador salió disparado como una bala. Venía por mí. Tenía que lanzar la pelota. Eché el brazo hacia atrás y la solté. En el momento en que la pelota salió de mis dedos, un tren de carga me golpeó y me tiró al suelo.

Tumbado, escuché el asombro de la multitud. Todos miraban algo. Era mi pase. Había logrado hacerlo a tiempo. La pelota pasaba las cuarenta yardas. Le tomó un tiempo llegar. Pero, cuando lo hizo, los gritos de la multitud fueron ensordecedores.

—¡Anotación! —gritó el presentador.

Veinte mil personas se pusieron de pie de un salto. Celebración. Agonía. La emoción que me generaba todo eso era asombrosa. Dan corrió hacia mí y me ayudó a levantarme.

—¡Eso es, tío! —gritó, y me dio una palmada en la espalda.

Mientras trotaba por el campo y observaba a los espectadores enloquecidos, había una sola persona a la que quería ver. Volví a mirar hacia su sección. Había demasiada gente y estaba demasiado lejos. No la vi. Me hacía doler el pecho pensar que tal vez no estuviera.

Estuve encendido durante el resto de la primera mitad. Nunca en mi vida había jugado mejor. Tenía que agradecérselo a mi línea ofensiva, por supuesto. Y no importaba lo bueno que fuera el lanzamiento si mis receptores no atrapaban la pelota. Pero era mi nombre el que la multitud coreaba mientras abandonábamos el campo de juego en el entretiempo.

Corrí hasta mi casillero. Lo único que me importaba era revisar mis mensajes. Hubiera dado cualquier cosa por ver el nombre de Quin en la pantalla. Me arranqué el guante para desbloquear el teléfono, lo arrojé a un lado y miré la pantalla.

Había dos mensajes de ella. Uno decía: «Tengo las entradas. ¡Estoy entrando al estadio!». Y el otro decía: «¡¡¡GUAU!!!». Eso era todo, pero era suficiente.

Estaba tan feliz que me sentí borracho. Me había visto hacer lo que mejor sabía hacer. Nada podía hacerme sentir mejor.

Cuando entré al campo para la segunda mitad, estaba fuera de mí. Sentía que resplandecía. Me sentía intoxicado. Por suerte, empezábamos el segundo tiempo jugando a la defensiva. Me dio unos minutos para recomponerme.

Por mucho que trataba de concentrarme, no podía evitar buscarla entre la multitud. Estaba ahí, en alguna parte. Sentía su mirada sobre mí. Quería presumir para ella. De regreso al campo, con el casco en la mano, convoqué una serie de jugadas que nos garantizarían el triunfo.

Comenzamos con unos pases que nos acercaron a la zona de anotación. Solo necesitaba estar a treinta yardas. Eso era todo.

Cuando mi último pase nos dejó ahí, reuní a los muchachos en un grupo y les indiqué la gran jugada. Me miraron dudosos, pero yo era el mariscal de campo. Así que me escucharon.

En la línea, grité para que hicieran el saque inicial. Con la pelota en la mano, estiré el brazo para lanzarla. Después de un desfile de pases, la línea defensiva dio un paso atrás. Fue entonces cuando bajé la pelota, me la metí debajo de mi brazo y comencé a correr.

Cogido por sorpresa, el otro equipo tardó en reaccionar. Abrió una brecha en la línea lateral. Veía la zona de anotación delante de mí. Quería esa anotación. Quería que Quin me viera haciéndolo.

El safety corría en mi dirección. Iba a llegar a mí antes de que yo llegara a la meta. Tenía dos opciones. Podría salir de la zona de juego o podría

arriesgarlo todo y seguir corriendo.

Deseaba esa anotación. La deseaba con desesperación. Aumenté la velocidad y tomé una decisión. Nada me iba a detener.

Cuando estábamos a un metro de distancia, el safety arremetió. En ese momento, salté. Iba a saltar por encima de él. Lo había visto en películas y en partidos espectaculares. Podía hacerlo.

Me alejé del suelo y vi como el safety quedaba debajo de mí. No había logrado la altura necesaria. Iba a tener que pisarlo para adelantarme. Pero, cuando mi pie descendía hacia su cuerpo, sentí su mano.

Era difícil saber qué había pasado después de eso. Escuché un crujido cuando mi cuerpo golpeó el suelo.

Primero no sentí nada y luego sentí el rugido del fuego. El dolor que me atravesaba era distinto a todo lo que había sentido antes. Venía de mi pierna izquierda. Algo se había hecho añicos.

Me habían dicho que los atletas sabían cuando una lesión le ponía fin a su carrera. Solía preguntarme cómo se sentiría. No tenía que preguntármelo más. Porque, en ese momento, supe que era el final.

Capítulo 9

Quin

—¡Dios mío! ¿Qué acaba de suceder? ¿Por qué no se levanta? ¿Lou, qué está sucediendo? ¿Lou? —le pregunté, y me giré hacia ella.

Con la cara pintada con los colores de la universidad, Lou miraba el campo de juego con la boca abierta. Como todos los demás, se había quedado sin palabras.

Volví a mirar hacia adelante y vi a los médicos corriendo hacia el campo. Cage se movía con tanto dolor que apenas podían acercarse a él. No podía creer lo que estaba viendo. Era una pesadilla.

Un momento después, un paramédico estaba acercando una camilla hacia Cage. Se necesitaron dos hombres para subirlo. Me caían lágrimas por las mejillas. Estaba atónita. No sabía cómo ayudar, pero tenía que hacer algo.

—Tengo que ir con él —le dije a Lou.

—Sí. Por supuesto. ¿A dónde vamos?

—No lo sé. ¿Al vestuario?

—Te sigo —me dijo, y me dejó pasar.

Mientras me dirigía a las escaleras, me di cuenta de que había un problema: no tenía idea de a dónde iba. No solo era mi primera vez en el estadio de la universidad; era mi primera en cualquier estadio. Apenas había podido encontrar el baño antes.

Sin embargo, bajamos las escaleras desde el piso superior y deambulamos por los puestos de comida.

—Disculpe, ¿dónde están los vestuarios? —le pregunté a uno de los guardias de seguridad.

—Los visitantes no pueden acceder a los vestuarios —me respondió el hombre corpulento.

—Pero mi amigo se lesionó. Necesito verlo.

—Los visitantes no pueden acceder —repitió, y apartó la mirada.

Nos llevó casi una hora darle la vuelta al estadio y encontrar la entrada a los niveles inferiores. Llegamos a tiempo para ver una ambulancia que se alejaba con la sirena encendida.

—¿Crees que ahí va Cage? —le pregunté a Lou.

—Me imagino que sí —dijo, con un tono empático.

—Probablemente lo estén llevando al hospital más cercano, ¿verdad?

—Eso tendría sentido.

—Necesitamos ir.

—Estoy en eso —dijo Lou, mientras sacaba su teléfono para pedir un coche.

Entre la cantidad de gente alrededor del estadio y el tráfico, nos llevó otra hora llegar al hospital. Para ese entonces, me estaba volviendo loca de preocupación. El conductor nos dejó en la entrada de la sala de emergencias.

Entré corriendo con Lou a cuestas.

—Estoy buscando la habitación de Cage Rucker. Lo acaban de traer. Probablemente llevaba puesto el uniforme de fútbol —le dije a la mujer corpulenta que estaba detrás del escritorio.

—Lo he visto entrar. Creo que le están haciendo una resonancia magnética.

—Bien. ¿Dónde se la hacen?

—Va a pasar un rato hasta que le asignen una habitación.

—Entonces, ¿dónde lo espero?

La mujer extendió una mano para señalar los asientos frente al escritorio.

—Muy bien. ¿En cuánto debería volver a preguntar por él?

—Más o menos en una hora.

Me ponía mal que todo llevara tanto tiempo, pero sabía que no podía evitarlo. Lo más importante era que estaban atendiendo a Cage. Si se estaban ocupando de él, estaba dispuesta a esperar toda la noche.

No necesitaba el accidente para darme cuenta de lo mucho que me preocupaba por él. El dolor que sentía al pensar en lo que le había pasado era insoportable. Lo único que quería hacer era abrazarlo y no soltarlo.

Lou y yo nos sentamos y esperamos. Una hora después, volvimos a preguntar por Cage. Lo habían ubicado en una habitación en el tercer piso. La señora de la recepción no estaba segura de si me dejarían verlo, pero nos permitió subir para intentarlo.

Al salir del ascensor, vi algunas caras conocidas. En el pasillo estaban Tasha y el padre de Cage. Ambos se voltearon hacia nosotras. No estaba segura de lo que se suponía que debía hacer, pero avancé hacia ellos de todos modos.

Mientras me acercaba, el padre de Cage miró a Tasha. Cuando se volvió hacia mía, tenía una mirada oscura. No parecía abrumado por la preocupación, que era como me había imaginado que estaría. En cambio, comenzó a avanzar en mi dirección de una manera que hizo que se me encogiera el corazón.

—Eres la amiga de Cage, ¿verdad? ¿La tutora? —dijo, con los ojos fijos en mí.

—Sí, señor —respondí, mientras sentía un escalofrío por la columna vertebral.

—Ven aquí —me dijo, e hizo un gesto para que me alejara de Lou.

Tragué saliva. No me gustaba a dónde iba eso. Era aterrador mirar al hombre pelirrojo y entrecano. Cuando finalmente me acerqué a él, pasó un brazo por mis hombros, me tomó muy fuerte y me empujó dentro de una habitación vacía.

Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, el fornido hombre me había inmovilizado contra la pared. Me tenía atrapada. No podía escapar. Con su aliento caliente y cargado de alcohol en mi oreja, me dijo:

—Sé lo que estás haciendo. Le estás poniendo ideas en la cabeza. No va a funcionar, ¿me oyes? Si vuelves a acercarte a mi muchacho… —El padre de Cage hizo una pausa, sacó algo de su cinturón y apoyó una punta filosa contra

mi estómago— …te destriparé como a un cerdo. ¿Me oyes? Si lo llamas, le envías un mensaje, te acercas a él de cualquier manera, te mataré y, luego, mataré a tu amiga. Después, encontraré a tu familia y también los mataré. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Estaba atónita. No podía moverme. Como no le respondía, empujó la hoja con más fuerza contra mi estómago. Me estaba lastimando.

—Lo entendí —dije, aterrorizada.

—Bien. No quiero volver a ver tu rostro. Lárgate de aquí —me ordenó, antes de dejarme ir.

Tan pronto como me soltó, me alejé corriendo de él y salí de la habitación.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lou, al verme acercándome con terror en los ojos.

—¡Vámonos! —le dije, mientras la tomaba del brazo y la arrastraba hacia el ascensor.

—¿Qué estás haciendo? Acabamos de llegar.

—¡Vámonos! —insistí, sin atreverme a mirar atrás.

Apenas se abrieron las puertas del ascensor, me subí. Confundida, Lou me siguió. Pulsé el botón del vestíbulo continuamente hasta que se cerraron las puertas. Todavía no me sentía a salvo, así que me apoyé contra la pared y observé cómo descendían los números en el tablero.

—Quin, estás sangrando —me llamó la atención Lou.

Señalaba una mancha roja que estaba creciendo en mi camisa, en el lugar donde el padre de Cage me había apuñalado. No me dolió hasta que me levanté la camisa y la vi.

—No es nada. Estoy bien.

—¿Qué te ha hecho? —me preguntó Lou, horrorizada.

—No me ha hecho nada. Solo vámonos.

—¿Quin?

—¡Solo vámonos! —grité.

Lou no dijo nada más.

Salimos del hospital lo más rápido que pudimos. De vuelta en nuestro apartamento, cerré la puerta con llave y me fui a mi habitación.

—Quin, ¿estás bien?

No respondí. Cerré la puerta de mi dormitorio y me senté en el rincón más alejado.

Iba a hacer lo que el padre de Cage me había dicho. No volvería a hablarle nunca más. Si me escribía, no le respondería.

No tenía ninguna duda de que su padre me mataría. La expresión de sus ojos me había dicho que era capaz de asesinar a todos los que me rodeaban. El padre de Cage estaba loco. Estaba enamorándome de Cage, pero ¿estaba dispuesta a morir por él?

Capítulo 10

Cage

—La buena noticia es que eres joven, Cage. Después de la recuperación, podrás volver a jugar al fútbol —dijo el médico, con un tono tranquilizador.

—¡Qué bueno! —dijo mi padre, más feliz que yo.

—La mala noticia es que la rehabilitación llevará tiempo. No podrás jugar esta temporada.

—Es su último año. Es la última oportunidad que tiene de mostrarse y entrar al sistema de selección. No. Tiene que volver a jugar antes de que termine la temporada. No me importa lo que tenga que hacer.

—La recuperación no funciona así —intentó explicarle el médico a mi padre—. Lleva tiempo. Ni aunque quisiera podría volver antes del fin de la temporada.

—Pero puede jugar, ¿o no? Solo le dolerá un poco. Mi muchacho ya ha jugado con dolor. Es resistente.

El médico miró a mi padre con compasión.

—Entiendo su pasión por la carrera de su hijo. Pero, si vuelve a jugar antes de estar listo, el regreso será corto y podría generarle una lesión que no solo amenazaría sus perspectivas a largo plazo, sino que podría comprometer su movilidad por el resto de su vida.

—No me importa. Cúrelo. Vuelva a ponerlo en el campo de juego.

—¡Papá!

—Tienes que entrar en el sistema de selección. He sacrificado demasiado. No puedes fracasar ahora.

—Está diciendo que puedo perder la habilidad de caminar —le aclaré.

—Sabía que deberías haber entrado el año pasado —me dijo, con desprecio en los ojos—. Te lo dije. No me escuchaste. Y mírate ahora. Discapacitado. Inservible. Un gran saco de nada.

—Señor Rucker, quisiera recordarle que su hijo podrá volver a jugar al fútbol americano. Se recuperará por completo.

—¿Y a quién le va a importar? —le espetó mi padre.

El médico estaba probando un poco de lo que yo había aguantado toda mi vida. Fue reconfortante ver la expresión de horror en su rostro. Me ayudó a entender que había tenido un buen motivo para odiar a mi padre en los momentos en los que lo había hecho.

—No te preocupes, muchacho. Te recuperarás rápido. Siempre lo has hecho. Estarás jugando antes de que acabe la temporada. Créeme.

—No lo haré —solté, antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

—Sí, lo harás.

—Te estoy diciendo que no. No me importa si no me duele. No me importa si puedo saltar en ese pie durante horas. No volveré a jugar este año. Puede que nunca vuelva a jugar.

—Vas a volver a jugar —insistió mi padre.

—¿Alguna vez me has preguntado si quería jugar al fútbol?

—No importa lo que quieres. Eres bueno jugando.

—Sí importa, papá. Importa lo que quiero.

—Te he visto lanzar esos pases hoy. Ningún mariscal de campo sale del área de protección y corre la pelota para lograr una anotación si no ama lo que hace.

—Bueno, supongo que estás equivocado, porque hay una parte de mí que se siente aliviada de no tener que volver a jugar nunca más.

—Jugarás de nuevo. Te lo garantizo —dijo mi padre, mirándome con los ojos entrecerrados.

—No, papá. No lo haré —dije. Era la primera vez en mi vida que lo enfrentaba—. Se acabó. Me has obligado a hacerlo toda mi vida, pero has escuchado al médico. Se acabó.

—Ese hombre no sabe quién eres. Yo sí.

—No, papá. No lo sabes. Nunca lo has sabido. No volveré a jugar. Se acabó.

Después de veintidós años, no sabía de dónde estaba sacando el valor para decirle todo eso. Tal vez fuera gracias a haber conocido a Quin y a haberme dado cuenta de que podía tener una vida más allá del fútbol. Antes, todos mis amigos y todas las chicas con las que había salido estaban conmigo solo porque era Cage Rucker, estrella del fútbol y candidato de la NFL. Quin era la chica más considerada y maravillosa que había conocido, y no le importaba quién era. Además, ella ya cubría la cuota de fama de ambos.

A pesar del dolor, tal vez la lesión fuera una bendición. Era mi oportunidad de dejarlo. El médico había sido muy claro, estaría fuera del campo de juego por el resto de la temporada. El entrenador y mis compañeros de equipo lo entenderían. Los medios dirían que era una desgracia y se olvidarían de mí. Y yo tendría la libertad de hacer lo que realmente deseaba hacer. Todavía no estaba seguro de qué quería. Pero estaba seguro de que, fuera lo que fuera, Quin sería parte de ello.

Mi padre abandonó la habitación sin decir una palabra más. No había dudas de que se iba para emborracharse. Sin embargo, volvería. Lo conocía. No renunciaría a su fuente de ingresos tan rápidamente. Yo había tomado una decisión al respecto, pero a él nunca le había importado lo que yo quería. No se daría por vencido.

—Lo siento —dijo el médico, con compasión.

—Las lesiones son cosas que pasan —le dije, para ocultar el alivio que me daba que mi carrera futbolística se terminara.

—Me refería a tu padre.

—Ah. Sí —le dije. Por fin ya no me afectaba su maltrato—. Gracias.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

—Sí. ¿Ha venido alguien más a verme? ¿Tal vez una chica de cabello oscuro y con rulos, demasiado guapa?

—Puedo averiguar. Pero tus visitas no están restringidas. Si hubiera venido, la habrías visto.

—Bien. Gracias —dije, decepcionado.

Sin embargo, lo entendía. Estábamos comenzando algo. Pero todavía no estábamos en la etapa de ir corriendo al hospital por el otro.

No había dudas de que quería verla. Era la única persona que quería que fuera a verme. Estaba agradecido con todos los que habían ido. Pero mirar esos ojos hermosos siempre me alegraba el día. Era lo que necesitaba para sentir que todo iba a estar bien.

Al terminar el partido, inició un desfile interminable de compañeros de equipo y entrenadores que entraban y salían de la habitación constantemente. Todos me miraban como si estuviera en mi lecho de muerte. Era obvio que me había quedado fuera de la temporada. Se daban cuenta de lo que significaba para mis posibilidades de entrar en la NFL.

Yo les seguía el juego y me comportaba como si estuviera devastado. Pero, cada vez que alguien llamaba a la puerta, tenía que ocultar la ilusión de que fuera Quin y de que pudiéramos comenzar una nueva vida juntos.

No supe nada de Quin el primer día, pero estaba seguro de que aparecería al día siguiente. No lo hizo. De hecho, muchas de las personas que pensé que estarían no lo hicieron. Sabía que en parte se debía a que las vacaciones de invierno habían comenzado y que muchos se habían ido a casa.

Dan no podía costear el pasaje para volver a su hogar, así que me visitó un par de veces. Al igual que Tasha, que vivía a una hora de distancia del campus. Después del primer día, mi padre no regresó. Y Quin nunca apareció, lo que me resultaba muy confuso.

Intenté no afligirme. Era una buena persona. Seguro que tenía una buena razón para no visitarme.

Por mucho que lo pensaba, no sabía cuál era. Lo único que se me ocurría que tenía sentido era que hubiera comprado un pasaje para volver a su casa inmediatamente después del partido. Si fuera así, no habría tenido tiempo. Pero ¿por qué tampoco me había escrito?

Cuando me di cuenta de que no iba a hacerlo, decidí escribirle yo.

«Te había prometido un juego inolvidable, ¿verdad?», escribí.

Me quedé mirando el teléfono mientras esperaba la respuesta. Pasó un día y no me llegó nada. Estaba a punto de enviarle otro mensaje, pero llegó Tasha para llevarme a casa.

Se lo habría pedido a mi padre, pero él tampoco me contestaba los mensajes. No quería pensar en lo que eso significaba. No podía estar tan enojado conmigo, ¿verdad?

Tenía que haber escuchado lo que había dicho el médico. Regresar esa temporada podría causarme daños permanentes. Si no hubiera sido por la lesión, probablemente habría jugado en la NFL durante diez años, no porque yo quisiera, sino porque él quería que lo hiciera.

Era un buen hijo. Eso tenía que alcanzar. ¿Cómo podía no ser suficiente

para él?

—¿Estás listo? —me preguntó Tasha, en un tono sombrío.

Me daba la sensación de que le pasaba algo.

—Sí. Gracias por recogerme. No sé qué le pasa a mi papá.

—Por supuesto —dijo. Tomó mi bolso mientras yo maniobraba con las muletas.

El viaje de regreso a casa fue largo y silencioso. No estaba seguro de qué se suponía que debía decirle. Mi carrera como jugador de fútbol americano era el corazón del sueño que nos había mantenido juntos.

Ella no había estado en la habitación cuando había hablado con mi padre. Sin embargo, sabía que no volvería a jugar esa temporada. Y se daba cuenta de que eso significaba que ya no tenía el pase asegurado a la NFL.

¿Qué nos quedaba? Tenía que ponerle fin a la relación. No podía hacerlo en ese momento porque me estaba haciendo un favor. Pero iba a tener que hacerlo, sin importar si volvía a tener noticias de Quin o no.

Cuando llegamos a casa, vi que la camioneta de mi padre no estaba aparcada en la entrada. Sentí un dolor en la boca del estómago. Pero me dije a mí mismo que seguramente estaría emborrachándose en algún bar y no le di importancia.

Estaba a punto de salir del coche, cuando Tasha me detuvo.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Qué sucede?

—Siento que no es el mejor momento para hacerlo, pero da igual. Creo que debemos terminar.

No sabía si estaba aliviado o alterado. Sí, la relación iba a terminar, y que ella lo dijera significaba que yo no tenía que hacerlo. Pero mi vida estaba cambiando, y Quin seguía sin aparecer, por lo que esperaba tener esa charla un poco más adelante.

—Estoy de acuerdo —le dije.

—¿Estás de acuerdo? —me preguntó, como si lo hubiera dicho para ponerme a prueba.

—Por supuesto. Estabas conmigo porque querías ser la esposa de un jugador de fútbol. No te importo. O no actúas como si te importara.

—¿Crees que no me importas?

—Si tuvieras que elegir entre Vi o yo, ¿a quién elegirías?

—Vi es mi mejor amiga.

—Exactamente. Siento que yo debería haber sido tu mejor amigo. O, mejor dicho, siento que la persona con la que vaya a pasar el resto de mi vida debería ser mi mejor amigo. Y yo debería ser el suyo. Tú ya tienes a esa persona, y no soy yo.

—Entonces, ¿me estás echando la culpa?

—No estoy echándole la culpa a nadie. Probablemente hay cosas que podría haber hecho para ser un mejor novio.

—Sí, las hay. ¡Tantas cosas!

—Lo entiendo. Pero no sé si esas cosas hubieran hecho la diferencia. Creo que has encontrado a alguien a quien amas más que a mí, y… Yo he encontrado a alguien a quien amo más que a ti.

—¿Estás interesado en otra persona?

—Sí, lo estoy. Y tú también.

—¿Crees que quiero salir con Vi?

—Creo que estás enamorada de ella. Y me pone feliz por ti. Creo que podéis ser muy felices juntas.

—¿Estás diciendo que soy lesbiana? ¡Vete a paseo, Cage! —exclamó. Se negaba a considerar la idea.

Hice un movimiento para bajarme del coche, pero me detuve.

—Mira. Sé lo difícil que es escapar de la estructura en la que ponemos a nuestras vidas. Cuando somos niños, pensamos que sabemos lo que queremos. Y seguimos persiguiéndolo incluso cuando nos damos cuenta de que ya no es así. Pero te sientes libre cuando ya no permites que los sueños de los demás te definan… Incluso cuando la otra persona no te responde —dije, solemnemente.

—Adiós, Cage —dijo Tasha, sin ceder.

—Adiós, Tasha. Gracias por traerme —le dije, mientras me colgaba el bolso del hombro y bajaba apoyándome en las muletas.

Tasha no esperó a que llegara a la puerta para arrancar. La entendía. Probablemente no estaba lista para aceptar lo que sentía por su mejor amiga, y yo la había obligado a enfrentarlo. Pero no había dudas de que estaba enamorada de Vi. Hasta que lo dije, no me había dado cuenta, pero todo tenía sentido.

Tasha se había sentido desconsolada cuando me había negado a involucrarla en nuestra vida amorosa. No sabía si era lesbiana o bisexual, pero Tasha tenía cosas sin resolver y necesitaba que termináramos la relación tanto como yo.

El único problema era que la persona de la que yo estaba enamorado no sentía lo mismo por mí. Habían pasado varios días desde el partido, y Quin no había aparecido. ¿Por qué? No lo entendía. ¿Qué había cambiado?

Lo único que se me ocurría era el hecho de que ya no era mi tutora. ¿Sería eso? ¿Podía ser que todo lo que creía que pasaba estuviera solo en mi cabeza? ¿Había sido solo un perro callejero para ella y, cuando me había encontrado un hogar, todo había terminado?

En ese momento, no quería pensar en eso. Tenía cosas más urgentes con las que lidiar. Por ejemplo, tenía que resolver cómo iba a arreglar las cosas con mi padre. Era evidente que estaba muy enojado. No había ido a visitar a su único hijo mientras estaba en el hospital. Eso me habría molestado si no hubiera ya hecho las paces con quien él era. La vara estaba tan baja que lo único que tenía que hacer era volver a casa. Eso sería suficiente.

Haciendo equilibrio sobre mi pie sano, encontré las llaves y entré. Me sorprendió lo que encontré. Esperaba que la casa fuera un desastre. Pero no.

Casi parecía más limpia que la última vez que había estado ahí. Lo que era extraño, porque mi padre no había limpiado en años.

Sin embargo, cuando atravesé la cocina para llegar a la sala de estar, me di cuenta de que no había limpiado: faltaban cosas. Habían desaparecido las botellas de bebidas alcohólicas que solían estar en la mesa de vidrio al lado del sofá. Tampoco estaban la taza de café y el vaso favorito de mi padre.

El terror se apoderó de mí cuando, lentamente, me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Dejé caer el bolso y me dirigí velozmente a la habitación de mi padre. Hacía mucho tiempo, había puesto una cerradura en la puerta. Se aseguraba de cerrarla con llave cada vez que se iba. No sabía qué guardaba allí y no quería saberlo. Pero, cuando giré la perilla, se abrió.

La habitación estaba hecha un desastre. Había papeles y adornos por todas partes. ¿Por qué tenía todas esas cosas? ¿Y por qué guardaba los adornos en su habitación?

Dejé atrás el desastre y crucé hacia lo que realmente quería ver.

—Está vacío —dije, con los ojos clavados en el armario—. Falta toda su ropa.

Rápidamente, me volví hacia la cama. Una de las razones por las que había puesto una cerradura en la puerta era porque se había dado cuenta de que yo había encontrado el escondite que tenía debajo de la cama. Era una caja de metal debajo de unas tablas de madera sueltas. Ahí, tenía más dinero en efectivo del que debería haber tenido un hombre desempleado. Y, encima del efectivo, había un arma.

Tiré mis muletas a un lado, me dejé caer al suelo y me abrí paso entre los trastos, debajo de su cama. Si el dinero y su arma se habían ido, él también. El corazón me latía con fuerza mientras me acercaba. ¿Había llegado el momento? ¿Había hecho lo que amenazaba con hacer?

Retiré las tablas y encontré la caja de metal. Ahí estaba. No quería abrirla, pero tenía que hacerlo. Le pedí a Dios que todo estuviera dentro. Pero, al abrir la tapa, vi que no era así. Faltaban el arma y el dinero. Lo único que quedaba era una identificación con la foto de mi padre.

Me había dejado. Realmente se había ido. Salí de debajo de la cama y tomé mi teléfono. Lo primero que pensé fue en llamar a Quin. Estaba desesperado por hablar con ella. Necesitaba hablar con ella.

«No sé por qué no he tenido noticias tuyas, pero me encantaría hablar contigo», le escribí en un mensaje, con mi última ilusión de obtener respuesta.

No la obtuve. Ni ese día ni el siguiente. Estaba solo en el mundo. No tenía a nadie ni nada.

La angustia me abrumó y me hundió en la oscuridad. Unos días atrás, lo tenía todo, incluso una chica a la que amaba. Lo había perdido todo y apenas podía mantener la cordura.

Probablemente me hubiera revolcado en la desesperanza para siempre si no hubiera sido por una cosa: el hambre. No tenía dinero para comprar nada, así que lo único que podía comer era lo que había en las alacenas. Una semana y

media después, ya no quedaba nada.

Por suerte, el semestre de primavera estaba a punto de comenzar. No iba a perder la beca en la mitad del año escolar, ni siquiera por una lesión. Y, con la beca, venía el dinero para la comida.

Estaría bien siempre que asistiera a clases y encontrara un trabajo. Ambas cosas implicaban que tenía que volver a participar de la vida cotidiana. No estaba preparado, pero no importaba. El objetivo era sobrevivir.

—Dan, ¿podrías llevarme? Necesito volver al campus para recoger mi camioneta —le dije. Había decidido llamarlo en vez de enviarle un mensaje.

—Por supuesto, tío. Lo que necesites. Solo avísame.

Se sentía bien escuchar la voz de otra persona. Me estaba volviendo loco solo en el bosque. Había tenido mis dudas, pero hablar con Dan me recordó que todavía tenía amigos.

—¿Ya te anotaste en las clases de este semestre? —me preguntó, en el largo viaje al campus.

—Todavía no.

—Tienes que hacerlo.

—Lo sé. Lo que me recuerda: ¿sabes de algún trabajo en el campus? Estoy un poco corto de efectivo.

—Por supuesto. Están buscando a alguien donde yo trabajo. Podría conseguirte el puesto sin ningún problema. Y ni siquiera tienes que estar de pie para hacerlo.

Había dudado mucho en llamar a Dan, pero me bajé de su coche con una nueva oportunidad en la vida. Al pasarme a mi camioneta, recordé lo afortunado que había sido de haberme roto la pierna izquierda y no la derecha. Conducir no sería divertido, pero al menos sería posible.

Lo seguí a Dan desde el estacionamiento del estadio hasta el centro de actividades estudiantiles. Ahí nos reunimos con su jefe. Como Dan me había dicho, había una vacante para un trabajo en la recepción. Como era un fanático del fútbol americano, el encargado me ofreció el trabajo ahí mismo.

—¿Cuándo te gustaría comenzar? —me preguntó.

—¿Mañana es demasiado pronto?

—No. Mañana está perfecto.

—¿Qué tan rápido me pueden pagar? Necesitaré cargar gasolina para venir.

—Trataré de que el primer pago sea enseguida. Después, será cada dos semanas.

—¡Gracias! —le dije, abrumado por el alivio—. No sabes lo que significa para mí.

Al día siguiente, fui para que me capacitaran. El trabajo resultó incluso más fácil de lo que Dan me había dicho. Lo único que tenía que hacer era mirar a la gente cuando pasaban sus identificaciones de estudiantes por el escáner y luego comparar la imagen del monitor con el rostro de la persona que ingresaba. El trabajo era aburridísimo, pero lo necesitaba.

Los primeros días, como muchos estudiantes seguían de vacaciones, no

entraba casi nadie. Una vez que comenzó el semestre, las cosas cambiaron. Yo también comencé las clases. Me había apuntado a más materias relacionadas con educación. Era demasiado tarde para cambiar mi especialización de Atletismo a Educación, pero esas clases me darían algunas opciones más.

Cuando entraba en las aulas por primera vez, siempre buscaba a Quin con la mirada. Había hecho una materia de Educación Infantil, tal vez hiciera otra. Si era así, no era ninguna de las que estaba haciendo yo. Y, en un campus con treinta mil estudiantes, las probabilidades de cruzármela eran muy bajas.

¿Querría siquiera volver a verme? Suponía que no. Si lo hubiera querido, habría respondido a alguno de los varios mensajes que le había enviado. Me costaba creer que lo nuestro hubiera terminado así. Quin era la única persona a la que creía que no le importaría que yo no pudiera jugar más al fútbol. Sin embargo, había desaparecido en el mismo momento en que todos los demás.

Hacía todo lo posible para sacármela de la cabeza y concentrarme en las clases. Pero, cada vez que lo hacía, recordaba que Quin me había ayudado a mejorar la forma en la que tomaba notas y estudiaba. Recordaba lo mucho que le gustaba estudiar y cómo me hacía reír. Y luego me hundía en el otro millón de cosas que extrañaba de ella. Lo único que me traía de vuelta a la realidad era el hambre o el sonido del escáner en el trabajo.

Estaba absorto pensando en Quin cuando ese pitido me trajo de vuelta. Al recordar dónde estaba, hice mi trabajo y miré el monitor. La foto que apareció era de alguien llamado Louise Armoury. Me hizo pensar en Lou, la amiga de Quin.

No me molesté en mirar; pero, inmediatamente después, apareció otro nombre: Harlequin Toro. Mi corazón se detuvo. Sentí calor en el rostro y, rápidamente, levanté la mirada.

Era ella. No podía respirar. Ella y Lou estaban a tres metros de donde yo estaba y ninguna de las dos miraba en mi dirección.

Me quedé helado, sin saber qué hacer. No había muerto ni había dejado la universidad. Ahí estaba. Aunque hubiera perdido el teléfono, podría haber encontrado alguna manera de contactarse conmigo. Yo me había lesionado. Era su deber como amiga hacerlo.

¿Debía hablarle?

Pasaron por al lado mío, y Lou parecía tener la misma energía de siempre. Movía los brazos por todos lados mientras hablaba. En cambio, Quin parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros. Parecía dolorosamente triste. Sentí una presión en el pecho al ver su dolor. ¿Por qué estaría tan triste mi Quin?

—¡Quin! —exclamé, incapaz de contenerme.

Ambas se volvieron y me miraron. Quin tenía una expresión de sorpresa que se convirtió en júbilo, para luego transformarse en angustia y, finalmente, en pánico. Retrocedió como si hubiera visto un fantasma y luego se echó a correr. ¿Cuál era su problema?

—¡Aléjate de ella! —me dijo Lou, como si le hubiera arruinado la vida.

Estaba pasmado. ¿Qué se suponía que debía responder?

—¡Espera! No lo entiendo. ¿Qué he hecho?

—Solo aléjate de ella —dijo Lou, antes de alejarse por el pasillo e ingresar al edificio.

Me quedé paralizado y estupefacto. ¿Qué había hecho para provocar esa reacción en Quin? ¿Había quedado traumada luego de ver cómo me había roto la pierna? Era ridículo, pero era lo único que se me ocurría.

Con todo lo que había sucedido entre nosotros, sabía que no podía dejar que las cosas terminaran así, viéndola huir de mí de esa manera. Me merecía al menos una explicación. Si le había hecho algo, necesitaba saber qué era.

Tomé las muletas, dejé la recepción sin supervisión y corrí tras ellas. El pasillo desembocaba en el salón de usos múltiples. Había una tienda de jugos a la derecha, un área con pesas en el medio y una pared de escalada a la izquierda. No podía abandonar mi puesto de trabajo mucho tiempo, así que elegí una dirección y me arriesgué.

Me dirigía a la pared de escalada. Mi mirada pasó por todos los que estaban ahí. Creía que había elegido mal hasta que vi a mi chica sentada en una colchoneta con la cara entre las manos. Lou estaba consolándola. Necesitaba saber por qué estaba tan triste. Necesitaba salvarla de lo que fuera.

—¡Quin!

Quin levantó la mirada presa del pánico, a punto de huir.

—Por favor, no corras. No puedo moverme muy rápido y no puedo quedarme mucho tiempo. Pero necesito saber. ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me odias tanto? Pensé que teníamos algo bueno. Pero luego me lastimé y desapareciste. Y ahora huyes de mí como si temieras por tu vida. Nada tiene sentido. Solías ser lo único en mi vida que tenía sentido. Ayúdame a entender qué ha cambiado. Me lo merezco. ¡Por favor!

Tanto Quin como Lou me miraban como si tuviera tres cabezas. ¿Por qué nadie decía nada?

—Es tu padre —largó Quin.

Me sobresalté. De todas las cosas que podría haber dicho, esa era la última que me hubiera imaginado.

—¿Qué pasa con mi padre?

Quin no respondió.

—Amenazó con destripar a Quin como a un cerdo si volvía a hablar contigo. Dijo que la mataría, que luego me mataría a mí y que finalmente iría tras la familia de Quin.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en la nariz. Tuve que obligarme a decir algo.

—¿Que dijo qué? ¿Cuándo?

—En el hospital —dijo Quin, mientras se recomponía y se ponía de pie.

—Fuiste al hospital. Creí que no había ido.

—Por supuesto que fui.

Lou agregó:

—Aguardamos en la sala de espera dos horas para verte.

—Y, ¿qué pasó? —dije, pasando la mirada entre ambas.

—Tu padre me llevó a una habitación, me clavó lo que creo que era un cuchillo de caza en el estómago y me dijo que te estaba poniendo ideas en la cabeza.

—¡No lo puedo creer! —exclamé. La mente me daba vueltas.

—No puedes decirle que hemos hablado. Dijo que, si se enteraba, nos mataría —me explicó Quin.

—Mi padre se ha ido.

Quin me miró confundida.

—¿A qué te refieres con que se ha ido?

—Cuando volví a casa del hospital, me encontré con que faltaban todas sus cosas. Hacía años que amenazaba con irse. Finalmente lo ha hecho. No creo que vuelva. No creo que tengas que preocuparte por él.

—¡Cage! —me llamó una voz detrás de mí.

Me di la vuelta. Era mi jefe.

—No puedes dejar tu puesto sin supervisión.

—Lo siento. En seguida regreso.

Me volví hacia Quin.

—No sé qué decirte sobre lo que te sucedió. Lo que os sucedió a ambas. Todo lo que puedo deciros es que lo siento. No era mi intención ponerte en peligro, Quin. Si no quieres volver a hablarme nunca más, lo entiendo. Pero me gustaría que lo hicieras. ¿Quizás podríamos juntarnos a hablar?

—¡Cage!

—¡En seguida! Por favor, Quin. Por favor —supliqué. No quería dejar de mirar sus ojos suaves y vulnerables, pero sabía que tenía que hacerlo.

Capítulo 11

Quin

—Sabes que, si hablas con él y su padre se entera, pones en riesgo a todos los que conoces, ¿verdad? Incluyéndome a mí —me dijo Lou.

Lou tenía razón, y esa era la razón por la que no había respondido ninguno de los mensajes de Cage. Aunque lo deseaba. Cuando me llegaba uno, me destrozaba. Quería estar con él. Quería cuidarlo y relajarme en sus brazos. Pero no podía.

Su padre me había clavado un cuchillo en el estómago dentro de un hospital. Me había traspasado la piel. Seguía sangrando cuando había llegado a casa. Sabía que sería capaz de empujar con un poco más de fuerza y cortarme. Y aunque estaba dispuesta a arriesgar mi vida para estar con Cage, no estaba dispuesta a poner en riesgo la vida de Lou ni la de mis padres.

—Dijo que su padre se había marchado —le recordé a Lou.

—¿Qué significa eso? ¿Se ha marchado por el fin de semana? ¿Se ha ido de vacaciones? ¿Regresará la semana que viene o en un mes?

—Si no quieres que hable con él, no lo haré. No te voy a poner en peligro. Si me dices que no lo haga, saldremos por la puerta trasera ahora mismo.

Traté de no parecer desesperada por su aprobación, pero no podía evitarlo. Todo en mí le suplicaba que me lo permitiera. Necesitaba hablar con Cage. El dolor de estar lejos de él me impedía comer y dormir. Lou me había dicho de ir al centro de actividades porque solo tenía fuerzas para quedarme en la cama, y estaba preocupada por mí.

—Bichito, no puedes dejar de verlo por mí. Sabes que no te haría algo así.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si hablo con él y averiguo si su padre realmente se ha marchado? Si me da la sensación de que volverá o de que podría regresar en cualquier momento, me iré. En ese caso, no sería por ti. Sería porque no puedo confiar en él. Y, si no puedo confiar en él, no tendría sentido que estemos juntos, ¿no?

Lou sonrió.

—Bueno, estar con alguien se trata de un poco más que de confianza. Pero te agradezco lo que dices. —Cerró los ojos y suspiró con resignación— Confío en ti, Bichito. Ve a hablar con él. Sé que no me pondrías a mí ni a ninguna de las personas que quieres en peligro. Y, por si sirve de algo, tampoco creo que Cage sería capaz de ponerte en esa situación.

—¿Estás segura, Lou? Porque no tengo que hacerlo.

Lou rio entre dientes.

—Tienes que hacerlo. No finjas que no. Ve. Estaré aquí, escalando la pared por mi cuenta. —Lou miró a su alrededor y vio a un chico guapo de piel oscura que se estaba poniendo las zapatillas de escalada— A menos que consiga que ese delicioso trozo de carne me ate con la cuerda de escalada.

—¿Que te de cuerda, quieres decir?

—Oíste lo que he dicho. Ve. Tengo muchas cosas que hacer con esta cuerda.

Observé a Lou mientras se acercaba y entablaba una conversación con el chico. Inmediatamente después, Lou comenzó a estirar frente a él, que estaba interesado.

Me asombraba la facilidad que tenía Lou para hablar con tíos. No sabía si gustarían de ella o no. Solo hacía lo que quería hacer y, de alguna manera, siempre le salía bien. Era como un superpoder. Como si pudiera leerles la mente a todos los chicos.

Se suponía que yo era muy inteligente, pero nunca sabía lo que los demás estaban pensando. Por eso me sentía tan incómoda en las fiestas. Cuando era capaz de predecir el comportamiento de las personas, podía relajarme.

Pero, para mí, las personas eran puro azar. Rara vez cumplían con lo que decían que querían, lo que hacía que me fuera difícil entender cuándo estaban bromeando. ¿Por qué no podían simplemente decir lo que pensaban y hacer lo que decían que querían hacer?

Esa era una de las razones por las que me gustaba estar cerca de Cage. Sí, era el chico más buen mozo del mundo. Pero, además, era fácil estar con él. Hacía lo que decía que haría.

Había compartido cosas sobre él que me dejaban saber quién era. Era exactamente la persona que decía ser. Era el tipo de chico con el que podía desconectar mi cerebro y relajarme. Siempre me sentía a salvo cuando estaba cerca de él. Entonces, ¿por qué dudaba de su capacidad de cuidarme?

Al darme cuenta de que no tenía motivos para dudar, me giré hacia el pasillo que iba a la recepción y me dirigí de regreso a Cage. Cuando apareció a la vista, nuestras miradas se encontraron. Me hacía derretirme. El hormigueo había vuelto.

—Has venido —dijo Cage, en un tono que me expresaba lo mucho que me quería ahí.

—Antes de que digas algo, necesito estar segura. ¿Volverá tu padre?

Cage abrió la boca para decir algo, pero luego bajó la cabeza.

—No lo sé.

—¿No has dicho que se ha ido?

—Sí. Y se ha ido. Y podría matarlo por lo que te ha hecho… Pero sigue siendo mi padre. No deseo que eso sea verdad.

—¿Sabes adónde ha ido?

—No. Nunca sé dónde está cuando se va de casa. Hace mucho tiempo aprendí que no debo preguntar. Sé que hay un bar al que va a beber. Pero fuera de eso… —Cage se encogió de hombros.

—Entonces, ¿cómo sé que no aparecerá un día, nos verá juntos y se convertirá en el coronel Kurtz?

—¿Qué?

—Apocalipsis Now.

Cage me miró confundido.

—¿Estás convocando el apocalipsis?

No me reí, pero quería hacerlo.

—No. Es una película que he visto con mis padres. No era muy apropiada para mi edad.

—Bueno. Para responder a tu pregunta, no lo sé. Pero creo que sé por qué te amenazó.

—¿Por qué?

—Creyó que te interpondrías en mi camino para convertirme en un jugador de fútbol millonario.

—¿De qué manera haría eso?

—Creo que se dio cuenta de lo mucho que me gustabas. Y pensó que estar contigo me haría renunciar al fútbol americano.

—¡Eso es ridículo! ¿Por qué pensaría algo así?

—Porque tal vez era cierto —admitió Cage—. Pero —hizo un gesto hacia su pierna—, debido a esto, ya no importa.

Me quedé mirando el yeso.

—No tuve la oportunidad de decirte cuánto lamento lo que te ha sucedido.

—No te preocupes. No me pone tan triste. O sea, me pone triste que no tuvieras la oportunidad de decírmelo. Pero no me apena haberme lesionado.

—Pero he oído que te has quedado fuera de la temporada y que no ingresarás al sistema de selección. ¿Qué hay de tu sueño?

—No era mi sueño. Estaba viviendo los sueños que los demás tenían para mí, y la lesión me ha permitido descubrir el mío.

—Vaya. ¿Cuál es el tuyo?

Cage se rio entre dientes.

—Todavía estoy trabajando en eso. Ahora estoy concentrado en resolver cómo sobrevivir sin el fútbol y sin mi papá… y sin Tasha.

Sentí un dolor punzante en el pecho al oír el nombre de su novia.

—¿Qué ha pasado con Tasha?

—Hemos terminado.

Sentí otra punzada de dolor, pero esa vez fue por la ola de esperanza me inundó.

—Lo lamento mucho.

—No lo lamentes. Debería haber pasado hace mucho tiempo. Creo que está enamorada de su mejor amiga.

—¿En serio?

—Sí. Me tomó un tiempo darme cuenta, y ella todavía no lo ha aceptado, pero sí.

—¡Vaya! Bien.

—Hay algo que deseo que sí he descubierto —dijo Cage, con una sonrisa.

—¿Qué cosa?

—A ti. Porque, cuando sueño, sueño contigo.

Me quedé helada, con la mirada fija en él. No podía hablar, pero mi cuerpo reaccionó a sus palabras, anhelaba más.

—Lo siento, ha sido demasiado —dijo, bajando la mirada.

—No, ha sido la cantidad justa.

Sabía que debía decirle algo más, debía expresarle lo mucho que significaba para mí, pero no lo hice. No sabía por qué.

Cage apartó la mirada.

—Hay algo que necesito preguntarte.

—¿Qué cosa?

—Se trata de mi padre.

—Ah. Muy bien. Pregúntame.

—Sé que dijiste que estabas bromeando o equivocada después. Pero ¿era verdad?

—¿Lo de que él no es tu padre biológico?

—Sí —respondió, todavía sin mirarme.

—Creo que sí. Siempre existe la posibilidad de que tu genética se haya combinado exactamente de la manera correcta. Pero la mayoría de las veces, la explicación más simple es la acertada.

Cage me miró triste.

—Si no es él, ¿quién es mi padre? ¿Y qué le pasó a mi madre? ¿Murió cuando nací? ¿O podría estar viva?

Miré a Cage sin saber qué responderle.

—Lo siento, no sé por qué te estoy preguntando todo esto.

—Podríamos averiguarlo.

—¿Qué cosa?

—Te dije que hay ciertas cosas en las que soy buena. Podría ayudarte a averiguarlo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Pero no puedo hacer nada que ponga en peligro a las personas que quiero.

—¿Te refieres a mi padre, o quienquiera que sea?

—Sí.

—Yo te protegeré. Te mantendré a salvo. No permitiré que él ni nadie te hagan daño —dijo, e hizo que el corazón me latiera con fuerza.

—Te creo.

—¿Por dónde comenzamos?

—Por la escena del crimen.

Tenía muchas ganas de estar cerca de él, pero necesitaba tiempo para procesar todo. Así que, en vez de seguir hablando del tema en su lugar de trabajo, arreglamos para encontrarnos en su casa al día siguiente. Era sábado, por lo que podría ir temprano.

Cage había terminado la conversación con un: «Es una cita». ¿Lo era? ¿O lo había dicho por decir? Yo quería que fuera una cita. Quería que cada momento que pasáramos juntos fuera un paso que nos acercara más.

Sin embargo, era un lugar extraño para una primera cita. Y averiguar quién

era su padre y si su madre estaba viva era un plan extraño para una primera cita. La mayoría de las parejas iba a tomar un helado.

—He traído helado —le dije, al día siguiente, cuando llegué a su casa.

—¿Has traído helado?

—Y algunas cosas más. Leche, jugo, algunas pizzas y cenas congeladas… y helado.

—Entonces, ¿has hecho las compras?

—Has dicho que tu padre se ha ido. No sabía quién te hacía las compras. Y como ya estaba en la tienda…

—Comprando helado…

—Claro. Pensé: «¿Por qué no compro algunas cosas más?». Puedes meter todo en el congelador si no lo quieres.

Cage se rio entre dientes.

—Gracias. Vas a hacer que me resulte muy difícil dejar de soñar contigo.

—¿Quién dice que quiero que dejes de hacerlo? —le pregunté, con las mejillas rojas.

—Buen punto —dijo. Me miraba como si quisiera besarme.

No sabía qué hacer. Yo también quería besarlo. Pero ¿cómo hacía un tío con muletas para besar a una chica que llevaba dos pesadas bolsas de la compra?

En lugar de cumplirme el deseo y besarme, me acompañó adentro.

—Guardaré esto —le dije, mientras me dirigía a la cocina.

—Como la has llamado «la escena del crimen», no he limpiado. Quería hacerlo, pero no quería tocar algo que la detective Quin pudiera necesitar para resolver el caso —dijo, burlón.

—Has hecho bien.

—¿Por dónde comenzamos?

—Por el principio. ¿Qué sabes de tu madre?

—Nada.

—¿Tienes alguna foto suya o sabes su nombre? —le pregunté, y me uní a él en la anticuada sala de estar.

—Nada de nada.

—¿Y tu certificado de nacimiento?

—Eso sí. Déjame buscarlo.

Cuando me abrió la puerta, usaba una muleta. Pero, adentro, la había dejado a un lado y caminaba cojeando.

Volvió a entrar en la habitación con un papel en la mano, y le pregunté:

—¿Cómo está tu pierna?

—Mejor cuando estás cerca —dijo, con una sonrisa.

—¿No te duele?

—No tanto. Creo que estoy bien.

Lo miré inquisitivamente, pero no dije nada. Tomé el papel y lo observé.

—Es falso —le dije, sin tener que pensarlo.

—¿Qué dices?

—Este no es tu certificado de nacimiento. ¿De dónde lo has sacado?

—Mi padre me dijo que se lo dieron en el hospital donde nací. ¿Por qué crees que es falso?

—Cuando algo me interesa, suelo dedicarle mucho tiempo. Cuando presenté el mío para inscribirme en la universidad, busqué y miré muchos en línea. Este no está bien —dije, con su certificado en la mano.

—¿Por qué?

—Por todo. Donde debería ir el nombre de tu madre dice N. N., y el nombre de tu padre es Joe Rucker…

—Sí. Como no sabían el nombre de mi madre, pusieron N. N.

—¿No sabían el nombre de ella, pero sí el de tu padre? ¿Cómo puede ser? ¿Él estaba ahí el día que naciste, pero no sabía el nombre de tu madre?

—Nunca se lo pregunté.

—¿Nunca se lo preguntaste? —lo interrogué, escéptica.

—A mi padre no le gustaban mucho las preguntas.

Volví a mirar el certificado.

—Aquí dice que tu nombre es «Muchacho».

—Sí, mi padre dijo que no se había molestado en ponerme un nombre —dijo Cage, con la cabeza baja.

—Cage, tú tienes nombre.

—Me lo inventé yo.

—Eso no es lo que quise decir. Quiero decir que alguien te dio un nombre. Tienes nombre. Y también tu madre.

—Por supuesto que se llamaba de alguna manera, pero no sé cómo.

—No me refiero a eso. Algo me dice que no está muerta. Este certificado es falso.

—Si no está muerta, ¿quién es? ¿Dónde está? ¿Cómo he llegado aquí? —preguntó desesperadamente.

Mientras pensaba en sus preguntas, contemplé la desordenada habitación llena de muebles gastados.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—No lo sé. No le gustaban las preguntas.

—¿Nunca le preguntaste qué hacía todos los días?

—Creo que tuvimos infancias muy distintas. Lo que mi padre hacía todos los días era beber. Bueno, supongo que no todos los días. Me enseñó mucho sobre fútbol americano. Al menos cuando era niño. Pero, cuando no estaba desaparecido, por lo general hacía lo que lo viste hacer cuando estuviste aquí.

Pensé en el hombre frío y pelirrojo que había visto mirándome por encima del hombro desde el sofá. La televisión había estado encendida, y había habido algo en él que me había dicho que estaba borracho.

—Lamento que hayas crecido así —le dije, mientras se me rompía el corazón por Cage.

—Era lo único que conocía —dijo, sin darle importancia—. ¿Sabes qué? Tengo algo para mostrarte —dijo, y me llevó hasta la puerta enfrente de la de

su dormitorio—. Tampoco he tocado nada en esta habitación.

Entré en la habitación desordenada, donde objetos de valor hogareños rodeaban una gran cama. Más exactamente, estaba lleno de cosas que podrían haber parecido valiosas, pero que no lo eran.

—Tu padre robaba casas —dije, apenas me di cuenta. Miré a Cage, que había vuelto a bajar la cabeza—. ¿Lo sabías? —le pregunté, sorprendida.

—Lo sospechaba. Por eso no le preguntaba nada. De niño, encontré un montón de dinero en efectivo y un arma. Algo me dijo que no se lo había ganado de forma legal.

—¿Dónde lo encontraste?

—Hay una caja de metal escondida en el piso, debajo de la cama.

Encendí la linterna de mi teléfono y me arrastré debajo de la cama.

—Está vacía. Lo comprobé cuando llegué del hospital. Por eso supe que no volvería.

Había muchas cosas debajo de la cama. Sobre todo, más de lo mismo que había en el resto del dormitorio. Pero había un camino despejado hacia unos tablones de madera. Al retirarlos, se me llenaron los pulmones de polvo. Encontré la caja de metal y la abrí. No estaba vacía. ¿Era una identificación?

—¿Qué es esto?

—Ah, cierto. La identificación. Sí, la he visto. No lo sé. Creí que era la tarjeta de acceso a algún lugar donde trabajaba cuando era más joven.

Me quedé mirando la foto. Lucía veinte años más joven que cuando me había apuñalado con el cuchillo de cazador. Salí reptando de debajo de la cama y se la mostré a Cage.

—Trabajaba en un hospital.

—¿Y?

—Es donde las personas suelen tener a sus hijos.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que creo que sabemos en qué hospital naciste.

Capítulo 12

Cage

Sentí cómo se me hundía el corazón. En menos de una hora de investigación, Quin había descubierto dónde había nacido. No sabía qué pensar. Por un lado, la piel me escocía al pensar en lo que encontraríamos si seguíamos investigando. Por otro lado, Quin había dicho que mi madre podría estar viva. ¿Y si lo estaba?

—¿Qué crees que sucedió? ¿Cómo crees que terminé viviendo aquí con…? —Le quité la identificación a Quin—. Con este hombre.

—Es posible que tu madre haya ido al hospital sin identificación y que haya muerto al dar a luz —dijo Quin.

—Pero no crees que haya sido así —afirmé.

—Tu padre entraba en casas y robaba objetos de valor. Puede deducirse que también te robó a ti.

—¿Por qué lo habría hecho?

—¿Porque te vio como algo valioso? No lo sé.

—Pero ¿por qué yo?

—Tal vez porque eras el único disponible. Tal vez porque vio algo en ti y supo en quién te convertirías…

—¿Crees que vio que podría hacerme jugar en la NFL y convertirme en su fuente de ingresos?

—Tal vez.

—No tiene sentido. Era un bebé. ¿Cómo podría haberlo sabido?

—Quizás no eras un bebé cuando te robó. Quizás eras más grande, pero todavía demasiado pequeño para recordar tu vida anterior. Son solo especulaciones —admitió Quin, avergonzada.

—¿Y cómo podemos hacer para saberlo con certeza? —le pregunté. Necesitaba que averiguara más sobre mis orígenes.

Quin se quedó pensativa un segundo y luego se volvió hacia mí con los ojos brillantes.

—Hay varias cosas. La primera es averiguar si alguna vez desapareció un niño que coincida con tu edad y tu descripción.

—¿Cuál es la segunda?

—Tenemos que encontrar ese hospital —dijo Quin, con una intensidad que nunca le había visto.

La mujer a la que estaba viendo armar el rompecabezas no era la misma chica insegura que había arrastrado a la fiesta la noche en que nos habíamos conocido, ni tampoco la que jugaba fútbol americano con niños de diez años. Me había parecido atractiva antes, pero en ese momento era demasiado sexy. ¡Joder! Estaba enamorado de ella. Si no hubiera creído que la distraería de la tarea de descubrir los secretos de mi pasado, la hubiera besado con fuerza.

Observarla mientras su increíble cerebro se enfocaba en mí me demostraba

un nivel de afecto que me hacía sentir más importante de lo que me había sentido lanzando pases. ¿Cómo podría dejarla ir? Ni siquiera sabía si podría soportar verla alejarse de mí por una noche. Estaba locamente enamorado y no quería volver a separarme de ella nunca más.

—La señal de mi teléfono es muy mala aquí. ¿Tienes un ordenador que pueda usar?

—No.

—¿No tienes ordenador?

—Había una sala de computación en el instituto. Y también hay una en la universidad. —Quin me miró atónita— Mi padre prefería no tener conexión.

—Teniendo en cuenta lo que hizo, entiendo el motivo.

—Si necesitas buscar algo, puedes usar mi teléfono. Es lento, pero tiene conexión a internet.

—Bien. Hay un par de bases de datos de niños desaparecidos donde puedo buscar.

—¿Por qué conoces las bases de datos de niños desaparecidos? —le pregunté, un poco preocupado.

—Mis padres son escandalosamente ricos y de las personas que más generan divisiones en el mundo. Cuando creces sabiendo eso, te preguntas cómo es una base de datos de niños desaparecidos —me respondió, con una sonrisa dolorosa.

—¡Joder! O sea que has crecido con miedo a que te secuestren.

—Y a que posiblemente me maten. Sí —dijo, ya sin sonreír.

—¡Vaya! Lamento mucho que hayas tenido que crecer así —le dije. Sentía que mi corazón se rompía por ella.

—Era lo único que conocía —dijo. Eso me sonó familiar.

Al darme cuenta de que había repetido mis palabras a propósito, la tensión se rompió. Solté una risita.

—Bien, veamos si me tocó vivir tu pesadilla —le dije, y le di mi teléfono.

—No toda mi pesadilla.

—Cierto. Porque no me han asesinado.

—Hablaba de llegar a clase y darme cuenta de que estaba desnuda. Pero supongo que eso también —dijo, sonriendo.

—Supongo que es cierto eso de que la pesadilla de una persona es la fantasía de otra. Porque que tú llegaras desnuda a clase sería el comienzo de un muy buen día para mí.

Quin levantó la vista de mi teléfono y se sonrojó. ¡Dios mío! Que adorable era.

—Te estoy distrayendo. Lo siento. Te dejaré trabajar. Calentaré unas pizzas para el almuerzo. ¿Tienes hambre?

—Hay cosas que quiero meterme en la boca, pero no sé si la pizza es una de ellas —dijo Quin e, inmediatamente después, se arrepintió—. Lo siento, no soy muy buena coqueteando. Supongo que me gustas tanto que a veces me olvido de cómo hablar.

—¿Acabas de decir que te gusto? —le pregunté, mientras sentía que sus palabras cubrían mi interior como caramelo caliente.

—Por supuesto que me gustas. Me gustas desde el momento en que te vi en la fiesta. La noche en que nos conocimos tenía la ilusión de que me llevaras a casa y me hicieras cosas. Apenas he podido respirar estas semanas en las que hemos estado alejados. Yo…

Y ahí fue cuando la besé.

Sus labios eran como un melocotón suave presionado contra los míos. Al principio estaban tensos, pero se fueron relajando lentamente. Mientras lo hacían, deslicé una mano alrededor de su nuca y pasé los dedos por su cabello oscuro y rizado. Su cabeza se relajó en mis manos.

Abrí despacio la boca, y ella hizo lo mismo. Mientras inclinaba la cabeza, mi lengua entró en su boca en busca de la suya. Cuando se tocaron, sentí un chispazo.

Curvé la punta de mi lengua para invitar a la suya, y ambas lenguas bailaron juntas. Mientras la tenía en mis brazos, un hormigueo me recorrió el cuerpo. Me estaba perdiendo en ese beso.

Pero, como no sabía si era lo que Quin quería, aflojé mi abrazo y estuve a punto de soltarla. En ese momento, Quin pasó sus manos por mi costado, hacia mi espalda. Acercó mi pecho a los suyos, eliminando el espacio que había entre nosotros. Cuando lo hizo, mi cuerpo se apretó contra su estómago.

La sangre se me subió a la cabeza y me mareó. Tenía tantas ganas de estar con ella que me dolía. Y, cuando sentí sus dedos contra mi piel, casi pierdo la cabeza.

Aparté mis labios de los suyos y enterré mi rostro en su cabello despeinado.

—No te detengas —susurró, lo que hizo que fuera aún más difícil alejarme.

—No quiero distraerte. Esto es importante para mí —le dije, aunque no sabía si era más importante que besarla.

Quin no respondió ni se movió. Seguíamos abrazados, con nuestros cuerpos uno contra el otro. Mientras la tenía en mis brazos, me pregunté cómo se sentirían esos suaves labios sobre mi cuello y el lóbulo de mi oreja. De solo pensarlo, me estremecí.

—Te quiero mucho —susurré, con mis labios justo encima de su oreja.

—Yo también te quiero —me dijo Quin, antes de aflojar levemente nuestro abrazo.

Nos separamos despacio y con dolor. Me costó muchísimo despegarme de ella.

—Si tu madre todavía vive, la encontraremos. Te lo prometo —me dijo.

Le creía. Si había alguien en el mundo que podía resolverlo, era Quin.

—Gracias —le dije, mientras luchaba por apartar mis ojos de ella—. Calentaré la pizza.

—Gracias. Seguiré con la búsqueda.

Nos quedamos en silencio por un rato después de eso. Yo estaba callado

porque la cabeza me daba vueltas. No estaba seguro de por qué ella tampoco hablaba. Pero, cada tanto, levantaba la mirada y me sorprendía mirándola. No sabía por qué no podía sostenerle la mirada.

Me sentía como un adolescente nervioso cuando estaba con ella. ¿Qué era lo que me hacía? Fuera lo que fuera, no quería que se detuviera.

Apoyé la pizza en la mesa en la que Quin estaba sentada, metida en mi teléfono. Cuando la olió, miró hacia arriba.

—No apareces en ninguno de estos registros —dijo, decepcionada.

—¿Estás segura?

—Bueno, no del todo. Pero tienes una característica distintiva que debería haber sido evidente, incluso cuando eras bebé.

—¿Cuál?

—Tus hoyuelos —dijo Quin, con una sonrisa—. Tal vez no los tenías todos. Pero los del mentón suelen estar presentes a lo largo de toda la vida de una persona.

—Veo que sabes mucho acerca de hoyuelos —le dije, bromeando.

—Tengo una debilidad —me respondió.

—¿Por los hoyuelos?

—No. Por ti —dijo, y logró que se me ablandaran las piernas.

—Creo que no eres consciente de las habilidades que tienes para coquetear.

—Tal vez solo necesitaba inspiración —dijo. Era exactamente lo que necesitaba oír para querer besarla de nuevo.

—Entonces… ¿qué hacemos ahora? —le pregunté. Estaba abierto a todo.

—Lo mejor sería que fuéramos al hospital, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Que no existe.

La miré confundido.

—Entonces, ¿la identificación de mi padre era falsa?

—No lo creo, porque el hospital existió. Hay registros del lugar en línea. Solo que ya no está. He mirado varios mapas y no aparece en ninguno de ellos.

—¿Has encontrado la dirección?

—Sí.

—Deberíamos ir. Aunque sea veré el lugar donde nací. ¿Está cerca?

—¿Una hora y media de viaje te parece cerca?

Miré el reloj de la cocina.

—Llegaríamos alrededor de las cuatro de la tarde.

—Si iremos, deberíamos salir ahora. ¿Vamos a hacerlo?

—No hay ningún motivo para detenernos ahora.

—¿Crees que existe la posibilidad de que encontremos a tu padre en el camino? —me preguntó Quin, dubitativa.

—Honestamente, no creo que vuelva a ver a ese hombre, quien quiera que sea.

—¿Cómo te hace sentir eso? —me preguntó Quin, con los ojos fijos en mí

—. O sea, sé que no era tu padre biológico, pero de todas formas es quien te crio.

—Pero tal vez me robó de alguien que me hubiera amado como él no podía… o no quería.

Quin no respondió.

—Lo que sé, Quin, es que, si tengo que elegir entre él o ti, te elijo a ti.

Fue difícil escucharme decir eso. Quin tenía razón. Él me había criado. Y, hasta el momento en que finalmente se había ido, mi peor pesadilla había sido que se marchara.

Pero luego lo había hecho. Y Quin me había confirmado todo lo que llevaba mucho tiempo sospechando de él. No sabía quién era el hombre que había fingido ser mi padre. Mientras permitía que esa idea diera vueltas en mi cabeza, tuve que preguntarme si alguna vez me había amado.

Por otro lado, tampoco sabía lo que Quin sentía por mí, pero estaba bastante seguro de que yo la amaba. Aún más, la necesitaba. Quin era la persona sin la que no podía vivir, no la que me había hecho sentir que no valía nada.

Terminamos la pizza, nos subimos a mi camioneta y partimos.

—¿Cómo es posible que no sepas conducir? —le pregunté, para molestarla.

—Crecí en Manhattan. Nadie necesita un coche allí.

—¿No dijiste que habías pasado los veranos en una isla en las Bahamas?

—Sí. Y si esto fuera un carrito de golf, no habría ningún problema. Pero, como probablemente quieras sobrevivir al viaje, deberías conducir tú. Si eso no te interesa mucho, podría conducir sin ningún problema.

—No, no. Sobrevivir a un viaje en coche es algo que siempre está entre mis deseos.

—Ahí lo tienes. Pero no vayas a decir que no me he ofrecido —dijo, mirándome con una de sus adorables sonrisas.

Durante la hora y media de viaje en coche, le hice muchas de las preguntas que antes no había podido hacerle.

—¿Alguna vez has tenido un novio?

—No. ¿Qué hay de ti? ¿Saliste con alguien antes de Tasha?

—Con algunas. Salí con una chica en mi primer año de universidad. No duramos mucho. Y en el instituto estuve con un par de chicas, pero nada muy serio.

—¿Te has enamorado alguna vez? —me preguntó Quin, sacando la artillería pesada.

—Creía que estaba enamorado de Tasha. Y tal vez lo estuve en algún momento. Ahora me resulta difícil verlo. Definitivamente sentía algo por ella. Pero me pregunto si lo que sentía por ella califica…

—¿Si califica como amor?

—Claro. O sea, algo sentía, pero no sé si… Digamos que tengo razones para reconsiderar las cosas.

—Entiendo —dijo Quin, sin preguntar más.

—¿Qué hay de ti? ¿Te has enamorado alguna vez?

—Creía que sí.

—¿En serio? —le pregunté, sorprendido.

—Era un verdadero príncipe.

—Era un buen tío, ¿eh?

—No. Quiero decir que era un príncipe, uno de verdad. Sin embargo, creo que él no me veía de esa manera. Y era mucho mayor que yo.

—¿Cuántos años mayor? —le pregunté. No me lo esperaba.

—No lo sé.

—Dime. ¿Era diez años mayor o algo así?

—Probablemente alrededor de quince años mayor. Era un gran tipo. Me parecía que teníamos mucho en común.

—¿Te parecía que tenías mucho en común con un príncipe?

—Algunas cosas.

Luego de eso, cambié de tema. Quin creía que tenía mucho en común con un príncipe… ¿Qué significaba eso para nosotros? Yo estaba muy lejos de ser un príncipe.

Había crecido en una cabaña pequeña, en el medio de la nada, me había criado un tío que probablemente me había secuestrado y ahora apenas me alcanzaba para comprar comida. ¿Teníamos alguna oportunidad de que las cosas funcionaran entre nosotros? Comenzaba a pensar que no muchas.

—Nos estamos acercando —dijo Quin, que miraba los árboles mientras pasaban por la ventanilla.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es uno de tus superpoderes?

—No. Por los carteles de kilometraje. Se corresponden con las direcciones.

—No lo sabía.

—No pasa en todos los estados, y a veces tampoco es constante a lo largo de un mismo estado.

—No pareciera haber mucho aquí —dije, mientras observaba la carretera vacía bordeada de árboles que tenía delante.

—Estamos cerca. Espera, dobla ahí —dijo Quin, y me señaló una apertura entre los árboles que apenas podría considerarse un camino.

Giré y, no mucho después, un edificio deteriorado de dos plantas apareció a la vista. Era de color blanco grisáceo y parecía una escuela. Las ventanas, que eran muchas, estaban tapiadas y más de una tenía pintadas.

—«Hospital del Condado de Falls». —Quin leyó el cartel sobre la entrada principal— Aquí es donde trabajaba.

—Y podría ser el lugar donde nací.

—Es una posibilidad.

—Entonces, ¿por qué hemos venido aquí, detective?

—No lo sé. Pensé que, de pie frente a él, sabríamos qué hacer a continuación.

Quin y yo bajamos de la camioneta y miramos el edificio.

—No debe quedar ningún registro dentro, ¿verdad? —le pregunté.

—No. Los expedientes médicos son información sensible. Debe haber sido lo primero que se llevaron.

—Entonces no sé qué podemos encontrar aquí —le dije.

—Yo tampoco. Pero supongamos que este es el lugar donde naciste. Lo más probable es que fuera el hospital más cercano a la casa de tu madre, ¿verdad?

—Tal vez estaba de viaje y se cruzó con este hospital cuando comenzó con el trabajo de parto. Esa podría ser la razón por la que no sabían su nombre.

—Es una posibilidad. Pero la mayoría de las mujeres, cuando están al final del tercer trimestre del embarazo, no tienen muchas ganas de salir de viaje. Creo que lo más probable es que este haya sido el hospital más cercano a su hogar.

—Muy bien. ¿Y qué significa eso?

—Significa que vino de alguno de los pueblos cercanos.

—Has visto el mapa. Aquí no hay nada más que extensas carreteras y árboles.

Quin me miró.

—Deberíamos dar una vuelta.

—Bien —le dije, porque no quería contradecirla.

Los ojos de Quin se movían como si su cerebro estuviera funcionando a toda marcha. Regresamos a la camioneta y dimos la vuelta en el camino de entrada hacia la carretera vacía.

—¿Para qué lado vamos? —le pregunté.

—De camino aquí, ya hemos visto lo que hay. Sigamos avanzando por esta ruta —dijo Quin, totalmente absorta en sus pensamientos.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo interesante que podría ser ver a alguien pensar. La observaba cada vez que podía, y la veía escudriñar cada árbol y cada curva del camino en busca de pruebas. Era mi chica la que lo estaba haciendo. Sabía que no podía llamarla «mi chica» de manera oficial, pero me gustaba pensarlo.

Cuando nos acercamos a una carretera que salía a la izquierda, la miró intensamente.

—¿Qué sucede?

—¿A dónde crees que va? ¿Por qué el condado abriría una carretera ahí? No es lo suficientemente grande para ser un camino directo a una autopista. El condado tuvo que poner el dinero, lo que significa que hubo una buena razón que convenció a los miembros del comité de presupuesto. Vayamos por ahí —decidió.

Hice lo que me dijo. Por un largo tramo, la carretera era idéntica a la que habíamos dejado atrás. Sin embargo, estábamos subiendo. Y, muy pronto, ambos deseábamos haber traído nuestras chaquetas.

Cuando vimos nieve en el suelo, supimos que habíamos llegado a las Grandes Montañas Humeantes.

—Es hermoso —dije, asombrado por cómo el sol del atardecer proyectaba sombras detrás de los árboles cubiertos de nieve que se extendían como olas a lo lejos.

—¿Qué cosa? Ah, sí —dijo Quin, mientras observaba por un instante el bosque en lugar de los árboles.

—¿Te imaginas ver esto todos los días? Sería increíble, ¿o no? —pregunté. Creía que estaba hablando con Quin, pero me di cuenta de que hablaba solo.

—¡Ahí! ¡Mira!

—¿«Bienvenido a Snowy Falls»? Eso sí que es estar fuera del mapa. Este lugar literalmente no aparece en ningún lado. ¿Crees que todavía vive alguien ahí?

—Hay una sola forma de averiguarlo —dijo Quin, con una sonrisa.

Continuamos por la carretera durante un kilómetro más y nos acercamos a lo que parecía ser un muro deteriorado a ambos lados del camino.

—¿Es un muro? ¿Crees que es propiedad privada?

—Existe la posibilidad de que haya sido propiedad privada. Pero, si todavía lo es, no se están ocupando de la seguridad. El muro solo se extiende por tres metros.

—Pareciera que solía ser más largo.

—Mira todos esos escombros. Pareciera que nadie lo ha reparado en la última década.

—¿Crees que deberíamos continuar? —le pregunté. Dudaba de nuestra decisión.

—Si no quisieran que estuviéramos aquí, ¿por qué pondrían un cartel de bienvenida?

—Buen punto —dije, y aceleré. En seguida vimos los primeros edificios.

Era un verdadero pueblo en funcionamiento. Y había más señales de vida de las que me hubiera imaginado. Aunque el pueblo era pequeño, había una gasolinera, un restaurante y lo que parecía una tienda atendida por sus dueños.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a la detective, que estaba escudriñando la ciudad con la misma intensidad que todo lo anterior.

—¿Entramos y saludamos?

—¿Quieres socializar? ¿Tú? ¿La tía a la que tuve que obligar a ir a una fiesta? —dije, divertido.

—Aquí, en alguna parte, podrían estar las respuestas a los interrogantes sobre tu pasado. No quiero crearte expectativas irreales. Pero puede que tu madre haya vivido en este pueblo. Es posible que todavía lo haga.

El dolor se apoderó de mi pecho al escuchar las palabras de Quin. Tenía razón. Si mi padre trabajaba en el hospital, y ese hospital era el más cercano, existía la posibilidad de que ella viviera ahí. Mi corazón latía con fuerza ante la posibilidad.

—¿A dónde vamos?

—¿Qué te parece si vemos si en la tienda venden abrigos?

Aparqué la camioneta frente al pintoresco edificio de madera y tomé un

respiro.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Quin, mientras me observaba mirando fijo el edificio.

—Es un poco abrumador.

—No quiero que te hagas ilusiones. Podría ser solo otro pueblo en el medio de la nada.

—Sí. O podría ser el lugar donde descubra lo que llevo toda la vida preguntándome.

—También podría ser eso. Pero no debemos esperar que lo sea.

—Tienes razón. Necesito controlarme. Vale, estoy bien.

Cuando abandonamos la comodidad de la camioneta calefaccionada, nos golpeó el frío de la tarde. Yo tenía un poco de músculo que me mantenía caliente, pero podía ver que el aire frío atravesaba a Quin como un cuchillo. La puerta estaba a unos pocos metros, pero rápidamente pasé mis brazos alrededor de ella para abrigarla. Era la primera vez que la sostenía así. Se sentía increíble.

Al entrar en la tienda, no me apresuré a soltarla. Sonó una campana cuando cruzamos la puerta. Mientras yo seguía abrazando a Quin, se acercó un hombre corpulento, de piel oscura y rostro amable.

—¿Cómo puedo ayudaros? —nos preguntó. La manera en la que lo dijo me hizo preguntarme si era gay.

—Hola. ¿Vende chaquetas? —le pregunté, sin pensar en que Quin todavía estaba en mis brazos y que había algo inusual en ello.

—Tenemos algunas. Están por aquí —dijo, y nos guio hasta un extremo de la pequeña tienda—. ¿Habéis venido a ver las cascadas?

—¿Las cascadas? —preguntó Quin, mientras sostenía mis brazos y no me permitía soltarla.

—Claro. Hay unas cascadas a unos kilómetros de distancia. Ofrecen una vista increíble en esta época del año.

—Apuesto a que sí —respondí—. Quin, eso suena increíble.

—Deberíais echarles un vistazo. Desafortunadamente, está oscureciendo, por lo que no creo que queráis ir esta noche.

—Suena muy bien. Pero solo estamos de paso. Y tenemos un largo viaje de regreso —dijo Quin, como si tuviera un plan.

—Podéis quedaros a pasar la noche. Hay un hostal cerca.

—Tal vez vayamos a verlo. Pero, en realidad, queríamos saber sobre la historia del pueblo. ¿Hace cuánto que existe? —le preguntó Quin, de forma casual.

—¿El pueblo? Desde los años veinte. Comenzó como un centro donde se destilaba whisky ilegalmente durante la Ley Seca.

—¿En serio? —le pregunté, intrigado.

—Sí, la historia es muy interesante. Pero Sonya les puede contar más. Es la encargada del hostal y es la historiadora no oficial del pueblo. Mi esposo también sabe bastante, pero Sonya disfruta hablando del tema. Tom puede ser

un poco gruñón a veces. ¿Estáis casados?

En ese momento, solté a Quin. No sabía por qué. La idea del matrimonio no me asustaba. Y podía considera la idea de pasar la vida con Quin. Pero tal vez no estaba listo para que me preguntaran algo así, ya que Quin y yo todavía estábamos viendo qué sucedía entre nosotros.

—No —dije, para que Quin no tuviera que hacerlo—. Somos amigos.

—Buenos amigos —agregó Quin, lo que me hizo sentir un cosquilleo.

—¿Cómo os habéis conocido?

—Ambos vamos a la Universidad de East Tennessee. Ella es la tutora brillante. Yo soy el atleta tonto —dije, con una sonrisa.

—Lo entiendo. En nuestro matrimonio, Tom es el brillante. Es médico. Creo que es importante encontrar a alguien que esté fuera de tu alcance —dijo, y me guiñó un ojo.

Me eché a reír.

—Definitivamente Quin está fuera de mi alcance.

—Eso no es cierto —objetó Quin—. Tú estás fuera de mi alcance. Eres el mariscal de campo estrella…

—Ya no más —le dije a nuestro nuevo amigo, mientras señalaba mi pierna enyesada.

—Oh… —exclamó, mirándola—. Creo que tenemos unas muletas por aquí en alguna parte. Si las necesita, las buscaré. Me las puede devolver antes de irte.

—¡Vaya! Gracias. Creo que está empezando a dolerme un poco.

—Iré a buscarlas —dijo en seguida, y se dirigió a la parte trasera de la tienda.

—Es muy amable —le dije a Quin.

—Sí, lo es. ¿Crees que deberíamos quedarnos?

—¿No has dicho que deberíamos regresar?

—Solo quería ver qué información nos daba. Claramente quiere que nos quedemos.

—Aquí están —dijo el hombre enseguida, acercándose a nosotros.

—¡Gracias! —le dije, mientras tomaba las muleta y me apoyaba en ellas.

—Nos llevaremos estas chaquetas —dijo Quin, y se las entregó a nuestro amigo.

—¡Oh! Creo que no puedo…

Quin me interrumpió:

—Yo me encargo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. No te preocupes. Tal vez se te ocurra alguna forma de compensarme —dijo, sonriendo.

—Tal vez —respondí.

Sí, estaba coqueteando bien.

—Lo siento, ¿cuál es tu nombre? —le preguntó Quin, mientras se acercaba a la caja registradora.

—Glen

—Glen de la tienda. Muy bien.

—¿Y vosotros sois…? —nos preguntó Glen.

—Yo soy Quin y él es Cage.

—Encantado de conoceros.

—De hecho, creemos que Cage tiene familia cerca de aquí.

—¿En serio? ¿En dónde?

—No estamos seguros —respondió Quin.

—Es un muy buen lugar para tener familia —dijo Glen, con una sonrisa.

—¿Hay alguien de apellido Rucker en el pueblo?

—¿Rucker? No que yo sepa. ¿Es el apellido de casada de alguien?

—Es el apellido de su padre. Su padre adoptivo. Creemos que Cage nació en el Hospital del Condado de Falls.

—Claro. Ese lugar cerró hace unos diez años. Fue una pena. Ahora, Tom es el único médico en ochenta kilómetros a la redonda.

—¡Vaya! No puedo imaginarlo —dijo Quin, con sinceridad.

—Lo mantiene ocupado. Entonces, ¿queréis las indicaciones para llegar al hostal?

Quin me miró como si todavía estuviera considerándolo. Sabía que no dependía de mí. Aunque quisiera, no podría pagarlo.

—Seguro, ¿por qué no? —dijo, con una sonrisa.

—¡Perfecto! Sonya es la encargada del lugar. Le gusta que la llamen «doctora Sonya», probablemente porque Tom lo odia. No es doctora en medicina —nos aclaró—. Y yo le repito una y otra vez que no hace falta que lo seas para que te llamen «doctor». Pero es un cascarrabias —dijo Glen, con una sonrisa.

Nos pusimos las chaquetas y regresamos a la camioneta, sintiéndonos muy bien acerca del pueblo. Glen nos había causado una gran primera impresión.

El hostal estaba a un poco menos de un kilómetro. Era fácil imaginar que un paseo por el pueblo sería una experiencia relajante. Ya era de noche, pero, incluso en la oscuridad, parecía una postal.

El hostal era claramente uno de los lugares destacados. Estaba en una granja restaurada y parecía costoso. Una gran galería rodeaba el exterior recubierto con tejas de color marrón oscuro. Unos pocos escalones conducían a la entrada.

De pie frente a la puerta principal había una mujer menuda de unos sesenta años que no llevaba chaqueta. Tenía que estar helada y se abrazaba a sí misma en busca de calor.

—¡Bienvenidos! —nos dijo la mujer, con una sonrisa encantadora.

—Hola —le respondí, mientras esperaba que Quin descendiera para pasarle un brazo alrededor de los hombros y acercarnos. Si todos iban a creer que éramos una pareja y Quin iba a seguirles el juego, yo lo aprovecharía al máximo.

—Glen me avisó que vendríais. ¡Entrad, entrad! Hace frío fuera.

Al ingresar, el interior no me decepcionó. Era pintoresco, estaba limpio y muy bien organizado. Los pisos y las paredes de la entrada eran de madera del color de la miel oscura. Los sofás de la sala eran de color beige con estampado floral y parecían cómodos. Y las pequeñas mesas alineadas en la habitación eran de madera oscura y elegantes.

—Este lugar está fuera de nuestro presupuesto —le susurré a Quin, antes de recordar que veraneaba en una isla privada—. Bueno, fuera de mi presupuesto.

—No te preocupes —me respondió, y lo decía en serio—. Esta es la ventaja de haberme pasado la vida con miedo a que me secuestraran. Déjame compartirla contigo —dijo, con una sonrisa.

Me puso incómodo que pagara por la habitación sin que yo pudiera ayudar. Pero sabía que las alternativas que teníamos eran conducir dos horas de regreso o dormir en mi camioneta. No quería que Quin sufriera para no herir mi orgullo.

—Está bien —le dije, porque sabía que los problemas estaban solo en mi cabeza.

—Glen me ha dicho que habéis venido a ver las cascadas —dijo la enérgica mujer, que tenía un leve acento jamaicano.

—¿Quin? —dije. No estaba seguro de qué diría.

—En realidad, estamos investigando sobre la familia de Cage.

—¿En serio? ¿Tienes familia en la zona? —me preguntó, con los ojos verdes enfocados en mí.

—No lo sabemos. Creemos que sí, pero no sabemos casi nada.

—Bueno, ¿sabéis que este pueblo solía ser una guarida de piratas?

—¿Piratas? —le pregunté.

—No de los que navegaban por el mar, sino de los que andaban por tierra. Un hombre fundó el pueblo y luego invitó a sus amigos, con los que destilaba whisky ilegalmente, a instalarse para reducir el costo de distribución. Y fue un éxito.

—¿En serio? ¡Vaya! —exclamé, fascinado.

—¿Habéis visto el muro al ingresar al pueblo?

—Sí, lo hemos visto —respondí.

—Solía rodearlo todo. La escuela funcionaba como destilería y almacén. En la tienda de Glen estaba la oficina financiera. Podría pedirle a Titus que os haga un recorrido por la mañana si queréis.

—¿Titus? —preguntó Quin.

—Tiene vuestra edad. Es un gran chico. Os va a encantar. Le avisaré.

En ese momento, apareció alguien bajando por las escaleras. Tenía el mismo cabello oscuro y brillante que la doctora Sonya y su complexión pequeña. Parecía tener diecisiete años, o tal vez menos. Y no tenía nada de la energía y la chispa de Sonya.

—Mamá, ¿sabes dónde están mis tenis? No los encuentro —dijo, mirándonos intensamente a nosotros.

—Si cuando te los quitas, los guardas en el mismo lugar, no tendrás que buscarlos día por medio —dijo Sonya, con un cansancio típico de madre en su voz.

—¡Mamá! —dijo, avergonzado.

—Te ayudaré a buscarlos más tarde. ¿Por qué no preparas la habitación número 2 para nuestros huéspedes? Lo siento, ¿cómo os llamáis?

—Yo soy Cage y ella es Quin.

—Ya sabéis mi nombre. Y él es Cali, mi hijo.

—Hola —dijo, con una sonrisa tímida. El chico nos miraba fascinado. Me parecía que su intención no era ser grosero.

—¿Cali? Ahora —dijo su madre, y lo envió de regreso al piso de arriba.

Sonya puso los ojos en blanco como diciendo: «Adolescentes, ¿verdad?».

—Todos sois muy amables aquí —le dije y, finalmente, solté a Quin.

—Es un pueblo muy amigable —confirmó la doctora Sonya.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo en el pueblo? —le preguntó Quin, de nuevo en modo detective.

—Llegué aquí tres años antes de que naciera Cali. Me fascinaba la historia.

—Entonces, ¿hace unos veinte años?

—En junio serán veinte —dijo Sonya, con una sonrisa—. El tiempo vuela, ¿verdad?

—No sabes nada acerca de una madre que haya muerto durante el parto o algún bebé que haya desaparecido hace veintiún o veintidós años, ¿verdad?

—Oh, Dios mío, no. Eso fue antes de que yo llegara, pero es un pueblo pequeño. Los chismes perduran. Sin embargo, no he escuchado nada de eso. ¿Es lo que estáis buscando?

—Es una teoría sobre la que estamos trabajando —dijo Quin, muy profesional.

—¿Una teoría sobre la que estáis trabajando? ¡Estáis tratando de resolver un misterio! —dijo Sonya, entusiasmada.

—Es la idea —agregó Quin.

—¡Qué emocionante! No es el tipo de cosas que una suele preguntarle a la gente, pero veré qué puedo averiguar.

—¿Podrías hacerlo? Sería maravilloso. Creemos que dio a luz en el Hospital del Condado de Falls.

—Estaré atenta —dijo, encantada.

—La habitación está lista —dijo Cali, de nuevo en las escaleras.

—Cali os llevará a vuestra habitación. No sé si habréis comido, pero el restaurante que está al lado de la tienda de Glen está abierto hasta las nueve.

—Gracias. Daremos una vuelta por ahí —le dije. Me sentía como en casa.

Cuando estaba al pie de las escaleras, me detuve.

—Me acabo de dar cuenta de que me he dejado las muletas en la camioneta.

—¿Quieres que vaya a buscarlas? —se ofreció Quin.

—Creo que estoy bien —le dije. Extendí una mano hacia Quin y me tomé

de la barandilla con la otra.

Cali nos esperaba al final de las escaleras. Tan pronto como llegamos, nos preguntó:

—¿De dónde sois?

—Vamos a la Universidad de East Tennessee —le dije.

—Pensaba inscribirme ahí.

—Deberías. ¿Estás en el último año del instituto? ¿O en el anteúltimo?

—En el anteúltimo —dijo, mirándonos con un gesto travieso.

—Es una buena universidad —le dije, en un intento de librarme de su mirada, que nuevamente se había fijado en nosotros—. ¿Esta es la habitación?

—Sí. Si necesitáis algo, hacédmelo saber —dijo, con torpeza.

—Creo que Titus nos va a hacer un recorrido por el pueblo mañana —le dije.

—Ah —dijo, decepcionado.

—¿Hay algo en particular que debamos ver?

—Las cascadas son geniales —dijo, sonriendo de nuevo.

—Las visitaremos.

Cali no se marchaba.

—Vale. Gracias por mostrarnos la habitación.

—Sí. Estoy al final del pasillo si necesitáis algo.

—Entendido —le agradecí, con una sonrisa.

Cuando se alejó, entramos y cerramos la puerta detrás de nosotros.

—Creo que alguien está enamorado —le dije a Quin, que me miró divertida.

—Sí, no podía dejar de mirarte.

—¿Estás celosa?

—¿Debería estarlo? —me preguntó, con una sonrisa.

—Nunca tendrás que preocuparte de que yo quiera estar con alguien que no seas tú —le dije. Quin sonrió—. Además, lo que quería decir era que está enamorado de ti.

—¿Qué dices? —me preguntó Quin, que no se lo esperaba.

—¿No te has dado cuenta? Me miraba a mí porque, cada vez que te miraba a ti, se sonrojaba.

—¿En serio?

—Quin, ¿cómo no te has dado cuenta? Eres la persona más observadora que conozco.

—Supongo que no capto esas cosas —me dijo, como si se estuviera dando cuenta.

—¿Qué te parece? ¿Crees que es posible que mi madre sea de aquí?

—Todavía no lo sé. Es posible.

Nos quedamos en silencio y ambos dirigimos la atención a la única cama que había, que era grande.

—Todo el mundo cree que somos novios —le dije, para romper el momento incómodo.

—¿Y lo somos?

Me quedé mirando a Quin.

—¿Quieres que lo seamos?

—Te he dicho lo que siento por ti —dijo Quin, tímida.

—Y he sido quien te ha besado —le recordé.

—Entonces, ¿lo somos? —me preguntó de nuevo.

—Yo quiero ser tu novio.

No aclaré que quería serlo por el resto de mi vida.

—Yo también quiero ser tu novia.

Sonreí al escuchar sus palabras.

—Entonces, supongo que somos novios.

—Supongo que sí —dijo Quin, y me ofreció una sonrisa que me hizo sentir muy bien—. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué te parece si comemos algo? Ha pasado bastante desde la pizza.

—Vale. Y luego, ¿qué haremos? —me preguntó, levemente sonrojada.

—¿Qué quieres hacer después?

—No lo sé. Lo que tú quieras —dijo Quin, e hizo que el corazón me latiera con fuerza.

Sabía lo que quería hacer. Quería volver a sentir sus labios en los míos. Me preguntaba si ella querría lo mismo.

—Improvisaremos —le dije. Me sentía borracho de excitación.

—Vale —dijo, roja como un tomate.

Salimos de la habitación, nos subimos a la camioneta y nos dirigimos al restaurante. Yo temblaba con la excitación de pensar en lo pasaría cuando volviéramos al hostal.

Aparcamos frente al negocio y miramos por las grandes ventanas mientras nos acercábamos. Era como todos los restaurantes de pueblos pequeños. Había muestras del paso del tiempo, pero el lugar estaba limpio. Por la decoración, parecía que funcionaba desde los años sesenta. Y no había otros comensales dentro.

—Podéis sentaros donde queráis. Estaré con vosotros en un segundo —nos gritó un hombre corpulento desde la cocina cuando entramos.

—Supongo que podemos sentarnos en cualquier lado —repetí. Tomé a Quin de la mano y la llevé a una mesa contra la pared, perpendicular a las ventanas.

—Nunca te he preguntado si comes de todo. Creo que es algo que tu novio debería saber —dije. Me encantaba cómo sonaba.

—Trato de comer sano, pero recuerda que he llenado tu congelador con pizzas congeladas y helado. Y la mayor parte de eso en verdad era para mí. Así que…

Me eché a reír.

—Entendido.

Quin tenía los brazos relajados sobre la mesa frente a nosotros y se inclinaba hacia mí. Me incliné hacia delante y envolví sus manos con las

mías. Me encantaba sostener sus suaves manos. Eran bastante más pequeñas que las mías.

Mi mente se disparó a las otras partes de su cuerpo que tal vez acariciaría más tarde. Estaba a punto de decirle lo que estaba pensando cuando el hombre corpulento de la cocina apareció frente a nosotros y nos entregó los menús. Solté las manos de Quin y tomé la carta plastificada.

—Se nos acabó todo menos el pollo frito, las hamburguesas y los sándwiches. Puede que tampoco tengamos jamón, tendría que corroborarlo —dijo, y se quedó por si teníamos preguntas.

—Si estás lista para ordenar, yo ya sé lo que quiero. Me muero de hambre.

—Una hamburguesa con papas fritas, por favor —pidió Quin, devolviéndole el menú al hombre corpulento con una barba de cuatro días.

—Lo mismo para mí —le dije, y también le entregué la carta. Quería continuar donde lo había dejado—. Me has dicho que no has tenido novio.

—No. ¿Estás decepcionado?

—¿Por qué estaría decepcionado?

—No lo sé. Porque tal vez las cosas serían más fáciles si lo hubiera hecho.

—Bueno, yo tampoco he tenido novio, por si te hace sentir mejor —bromeé.

—No sé si me hace sentir mejor —me respondió, divertida.

Me reí entre dientes.

—¿Preferirías que hubiera tenido uno? —le pregunté, mientras la tomaba de la mano.

—Bueno, entenderías mejor lo que nos pasa a las chicas.

—Tal vez. Pero creo que es demasiado tarde. Ahora que te he conocido, no querré estar con nadie más —le dije. Luego, me llevé su mano a la boca y la besé.

Quin se sonrojó. Yo la miraba a los ojos y no quería volver a mirar ninguna otra cosa. Cuando no pude seguir resistiéndome, me incliné más sobre la mesa y la besé. Nuestras bocas se posaron una en la otra, y sentí un escalofrío en la columna vertebral. El beso continuó hasta que el gruñido de disgusto de alguien arruinó el momento.

Al escucharlo, me volví a sentar sin saber qué sentir. Seguía mirando a Quin, que supo lo que estaba pensando antes de que dijera nada.

—No hagas nada —me pidió Quin.

Sabía que tenía razón, pero no soportaba que ella tuviera que pasar por eso. Y, mientras estuviera cerca de Quin, nadie le faltaría el respeto a ella ni a nuestra relación.

Me volví lentamente, buscando a la persona que había hecho el sonido. El cocinero estaba de vuelta en la cocina preparando las hamburguesas. Si hubiera sido él, no hubiéramos podido escucharlo por encima del chisporroteo de la plancha. Y la única otra persona en el lugar era un chico joven, con uniforme de ayudante.

Lo miré y me pregunté cuánto tiempo me tomaría molerlo a golpes. No

parecía tener más de veinte años y claramente estaba molesto. Su despeinado cabello rubio oscuro resaltaba su mandíbula increíblemente cuadrada. Esos rasgos angulosos eran un signo de lo delgado y musculoso que era. Y, más que nada, parecía estar en busca de una pelea. Daba la sensación de que la había encontrado.

—¿Tienes algún problema? —le dije, haciendo que levantara la cabeza y me mirara.

—¿Qué? —preguntó, y lo usó como excusa para acercarse un poco con su bandeja.

—Te he preguntado si tienes algún problema —repetí, mientras me alejaba de la mesa y le mostraba con quién estaba hablando.

Por donde me miraran, yo era un tío grande. Los únicos más grandes que yo eran los jugadores de ciento treinta kilos que se lanzaban sobre mí en el campo de fútbol. Ni mojado ese niño superaba los ochenta kilos. Sin embargo, seguía avanzando como si tuviera algo que demostrar.

—Sí, tengo un problema. Tengo un problema con vosotros.

—¿Tienes un problema con nosotros? Me encantaría saber cuál es —le dije, mientras daba un paso hacia él.

—Cage, no lo hagas.

—Eso, Cage, no lo hagas —se burló, lo que hizo que me hirviera la sangre —. La gente como vosotros venís a este pueblo y os creéis que sois los dueños del lugar. Creéis que podéis hacer lo que queráis donde queráis. Estamos cansados de sus faltas de respeto.

—Tienes un grave problema mental, ¿sabes? —le dije. Estaba listo para darle lo que estaba buscando.

—¿Eso crees? ¡Dilo de nuevo! —soltó, acercando su pecho a pocos centímetros del mío.

—¡Nero! ¡Ven aquí! —le gritó el cocinero, desde la cocina.

El chico dio un paso atrás, pero no apartó la mirada.

—Te he dicho que vinieras aquí. ¡Ya mismo!

Estaba listo para limpiarle los mocos de un puñetazo. Pero, en lugar de hacer el último movimiento, el chico bajó la mirada y se arrastró de regreso a la cocina. Permanecí de pie mientras observaba.

—¿Qué haces hablándole así a mis clientes? ¡Te he preguntado qué haces hablándole así a mis clientes! ¡Respóndeme!

—No lo sé —dijo, sin mirar al cocinero a los ojos.

—Con que no sabes, ¿eh? Entonces vete de aquí y no regreses hasta que lo sepas. ¡Vete! Y te voy a quitar un día de la paga por la escena que has montado.

—¡No he hecho nada! —suplicó el muchacho.

—Has hecho suficiente. Ahora vete antes de que cambie de opinión y te despida.

El tipo se arrancó el delantal y lo arrojó sobre una mesa antes de clavarme la mirada mientras se escurría hacía la puerta. Estaba dispuesto a terminar de

cenar con Quin y encontrármelo fuera si me esperaba. Sin embargo, no lo hizo. No mucho después, lo vimos desaparecer en la oscuridad de la noche.

—Lo siento mucho. Ese chico tiene algunos problemas. Su madre es complicada. Sigue aquí por ella. Pero quiero aseguraros que todo el mundo es bienvenido aquí en Snowy Falls. De hecho, su cena es cortesía de la casa. Y, de nuevo, os pido disculpas. Lo siento —dijo el cocinero, antes de regresar la atención a nuestra cena.

Me tranquilicé y regresé a la mesa, donde me encontré con la mirada de Quin.

—¿Cuál era su problema? —le pregunté. Quin me miraba con una expresión que no podía descifrar. ¿Estaba molesta? ¿Enojaba? No me daba cuenta.

—Ibas a golpearlo —dijo.

—Si hubiera sido necesario, sí. No me ha gustado la manera en la que nos ha hablado —le dije, aunque me daba cuenta de que tal vez había asustado a la chica que había crecido en un piso de lujo en Nueva York.

Cuando me calmé, estaba a punto de pedirle disculpas por mi reacción, pero vi una sonrisa que se dibujaba en el rostro de Quin. Me tomó de la mano y me miró a los ojos. No sabía en qué estaba pensando, pero la manera en la que me miraba me hacía querer tomarla entre mis brazos y besarla mucho.

No mucho después, el cocinero nos trajo la comida y volvió a disculparse. Las hamburguesas eran exactamente lo que necesitábamos y estaban buenísimas. Luego de haber terminado de cenar, solo podía pensar en lo que íbamos a hacer a continuación.

—Buenas noches. Espero volver a veros —dijo el cocinero, mientras nos levantábamos para irnos.

—¿Qué haces? —le susurré a Quin, que había sacado un billete de veinte dólares de la billetera y lo dejaba sobre la mesa—. Ha dicho que las hamburguesas eran cortesía de la casa.

—Lo sé, pero somos los únicos clientes. Es una mala noche. No te preocupes, Cage. Vámonos —me dijo. Dejó el dinero y me guio fuera.

De vuelta en la camioneta, me volví hacia ella.

—Realmente eres una gran chica.

Quin me sonrió tímida y adorable, y me puse a pensar en todas las cosas que le iba a hacer. Volví al hostal tan rápido como pude. Por suerte, no había semáforos ni señales de alto en el pueblo. Luego de descender de la camioneta, cuando estuvimos detrás de la puerta cerrada de nuestra habitación, me quedé mirando a la hermosísima chica que tenía frente a mí y, por fin, me dejé ir.

La miré fijo a los ojos y crucé la habitación hacia ella. Con una furia efervescente, envolví los brazos alrededor de su cuerpo y tomé la parte posterior de su cabeza. Al encontrarme con sus labios, me sentí mareado. Quería besarla para siempre. Cuando abrió la boca y nuestras lenguas se encontraron, mi cuerpo ardió. La necesitaba.

Mis labios se encontraron con su lóbulo y le besé el borde de la oreja. Quin gimió. Cuando introduje la lengua y toqué la parte exterior de su oído, lanzó una risita.

Volví a mordisquearle el lóbulo y luego lamí el lugar donde su barbilla se encontraba con su cuello. Quería probar cada parte de ella. Besé su piel suave para conseguirlo. Quería conocer cada centímetro de su cuerpo. Me detuve en su clavícula marcada, me agaché, la tomé en mis brazos y la llevé a la cama.

Me encantaba tenerla en mis brazos. De esa forma la llevaría a través del umbral cuando llegara el momento. No quería estar lejos de ella nunca más. La deposité en el centro de la cama, me acosté al lado de ella y me perdí en la pasión sobrecogedora de sus caricias.

Quin era el amor de mi vida. No tenía ninguna duda. Y no quería volver a estar lejos de ella.

Capítulo 13

Quin

Soñé cosas maravillosas después de quedarme dormida en los brazos de Cage, aunque no había tenido la intención de hacerlo. Hubiera querido quedarme despierta toda la noche y aprovechar cada segundo con él. Era lo mejor que me había pasado en la vida. Quería disfrutar de esa intensa proximidad que sentía a su lado.

Eso no sucedió, por supuesto, porque él me había hecho sentir demasiado bien. El contacto con tu tibio cuerpo me había liberado de la presión y las tensiones que llevaba a cuestas. En sus brazos, me había entregado por completo por primera vez en la vida. Estaba agotada de tener que sostenerme sola, por lo que mantenerme despierta por el tiempo que lo hice fue el logro más grande de mi vida.

Sin embargo, sabía lo que quería a continuación. Quería darle una fracción de la alegría que él me había dado, aunque todavía no sabía cómo. A medida que me despertaba, supe lo que iba a hacer primero. Iba a despertar con un beso al hombre más hermoso que hubiera visto.

Ya no sentía sus brazos alrededor de mí y estaba a punto de abrir los ojos e ir en busca de su boca cuando un golpe en la puerta me despertó bruscamente. Recordé dónde estaba y mis ojos se abrieron al instante. Miré a la izquierda y luego encontré a Cage a mi derecha. Él también tenía la cabeza levantada.

Bueno, ya no podría llevar a cabo mi representación de «La bella durmiente» invertida. Y, mientras pensaba en un nuevo plan, oí que un papel crujía. Miré hacia la puerta. Venía de allí. Alguien estaba deslizando una nota por debajo.

Cage sintió que me movía y giró la cabeza para mirarme.

—Buenos días —le dije, con una sonrisa.

Sus ojos cansados se arrugaron cuando me sonrió a modo de respuesta.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Como un tronco. ¿Y tú?

—He estado un poco inquieto.

—¡Oh, no! ¿Por qué? —le pregunté, frustrada.

Cage sonrió.

—Es difícil dormir cuando estás tan feliz —me respondió, lo que hizo que se me derritiera el corazón.

Incapaz de seguir aguantándome, me deslicé hacia él y lo besé. Sentir sus labios contra los míos fue como zambullirme en caramelo caliente. Me acomodé al lado de él, y volvió a abrazarme.

¿Qué había hecho para merecerlo? No lo sabía. Intoxicada por su aroma, no podía pensar en nada más que en el momento presente.

Cage me abrazó hasta que su voz retumbó.

—¿No tienes un poco de curiosidad por saber qué dice en la nota?

Abrí los ojos. Me había olvidado de la nota que habían pasado por debajo de la puerta.

—Sí, ahora sí —respondí, mientras las posibilidades inundaban mi mente.

—Deberíamos tomarla, ¿o no? Podría tener una pista acerca de mi pasado.

Tenía razón. Además, la intriga había empezado a apoderarse de mí. Nunca me había sentido tan viva como cuando desentrañaba los misterios del pasado de Cage. Sentía que mi cerebro trabajaba a la velocidad de la luz.

No solo sentía que estaba sacando provecho de todo en lo que siempre había sido buena, sino que también era algo que estaba haciendo por Cage. Hacerlo por él lo hacía diez veces más motivador.

Estaba resolviendo algo que cambiaría la vida de Cage para siempre. Estaba investigando algo sobre lo que se había preguntado toda su vida. Hacer esto por él sería la mejor manera de demostrarle cuánto me importaba. Tal vez le traería un poco de la alegría que él me había dado a mí.

De modo que sí, sentía más que «un poco de curiosidad» por saber qué decía la nota que habían deslizado bajo nuestra puerta.

—Supongo —le dije, pues no quería que pensara que yo no deseaba quedarme entre sus brazos.

—Yo también. Iría a buscarla, pero mis movimientos están limitados —dijo, con una sonrisa.

—¡Cierto! Siempre olvido que tienes una pierna quebrada.

—Yo también —dijo, soltando una risita.

—¿No te duele?

—No estaba bromeando cuando te decía que me duele menos cuando estoy contigo.

—¿Crees que le estás haciendo más daño caminando sobre ella?

—Esa es una buena pregunta. Pero creo que mi cuerpo me lo haría saber si necesitara que me relaje. Y esta mañana no se siente genial, pero no diría que duele.

—¿Quizás estás impulsado por la adrenalina? Eso puede reducir el dolor —sugerí.

—Quizá. Pero hasta que mi cuerpo no me diga que me detenga, ¿por qué no continuar?

—¿Quizá porque sabes que debes descansar?

—Descansaré el lunes cuando volvamos a la universidad.

—Con suerte, podremos averiguar algo hoy —le dije.

—Con suerte. Todo esto hace que me pregunte qué dice la nota.

—Iré a buscarla —le dije, y me acomodé su camisa, que me había puesto la noche anterior, antes de acostarnos.

Levanté las sábanas, salí de la cama y tomé la nota.

—¿Qué dice?

—Dice que Titus está abajo, cuando estemos listos para el recorrido.

—¿Titus?

—La Dra. Sonya insinuó que conseguiría a alguien llamado Titus para

enseñarnos la ciudad. Creo que nos está esperando aquí. ¿Qué hora es?

Ambos miramos alrededor, buscando un reloj. Cuando ninguno encontró uno, cogí el teléfono de mis pantalones.

—Mi teléfono está muerto —dijo Cage, mirando el suyo.

—Aún queda algo de batería en el mío, y son las 11:05 de la mañana —contesté, sorprendida.

—¡Mierda! ¿Hace cuánto tiempo estará esperando?

—No lo sé. Pero, ¿hemos confirmado con la Dra. Sonya que queríamos hacer un recorrido?

—¿No queremos uno, de todas formas?

—Claro. Solo digo que no es nuestra culpa que esté esperando.

—Probablemente deberíamos bajar, ¿verdad?

—Probablemente —reconocí.

Después de que nos vistiéramos, nos turnamos en el baño y luego bajamos. Un tipo estaba sentado en el sofá en la sala de estar. Era alto, con mucho pelo castaño, una cara amable y una sonrisa hermosa y grande. Parecía que tenía veintiuno o veintidós años. De cualquier forma, parecía mayor que yo; podría haber estado en el mismo año que Cage.

—Hola —dijo. Se levantó y nos encontró al final de la escalera. Su sonrisa brillaba—. La Dra. Sonya me llamó ayer y me dijo que queréis hacer un recorrido por nuestra bella ciudad.

—Sí, queremos aprender más sobre ella —le contesté, tomando la iniciativa.

—Supongo que queréis ver las cataratas.

—Eso y otras cosas —dije, mirando a Cage.

—¿Estáis listos para salir, o necesitáis más tiempo? La Dra. Sonya nos preparó un pequeño brunch ya que se perdieron el desayuno. ¿Imagino que habéis estado un poco ocupados esta mañana? —insinuó Titus—. Solo bromeo. No necesito adivinar qué hacían dos jóvenes guapos como vosotros —dijo, con una risa cómplice—. En fin, ¿queréis salir?

Todo eso me dejó anonadada y sin palabras. Básicamente, había dicho que sabía lo que había sucedido en nuestra habitación. Yo ya era mala de por sí con las interacciones sociales, pero realmente no sabía cómo se suponía que debía responder a eso.

—Estamos listos —intervino Cage—. Estamos ansiosos por el recorrido.

—Las cataratas son hermosas. Las puntas están blancas… si me disculpáis la expresión. Es lo que le dio el nombre a la ciudad, ya que «Snowy Falls» significa «cataratas nevadas». En realidad, el consejo de la ciudad le dio el nombre a la ciudad. Pensaron que sería mejor para el turismo. ¿Qué creéis? ¿Funciona? ¿Ha sido el nombre lo que los ha traído a vosotros?

—No. Hemos venido porque creemos que podría tener familia aquí.

—Bueno, la población no es tan grande. ¿A quién buscáis? Quizá los conozca.

—Mi apellido es Rucker. Pero no creo que mis padres tengan el mismo

nombre.

—Sí, no conozco a nadie con ese apellido.

—La Dra. Sonya dijo que preguntaría.

—Ella es bastante buena para eso. ¿Qué pensáis? ¿Deberíamos salir? Tengo los preparativos aquí —dijo, agachándose y recogiendo una canasta de picnic de mimbre.

—Sí, vámonos.

Titus se dio vuelta y nos guio hasta la salida.

—Espero que no os importe ir en mi camioneta. Es bastante cómoda para tres personas.

—No, está bien.

—¿Qué te parece…? ¿Tú eras… Cage o Quin? ¿Quién es quién?

—Yo soy Cage y ella es Quin.

—¿Qué te parece, Quin? ¿Quieres sentarte en el asiento trasero? Podrías sentarte adelante, con nosotros. Después de todo, es un asiento largo. Pero supongo que estarás más cómoda en la parte de atrás.

—La parte de atrás está bien —contesté.

—Muy bien. Entonces, salgamos.

Titus nos llevó a la ciudad, mientras repetía algunas de las cosas que ya habíamos escuchado. La escuela solía ser un almacén de alcohol ilegal. La tienda de Glen solía ser la oficina principal del corredor de licor ilegal más importante, y solía haber un muro que rodeaba la ciudad. Desde allí, hizo un giro en U y nos llevó más allá del hostal.

—La prohibición del alcohol terminó a fines de la década de 1920, ¿verdad? —pregunté, porque no había aprendido sobre esa época de la historia estadounidense en mi instituto.

—En 1933 —corrigió Titus—. Entre 1920 y 1933, esta ciudad fue el pueblo más rico de Tennessee. La riqueza concentrada aquí competía con la de Beverly Hills o la del centro de Manhattan.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Cage.

—Lo mismo que les pasa a la mayoría de las ideas cuando su tiempo ha pasado. La gente siguió con su vida y se mudó a otros sitios. Algunos se quedaron. Mantuvieron a la comunidad a flote durante los tiempos de sequía. No hablo de los tiempos de sequía del alcohol. En comparación, probablemente serían los tiempos «mojados». Pero la gente hizo lo que pudo. Por un tiempo, pensaron que este lugar podría convertirse en una destilería de whisky de Tennessee. Pero no duró.

—¿Qué cambió?

—El ecoturismo —explicó Titus—. Al menos así lo llama la Dra. Sonya. Dice que vino aquí porque pensó que sería un lugar hermoso para sentar cabeza. Tenemos más cascadas que cualquier otra parte de Tennessee. Y, como el senderismo y la escalada han hecho furor, convenció a la gente de cambiarle el nombre a la ciudad por uno que se enfocara en eso. Dijo que el dinero entraría a montones.

—¿Ha funcionado? —preguntó Cage.

—Es difícil de decir. La población ha aumentado. De vez en cuando, llega gente como vosotros dos, que vienen para ver las cataratas. Pero ha sido difícil ponernos en el mapa.

—Promocionar un lugar como este debe ser difícil —reflexioné.

—No. Quiero decir que ha sido difícil ponernos en el mapa. Literalmente. Si sacas tu teléfono y nos buscas, no podrías encontrarnos, aunque quisieras hacerlo. Tiene que ver con el cambio de nombre, creo. Por lo menos, eso es lo que me han dicho. Y no tenemos estatuto legal. Son muchas cosas pequeñas que se suman. Pero es una ciudad hermosa. Hay mucha gente amigable. Todos son muy hospitalarios. Solo necesitamos que la gente se entere de nosotros. Lo que quiero decir es que, cuando volváis a vuestros hogares, debéis contarles a otras personas sobre este lugar —dijo, con una amplia sonrisa.

—Definitivamente lo haremos —contestó Cage, con entusiasmo—. Por cierto, quizá seas muy joven para saberlo, pero ¿alguna vez has escuchado hablar de alguien que haya muerto aquí dando a luz? Probablemente haya sido cerca de la época en que naciste.

—No tengo recuerdos de esa época —dijo Titus, con una sonrisa rápida.

—Por supuesto. ¿Y de algún bebé que haya desaparecido?

—¿Quieres decir, como… secuestrado?

—Sí.

—No. Nunca he oído hablar de algo así por aquí. ¿Esa es la persona a la que buscas?

—No lo sabemos —dije, interviniendo—. Simplemente sospechamos que fue en una ciudad cercana al Hospital del Condado de Falls.

—Ah, recuerdo ese lugar. Yo nací ahí. Por supuesto, no recuerdo mi nacimiento. Pero solía ir allí para cualquier asunto médico antes de que el Dr. Tom se radicara aquí. Habéis conocido a Glen, ¿verdad? Eso me dijo la Dra. Sonya.

—Así es. Es agradable. Nos dio mis muletas, que he olvidado, de nuevo —dijo Cage, percatándose de eso por primera vez.

—He notado que tienes una pierna coja. ¿Qué pasó? ¿Es una lesión deportiva? Tienes cara de jugar al fútbol.

—Sí, me lastimé jugando al fútbol americano.

—Yo jugaba en el instituto. Tenemos un programa de fútbol americano bastante bueno. No tenemos muchas oportunidades de viajar para jugar. Los fondos en esta ciudad siempre son un poco ajustados. Pero tiene potencial. ¿Juegas en East Tennessee?

—Lo hacía. Pero mi momento ya pasó.

—Lamento oír eso. Siempre pensé en ir allí.

—¿Por qué no lo haces? —pregunté.

—Dinero. Tiempo. Motivación. O todas esas. Puedes escoger. He pensado que podría estudiar algo que pueda luego traer aquí.

—Esa es una gran idea —comenté, valorando su lealtad a la ciudad.

—Lo es, pero luego me atasco pensando en qué debería estudiar.

—Para eso está la universidad, para ayudarte a averiguar qué es lo que quieres hacer.

—Sí, tienes razón. Necesito pensarlo un poco más. Ahora que tengo dos amigos que estudian allí, podría considerarlo —dijo Titus con otra sonrisa amable.

Cuando ya estábamos unos veinte minutos fuera de la ciudad, comenzamos nuestro recorrido por las cataratas congeladas. No había exagerado. Se veían maravillosas. Todas parecían estar congeladas en medio de la caída, lo que formaba carámbanos de hasta seis metros de largo.

—Mis amigos y yo solíamos nadar desnudos aquí cuando éramos pequeños —nos contó Titus, mientras mirábamos una de las cascadas desde la camioneta—. Cuando no estaba congelado, por supuesto. Sí, aunque son hermosas en invierno, son mucho más hermosas en verano. Son tesoros ocultos.

—Tienes razón. Nunca había visto algo igual —dije.

—Bueno, eso no es mucho decir, porque vienes de la ciudad —bromeó Cage.

—Ah, ¿de qué ciudad? —preguntó Titus.

—De la Gran Manzana —contestó Cage por mí.

—¡Guau! ¿Cómo es vivir ahí?

Me congelé, sin saber cuánto debía contarle. Mi niñez no se podía comparar con lo que podría haber tenido alguien que había crecido en ese lugar.

—Es… diferente —le dije.

—Seguro que lo es. ¿Solo se escuchan coches?

—Depende de donde te encuentres.

—Ni siquiera puedo imaginarlo. ¿Escuchas esto? Es el dulce sonido de la nada. No tiene comparación.

—Yo crecí a un kilómetro y medio de nuestro vecino más cercano —comentó Cage.

—Entonces, vosotros sois los dos extremos —dijo Titus, con una sonrisa.

—Está claro que tuvimos experiencias diferentes —dijo Cage.

—No somos tan diferentes —lo corregí, pues no me gustaba la distancia que estaba poniendo entre nosotros.

—Vamos. Ni siquiera puedo imaginar el mundo en el que creciste. O qué se siente estar en tu situación.

—¿Qué situación? —preguntó Titus, inocentemente.

Cage y yo nos miramos. Era bueno saber que él no iba a soltar abruptamente algo que pudiera incomodarme.

—Crecí con la presión de tener que hacer algo especial —resumí.

—Nunca me habías dicho eso —dijo Cage, pensando.

—Creía que te lo había dicho cuando hablamos de… otras cosas.

—No. Recuerdo muy bien esa conversación. No lo mencionaste.

Suspiré.

—Bueno, así es. No puedo simplemente hacer lo que quiera con mi vida. Creo que todo el mundo espera que haga algo que cambie el mundo.

—¿Que cambies el mundo? —preguntó Titus, sorprendido—. ¡Guau! Eso es un poco de presión.

—Más que un poco —aclaré.

—¿Y cómo vas a hacerlo? ¿Cuáles son tus planes para cambiar el mundo? —preguntó Titus.

—No tengo idea. Pensé que lo averiguaría por mi cuenta. Después pensé que lo averiguaría si viajaba por Europa como mochilera. No. Aún no lo sé.

—¿Viajaste como mochilera por Europa? —preguntó Titus, desconcertado.

—Sí.

—¡Guau! ¿Tú también? —preguntó, mirando a Cage.

—No. Esa nunca ha sido realmente una opción para mí.

—Cage estaba demasiado ocupado perfeccionando sus habilidades para jugar en la NFL.

—¿Jugarás en la NFL?

—Ya no. Esa parte de mi vida ha terminado.

—Lamento oír eso. ¡De verdad! —dijo Titus, en tono comprensivo.

—No lo lamentes. Nunca fue mi sueño.

—¿Cuál es tu sueño?

—Casarme… tener una familia… tener hijos… Quizá podría enseñar fútbol americano en algún lugar —dijo Cage, mirándome.

Aunque su sueño sonaba bien, tenía que admitir que no encajaba con lo que sabía que debía hacer con mi vida. Había crecido observando a mis padres y sabía que tenía que hacer algo que cambiara el mundo. Había recibido demasiadas cosas como para no hacerlo. No podía escaparme y vivir una vida tranquila con el dinero de mi familia. Tenía que usar mi inteligencia y mi fama para hacer del mundo un lugar mejor, como lo habían hecho mis padres.

Cuando no respondí, Titus rompió la tensión, recordándonos la comida que la Dra. Sonya nos había preparado. Nos había preparado sándwiches de huevo frito con queso derretido y jamón entre rebanadas de pan tostado. Una mermelada agria mezclada con miel resaltaba los sabores.

—Están buenos —dijo Titus, probando uno de los emparedados—. No cocina a menudo, pero siempre que llevaba algo a una feria o función escolar, su comida era la primera en la que me fijaba. Es del Caribe, ¿sabéis? Jamaica, creo. Su pollo jerk es increíble.

—¿Es jamaiquina? Yo soy de las Bahamas —dije, feliz de que alguien viniera de un lugar cercano.

—¿No habías dicho que eres de Nueva York? —preguntó Titus.

—Solía pasar sus veranos en las Bahamas —explicó Cage.

Después de eso, Titus comenzó a mirarme fijo desde el espejo retrovisor. No sabía lo que pensaba, pero podía sentir cómo se dibujaba el camino que lo

llevaría a pensar que era el bicho raro que todos creían que era.

—¿Hemos visto todas las cataratas? —pregunté, con ganas de cambiar de tema.

—Ni siquiera estamos cerca. Os he llevado solo a las que se pueden acceder sin caminar demasiado.

—No tienes que preocuparte por mí. Puedo caminar un poco —aclaró Cage.

—¿Estás seguro? —quiso confirmar Titus.

—No creo que pueda hacer una caminata de tres kilómetros, pero podríamos ir más lejos de lo que hemos ido.

—Muy bien. Hagámoslo —dijo Titus, mientras volvía a encender la camioneta.

Titus condujo por otros veinte minutos y después estacionó la camioneta al lado de la carretera.

—¿Cuán larga es la caminata? —le pregunté.

—Es de un kilómetro, más o menos. Quizá un poco menos.

—¿Está seguro de que quieres hacer esto? No tenemos que hacerlo —dije, asegurándome de que Cage estuviera bien.

—Estoy bien. De verdad.

No quería decirle a Cage que no podía o que no debía hacerlo, si él decía que estaba bien. Pero me costaba creer que una persona con una lesión como esa pudiera caminar un kilómetro. Parecía una locura. Pero tenía que confiar en Cage. Nadie más que él sabía cómo se sentía.

La caminata hacia el río fue a través de un paraíso nevado. Nieva bastante en Nueva York y el Central Park siempre es bello en invierno, pero nunca había visto nada como esto.

Cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más cubiertos de nieve estaban los árboles. Era hermoso. No me había imaginado que lugares como ese existieran en la vida real.

Lo único que escuchaba era el crujido de la nieve bajo nuestros pies. Más allá de eso, solo oíamos un ligero zumbido cuando la brisa atravesaba los árboles. Tenía que ser una de las experiencias más relajantes de mi vida. No sabía que la vida podía ser tan pacífica.

Titus nos guiaba y yo miraba hacia atrás continuamente para ver cómo estaba Cage. Parecía estar bien, como él había dicho que estaría. No comprendía cómo. Estaba segura de que ayudaba el hecho de que no hubiera colinas ni zonas irregulares. Pero, de todas formas, Cage me había sorprendido. Sabía que no había forma de que pudiera hacer lo que él estaba haciendo. Eso hizo que deseara estar con él incluso más que antes.

—Llegamos —dijo Titus, guiándonos hasta un claro.

Admiré la vista delante de nosotros. A quince metros había un lago congelado de treinta metros de ancho. En el extremo más lejano había una pared rocosa de 10 metros de alto. Desde la punta hasta la base estaba lleno de carámbanos. Parecía una cortina hecha de hielo. Era increíble.

—¡Guau! —dije, incapaz de comprender tanta belleza.

—Esto es increíble —dijo Cage, tan asombrado como yo.

—Vamos. Os mostraré algo —dijo Titus, llevándonos hacia adelante.

Titus se acercó al borde del lago congelado y nosotros lo seguimos en fila.

—¿Esto es seguro? —pregunté, pues nunca antes había caminado sobre el hielo.

—Claro que sí. Estará congelado durante toda la temporada. Tienes que tener cuidado con el hielo gris. Cuando es azul, está sólido. Cuando está cubierto de nieve de esta forma, tienes que tener cuidado; pero, en general, estarás bien.

Me tranquilizó que Titus supiera tanto sobre lagos congelados. Era algo que probablemente sabía cada chaval que crecía en ese lugar. No podía imaginar todas las formas en las que su educación era diferente de la mía. ¿La educación de Cage habría sido similar a la de Titus?

Todo lo que sabía sobre Cage cuando lo había conocido y me había enamorado de él era que era un jugador estrella del fútbol americano. Pero Cage era más que eso. Era un chico que había crecido en medio de la nada, rodeado de árboles y con un padre que lo trataba como si solo sirviera para jugar al fútbol americano. Eso no podía estar más lejos de mis experiencias.

Pero claro, ¿quién podía tener una vida similar a la mía? Supongo que los otros niños de mi pequeño instituto privado podrían haber experimentado algo parecido. Pero, ¿podría tener una vida feliz solamente con alguien así?

No me parecía bien. Así que, si no podía ser feliz con ellos, ¿por qué no podría serlo con un tío de un mundo completamente diferente, como Cage?

Miré a Cage para ver si estaba en desacuerdo con la evaluación sobre el hielo de Titus. Como no reaccionó, asumí que lo que había dicho Titus era un hecho. Seguí los pasos de Titus sobre el hielo y, a unos pocos metros, miró hacia atrás y me corrigió.

—No deberíais caminar en fila sobre el hielo. Separaos. Reduce el riesgo —dijo.

No entendía cuál era la lógica, pero le hice caso y me alejé de su sendero. Para mí, el hecho de que Titus caminara sobre él era prueba de que el lugar era lo suficientemente fuerte para sostenernos. Pero él había crecido en el lugar, mientras que yo había pasado mis inviernos en una isla tropical. ¿Qué sabía yo?

Cuanto más avanzábamos sobre el lago, más notaba que la cortina del hielo delante de nosotros no era una pared. Era un grupo de carámbanos escalonados que, desde la distancia, parecían una sola pieza. Más asombroso que eso era la cueva que se escondía detrás.

—Es una experiencia diferente en verano, cuando el agua fluye. Pero me parece algo especial cuando todo se congela de esta forma —dijo Titus, conduciéndonos hacia la cueva a través de un hueco entre los carámbanos.

Me paré dentro de la cueva de 3 metros de profundidad, miré a mi alrededor y me quedé estupefacta. La vista era cautivadora y hermosa.

—Es como si estuviéramos en una de esas películas de supervivencia —dije, tratando de entender lo que estaba viendo.

—Es cierto —aceptó Titus—. ¿Imagináis que Hollywood viniera a filmar una película aquí? Sería increíble, ¿verdad? Snowy Falls tiene muchísimo potencial. Solo necesita que alguien lo vea y nos dé una oportunidad.

—Quizá podrías estudiar Marketing en la universidad —le dije—. Definitivamente tienes la personalidad indicada. Nos estás vendiendo lo increíble que es este lugar.

—Podría considerarlo —dijo Titus, con una sonrisa—. Nunca lo había pensado.

—Deberías escuchar a Quin. Es bastante inteligente —dijo Cage, llamando mi atención.

Se sintió bien que mi novio dijera cosas buenas sobre mí. ¡Qué suerte tenía! Todo lo que sabía sobre él me decía que era un gran tipo. Es decir, pasaba su tiempo libre jugando fútbol en el parque con niños de 10 años. ¿Quién hacía algo así?

Le sonreí a Cage y me estiré para tomar su mano. Él tomó la mía y me devolvió la sonrisa. No fue una sonrisa sonrojada. Era una que me dejó saber que estaba contento. Me gustó ver esa sonrisa. Siempre tenía tantas cosas en mi cabeza que me costaba encontrar momentos de paz.

Nos sentamos en la cueva y disfrutamos del paisaje durante más de una hora. La mitad del tiempo, Titus lo pasó respondiendo mis preguntas sobre cómo había sido crecer allí. Le gustaba hablar. Era algo bueno: era una persona interesante.

Por la forma en que describió su infancia, se parecía mucho a la mía, pero sin el dinero y los viajes. Había asistido a un pequeño instituto. Había llegado a conocer muy bien a sus compañeros de clase. Hacían todo juntos.

La gran diferencia entre nuestras experiencias era que, después de la graduación, los niños de mi escuela podían tomar caminos separados. Podían conocer gente nueva y explorar el mundo. Allí, nadie salía de la ciudad. Si no te agradaba alguien del instituto, tenías que lidiar con ellos por el resto de tu vida.

—Se está haciendo tarde. Debéis estar muy hambrientos —dijo Titus, cuando finalmente se quedó sin cosas para contar.

—Podríamos regresar —dijo Cage, comprobando que yo estuviera de acuerdo.

Mientras estábamos sentados, me había rodeado con sus brazos. Habría podido quedarme así para siempre. Pero lo único que habíamos comido en todo el día habían sido los sándwiches de la Dra. Sonya. Yo no tenía inconvenientes con eso, pero Cage era un tío grande.

—Sí, regresemos —accedí—. Pero este recorrido ha sido increíble. La ciudad es impresionante.

—¡Gracias! Me alegra que os haya gustado. Recordad, contadles a otras personas —bromeó Titus, mientras se levantaba.

—O, puedes contarles tú mismo cuando asistas a East Tennessee el próximo semestre —le recordé.

Titus rio.

—Cierto.

Titus nos volvió a guiar, yo seguí tomando la mano de Cage y seguí al grupo. Seguía preguntándome cómo sería caminar en los zapatos de Cage, así que hice lo mejor que podía hacer.

Encontré sus huellas en la nieve e imité sus pasos. Él era más de veinte centímetros más alto que yo, por lo que sus pasos eran más largos. Debía brincar un poco para seguirle el ritmo. Salté para emparejar su zancada, me tropecé y resbalé. Me solté de la mano de Cage y rápidamente caí sobre el hielo. Golpeé el suelo y escuché un crujido.

En un segundo, entré en shock y mi cuerpo se congeló. El crujido que había escuchado era del hielo que se rompía. Estaba rodeada de agua helada y me hundía como una roca.

No podía respirar. El agua estaba demasiado fría. Mi cara se estaba hundiendo. Sucedía todo demasiado rápido. Comencé a entrar en pánico.

No sabía qué lado era arriba, así que agité los brazos hasta que mi frente golpeó algo duro. Era la capa de hielo. Había nadado más allá de donde me había caído. Hacía tanto frío. Mi corazón latía incontrolablemente. Necesitaba calmarme. ¿Pero cómo podría hacerlo? Todo mi cuerpo gritaba que tenía que respirar.

Me obligué a tranquilizarme y escuché algo. Alguien gritaba. No podía entender lo que decían, pero miré hacia arriba y podía ver sus contornos borrosos. Uno de ellos señalaba lejos de mí. ¿Había algo en el agua de lo que me estaba advirtiendo? Por lo general, cuando alguien apunta hacia algo desde un bote eso es lo que quiere decir.

No, no era eso. Querían que volviera a donde había caído. Me señalaban la abertura.

Di la vuelta, mis extremidades se congelaban rápidamente, pero las obligué a empujarme hacia el agujero en el hielo. Las sombras se hacían más grandes. Algo entró al agua frente a mí. Era la mano de alguien, tenía que tomarla. No podía controlar mi ángulo ni ninguna otra cosa, pero me tiraron de la mano hacia la abertura.

Con la mano que tenía libre, encontré el borde del hielo y la saqué fuera del agua y hacia el aire. Giré, me tomé del hielo y saqué la cabeza. Cage era quien me tomaba de la mano. Estaba acostado boca abajo y me estaba sacando.

Trabado en esa posición, no había mucho que él pudiera hacer después de que había sacado mi cabeza por encima de la superficie. Así que, después de respirar profundo, hice el resto.

—Tienes que impulsarte con las piernas. ¡Patalea! —insistió Titus.

Sin pensarlo, lo hice. Me ayudó. Lo que me ayudó más fue tirar del cuerpo de Cage y arrastrarme hacia arriba. Entonces, me di cuenta de que cuanto más

horizontal estaba mi cuerpo, más ascendía cuando pataleaba.

Tomé el brazo de Cage, luego el costado de su torso, luego sus pantalones. Mi cuerpo salió del agua helada. Me acosté en el hielo al lado de mi salvador. Estaba exhausta y traumatizada, pero estaba viva y, aparentemente, a salvo.

—Cage, gatea hasta aquí. Quin, tienes que rodar lejos del agujero —nos instruyó Titus, desde la distancia.

Los dos hicimos lo que nos dijo y, finalmente, estuvimos en lo que parecía hielo sólido. Me levanté. Solo quería salir del lago. Avancé a gatas sobre mis manos y rodillas; esta vez, mirando hacia abajo a cada paso.

Cuando nos acercábamos al borde y ya no sentía los golpes intensos de mi pulso en los oídos, me puse de pie. Me moví de forma lenta y constante hasta llegar a la orilla. Estaba aliviada y agitada. Miré a mi alrededor para orientarme y vi a Cage corriendo hacia mí. Me miró a los ojos y me sujetó por los brazos.

—¿Estás bien? ¿Te has lastimado?

Era una buena pregunta. ¿Estaba lastimada? El crujido cuando había golpeado el hielo volvió a mi mente. Sentía dolor en la parte posterior de la cabeza, donde había hecho contacto con el suelo.

—Creo que sí —le dije, tocándome el golpe de la cabeza.

—Déjame ver. ¿Estás sangrando?

Retiré la mano y la miré. Cage se movió a mi alrededor para verlo por sí mismo.

—Creo que no. Creo que estoy bien.

—Por Dios, Quin —dijo, mirándome de nuevo a los ojos y poniendo sus brazos alrededor de mí.

—Estoy bien —le aseguré, no muy convencida.

—Joder, Titus ¿por qué carajo nos llevabas por hielo delgado? —le gritó Cage, girando hacia él.

—Lo siento. No pensé que fuera delgado. Ha estado congelado todo el invierno. ¿No te dije que no caminaras en línea? —me gritó.

—No la culpes a ella.

—Solo digo que, si ella hubiera seguido mis instrucciones, esto no habría sucedido.

—Estoy bien, Cage. No es su culpa. Él tiene razón. Me dijo que no caminara detrás de otra persona y yo lo hice. Pero, todo ha terminado bien. Solo quiero irme.

—¿Podemos irnos? —Cage le preguntó a Titus, enojado.

—Por supuesto. Seguidme.

Titus guio el camino y nosotros nos quedamos callados detrás. Cuanto más lejos caminábamos, más me preguntaba si estaba bien. Paré para volver a centrarme.

—¿Qué pasa?

—Me duele la cabeza —admití.

Cage volvió a mirar la parte posterior de mi cabeza.

—Quizá tengas una contusión. Tu cabeza golpeó el hielo bastante fuerte.

—Puedo llevaros a lo del Dr. Tom para que te revise, si queréis.

—Sí, probablemente sea lo mejor —reconoció Cage.

—¿El Dr. Tom? Ese es marido de Glen, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —confirmó Titus.

—Deberíamos ir a verlo —dije, pensando menos en mí y más en la razón por la que habíamos ido a Snowy Falls.

Continuamos el camino de regreso a la camioneta y, cuando llegamos, me castañeaban los dientes. Mi ropa mojada se congelaba rápidamente.

—Encenderé la calefacción. Lo mejor sería que te quites lo que está mojado —dijo Titus, abriendo la camioneta.

—No puedo mover los brazos. Están tan fríos —les dije, comenzando a sentirme entumecida.

—Yo te ayudo. Siéntate en la parte delantera, cerca de la calefacción —dijo Cage dirigiéndome a la puerta del acompañante y sacándome la chaqueta y la camisa.

Sin nada en el torso, tenía tanto frío como con la chaqueta congelada. Pero cuando Cage deslizó su chaqueta sobre mí, inmediatamente me envolvió el calor de su cuerpo. Se sentía muy bien.

—Lo mejor sería que también te quites los pantalones. Solo hasta que se sequen —dijo Titus, con la camioneta en marcha.

Miré a Cage esperando una confirmación.

—Sí, será lo mejor —aceptó.

Moví mi mano para desabrocharlos, pero no tenía suficiente control en los dedos como para hacerlo.

—Déjame hacerlo —se ofreció Cage, antes de mover su mano hacia mis pantalones.

Sin pantalones, zapatos ni calcetines, me subí del lado del acompañante de la camioneta. Me moví al centro del banco con la esperanza de que Cage se uniera a nosotros. No era solo porque quería acurrucarme contra él por su calor corporal, sino que me sentía mejor cuando estaba en sus brazos. Necesitaba un poco de eso en ese momento.

Después de que él colocara mi ropa mojada delante de la calefacción en la parte trasera, se deslizó a mi lado en el asiento y salimos. Su abrazo fue automático. Me arrastré a su lado, sintiéndome muy agradecida de tenerlo allí.

No estaba segura de si me había quedado dormida en el camino de regreso o no. No me sentía perfecta después de golpearme la cabeza, pero ya no sentía náuseas. Esa era la típica señal de una contusión. Así que, por lo menos, eso no sería un problema.

Cuando giramos a la derecha después de la tienda de Glen, me sentía algo mejor. No iba a decirle eso a ninguno de los otros dos. Quería una excusa para hablar con el doctor de la ciudad a solas.

Aparcamos frente a una casa de dos pisos con revestimiento blanco. Si hubiera tenido que imaginar la casa del doctor de una ciudad pequeña, habría

imaginado exactamente esa casa. Su consultorio era un edificio independiente de aspecto similar, ubicado a la izquierda de la casa principal, pero más atrás.

Volví a ponerme los pantalones y los zapatos, y rápidamente volví a sentir el frío del agua. Pero, gracias a la calefacción de la camioneta, no me afectó tanto. A pesar de que había una ligera brisa, logré llegar al consultorio sin que se me congelara ninguna extremidad.

—¿Dr. Tom? —llamó Titus, y un hombre latino entró en la sala de espera.

El hombre parecía más serio que su marido. También tenía una contextura diferente. Mientras que Glen tenía la contextura de un oso de peluche, el torso del Dr. Tom se asemejaba más bien a un tonel. Ambos parecían el tipo de persona que sabe disfrutar de una buena comida. Así debían verse años de felicidad marital en un pueblo como ese.

—Titus, ¿qué pasa? ¿Quién es ella? —preguntó el hombre, que tenía un leve acento latino.

—Les estaba dando un recorrido por las cataratas y Quin cayó a través del hielo. Se golpeó la cabeza, así que pensé en traerla para que la revisara.

El Dr. Tom se volvió hacia mí.

—Quin, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no entras conmigo al consultorio? —dijo, señalándome el camino.

Detrás de la puerta cerrada, el médico me señaló la cama de metal en el medio de la habitación.

—Siéntate. Déjeme examinarte. ¿Sientes náuseas o dolor de cabeza? —me preguntó, mientras se sentaba frente a mí y me alumbraba los ojos con una linterna.

—No siento náuseas. Me dolía un poco la cabeza, pero ya casi no lo siento.

—Bien. ¿Sientes algún cosquilleo en las extremidades? ¿Dedos de las manos? ¿Dedos de los pies? —preguntó, apretándome los dedos.

—Estuve en el agua menos de un minuto. Cage fue rápido en rescatarme.

—¿Cage? ¿Ese es tu amigo? ¿El que está afuera?

—Sí.

—¿Habéis venido a la ciudad para ver las cataratas congeladas?

—En realidad, no.

—¿Qué os ha traído aquí?

—Estamos buscando a los padres de Cage.

—Oh —dijo el médico, cruzando los brazos y reclinándose.

—¿Cuáles son sus nombres?

—No lo sabemos. Su madre figura como NN en su partida de nacimiento.

—Eso es inusual.

—Eso es lo que pensé.

—Pero, ¿por qué la buscáis aquí?

—Porque el padre de Cage… o al menos, el hombre que lo crio, tenía una identificación del Hospital del Condado de Falls. Eso me ha llevado a pensar

que trabajaba ahí cuando Cage nació. Si él no era su padre biológico y trabajaba en el hospital, solo hay una manera de que pudiera conseguir un bebé.

—Estás haciendo una acusación seria. Y eso aún no explica por qué habéis venido aquí.

—Hemos ido al hospital…

—Está cerrado.

—Sí. Imaginé que, si su madre estuvo en ese hospital, probablemente vivía cerca. Su marido dijo que usted trabajaba allí.

El Dr. Tom se movió, incómodo.

—Así es. Fue hace algunos años.

—¿Trabajaba ahí hace veinte años?

El doctor se tocó la barba entrecana instintivamente.

—Así es.

—¿Ha oído hablar de algún niño desaparecido o de alguna madre que murió dando a luz? Esa es la historia que el padre le contó a Cage. Dijo que su madre murió.

—¿Cómo se llama el padre de tu amigo?

—La identificación decía: «Joe Rucker».

Estuve atenta a cualquier reacción que pudiera provocar la mención del nombre. No hubo ninguna. No lo confirmó ni lo negó. Estaba en blanco. ¿Por qué no reaccionaba? Si el nombre no significaba nada para él, ¿no lo dejaría de lado automáticamente?

—Ya veo.

—¿Lo conocía?

—No creo haberlo conocido —dijo, con una expresión de piedra.

—¿Sabe de algo que pudiera indicar que el nacimiento de Cage efectivamente fue ahí?

—Debes comprender que no podría decírtelo aunque lo supiera. Existe algo que se llama confidencialidad y secreto médico.

—Sí. Lo sé. Pero si hubiera un niño que desapareció, ¿no lo está buscando alguien?

El doctor me miró fijamente. ¿Se suponía que su reacción me estaba diciendo algo? ¿Me estaba perdiendo de algo que alguien que fuera mejor leyendo a la gente podría captar?

—Por mucho que me gustaría ayudaros, este no es un tema que pueda discutir con alguien que acaba de venir de la calle. ¿De verdad caíste en el hielo?

—Sí. ¿Por qué mentiría sobre eso?

—Hay todo tipo de gente en este mundo.

—¿Está sugiriendo que hay algo de cierto en lo que he dicho?

—No estoy diciendo si lo hay o no. Yo no soy quién para hacerlo.

Miré al Dr. Tom, segura de que estaba esperando que le hiciera otra pregunta. Me tomó un momento descubrir qué era.

—Entonces, ¿quién podría hacerlo?

El médico soltó los brazos y comenzó hacer el papeleo como si yo no hubiera hecho la pregunta.

—¿Has tenido la oportunidad de conocer a mucha gente en la ciudad?

—Hemos conocido a algunas personas. ¿Hay alguien a quien deberíamos conocer?

—No sé si hay alguien que debas conocer, pero hay algunos personajes interesantes. Nero es alguien que podría resultarte interesante. No es perfecto, pero es un buen chico.

—¿Nero?

—Sí. ¿Hay algún otro asunto médico con el que pueda ayudarte? —me preguntó, acompañándome a la salida.

—No. Gracias. ¿A quién debo pagarle por la consulta?

—No te preocupes por eso. No tenías nada. Es una invitación —dijo, forzando una sonrisa.

—Gracias —le dije—. Nero, ¿verdad?

El médico me sonrió con los labios apretados.

—Tomaré eso como un «sí».

Dejé el consultorio y me uní a los dos chicos.

—¿Está todo bien? —preguntó Cage, preocupado.

—Sí, claro. Es solo un golpe en la cabeza. Estoy bien. ¿Crees que debería echarle un vistazo a tu yeso?

—No veo por qué —dijo Cage, rotundamente.

—Porque acabas de caminar un kilómetro y medio con él. Está quebrado, ¿no?

—Creo que mi papá tenía razón. Sí que me curo rápidamente.

No quise discutir con Cage sobre cómo se sentía, así que dejé el asunto y regresamos a la camioneta de Titus. Cuando llegamos al hostal, Titus dejó en claro que no vendría con nosotros.

—Lamento que todo haya terminado así —dijo Titus, genuinamente decepcionado.

—Estoy bien, de verdad. Simplemente fue algo que sucedió. Por cierto, ¿conoces a alguien que se llame Nero?

—Sí, claro. ¿Qué pasa con él?

—¿Dónde lo encontraríamos, si estuviéramos buscándolo?

—Creo que trabaja un par de turnos en el restaurante.

—Espera, ¿como mesero?

—Sí. ¿Por qué?

Miré a Cage, quien me miraba con tanta curiosidad como Titus.

—Solo tenía curiosidad. Oye, gracias por mostrarnos los alrededores.

Saqué mi billetera y le entregué dos billetes de veinte dólares.

—No, no tienes que hacerlo. Especialmente después de lo que pasó…

—Estoy bien. De verdad. Fue un gran recorrido. Estamos agradecidos de haberlo hecho. Insisto.

—Bueno, si insistes —dijo, mostrando su brillante sonrisa.

—Y, si necesitamos saber un poco más de la historia de la ciudad, ¿podríamos llamarte?

—Claro. Hacédmelo saber.

—Gracias, que tengas un buen día —le dije, antes de bajar con Cage de la camioneta y entrar en el hostal.

—¿Por qué le has preguntado por el mesero de la otra noche? —me preguntó, mientras cruzábamos la sala de estar.

—¿Cómo ha estado el recorrido? —preguntó la Dra. Sonya, caminando desde la cocina.

—Ha sido muy largo.

—Ha estado… muy bien, gracias —dijo Cage, quitándome la presión de tener que ser cortés.

—¿Habéis visto muchas cataratas?

—Así es. Son hermosas.

—Ah, ¡qué bien! Me alegra que os hayan gustado.

—Una pregunta relacionada con eso, ¿tienes alguna forma de secar esta ropa mojada? —preguntó Cage, sosteniendo la ropa mojada que había cogido de la camioneta de Titus.

La Dra. Sonya estaba sorprendida, pero de buena manera.

—Supongo que el recorrido ha estado lleno de acontecimientos —bromeó.

Ambos soltamos una risa.

—Así fue.

—Nadie resultó herido, ¿verdad?

—Estoy bien —le dije.

—Bien. Puedo ocuparme de esto —dijo, mientras cogía mi camisa, chaqueta y calcetines mojados.

Miró mis pantalones.

—¿Quieres darme esos?

—Estoy bien, gracias.

—Como tú quieras. Cali y yo estamos a punto de cenar. ¿Queréis comer con nosotros?

—Gracias, pero tenemos planes —le dije, interviniendo.

Cage me miró confundido. Seguramente estaba bastante hambriento, así que yo estaba prácticamente quitándole la comida de la boca.

—Sí, desafortunadamente, tenemos planes —confirmó Cage.

—¡Ah! ¿Qué harán?

—Eh… —dijo Cage, mirándome.

—Nos besaremos —dije, porque fue lo primero que se me vino a la cabeza.

La Dra. Sonya miró hacia otro lado mientras intentaba no reír.

—Id —dijo, alejándose sin decir una palabra más.

Cage se volvió hacia mí.

—Aprecio tu entusiasmo, pero realmente necesito comer algo primero.

—Lo haremos. Solo que iremos a hacerlo al restaurante.

Le expliqué a Cage lo que me había dicho el Dr. Tom y lo que pensaba que eso significaba.

—Entonces, ¿crees que ese cabrón tiene información que podría ayudarnos?

—Eso es lo que insinuó.

—Estoy seguro de que tendrá ganas de hablarnos después de que hiciéramos que le quitaran el salario de un día.

—No le hemos hecho nada. Él ha sido quien nos ha dicho algo a nosotros.

—Y estoy seguro de que lo verá de esa manera.

—¿Sarcasmo? —confirmé.

—Sí, sarcasmo. No querrá hablar con nosotros. Y no estoy seguro de querer hablar con él.

—Entonces hablaré yo.

—No creo que él quiera hablar contigo tampoco.

—Esperemos que quiera, porque creo que podría saber lo que le sucedió a tu madre.

Cage no siguió discutiendo después de eso. Nos tomamos unos minutos para descansar en nuestra habitación, nos dirigimos a la camioneta de Cage y regresamos al restaurante. Al entrar, notamos que no estaba tan vacío como la noche anterior. Había una pareja de cabello blanco en una de las mesas, y un hombre calvo y de aspecto espeluznante sentado en un rincón, tocando su comida con los dedos.

—Enseguida os atiendo —dijo el corpulento cocinero desde la cocina.

Nos sentamos en la misma mesa que la vez anterior e inspeccionamos el lugar, buscando al mesero. Ninguno de los dos lo encontró. Parecía que el cocinero estaba haciendo todo solo. Cuando nos entregó nuestros menús, agregó:

—Esta noche no nos queda nada más que el pollo, la hamburguesa, los perritos calientes y quedó un poco de tarta.

—Yo quiero el pollo —dijo Cage, sin mirar el menú.

—¿Frito o al horno?

—Al horno.

—¿Patatas fritas o en puré?

—Puré. Y una Coca-Cola.

—Yo quiero lo mismo, pero con las patatas fritas. Gracias —le dije.

El hombre tomó nuestros menús y nos trajo nuestros vasos de Coca-Cola. Después, se dirigió a la cocina y comenzó a preparar todo.

—¿Para qué nos ha dado los menús si no tiene la mitad de las cosas? —me preguntó Cage, con una sonrisa.

—Quizá sea un hábito —contesté, preguntándome lo mismo.

—Supongo. Aunque parece que este lugar ha estado aquí por un buen tiempo y es la única opción de la ciudad. No creo que nadie más necesite el menú para saber lo que quiere —señaló Cage.

—Es cierto —reconocí—. No lo sé.

—Por cierto, ¿cómo te sientes? —preguntó Cage, entrecerrando los ojos.

—Me siento bien. Pero todavía tengo un poco de frío.

—¿De verdad? —preguntó Cage, tomando mis manos por encima de la mesa.

Gruñí, para demostrar mi reticencia a tomarnos las manos en ese lugar después de lo que había sucedido la noche anterior.

—No. No dejaré que te avergüences de que demostremos afecto en público —insistió.

No le costó mucho convencerme. Quería tocarlo, así que relajé mis brazos cruzados y él tomó mi mano.

—Quin, estoy orgulloso de estar contigo. Quiero que todos aquí sepan que te tengo y ellos no —dijo, llevándose mis manos a los labios y besándolas.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar su declaración. Él era todo lo que podía desear en un tío. Estar con él no cambiaba mi historia ni lo que sabía que tenía que lograr con mi vida. Pero tal vez hubiera una manera de tener ambas cosas.

¿Realmente solo quería sentar cabeza en algún lugar y formar una familia? Quiero decir, eso sonaba increíble. Y la idea de tener una familia con él se sentía maravillosa.

Pero yo no podía tener una vida privada. Tenía que estar a la altura de mis responsabilidades. No podía hacer eso viviendo en un lugar tan aislado como Snowy Falls.

Saqué eso de mi mente y me centré en algo más inmediato.

—No creo que Nero esté aquí esta noche —le dije a Cage.

—Creo que no.

—¿Qué hacemos?

—¿Con qué?

—Mañana es lunes. Tenemos clase por la mañana —señalé.

—¿Quieres regresar?

—¿No deberíamos? ¿No tienes que trabajar?

—Puedo pedirle a alguien que cubra mis turnos.

—¿No necesitas trabajar? Siempre existe la posibilidad de volver el fin de semana que viene.

Cage miró hacia otro lado, con tristeza.

—Tienes razón, como siempre. Es solo que las respuestas por fin comenzaban a sentirse cercanas. ¿Qué crees que sabe Nero?

—Ni siquiera puedo aventurar una respuesta. Podría ser cualquier cosa. Pero no está aquí y no sabemos si volverá mañana o en algún momento.

—Tienes razón. Deberíamos irnos. Después de que comamos, por supuesto —dijo firmemente.

—Por supuesto —dije, con una sonrisa—. Creo que te he hecho sufrir de hambre lo suficiente por un día.

Lo miré a los ojos y comencé a perderme. Tenía que tocarlo. Entonces, liberando una de mis manos, rocé su mejilla con mi pulgar. Era tan hermoso y

perfecto. Quería ser suya. Quería que los dos fuéramos uno.

Cuando llegó la cena, comimos, Cage un poco más rápido que yo. El grandulón apenas había comido nada en todo el día.

—¿Os gustaría una pequeña porción de tarta? —preguntó el cocinero, cuando recogió nuestros platos.

Cage me miró, claramente quería que dijera que sí.

—Claro, ¿de qué tipo? —pregunté.

—Es de arándanos. ¿Dos rebanadas o una?

—Solo una. Yo solo necesito un bocado —le dije a Cage.

—Solo una, gracias —le dijo Cage al cocinero.

—¿La queréis caliente?

Cage me miró y asentí.

—Claro.

—¿Con helado?

—Por supuesto —dijo Cage, sin necesidad de consultarme.

El cocinero nos llevó el pastel humeante con dos tenedores y lo comimos en silencio. Yo no hablaba, porque lo único en lo que podía pensar era en trepar a los brazos de Cage. Me vibró la piel por la expectación. Sentía que me estaba volviendo loca pensando en ello.

—¿Vamos? —preguntó Cage, cuando se acabó la tarta.

—Sí —le dije con una sonrisa. Todavía pensaba en lo que podría pasar a continuación.

Fui a la caja registradora, pagué la cuenta y luego me uní a Cage mientras caminaba hacia la puerta. Estiró la mano y yo deslicé la mía dentro de la suya. Se sentía tan bien. Estábamos a punto de soltarnos y subirnos a la camioneta, cuando alguien llamó nuestra atención.

—¡Cage! ¡Quin!

Nos volvimos y vimos a Titus. Estaba con una mujer que parecía una versión femenina y mayor de él mismo. Sin embargo, tenía aspecto de que se tomaba la vida más en serio que él.

—Titus —dijo Cage, aferrando mi mano para asegurarse de que no lo soltara por vergüenza.

Titus se acercó con la mujer. Parecía realmente feliz de vernos.

—Cage, Quin, esta es mi mamá. Mamá, esta es la pareja a la que le he hecho el recorrido hoy.

—Encantado de conocerla —dijimos los dos.

—Encantada. Titus no ha podido dejar de hablar de vosotros dos. Me ha dicho que irá a la Universidad de East Tennessee.

Vimos cómo Titus se ponía rojo.

—Vamos, mamá. Solo he mencionado que os he dado un recorrido y he dicho que voy a analizar la posibilidad de asistir a algunas clases. Quin me ha dicho que podría ser bueno para la ciudad.

—La ciudad está perfecta tal como es —dijo su madre, con firmeza—. No sé por qué piensas que las cosas mejorarían si fuéramos invadidos por turistas

—nos miró—. Sin ofender.

—No nos ofende —contestó Cage, educadamente.

—Sería difícil que fuéramos invadidos por turistas. Solo creo que a la ciudad le iría mejor si hubiera un mayor flujo de dinero.

—Tu generación y su enfoque en el dinero…

Titus se rio.

—No creo que el deseo de tener éxito haya comenzado con mi generación. ¿Has oído hablar de la Revolución Industrial? ¿Los «barones ladrones»? Creo que la gente ha tenido ambiciones desde antes de que yo llegara.

Su madre resopló. Titus nos miró y se encogió de hombros, confundido pero divertido.

—En fin, ¿vosotros acabáis de cenar?

Cage contestó:

—Sí. Hemos comido el pollo.

—Es domingo; es lo que hay en el menú. Y otra cosa, mamá, si hubiera más gente pasando por la ciudad, tal vez Bill podría tener más de una opción los domingos.

—Nunca te había oído quejarte del menú de los domingos.

—Bueno, toma esto como mi queja oficial.

—Anotado —dijo su madre, disgustada.

—Bueno, ¿están yendo de vuelta al hostal?

—Sí. Y luego volveremos a casa —explicó Cage.

—¡Oh! Porque iba a deciros que sé dónde podéis encontrar a Nero mañana, si todavía lo estáis buscando.

—¿Ah, sí? —pregunté, con ilusión.

—Sí. —Titus miró a su madre, que nos observaba mientras hablábamos—. Los lunes por la noche, es el anfitrión de un evento. Es solo un pequeño evento del club social. Nada especial. Pero iba a deciros que podría llevaros si quisierais ir.

—¡Oh! —dijo Cage, mirándome.

No sabía qué decirle. Estaba tan interesada en hablar con Nero como él, tal vez incluso más que él. Pero ambos teníamos clases y él tenía que trabajar.

—¿Podrías darnos tu número para que te escribamos para avisarte? —le pregunté. Sabía que Cage y yo teníamos que charlarlo.

—Claro —dijo Titus, antes de que intercambiáramos números y cada uno partiera por su lado.

Ya dentro de la camioneta, vimos que Titus entró y se sentó en una mesa con su madre. Ella sonrió por primera vez cuando el cocinero se acercó a la mesa. Los dos estaban sonriendo. Estaba claro que había algo más entre los dos.

—Entonces, ¿qué piensas? ¿Nos quedamos y tratamos de hablar con Nero mañana en su «evento»? —me preguntó Cage, volviéndose hacia mí.

—También podríamos ir a casa y volver mañana después de que termines de trabajar.

—Podríamos hacer eso. Pero son dos horas hasta allí, dos horas hasta aquí y luego dos horas más para regresar a casa. Se me ocurren algunas formas mejores de pasar nuestro tiempo —dijo, con una sonrisa.

Sentí una oleada de calor cuando lo dijo. Tenía razón. Yo también podía pensar en varias cosas mejores que podríamos hacer con nuestro tiempo.

—Decide tú, Quin. Es tu dinero. Pero si quisieras quedarte otra noche, quizá pueda hacer que valga la pena —dijo, y eso envió un hormigueo a través de mi cuerpo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Cage deslizó su mano detrás de mi cuello y acercó mis labios a los suyos. Cuando él me tomaba, me sentía débil. El calor de sus labios derritió cualquier argumento que pudiera tener respecto a quedarnos. Sus labios se movían sobre los míos. Abrí los míos e invité a su lengua a pasar.

Nuestras lenguas danzaban y mi cabeza estaba extasiada. Su beso era como una brisa cálida en un día frío. Todo se sentía tan bien. Y, cuando me liberó de mi trance, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para empezar de nuevo.

—Creo que valdría la pena quedarse —le dije, haciendo todo lo posible para no lanzarme sobre él de nuevo.

Cage sonrió.

—Bien. Me alegra que pienses eso —dijo, con un brillo en los ojos.

No pude evitar tocarlo mientras íbamos de regreso al hostal. Deslicé mi mano sobre su muslo y comencé a frotar sus músculos. Todo en él era tan grande.

Llegamos enseguida, estacionamos en frente y entramos a paso lento. Yo todavía llevaba la chaqueta de Cage, así que él se cruzó de brazos tratando de soportar el frío.

Al entrar, miramos a nuestro alrededor con la esperanza de no tener que decirle a nadie dónde habíamos estado. No había nadie. En cambio, encontramos mi ropa seca y doblada en la mesa baja de la sala que estaba frente a nosotros. Al lado estaba colgada mi chaqueta. Había una nota sujeta a ella: «No sé si os quedáis otra noche. Así que ha sido un gusto conoceros y espero volver a veros. O quizá os veré por la mañana en el desayuno».

—Deberíamos dejarle una nota para avisarle que nos quedaremos, ¿no? —pregunté, insegura.

—Sí, o simplemente verá mi camioneta.

Miré por la ventana y vi que la camioneta estaba iluminada por las luces de la sala.

—Sí, supongo que tienes razón. Y ella tiene mi número de tarjeta de crédito. No es necesario dejar una nota.

Cogí mi ropa, subimos las escaleras y nos fuimos a nuestra habitación. La cama estaba hecha. No podía esperar a desarmarla de nuevo.

—Creo que necesito una ducha —dijo Cage. Parecía muy relajado.

—¿Debería unirme a ti? —le pregunté, sin saber si era parte de mis deberes de novia.

—No. Con esta cosa es más trabajo que diversión —dijo, refiriéndose a su yeso.

—Entonces, podría lavarte la espalda.

—Gracias, pero yo puedo. ¿Quieres ducharte primero? Seguramente estaré un buen rato.

—Supongo que sí —dije. Todavía quería envolver mis manos alrededor de él. Pero, en vez de eso, cogí mi camisa doblada y entré en el cuarto de baño, cerré la puerta detrás de mí.

Mientras me duchaba, no hubo un solo momento en el que no pensara en Cage. Me sequé y me puse la ropa interior y la camisa. Me pregunté si estaría mal salir del baño sin pantalones, pero recordé que era mi novio, así que abrí la puerta y me reuní con Cage.

—Dios, no puedo dejar de mirarte —dijo, pasando su mirada sobre mí. Amaba sentir su atención.

—Ya regreso —dijo, desapareciendo detrás de la puerta del baño.

No sabía qué hacer mientras esperaba. Además de eso, no sabía cuánto tiempo tardaría Cage. La mejor opción era acomodarme debajo de las sábanas. Apagué todas las luces menos la de la mesa de noche y me metí en la cama.

Los minutos parecían horas mientras esperaba que saliera. Estaba segura de que estaba a punto de quebrarme por la tensión cuando, para mi alivio, escuché que la ducha se apagaba y él volvía a la habitación.

Se acercó a la cama como un hombre salido de las sombras. La forma en la que la toalla le rodeaba la cadera le resaltaba la cintura estrecha y el torso masculino. Parecía un superhéroe. Podía ver cada ondulación de sus músculos abultados. Era el tío en el que se basaban los escultores para hacer estatuas.

Se unió a mí debajo de las sábanas. Presioné mis antebrazos contra mi pecho y me deslicé hacia él, de cara hacia su pecho. Con sus brazos alrededor de mí, el calor de su cuerpo me mareó.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Cage.

—Como tú quieras —contesté, temblando.

—Estás helada —me dijo, abrazándome.

Me encantaba estar entre sus brazos. La sensación me embriagó. Necesitaba besarlo, así que tiré la cabeza hacia atrás y lo miré. Él había estado esperándolo porque, tan pronto como lo hice, él se inclinó y encontró mis labios.

Capítulo 14

Cage

Con Quin me sentí como siempre había pensado que debía sentirme. Con Tasha y las otras tías con las que había salido, me había sentido bien. Pero con Quin me sentí vivo.

Ella me generaba algo. Me sentí completo cuando estuve con ella. Mientras la abrazaba, pensaba en un hogar y niños corriendo por el patio. Ella era mi otra mitad. Estaba seguro. No había duda de que estaba enamorado de ella.

La abracé toda la noche. Después de que me quedé dormido, me di la vuelta y perdí el contacto con ella; me desperté lo suficiente para estirar la mano en busca de su cuerpo. No pude volver a dormirme hasta que lo encontré.

Por la mañana, abrí los ojos para encontrarla acurrucada en mis brazos. Podía oler su cabello. Tenía un toque de fresa. Podría haberme quedado allí para siempre y casi lo hicimos. Ni siquiera se nos ocurrió levantarnos hasta pasadas las 11. Para entonces, ambos teníamos más ganas de comer que de cualquier otra cosa.

—¿Qué haremos hoy? —le pregunté, mientras se alejaba de mí de mala gana.

—¿Comer algo?

—¿Y durante las 10 horas siguientes, antes de ir al club de lectura de Nero o lo que sea?

—No creo que sea un club de lectura —dijo Quin, tomándome en serio.

—Estoy bromeando. Sí, algo me dice que Nero no se divierte con una oración bien construida —bromeé.

—Probablemente no —contestó Quin con una sonrisa.

Dios, me encantaba ver a esa chica sonreír.

Nos turnamos en el baño para prepararnos y luego bajamos las escaleras. La Dra. Sonya estaba rondando.

—Bueno… ¡buenos días! —dijo, sonriendo.

—Buenos días —respondí.

—Estamos más cerca de las buenas tardes —me corrigió Quin, que no pareció percibir la broma.

—Lo sé. Y espero que vosotros dos estéis muy hambrientos.

—Tenemos muchísima hambre los dos —dijo Quin.

—¡Bien! Porque salí y os compré una selección en la panadería. Esperaba que no se hayan echado a perder. Dejadme traerlos —dijo, mientras se dirigía de regreso a la cocina—. Sentaos.

Quin y yo nos sentamos a la mesa redonda en el rincón del desayuno y nos pusimos cómodos. La Dra. Sonya regresó con un surtido de croissants, bollos dulces y fruta. Lo único que podría haberlo mejorado todo era algo de tocino. Pero el tocino hace que todo mejore, así que eso no dice mucho.

—¿Qué tienen planeado para hoy? —preguntó, llenando el silencio mientras probábamos los bollos.

—Todavía no estamos seguros —contesté, separando un croissant y metiéndomelo en la boca—. Esto está muy rico.

—Son de aquí. Tenemos un futuro pastelero en nuestras manos. He estado haciendo todo lo posible para fomentar sus intereses.

—El hojaldre está muy bueno —comentó Quin.

—Son excelentes —concluyó la Dra. Sonya antes de cambiar de tema—. ¿Puedo esperar vuestra maravillosa compañía otra noche? ¿O vais a regresar hoy?

Quin respondió:

—Nos reuniremos con Titus esta noche. Pero volveremos a casa después. Tenemos clases y él tiene que trabajar —dijo, decidiendo por los dos.

Era lo que habíamos hablado, pero pensé que íbamos a improvisar un poco más. El lugar no era barato, así que podía ver por qué no quería quedarse una noche más. Pero la forma en que lo dijo me hizo pensar que nuestro regreso tendría más que ver conmigo que con ella.

Mi chica era brillante. Que se perdiera una clase o dos no afectaría en absoluto sus calificaciones. Yo era el que tenía que hacer un esfuerzo. Estaba bastante seguro de que ella quería que regresara para que no me retrasara.

Era muy dulce de su parte cuidarme de esa manera. Era la primera vez en mi vida que alguien lo hacía. Pero, al mismo tiempo, me estaba gustando estar allí. Había algo me hacía sentir como si perteneciera al lugar. Esperaba que Quin sintiera lo mismo.

—Bueno, ha sido un placer teneros a los dos aquí. Espero volver a veros. Cali estará decepcionado de no haberse despedido. Lo habéis cautivado bastante. Le he dicho que, si quiere veros, debería aplicar a la Universidad de East Tennessee. Ha sido muy reticente al respecto. Pero conoceros a vosotros podría haberle dado el empujón que necesitaba.

—Es una gran universidad —dijo Quin—. Si quiere hacer un recorrido, me alegraría mucho dárselo.

—Eso sería maravilloso. Se lo diré. Eso le encantaría.

No pude evitar sentir un poco de celos al escuchar a Quin ofrecer sus servicios de guía turística. Tal vez estaba tratando de salir de su zona de confort, pero no pude evitar recordar lo mucho que le gustaba Quin al chaval. Yo se lo había dicho, así que él definitivamente estaba al tanto. ¿Ahora Quin se iba a esforzar para ayudarlo a él?

Pensándolo bien, probablemente estaba sacando demasiadas conclusiones. Quin era una buena persona y las buenas personas hacen cosas buenas por la gente. Ayudar a Cali a entusiasmarse con la universidad era algo bueno. Simplemente no quería pensar en Quin con nadie más. Quería ser yo quien la cuidara por el resto de nuestras vidas.

—Sí, avisadnos. Podemos darle un recorrido —le dije, asegurándome de que Cali supiera que no debía emocionarse demasiado.

—¡Maravilloso! Tengo tu número, Quin. Se lo daré. Tengo que hacer algunos recados. Pero aquí está mi tarjeta. Sentíos libre de llamarme si necesitáis algo más —dijo, entregándosela a Quin.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer hasta esta tarde? —pregunté, tomando una rodaja de melón.

—Podríamos dar una vuelta en la camioneta.

—Creo que hemos visto todo lo que hay para ver. Pero, podríamos enviarle un mensaje de texto a Titus para ver si tiene alguna sugerencia.

—¿Crees que le importará? —preguntó Quin, con una sonrisa.

—¿Por qué le importaría? —le pregunté. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje de texto.

Escribí: «Se te ocurre algo que podamos hacer Quin y yo hoy?» y lo envié.

En menos de diez segundos, sonó mi teléfono.

—Es Titus. ¿Quién responde a un mensaje con una llamada? —pregunté, extrañado—. ¿Hola?

—¡Cage! ¡Esperaba tener noticias de vosotros! Recuerdas que antes dije que el instituto de Snowy Falls tiene un muy buen equipo de fútbol americano.

—Lo recuerdo.

—Bien, estaba presumiendo un poco, porque soy el entrenador.

—¿Eres el entrenador del equipo?

—Sí. Es algo que hago para mantener el programa en marcha. El entrenador Thompson, el tío que dirigía nuestro equipo, falleció el año pasado.

—Lo siento.

—Gracias. Y, como no quería que el equipo se quedara sin entrenador, me ofrecí como voluntario. Pero, estaba pensando, ¿qué tan genial sería si un tipo como tú con tu experiencia viniera y les diera una pequeña charla? Ya sabes, nada formal. Creo que sería emocionante para ellos. Tal vez puedas inspirarlos a poner sus traseros en marcha. Y, honestamente, yo no sé qué diablos estoy haciendo. Lo estoy intentando, pero me vendrían bien algunos consejos. ¿Qué dices? ¿Te interesaría venir y hablar con algunos chavales talentosos?

—Me encantaría —le contesté, mientras miraba a Quin—. Tendré que hablar con Quin al respecto, pero creo que podemos pasar.

—¿Lo harías? ¡Eso sería increíble! Te enviaré la dirección. Y si llegáis alrededor de las dos, os daré un recorrido por la escuela. Tiene una gran historia.

—Hablaré con Quin.

—¡Genial! Os veré pronto —dijo Titus y finalizó la llamada.

—¿Qué ha dicho? —Quin me preguntó, sin quitarme los ojos de encima.

—Quiere que vaya y hable con el equipo de fútbol americano del instituto.

—¿Has accedido?

—No tenemos nada más que hacer —le dije.

Quin estaba de acuerdo.

Durante las siguientes horas, holgazaneamos, nos besamos un poco y le devolvimos las muletas que me había prestado a Glen.

—¿Te han sido útiles? —preguntó Glen.

—¡Definitivamente! —dije, aunque apenas las había usado.

—¿Cómo ha sido vuestra estancia? ¿Habéis avanzado en la resolución de vuestro misterio?

—El Dr. Tom sugirió que habláramos con Nero —respondió Quin.

—¿Con Nero? —preguntó Glen, confundido.

—Sí. ¿Sabes por qué lo haría?

—Tom no es la persona más charlatana cuando se trata de lo que sabe sobre la gente. Eso hace que cotillear con él sea un verdadero desafío.

—¿Qué sabes sobre Nero? —preguntó Quin, poniéndose en modo investigadora.

—No mucho. Creció aquí, asistió al instituto, jugó en el equipo de fútbol americano. Siempre parece un poco enojado. Lo veo de vez en cuando en su trabajo como mesero en el restaurante.

—Lo hemos visto allí —le dije—. No le gustó vernos.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba tomando la mano de Quin y él hizo un comentario.

—¿De verdad? Eso me sorprende.

—¿Por qué? —preguntó Quin.

—No lo sé. Creo que porque siempre ha sido respetuoso conmigo. Aunque, en un momento, miraba a Tom como una figura paterna, así que tal vez eso influyó en mi imagen de él.

—¿Qué le sucedió a su padre? —le pregunté a Glen.

—No estoy seguro. Pero creo que nunca lo conoció. Es difícil crecer sin un padre.

—Puede ser difícil crecer con un padre —contesté.

—Sí —Glen estuvo de acuerdo—. Cuando los padres te decepcionan, dejan una marca.

—Sé algo sobre eso —dije, volviéndome hacia Quin, quien había crecido con una familia que la amaba. Nos miraba sin comprender.

Recogimos algunos bocadillos y nos dirigimos al instituto. Parecía un almacén reformado. Tampoco aparecía en el mapa de mi teléfono.

Entramos al estacionamiento y vimos a Titus en su camioneta, esperándonos. Cuando aparcamos a su lado, salió. Su amplia sonrisa era tan grande como siempre. Sí que sabía hacer que la gente se sintiera bienvenida.

El recorrido de Titus comenzó en el edificio principal de la escuela. Era donde solían almacenar el licor después de embotellarlo. En los años 50, habían llegado algunos niños más a la ciudad y lo habían convertido en instituto. La superficie del edificio había ido creciendo desde entonces.

Yo antes creía que el vestuario de mi instituto no era bueno. Pero resultaba que era casi profesional en comparación con lo que tenía el equipo de Snowy

Falls. El campo tampoco era mucho mejor.

—No es mucho, pero se trata del valor de los jugadores y no de la calidad del campo. Eso es lo que siempre les digo —dijo Titus, mientras nos mostraba el lugar.

—Tienes razón —le dije, con sinceridad.

—Hay muchachos en el equipo que tienen un potencial real. Si tuviéramos mejores materiales… y un mejor entrenador —dijo con una risa autocrítica—, algunos de estos chavales podrían llegar lejos. Incluso algunos podrían ser lo suficientemente buenos como para obtener una beca para East Tennessee. Tú debes saber algo sobre eso, ¿verdad? Tal vez podrías hablar con ellos al respecto.

Mi corazón se derritió con su pedido.

—Me encantaría. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, házmelo saber.

La sonrisa que Titus mostró en respuesta fue genuina. Se preocupaba por los niños. No había ninguna duda al respecto, era un buen tipo.

—¿Eres Cage Rucker? —me preguntó uno de los chavales cuando llegó al campo para practicar.

Miré a Quin. Sonrió.

—Sí —dije de repente. Me gustó que me reconocieran.

Me habían reconocido cientos de veces a lo largo de los años. Pero esta era la primera vez en mucho tiempo que me afectaba. No estaba seguro de por qué.

—Cali, ¿estás en el equipo de fútbol? —le pregunté, cuando apareció y se unió a nosotros en el campo, con el uniforme.

Se sonrojó y se quedó mirándome.

—Sí. Soy el pateador.

—Tiene un pie de oro —dijo Titus, con un tono alentador.

Cali se puso rojo y luego miró a Quin para ver si lo había escuchado. Quin había escuchado. A Cali le gustaba muchísimo mi novia.

Cali era un chaval pequeño con un estilo algo emo. Me sorprendió verlo en el equipo.

Cobró un poco más de sentido cuando descubrí que era el pateador. No tenías que tener los músculos de un apoyador para patear una pelota de fútbol americano 80 yardas. Y, seguramente, para lucirse ante Quin antes de que comenzara el entrenamiento, eso fue exactamente lo que hizo Cali. Sin duda, era lo suficientemente bueno como para jugar en una escuela como East Tennessee. Algunos de los niños de ahí lo eran.

Para mi sorpresa, Titus no solo me hizo hablar con ellos, sino que me hizo practicar con ellos. Fue divertido. Algo en todo eso se sentía bien, a pesar de que estaba seguro de que Quin estaba muy aburrida.

—Aprecio que hayas hecho esto por los niños —dijo Titus mientras regresábamos a nuestras camionetas.

—Ha sido un placer, en serio.

—Cage estaba en su salsa —le dijo Quin.

No pensé que Quin se daría cuenta de eso, pero tenía razón. Definitivamente era lo que quería hacer con mi nueva vida.

—¿Me permitirían llevaros a cenar para agradecerles? Podríamos ir a lo de Nero después.

—Eso sería genial —dije, sin darle a Quin la oportunidad de opinar.

La verdad era que trabajar con los niños me había dado un subidón y todavía no estaba listo para bajar. Volvimos a ir al restaurante y tanto Quin como yo buscamos a Nero cuando entramos.

—No está aquí —dijo Titus—. Ayuda con las multitudes los fines de semana —dijo Titus, burlándose de la poca gente que se necesitaba para que se considerara «una multitud» en Snowy Falls.

—¿Conoces bien a Nero? —preguntó Quin, volviendo a ponerse en modo detective.

—Fuimos juntos al instituto. Él era un año menor, pero estaba en algunas de mis clases. Pero sí jugamos juntos en el equipo.

—¿El equipo de fútbol americano? —pregunté.

—Es el único equipo que tenemos en Snowy Falls —dijo Titus, con resignación—. Aquí solo podemos permitirnos una actividad extracurricular. Así que espero que nadie esté interesado en el baloncesto femenino.

—¡Ah, eso es horrible! —dije, apenado por las chicas.

—Yo también vengo de un instituto pequeño. Los deportes tampoco eran la gran cosa allí —contó Quin.

—¿Y las Olimpiadas de Matemáticas, o como se llamen? Un instituto de genios tendría que ser capaz de ganar eso, ¿verdad? —le pregunté, tratando de que Quin se sintiera parte de la conversación.

—No nos animaban a hacer cosas así.

—¿Por qué no? —pregunté extrañado.

—El lema de mi instituto era «Mientras no sea necesario, no llaméis la atención». Hacían mucho énfasis en lograr que la gente no nos odiase. Fui ahí por iniciativa de mis padres.

—Eso es un poco triste —le dije, imaginando cómo habría sido mi vida si me hubieran dicho que debía ocultar quién era.

—Es lo que teníamos que hacer —dijo Quin, con una sonrisa a medias.

—Entonces, ¿no podías destacarte de ninguna manera, pero la prensa te acosaba y siempre tenías que preocuparte por ser secuestrada?

—Sí —confirmó Quin, con tristeza en los ojos.

No lo dije, pero de repente todo sobre Quin cobró sentido. La primera vez que habíamos salido había sido porque le había prometido enseñarle cómo ser más social. Desde entonces, me había preguntado cómo nunca lo había aprendido antes. No tenías que ser el alma de la fiesta para saber hablar con gente.

Pero, si creces aprendiendo a temerle a todos los que están fuera de tu círculo, ¿cómo podrías ser diferente de como era Quin? Y, sinceramente, era

admirable que Quin fuera tan normal.

—Tendréis que darme una pista de lo que estáis hablando —dijo Titus, luchando por seguir nuestra conversación.

Miré a Quin. No parecía que quisiera hablar de eso.

—Quizás más tarde —le dije a Titus, antes de cambiar de tema.

Terminamos de cenar y charlamos un poco más antes de pagar la cuenta. Aunque Titus se había ofrecido a pagar, Quin insistió. Titus luchó con ella hasta que me entrometí.

—Déjala. Confía en mí.

Titus dudó, pero accedió. No podía decir en qué estaba pensando Titus, pero era obvio que estaba acostumbrado a ser el hombre de la casa. Quizá debería haberle dicho a Quin que lo dejara pagar, pero la verdad era que me parecía injusto, considerando lo que sabía sobre la riqueza de la familia de Quin. Además, era algo que Quin quería hacer. Me costaba mucho no darle a mi novia lo que quería.

—Entonces, ¿qué es lo que hace Nero? —pregunté, mientras caminábamos hacia las camionetas.

—Sería mejor si solo lo vierais —explicó Titus.

—Vale… —dije, mirando a Quin, que estaba tomando mi mano.

Quin no dijo nada al respecto hasta que estuvimos solos en la camioneta, siguiendo a Titus por caminos estrechos que atravesaban el bosque.

—Sí, definitivamente esto no es un club de lectura —dijo, mientras miraba los árboles que pasaban por la ventana—. ¿Te parece una buena idea?

—¿Crees que deberíamos volver? Todavía podemos cambiar de dirección.

—¿Tú crees que deberíamos volver? —me preguntó Quin—. Solo vamos porque queremos hablar con Nero. Podríamos volver el próximo fin de semana o el fin de semana siguiente. Has oído a Titus: Nero trabaja los fines de semana.

—¿Crees que podemos confiar en Titus? —le pregunté a Quin, dudando de mi juicio sobre Titus.

—No parece ser un mal tipo.

—¿Crees que nos llevaría al bosque para matarnos?

Lo había dicho en chiste y luego recordé la historia de Quin con el secuestro.

—No, no lo creo. Solo se siente como el comienzo de todas las películas de terror. Pero no creo que sea así…

—Probablemente tengas razón —hice una pausa—. Entonces, cuando lleguemos, revisa el establo y yo revisaré el cobertizo. Estoy seguro de que podremos encontrar un teléfono en alguna parte —dije, mirando a Quin para ver su reacción.

Me miró sin comprender.

—¿Qué?

—Es una referencia a una película de terror —expliqué.

—Ah.

Creo que Quin no lo entendió.

—Sí, este camino me recuerda al que lleva a mi casa. Supongo que es un poco diferente a los que llevan al lugar donde creciste.

Quin volvió a mirar a su alrededor.

—No se parece ni de lejos.

Tenía sentido. Quin había crecido en la ciudad de Nueva York. Podía ver por qué conducir en una carretera como esa en la oscuridad podía asustarla.

—Quin, si pasa algo, te mantendré a salvo. Te lo prometo. ¿Vale?

Quin me miró.

—Vale.

No solo estaba diciendo que me creía; podía verlo en su cara. Había ganado su confianza, no había forma de que la traicionara ahora. Pasara lo que pasara, iba a proteger a Quin. Estaba dispuesto a morir en el intento si era necesario.

Cuando finalmente nos detuvimos frente a un granero resplandeciente, las cosas no se sentían más seguras. Había varias camionetas estacionadas en frente y la luz del interior parpadeaba.

—¿Estás seguro de que está bien que estemos aquí? —le pregunté a Titus, mientras sentía la misma concentración agresiva que sentía antes de un gran partido.

—Queríais verlo, ¿verdad? Estará aquí.

—Eso no responde mi pregunta —aclaré.

—Estoy seguro de que estaréis bien. Parece que puedes arreglártelas.

—¿Por qué Cage necesitaría arreglárselas? —preguntó Quin sacando a relucir un buen punto.

—¿Queréis verlo o no? —preguntó Titus, mirándonos.

Miré a Quin. Sabía que pasara lo que pasara, podría luchar para salir. Pero, ¿y Quin? ¿Valía la pena ponerla en peligro?

—Esta es nuestra oportunidad de hablar con él —señaló Quin—. Él podría tener todas las respuestas. Yo digo que nos arriesguemos.

Sonreí. No la hubiera respetado menos si hubiera dicho que debíamos volver. Pero estaba pensando en mí, no en sí misma. Definitivamente me estaba enamorando de ella, si aún no lo estaba.

—Está bien. Entremos —le dije a Quin—. Mejor que esto no se ponga feo —dije, amenazando con destrozar a Titus si sucedía.

No sabía qué esperar, pero tan pronto como atravesamos las puertas del granero, todo cobró sentido. Había unas 20 personas. Todos estaban mirando hacia un círculo dibujado en el suelo donde dos tipos se golpeaban.

Era boxeo a mano limpia. Aunque llamarlo así hacía que pareciera más respetable de lo que era. Era un club de la pelea, así de simple. La gente iba ahí para golpearse.

En ese momento, una de las personas a las que todos estaban animando era Nero. Le sangraba la nariz, pero sus ojos furiosos decían que no había forma de que perdiera.

Sus ojos no mentían. Sus rápidos movimientos le permitieron dar un zurdazo y un gancho a la barbilla. Mientras observábamos, tumbó a su oponente.

No le había dado el crédito que se merecía cuando lo había desafiado en el restaurante. No era grande, pero era rápido. Ya no estaba tan seguro de que ganaría en caso de enfrentarme a él. Tenía un instinto asesino que yo nunca había sentido. Eso hacía que Nero fuera peligroso.

Consideré sacar a Quin de ese lugar. Ya no estaba seguro de poder protegerla ahí.

—¡Tú! —gritó Nero, al verme justo delante de las puertas.

Era demasiado tarde para ir a cualquier parte. Íbamos a tener que dejarnos llevar por lo que sucediera. No podría sacarnos de ahí aunque quisiera. Y no quería hacerlo. Lo que quería era asegurarme de que Quin no saliera herida.

—¿Os conocéis? —preguntó Titus, apoyándose en mí.

—Nos hemos visto —dije, sintiendo que mi sangre comenzaba a hervir.

—¿Hay algo que no me habéis dicho? —preguntó Titus, preocupado.

—Sí. Bastante —dije, manteniendo mis ojos pegados al hombre que marchaba hacia nosotros con el torso desnudo.

El cabello rubio de Nero estaba revuelto. Su rostro estaba sucio. Y su torso musculoso y delgado estaba magullado por los golpes. Eso me indicaba cómo luchaba. Protegía su rostro a costa de su cuerpo. Lo recordaría si las cosas salían mal.

—¿Qué coño haces aquí? —dijo, sin preámbulos.

—¡Ey, Nero! ¡Eso ha sido innecesario! —dijo Titus, interponiéndose entre nosotros.

—¿Tú los has traído aquí? ¿Por qué coño lo has hecho?

—Nero, sé que estás saliendo de una pelea y por eso estás lleno de adrenalina o lo que sea. Pero ¡tienes que calmarte!

—Sí, Nero, es mejor que escuches a tu amigo y te calmes —le dije, deseando derribarlo.

—¿Quieres decirme algo? Me has hecho perder el pago de dos días.

—Tú mismo te has hecho eso, estúpido —le aclaré.

—De acuerdo. Creo que ambos necesitáis relajaros —declaró Titus.

—Tal vez lo que necesitamos es resolver esto en el ring —dijo Nero, con los ojos desorbitados.

—Sí, eso necesitamos. Señala el maldito camino —le dije, quitándome la chaqueta y la camisa.

Todo a mi alrededor se desvaneció y fue reemplazado por un fuerte zumbido en mis oídos y la visión de túnel que tienes al comienzo de un juego. Caminé hacia el círculo mal delineado y los tíos que lo rodeaban se separaron.

Entré e inmediatamente recordé mi pierna. A esa altura, ya no sentiría dolor, pero no podría moverme con libertad. Luchar contra un tipo tan rápido como Nero sería un problema. No me importaba.

—¿Estás listo para que te dé una paliza?

Nero se rio y me miró con una sonrisa demencial. Lo que fuera que iba a hacer, iba a tener que hacerlo rápido, porque no había ninguna duda de que el tipo estaba loco.

—¡Basta! —escuché que alguien gritaba detrás de él.

Reconocí la voz. Era Quin, pero no podía dejar que me distrajera. Ya estaba ahí. Tenía que demostrarle algo a Quin. Si no a ella, entonces a mí mismo… o, mejor dicho, a mi papá.

Mi primer golpe aterrizó de lleno en su pecho y lo derribó. Probablemente nunca lo habían golpeado tan fuerte en toda su vida. Me di cuenta por la luz que se apagaba en sus ojos.

Fue entonces cuando entré al ataque. Esta vez se inclinó para proteger su torso, así que lo agarré por la muñeca y el costado de la cara. Tropezó.

Sabía que, si le daba un segundo para respirar, me acabaría. No podía moverme rápido. Tenía que depender de mi fuerza. Así que estaba listo para romperme la mano cuando le pegara en la barbilla, tiré mi puño hacia atrás justo a tiempo para oír:

—¡Tienes que parar! ¡Es tu hermano!

Me congelé.

—¿Qué?

En ese momento, Nero me tomó por sorpresa y me dio en la barbilla. Caí de rodillas. No es que me hubiera derribado. Ya no quería pelear.

Quin había gritado que Nero era mi hermano. ¿Era cierto? Tenía que saberlo. De ninguna manera iba a pelear con mi familia.

—¡Basta! —dijo Quin mientras corría hacia el ring y se colocaba entre Nero y yo.

Por un segundo, pensé que Nero iba a golpear a Quin. Si lo hacía, hermano o no, lo iba a matar. Pero no lo hizo. Y le tomó un segundo procesar las palabras de Quin, pero mientras lo hacía, dejó caer el puño y nos miró a los dos.

—¿Mi hermano? —dijo, tranquilizándose rápidamente—. Titus, ¿quiénes son estas personas?

Titus miró a Nero tan confundido como él.

—¿De qué estás hablando, Quin? —le pregunté, sacudiéndome y poniéndome de pie.

De pie, Quin me sacó del ring y me alejó de los espectadores.

—¿Recuerdas cómo supe que eras adoptado?

—Dijiste que mi papá no tenía hoyuelos y que las posibilidades de que uno de mis padres no los tuviera eran casi nulas.

—Míralo. Los hoyuelos en sus mejillas, los que están debajo de su labio, los de su barbilla.

Miré a Nero. Tenía un hoyuelo en la barbilla y de ambos lados debajo del labio inferior. Pero ¿y eso qué? ¿No había mucha gente que tenía hoyuelos?

—Quin, eso no es suficiente para saberlo.

—Pero piénsalo. ¿Por qué un médico, que probablemente trabajaba en el

hospital en el que tú naciste, nos diría que hablemos con un tipo con la misma mezcla rara de hoyuelos que tienes tú?

Miré hacia atrás para ver a Nero. ¿Quin podía estar en lo cierto? ¿Nero podía ser mi hermano?

—¿Qué demonios sucede? —dijo Nero, mirándonos.

¿Cómo se suponía que tenía que manejarlo? ¿Cómo iba a decirle a ese idiota que mi novia creía que podíamos ser hermanos porque era una experta en hoyuelos? No estaba seguro, pero cuando él y Titus nos siguieron lejos de la multitud, supe que iba a tener que ser honesto.

—En serio, ¿quiénes sois y qué está pasando? —dijo Nero, mientras Titus se movía de un lado a otro.

Sabiendo que no había forma de evitarlo, eché mis hombros hacia atrás y me resigné a lo que fuera a suceder a continuación.

—Mi nombre es Cage. Ella es mi novia, Quin. Hace un par de días, me enteré de que el hombre que me crio podría no ser mi padre biológico. Creemos que podría haberme sacado del hospital en el que nací, el Hospital del Condado de Falls. Hemos estado aquí los últimos días porque creemos que mi madre biológica pudo haber vivido en esta ciudad. No sabemos si está viva o muerta. No sabemos nada. Todo es solo una suposición. Pero Quin es inteligente, muy inteligente. Y dice que tú tienes un rasgo poco habitual, que yo también tengo. Y la única forma en que ambos podríamos tener ese rasgo es si fuéramos hermanos.

Nero me miró más tranquilo de lo que hubiera imaginado. Lo que le estaba diciendo era una locura. Sin embargo, lo único que hizo fue mirarme inquisitivamente.

—¿Qué rasgo es ese? —preguntó Nero.

Respiré hondo antes de responder.

—Son tus hoyuelos.

—¿Mis hoyuelos?

—Sí. Algunos hoyuelos son raros.

Nero me miró con curiosidad.

—¿Hoyuelos? —se volteó para ver a Titus—. Titus tiene los hoyuelos más grandes que haya visto. ¿Eso significa que también somos parientes? La mitad de la gente en esta ciudad tiene hoyuelos.

—Es la combinación de ellos —dijo Quin, defendiéndose—. Los hoyuelos no son raros. Pero algunos lo son, como los que están debajo de tu labio. Solos no son lo suficientemente raros como para que sean algo relevante. Pero, ¿tenerlos todos al mismo tiempo…? Las probabilidades son muy bajas.

Los ojos de Nero rebotaron entre nosotros dos.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Ya te lo he dicho. Hemos venido aquí porque pienso que mi madre biológica podría ser de esta ciudad.

—No. Me refiero a ¿por qué habéis venido aquí esta noche? ¿Intentáis decirme que estáis aquí por accidente?

—Hemos venido a buscarte —le dije.

—Lo imaginé. ¿Por qué?

Miré a Quin.

—Porque después de que le pregunté por la madre de Cage, el Dr. Tom nos dijo que deberíamos hablar contigo.

—¿El Dr. Tom? —dijo Nero. De repente estaba agitado.

—Sí. Lo he visto ayer. Le hice la pregunta porque su esposo había dicho que él trabajó en el hospital en la misma época en la que nació Cage. No quiso decirme nada, pero sugirió que tú serías alguien en la ciudad con quien podría estar interesada en hablar. Creo que dijo eso porque sabe que vosotros dos sois familia.

Nero miró a Quin intensamente.

—No. No, esto es mentira. Estáis inventando todo.

—No es así —le dije—. Juro que no es así.

No sabía cómo formular lo que sabía que tenía que preguntarle a continuación. Abrí la boca, esperando que salieran las palabras. Tomó un momento, pero lo hicieron.

—Dime, ¿tu madre está viva? —pregunté, mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—Sí —dijo vacilante—. No le contaréis esta mierda, si en eso estáis pensando.

Quin habló:

—¿Alguna vez ha hablado de algo como esto? ¿Ha mencionado que uno de sus hijos murió después de nacer o que fue secuestrado o algo así?

Nero retrocedió.

—No. No. ¿Quién os ha convencido de hacer esto? ¿Has sido tú, Titus? ¿Tú has organizado esta mierda?

—Los conocí haciendo un recorrido. No sabía nada sobre esto.

Nero se volteó para mirarnos, enojado.

—¿Con quién habéis estado hablando? ¿Habéis pensado que sería divertido jugar con la cabeza de una mujer enferma?

—¿Tu madre está enferma? —le pregunté. De repente, estaba asustado de perderla.

—No. No diré otra maldita palabra. Demostradme que esto es real. Demostradme que sois quien decís ser.

—¿Quieres ver nuestras identificaciones? —pregunté.

—No quiero ver vuestras malditas identificaciones. Quiero que me demostréis que todo lo que habéis dicho es real.

—¿Cómo se supone que haremos eso? —le pregunté, esperando que fuera razonable.

—Sé cómo —dijo Quin, llamando nuestra atención.

—¿Sabes cómo? ¿Cómo? —pregunté.

—Podríamos analizar vuestro ADN. La prueba podría decirnos si vosotros dos sois parientes, incluso si solo sois primos.

Nero miró a Quin con recelo.

—No. No voy a hacerlo. Vosotros estáis inventando todo. Es toda una mentira.

Titus habló:

—¿Qué pasa si no están mintiendo, Nero? He pasado los últimos dos días con ellos y son tíos decentes. ¿Y si es tu hermano? Sé que, si yo tuviera un hermano, querría saberlo. ¿Y si dicen la verdad, Nero? Imagínate eso.

Nero se volvió hacia Titus.

—Esto es demasiado. Es demasiado.

—Lo sé, pero ¿y qué si es cierto? ¿Cómo te sentirías si realmente tuvieras un hermano y lo hubieras alejado de ti? —dijo Titus, poniendo su mano sobre el hombro de Nero.

Nero se ablandó mientras sus pensamientos se arremolinaban. Parecía que estaba sufriendo una tortura, hasta que se dio por vencido.

—Escucha, no quise ser un cabrón el otro día en el restaurante. Es solo que, cuando os vi a los dos sentados, tan felices, pensé: «¿Qué hay de mí?», ¿sabes? ¿Por qué todos son felices menos yo? No quise decir nada en contra de vosotros.

Miré a Quin para ver su reacción. No estaba seguro de estar dispuesto a perdonarlo.

—Está bien —dijo Quin, como la buena persona que era.

—Sí. Estás perdonado —confirmé—. Pero tienes que controlar ese enojo —dije, queriendo que fuera una amenaza, aunque no estaba de humor para hacer amenazas.

—Lo haré. No soy así. Pregúntale a Titus.

Titus se encogió de hombros, sin tomar partido.

—De todos modos, estoy trabajando en eso. Vosotros parecéis gente decente. Pero no puedo dejar que le contéis nada de esto a mi mamá. No hasta que haya pruebas. Ella no podría superarlo si estáis equivocados o mintiendo o algo así. Ella no es así, ¿sabes?

—Entonces, ¿te harás el análisis? —preguntó Quin.

—Me haré el análisis.

Me quedé mirando al chico desaliñado y sin camisa frente a nosotros. Ya no era el hombre salvaje y enojado del ring. Estaba vulnerable y asustado.

¿Así era siempre? ¿Este muchacho era mi hermano? No podía creer que después de sentirme solo durante tanto tiempo, quizá podría tener una familia de verdad.

—¿Cómo lo hacemos, Quin? ¿Tenemos que escupir en un tubo o algo así? —le pregunté, pues de repente necesitaba respuestas.

—Podríamos hacer eso si quisieras hacer una de esas pruebas de ascendencia.

—¿Te refieres a las de los comerciales? —preguntó Nero.

—Sí. Pero tardan semanas. Si tomamos muestras de sangre, podríamos tener la respuesta en un par de días.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Mi padre tiene muchos contactos. Estoy segura de que conoce a alguien. Puede pedir un favor. Y, cuando él pide un favor, se lo hacen enseguida.

—Hagamos eso, entonces —le dije.

—Sí. Unos días son mejores que unas semanas —confirmó Nero.

—Bueno. La única pregunta es: ¿cómo conseguimos las muestras de sangre en Snowy Falls?

—Con el Dr. Tom —sugirió Nero.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Quin.

—Me llevo bien con el Dr. Tom. Si yo se lo pregunto, quizá lo haga —dijo Nero.

—¿Cuándo? —preguntó Quin—. Porque esta noche volvemos a la universidad.

—Quin, creo que podemos quedarnos una noche más si eso significa que pueden tomar nuestras muestras de sangre.

—No, puede que lo haga esta noche —dijo Nero.

—¿De verdad? Entonces, llámalo —le dije.

—No. Si lo llamo, me dirá que vaya por la mañana. Tengo una mejor idea —dijo Nero mientras recogía su ropa y se vestía.

Regresamos a nuestras camionetas y salimos en caravana desde la mitad de la nada hacia la ciudad. Los alrededores tardaron un poco en verse familiares. Cuando lo hicieron, estábamos llegando a la casa que habíamos visitado el día anterior. En la parte de atrás estaba la oficina del Dr. Tom. En el frente había una hermosa casa de dos pisos que brillaba.

—¿Todavía habrá alguien despierto? —le pregunté a Quin—. ¿Te parece buena idea?

—¿Qué parte?

—Todas. Ninguna. No queremos cabrear a la única persona que podría tomar las muestras.

—No conocemos esta ciudad ni cómo funciona. Tal vez la gente haga esto todo el tiempo aquí.

—¿Crees que la gente le toca la puerta al doctor en medio de la noche solicitando pruebas genéticas todo el tiempo? —pregunté con una sonrisa.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé. Pero eso no era lo que preguntaba. ¿Crees que descubrir si Nero es mi hermano es una buena idea? Es decir, el tío organiza clubes de pelea y es evidente que tiene problemas de ira. ¿Podría terminar mal?

—Podría —admitió Quin—. Cualquier cosa podría terminar mal. Nosotros podríamos terminar mal. Pero solo porque podría terminar mal no quiere decir que no sea una buena idea intentar que termine bien.

Me desconcertó que sugiriera que las cosas entre nosotros podrían terminar mal. ¿De verdad pensaba eso? Estaba listo para estar con Quin a toda costa. No solo me había robado el corazón, sino que nadie había hecho por mí en mi vida lo que ella había hecho en los pocos meses desde que la había conocido.

Quin era con quien quería pasar el resto de mi vida; me aferraría a ella con todas mis fuerzas.

Estacionamos frente a la casa. Quin y yo seguimos a Nero y a Titus hacia el porche. La puerta delantera se abrió antes de que llegáramos. Glen y el Dr. Tom salieron en bata.

—Nero, Titus, ¿sois vosotros? —preguntó el Dr. Tom, mientras nos acercábamos—. ¿Qué sucede?

No respondieron. Cuando el Dr. Tom nos vio, no tuvieron que hacerlo.

—Veo que habéis encontrado a Nero —le dijo a Quin sin inmutarse.

—Así es. Pero no antes de que ellos intentaran matarse —le dijo Quin.

—Ah. ¿Y qué estáis haciendo aquí?

—Necesitamos hacer un análisis de sangre —explicó Quin.

—Regresad por la mañana.

—¿Usted sabía que yo podría tener un hermano? —le preguntó Nero al Dr. Tom.

Él no respondió.

—Lo sabía —dijo Nero sorprendido—. Después de todas esas cosas que le dije que estaban pasando, ¿no pudo decirme que mi mamá podría no estar loca?

Por primera vez, el rostro de piedra del Dr. Tom se quebró. El arrepentimiento se apoderó de él.

—Hay muchas cosas que un médico no puede revelar a nadie, sin importar…

—Eso es una puta mentira —lo interrumpió Nero—. Era un chaval que lloraba por toda la mierda que le sucedía y ni una vez insinuó que esa podía ser una posibilidad.

—Eso no es cierto. Lo insinué. Te dije que a veces las cosas no son lo que parecen.

—Y se supone que eso debía tener algún sentido para un niño de diez años. Eso era solo un montón de basura de adultos para mí. ¿Cómo se suponía que iba a saber que me estaba diciendo que tenía un hermano y que mi madre no estaba loca? No. Es un maldito gilipollas.

El Dr. Tom recuperó la compostura.

—Está bien. Soy un gilipollas. Si eso es todo, espero que todos tengáis una buena noche.

—Espere —le dije, deteniéndolo—. No lo conozco. Pero tengo la sensación de que usted a mí sí, al menos un poco. No sé por qué no le ha dicho a Nero que podría tener un hermano. No me importa. Lo que sí sé es que durante 22 años se me ha negado tener una familia, al menos una que se preocupe por mí. Y, si se toma 20 minutos, usted podría curarme de eso. ¿No es eso lo que se supone que hacen los médicos, curar las enfermedades de la gente? Bueno, esta es mi enfermedad. Ayúdeme. Solo le tomará dos minutos.

Los ojos del Dr. Tom fueron pasando por cada uno de nuestros rostros, pero aun así no cedió.

—Solo hazlo, Tom —dijo Glen, conmovido.

—No entiendes lo que sucede, Glen.

Glen puso la mano sobre el hombro de su esposo y le habló amablemente:

—Solo hazlo.

El doctor se derritió mirando los ojos comprensivos de su amado.

—Bueno. Seguidme a mi oficina. Pero no sé dónde conseguir que hagan una prueba genética.

—Yo me encargaré de que hagan el análisis. Mi padre conoce a mucha gente y…

—¡Harlequin Toro! —El Dr. Tom se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Quin—. Eres Harlequin Toro. No me lo puedo creer. Después de que te fuiste, pensé que podrías haber sido tú, pero no pensé que fuera posible —dijo. De repente, estaba asombrado.

Mucha gente me había reconocido por el fútbol americano, pero ninguno me había mirado como el Dr. Tom la miró a Quin. Era como si el Dr. Tom estuviera mirando a una diosa.

—¿La conoce, Doc? —preguntó Nero, confundido.

—Sí, sus padres están cambiando el mundo —proclamó Tom. Luego, se giró hacia Quin—. He leído todo sobre tus padres desde antes de que nacieras. El mundo puede ser un lugar horrible, pero ellos siempre han tratado de mejorarlo… y lo han logrado.

»Y luego, cuando naciste, dijeron que eras incluso más inteligente que ellos. Tu padre ha dicho que tú harías cambios en el mundo aún más profundos que los que han hecho ellos. Ha leído todo sobre ti desde entonces.

»Harlequin, tu familia le ha dado esperanzas a las personas como yo. Gracias —dijo, casi llorando.

Quin escuchó cortésmente y después se dio la vuelta para mirarme. Había dolor en sus ojos. No lo entendía del todo. Pero comenzaba a comprender algunas de las cosas que ella me había dicho sobre su vida.

Me había dicho que sentía la presión de hacer grandes cosas. Pensé que hablaba de la presión que todos sentimos de ser exitosos. Pero no.

¿Cómo sería para Quin que la gente la mirara como lo estaba haciendo el Dr. Tom? ¿Cómo sería para ella saber que tenía que estar a la altura de eso?

La presión que yo había sentido por llegar a la NFL no era nada en comparación. La vida de Quin no se parecía a nada que yo pudiera imaginar. ¿Qué diablos estaba haciendo alguien como ella con un don nadie como yo?

—Lo siento —dijo el Dr. Tom, recomponiéndose—. Vamos, consigamos lo que necesitas —le dijo a Quin.

El médico nos extrajo un tubo de sangre a Nero y a mí, los etiquetó y se los entregó a Quin.

—Esto debería ser más que suficiente —dijo, con serenidad.

—Gracias —respondió Quin.

—Sí, gracias —dije, antes de mirar a Nero. Nero miró hacia otro lado; todavía estaba enojado con el doctor.

De pie frente a nuestras camionetas, Quin se volvió hacia Nero.

—Te avisaremos tan pronto tengamos noticias.

—Está bien.

—¿Podrías darme tu número? —le pregunté. Estaba tan nervioso como en una primera cita.

—Sí. ¿Cuál es tu número? Te lo enviaré en un mensaje.

Le di mi número a Nero y unos segundos después sonó mi teléfono.

—Lo tengo —le dije.

—Genial.

—Bueno, supongo que vamos a regresar —les dije.

—Está bien —dijo Nero, sin poder decidir si despedirse o no.

En vez de alejarse, Nero me rodeó con los brazos y me acercó a su cuerpo. Pensé que me estaba abrazando. Pero en realidad estaba llevando mi oreja a su boca.

Susurró:

—De verdad lamento haberme portado tan mal. No soy así. ¿Está bien?

—Está bien —le aseguré.

—No soy así —repitió.

—Todo está bien, Nero. Comencemos de cero.

Nero se separó de mí y sonrió.

—Sí. Comencemos de cero.

Lo vi. Tenía tantos hoyuelos como yo. Incluso si el Dr. Tom no lo hubiera prácticamente confirmado, ahora no tendría ninguna duda. Estaba mirando a mi hermano.

—Quin, ha sido un gusto conocerte —dijo Nero, ofreciéndole la mano.

—Igualmente —contestó Quin cortésmente, antes de que ambos nos subiéramos a mi camioneta y nos alejáramos.

Pasamos la mayor parte de las dos horas de viaje hasta la Universidad en silencio. Los últimos tres días habían sido demasiado. No solo habían sucedido cosas entre Quin y yo, sino que podía haber encontrado a mi familia y podía haberme dado cuenta de que Quin y yo no éramos el uno para el otro.

Quin tenía cosas más importantes que lograr con su vida. Ahora podía verlo. No estaba destinada a vivir la vida que yo imaginaba.

Eso no significaba que no quisiera estar con ella Me había enamorado de ella. Pero ¿en qué momento pasaría a ser una distracción que impediría que hiciera algo increíble que cambiara el mundo?

La llevé a su edificio y nos quedamos sentados en la camioneta, con el motor en marcha.

—Este fin de semana ha sido… —comenzó Quin, pero no supo qué decir.

—Diferente —completé.

Quin se rio.

—Sí.

—Ahora que he regresado, probablemente tenga que recuperar algunas horas en el trabajo. Pero quiero verte.

—Yo también quiero verte —respondió, con una sonrisa—. Eres mi novio, después de todo.

—Sí, lo soy —dije. Ya lo había olvidado.

Me incliné, deslicé mi mano detrás de su cuello y acerqué sus labios a los míos. El beso fue eléctrico. Aumentó el calor entre nosotros. Tenerla entre mis manos de nuevo hizo que me hormigueara el cuerpo.

—¡Cage! —oí que alguien decía mi nombre.

Me aparté de donde más quería estar para ver que Tasha miraba hacia adentro de la camioneta. Estaba escandalizada. Detrás de ella estaba su mejor amiga, Vi. Por supuesto, iban juntas a todos lados. Con la boca aún abierta, corrió hasta la puerta de su edificio.

—¿Supongo que no lo sabía? —preguntó Quin.

—No tenía por qué saberlo. Ella rompió conmigo. Además, estoy orgulloso de que seas mi novia. Eres demasiado buena para mí.

Quin sonrió.

—¿Quieres subir? —preguntó, con la sonrisa tímida más linda que hubiera visto.

—Gracias por invitarme, pero debería volver a casa. Tengo clases por la mañana y ha sido un viaje largo.

Quin estaba decepcionada.

—Está bien. ¿Cuándo volveré a verte?

Lo había pensado. Había una parte de mí que deseaba ir a su habitación y no volver a perderla de vista por el resto de mi vida.

—¿Cuándo crees que tendrás los resultados de la prueba?

—Oh. Llamaré a mi papá mañana a primera hora. Las enviaré tan pronto como pueda después de eso. Supongo que lo tendrá todo listo para el viernes.

—Vaya, eso es rápido. Es bueno tener contactos.

—A veces es útil. Entonces, ¿cuándo crees que te veré?

—¿Qué tal si te escribo? —le dije.

—¡Ah! Bueno. Sí, escríbeme.

Sonreí, la besé una vez más y luego la vi alejarse. Era la mujer más hermosa que jamás había visto. No podía creer que alguien como ella quisiera estar conmigo.

Una vez que Quin estuvo fuera de mi vista, el dolor de mi pierna quebrada se disparó por todo mi cuerpo. Me estremecí. ¿De dónde venía eso? No había sentido nada en todo el fin de semana. Pero, de pronto, el dolor era abrumador.

Puse todo de mí para concentrarme en la carretera y no en la pierna. 40 minutos fueron suficientes para aniquilarme. Cuando llegué y encontré la casa tan vacía como esperaba que estuviera, me arrastré hasta la cama y colapsé.

Le había dicho a Quin que necesitaba dormir en casa porque tenía una clase temprano. Era cierto, pero a la mañana siguiente no pude ir. Sentía demasiado dolor. Apenas pude llegar al baño para coger mis analgésicos. Eran de los fuertes, así que hicieron efecto bastante rápido. Pero no antes de que

faltara a mi otra clase del día y garantizara que llegaría tarde al trabajo.

«Ya lo he enviado! No falta mucho!», me escribió Quin.

Leí el mensaje e inmediatamente después sentí una presión en el pecho. ¿Por qué estaba sintiendo eso? Sí, algo andaba mal, pero ¿qué? Quiero decir, sabía qué andaba mal, pero ¿qué iba a hacer al respecto?

«Ya lo ha enviado», le escribí a Nero. «No falta mucho».

«Genial» me respondió unas horas más tarde. «Cuándo crees que tendrás los resultados?».

«Quin cree que para el viernes».

No supe de él después de eso. No estaba seguro de por qué. Tampoco sabía por qué no le respondí a Quin. Quería responderle. Quería tomarla en mis brazos y abrazarla como lo había hecho en Snowy Falls. ¿Por qué no lo estaba haciendo?

Mientras lo pensaba, me pregunté si sería porque mi vida estaba en el limbo. Quizás había cometido un error al renunciar al fútbol americano. No me encantaba, pero ¿ser un mariscal de campo titular en la NFL no sería algo de lo que Quin pudiera estar orgullosa? ¿No tendría más sentido que estuviéramos juntos de esa manera?

Nunca podría ser igual a Quin. Nadie podía serlo. Pero ¿mi fama no podría contribuir en algo a una vida como la suya?

Por mucho sentido que tuviera, todavía estaba el problema de que no quería hacerlo. Me había alejado del fútbol americano por una razón. Había renunciado al dinero, al estilo de vida, incluso a mi relación con mi padre, o quienquiera que él fuera, para deshacerme de todo eso. Pero ¿valía la pena luchar para volver a eso por Quin?

Si fuera a hacerlo por alguien, sería por ella. Probablemente tendría que hacerlo si quería estar con ella. Definitivamente quería estar con ella. Tal vez no le estaba respondiendo porque no estaba listo para comprometerme a hacerlo. Solo deseaba que hubiera otra forma de estar juntos para siempre sin tener que comprometerme a una vida que no quería tener.

Pasó la semana sin que le escribiera, pero pensaba en ella todos los días. Quería verla, tenerla en mis brazos. Estar sin ella se sentía como si me arrancaran la piel del cuerpo. Sin ella, me sentía paralizado y aun así no podía convencerme a mí mismo de escribirle.

Continué con mi vida con la certeza de que en algún momento tendría noticias de ella. Quin y yo nos pondríamos en contacto de alguna forma para saber si Nero era mi hermano.

El viernes me desperté, cogí mis muletas y conduje al campus. Después de que terminaron mis clases, me dirigí al centro de actividades estudiantiles para trabajar. Era uno de esos días en los que el dolor de la pierna se propagaba hacia el muslo y las caderas. Ni siquiera estar sentado aliviaba el dolor.

A pesar de que me dejaban catatónico, estaba pensando en tomarme una pastilla. Había intentado reducir la cantidad que estaba tomando. Sentía que me estaba volviendo un poco dependiente. No solo me sacaban el dolor de la

pierna: por un rato, me dejaban olvidar cuánto necesitaba a Quin.

Decidí que ya no podía soportar el dolor; me acerqué a mi mochila y busqué las pastillas. Estaba jugueteando con la tapa cuando escuché el pitido de alguien que escaneaba su identificación para ingresar.

Mis ojos se movieron rápidamente hacia la computadora y vi una cara que no había visto en un tiempo. Era Lou, la compañera de cuarto de Quin. Mi corazón dio un vuelco, porque la última vez que se había registrado, había sido con…

Miré más allá del monitor hacia la entrada. Quin estaba de pie detrás de Lou, con la cabeza gacha. Verla hizo que mi corazón se acelerara. Me levanté de un salto sin sentir ni un poco del dolor que había sentido momentos antes.

—¡Quin!

—Ah, ¿ahora recuerdas su nombre? —dijo Lou, enojada.

—¿Qué?

—Dices que es tu novia, ¿y luego no la contactas durante 5 días? ¿Cuál es tu problema? Los tíos como tú creen que pueden tratar a las personas como quieran…

—Lou, no fue así. He querido hablar con Quin todos los días.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho, eh? ¿por qué no lo has hecho?

—Es complicado.

—¿Así que es complicado? A mí me parece bastante simple. O quieres estar con una tía increíble, maravillosa y cariñosa como Quin, o no quieres.

—¡Sí, quiero!

Lou me miró tan confundida y frustrada como yo me sentía.

—¡5 días!

—¡Lo sé! Lou, ¿podrías darnos un minuto?

—Crees que voy a dejarla aquí para dejar que la lastimes de nuevo. ¡Ni hablar! Todo lo que quieras decirle, lo puedes decir delante de mí.

Quin miró hacia arriba. Tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. ¿Yo lo había causado? Por supuesto que sí. Sentí una presión en el pecho de solo pensarlo. ¿Qué diablos estaba haciendo? Tenía que resolverlo.

Quin tocó ligeramente el hombro de Lou.

—Lou, ¿podrías darnos un minuto?

Lou miró a Quin y se quedó paralizada.

—¿Estás segura? Porque vas a necesitar a alguien que te defienda si no vas a defenderte tú misma.

—Estoy segura, Lou —dijo Quin, con dolor en los ojos.

Lou me miró, todavía hervía de ira. No podía culparla por eso. Probablemente no hubiera sido tan amable si la persona que lastimaba a Quin no hubiera sido yo.

—Voy a estar dentro, ¿de acuerdo? Solo di mi nombre y estaré aquí.

—Gracias —dijo Quin, con sinceridad.

Una vez que Lou desapareció de vista, Quin y yo nos volvimos a mirar. Quería abrazarla desesperadamente.

—¿Cómo has estado? —preguntó Quin, con voz débil.

—No he estado bien —le dije, con sinceridad—. La caminata del fin de semana pasado me alcanzó tan pronto como bajaste de la camioneta. He estado tragando estas cosas solo para evitar desmayarme —dije, mostrándole el recipiente que aún tenía en la mano.

—Lamento escucharlo. Sabía que estabas haciendo demasiado esfuerzo.

—Intentaste que me detuviera. Varias veces. Pero es que cuando estoy contigo el dolor se va y creo que puedo hacer todo.

—¿Por qué no me has escrito, Cage? ¿Es simplemente algo que no haces? Recuerdo tu relación con Tasha y que vosotros no pasabais mucho tiempo juntos. ¿Esto haces cuando estás en una relación? Porque no sé si yo puedo hacerlo, si eso es lo que esperas. Quiero que seas mi novio. Y no sé mucho sobre cómo funcionan estas cosas, pero no creo que pueda funcionar así.

¡Guau! Me había olvidado de Tasha. Mientras lo pensaba, me di cuenta de que esto era lo que había hecho con ella. La diferencia era que Tasha prefería tener su espacio.

No había evitado escribirle a Quin porque no me importaba si estaba o no con ella. No le había escrito porque estar con ella implicaba que hiciera un compromiso que me estaba costando hacer. Mirándola en ese momento, la decisión era mucho más fácil.

Cuando estaba con ella, no sentía dolor. Estaba seguro que ella era la persona con la que debía estar. Solo tenía que aguantar y hacer mi parte para que nuestra relación funcionara.

—No es eso. Lo que sentía por Tasha no se compara con lo que siento por ti.

—¿Entonces qué, Cage? Ayúdame a entender lo que está pasando —imploró, con los ojos llenos de lágrimas.

—He tenido muchas cosas en la cabeza. Están pasando muchas cosas, ya sabes. Podría tener un hermano que no sabía que existía. Podría tener una madre. ¿Cómo puedo siquiera concebirlo? Y he estado pensando que… —bajé la cabeza para juntar fuerzas—. He estado pensando que debería volver a jugar fútbol americano.

—¿Estás pensando en volver a jugar al fútbol americano? Pensé que habías dicho que no lo disfrutabas.

—He estado pensando que podría ser lo mejor… para nosotros —dije, y presté atención a su reacción.

—¿Para nosotros? —preguntó, sin revelar sus sentimientos al respecto.

—Sí. Sería difícil, pero aún podría llegar a la NFL. Esta herida no durará para siempre. Y es posible que no me recluten en un puesto tan alto como el que hubiera sido antes de todo esto. Pero, con el tiempo, podría llegar a ser titular. Estoy seguro de que podría.

—Si eso es lo que quieres —dijo Quin.

—Creo que es mejor.

—¿Para nosotros?

—Sí.

—Bueno. Si eso es lo que quieres hacer, deberías hacerlo.

—¿Qué piensas? ¿Te gustaría ser la novia de un mariscal de campo que juega en la NFL? —pregunté, esbozando una sonrisa.

—Solo quiero ser tu novia. No me importa qué eres —dijo Quin, tan dulce y preocupada como siempre.

Aunque no lo dijo, sabía que el hecho de que yo jugara al fútbol americano hacía una diferencia. Quin necesitaba estar con alguien tan especial como ella. Yo estaba dispuesto a ser eso.

—Y yo solo quiero ser tu novio. Lo quiero más que nada —le dije, inclinándome sobre el mostrador y tomando su mano.

—Te amo, Cage —dijo, haciendo que mi corazón se disparara.

—Quin, yo también te amo —le dije, antes de mirar los labios de mi novia y perderme en su beso.

Me separé y la miré fijamente; me sentía inundado de cariño. No podía creer que me había mantenido alejado de ella durante tanto tiempo. Teníamos mucho de qué hablar.

—Tengo noticias del laboratorio —dijo Quin, poniendo fin a mi euforia de repente.

—¿Tienes los resultados de la prueba de ADN? —pregunté, soltándole la mano y alejándome.

—Sí. ¿Quieres saber el veredicto?

¿Quería saber los resultados? Por supuesto que sí…. o eso creía. ¿Qué cambiaría saberlo? Probablemente todo.

Ni siquiera sabía qué significaría tener una familia. El hombre que me había criado y luego había desaparecido no era lo que se suponía que era una familia. Siempre lo había sabido. ¿Y si pudiera tener esa otra cosa con Nero y… mi mamá?

—Quiero saber —dije, preparándome para cualquier cosa.

Capítulo 15

Quin

Los días en los que no había tenido noticias de Cage habían sido los peores de mi vida. El único momento en que no pensaba en él era cuando dormía e, incluso entonces, soñaba con él. Al principio, era porque no podía esperar a tener noticias de él de nuevo. Después, era porque necesitaba averiguar por qué no había oído de él.

Estaba hecha un desastre, y la pobre Lou había tenido que lidiar con eso. Me había tenido que escuchar preguntándome por qué no había tenido noticias de Cage una y otra vez. Era ella quien había sugerido que averiguáramos cuándo era el próximo turno de Cage y que nos presentáramos allí. El superpoder de Lou definitivamente era averiguar qué pasaba en las relaciones con tíos. La amaba por eso.

Aunque hacerlo había sido idea de Lou, averiguarlo dependía de mí. Cualquiera fuera la razón por la que Cage había desaparecido, sabía que tenía que entregarle los resultados del análisis. Era demasiado importante para él. No esperaba que él dijera todo lo que finalmente había dicho, pero me había gustado.

Para ser sincera, incluso me había gustado que decidiera volver a jugar fútbol americano. La vida de ensueño de la que habíamos hablado cuando estábamos en Snowy Falls sonaba genial. Me hubiera encantado tener una vida sencilla y una familia con él. Pero tenía otras responsabilidades. Diablos, hasta era responsable de niños que ni siquiera habían nacido aún.

Ser la novia de un jugador de la NFL encajaba mejor con esa idea. Odiaba pensar así, pero no podía evitarlo. La inteligencia de mis padres se basaba, más que nada, en las relaciones públicas. La imagen era importante. No debería serlo y, para la mayoría de las personas, no lo era. Pero, para alguien como yo, que había nacido para cambiar el mundo, la imagen lo era todo.

Sin embargo, el problema era que ese no era el final de la historia. Había algo que yo sabía que él no sabía. Una parte de mí deseaba que él no quisiera saber los resultados de la prueba. En ese caso, podríamos congelar todo como estaba y vivir así para siempre. Sin embargo, ese no era el caso. Y todo lo que podía hacer era decirle que lo amaba.

—Quiero saber —dijo, después de separarse de mis labios.

Tragué saliva y me preparé.

—Tú y Nero sois hermanos —le dije.

—¿Somos hermanos?

Cage me miró, conmocionado.

—Sí.

—Eso significa que tengo una madre.

—Así es.

—¡Por Dios! —dijo, cayendo sobre su asiento—. ¡No puedo creerlo!

—Hay más.

—¿Qué?

—No solo sois hermanos. Sois hermanos completos. Compartís la misma madre y el mismo padre.

Cage me miró atónito. Quedó con la boca abierta mientras intentaba procesarlo todo.

—Tengo que decírselo —dijo, mientras buscaba su teléfono.

Sin poder controlar su emoción, Cage encontró el número de su hermano y lo llamó.

—Nero, tenemos los resultados… Sí. Somos… hermanos —dijo Cage con lágrimas en los ojos.

Hubo una larga pausa antes de que Cage volviera a hablar. Las lágrimas le caían por las mejillas mientras escuchaba. Cage se dio la vuelta hacia mí y gesticuló: «Está llorando».

—Sí —dijo, volviendo su atención a la llamada—. Definitivamente me gustaría conocer a nuestra madre… ¿Qué tal mañana? Podría conducir hasta… Está bien. Entonces supongo que te veré a ti y a mamá entonces… lo sé, ¿verdad? —dijo Cage con una sonrisa.

Cage terminó la llamada y miró su teléfono.

—Voy a ir mañana.

—¿Puedo ir contigo? Es decir, si quieres que vaya. Podría conseguirnos un cuarto para el fin de semana si quieres que nos quedemos —le dije.

Quería ser parte de lo que sería el momento más importante de la vida de Cage.

—¡Claro que puedes! Nada de esto estaría sucediendo si no fuera por ti. Quiero que vengas —dijo Cage, con sinceridad.

Sentí un gran alivio al saber que él quería que fuera. Estaba segura de que él oiría que tenía un hermano y las cosas terminarían entre nosotros. No podía competir con eso.

—¿Quieres ir a comer algo esta noche? Yo invito. Tal vez podría quedarme en tu casa y podríamos salir por la mañana —le sugerí, pues quería estar con él todo el tiempo posible.

—Me gustaría hacer eso —dijo Cage, con una sonrisa.

Fue asombroso ver su sonrisa de nuevo. Era lo que más había echado de menos de él. Bueno, tal vez no era lo que más había echado de menos. Lo que más había echado de menos esperaba tenerlo esa noche en su casa.

Después de hacer planes con Cage, me encontré con Lou y la vi escalar el muro durante un rato. Hice un esfuerzo poco entusiasta de unirme a ella, pero estaba demasiado emocionada por encontrarme con Cage. Había una pizzería a la que había querido llevarlo. Cuando habíamos ido con Lou, nos había parecido romántica, por muy raro que hubiera sido estar ahí con ella. Pero era el lugar perfecto para una cita.

Sentarme frente a Cage se sintió exactamente igual que en Snowy Falls. Su rostro brillaba a la luz de la vela que iluminaba la mesa. Se acercó y puso su

mano sobre la mía. Mi corazón latía con fuerza cuando lo miraba a los ojos. De verdad lo amaba. Apenas podía contener lo mucho que lo amaba.

—¿Todavía queda algo de helado en tu casa? —pregunté, insinuante.

—Sí —dijo con una sonrisa—. ¿Quieres que vayamos a comerlo?

Cage sabía cómo hacer que me temblara el cuerpo. La sugerencia bastó para que sintiera la adrenalina.

El viaje a su casa no hizo nada para bajar el calor que corría entre nosotros. Así que, cuando llegamos a su cabaña, ni siquiera fingimos que tomaríamos el helado. Fuimos directamente a su habitación y nos perdimos en un abrazo.

Era insaciable. Continuamos hasta que ya no tuve fuerzas para levantar los brazos. Yo era su muñeca de trapo. Al final, no había nada más que pudiéramos hacer salvo derrumbarnos en los brazos del otro y quedarnos dormidos.

—¿Cómo te sientes esta mañana? —me preguntó Cage, con una sonrisa, luego de que ambos madrugáramos.

—Bien —le respondí, con la mirada fija en sus hermosos ojos—. ¿Y tú?

—Estoy un poco cansado. No dormí mucho.

—Me imagino que yo tampoco hubiera podido dormir si estuviera a punto de ver a mi mamá por primera vez —le dije, mientras buscaba su mano y la tomaba entre las mías.

—Sí, es mucho —dijo, con una mezcla de emoción y miedo en los ojos.

A pesar de lo entusiasmados que estábamos, no salimos de inmediato. Cage cocinó el desayuno y yo me alisté. Luego, comimos, mientras Cage se preparaba en silencio.

Mientras conducíamos hacia Snowy Falls, me di cuenta de que Cage estaba emocionado pero nervioso. Yo también estaba nerviosa. ¿Y si no le agradaba a su madre? Yo era rara y torpe, y traía mucho a cuestas. No le caía bien a todo el mundo.

Nero había sugerido que nos encontráramos en el restaurante, ya que ningún lugar de Snowy Falls aparecía en el mapa. Pasar el cartel de bienvenida de la ciudad me trajo muchos recuerdos. Era difícil creer que hacía una semana habíamos estado allí y que solo habíamos pasado tres días en el lugar. Me daba la sensación de que habíamos construido recuerdos de toda una vida en ese tiempo.

Como venía de Nueva York, nunca había imaginado que disfrutaría pasar tiempo en un lugar con un ritmo tan lento, pero así era. Casi parecía que esa era la velocidad a la que se suponía que debía vivir la vida.

Al acercarnos al restaurante, le pregunté si deberíamos registrarnos con la Dra. Sonya y dejar nuestras maletas antes de encontrarnos con Nero. A Cage no le parecía que tuviera sentido. Estuve de acuerdo, así que fuimos directamente.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Nero cuando entramos.

Parecía una persona diferente a cuando lo habíamos conocido. Para empezar, tenía una sonrisa en su rostro. Todo en él parecía estar más

tranquilo.

—¿Comerás con nosotros? —preguntó Cage, tan feliz de estar con Nero como Nero lo estaba de estar con él.

—Sí, comeré con vosotros —dijo con entusiasmo.

—¡Aún no has terminado! —gritó el cocinero desde la cocina.

—¿Hay alguien más aquí? Volveré al trabajo cuando venga alguien —dijo con valentía—. ¿Queréis hamburguesas? Le pediré que nos prepare un par de hamburguesas. Elijan una mesa —dijo antes de regresar a la cocina.

—Parece feliz de verte —le dije a Cage.

Cage parecía nervioso antes de que llegáramos. Ahora estaba radiante. Yo era hija única, por lo que no sabía cómo se sentía. ¿Así era cuando tenías un hermano? Debía ser agradable tener a alguien con quien pudieras contar y que te apoyara. Siempre había pensado que para eso era un novio. Pero, al pensarlo, resolví que eso también es lo que hace la familia.

Una vez que Nero se reunió con nosotros, no pude hacer mucho más que sentarme y escucharlos hablar. De vez en cuando, Nero hacía una pregunta para los dos. Incluso me hizo algunas preguntas a mí directamente. Sin embargo, intenté que mis respuestas fueran breves. Sabía por qué habíamos ido y quería que todo se tratara lo menos posible sobre mí.

Una vez que terminamos de almorzar, la expresión en el rostro de Nero cambió. Se veía apesadumbrado.

—Bueno, ¿querías conocer a nuestra madre?

—Sí —contestó Cage, con la inocencia de un niño de diez años.

Me levanté y busqué mi cartera para pagar.

—Yo pago —dijo Nero.

—Está bien. Yo pago —le dije, sin querer ponerlo en esa situación.

—No, yo pago —insistió Nero.

Estaba a punto de objetar cuando Cage me interrumpió.

—¡Nero dice que él paga! —dijo abruptamente.

Me asustó. Claramente lo había afectado. Pero, al mismo tiempo, no podía dejar que pagara por mí. Sería injusto. Quizá Nero no lo supiera. Y era posible que Cage no se hubiera dado cuenta de lo injusto que habría sido. Pero yo lo sabía, así que no podía dejar que pasara.

—¿Puedo al menos dejar la propina?

—¿Propina? —preguntó Nero, confundido.

Cage gruñó. No estaba contento.

—Para el cocinero —aclaré.

—Si quiere darle propina al cocinero, deja que le dé propina al cocinero —gritó el cocinero desde la cocina.

No me había dado cuenta de que podía oírnos.

Nero se rio.

—Vale, puedes dejar la propina.

Saqué lo suficiente para pagar la comida y lo dejé sobre la mesa. Traté de hacerlo de una forma en la que Nero no supiera cuánto estaba dejando, pero se

dio cuenta. Sus ojos me miraron, parecía divertirle lo que había hecho. Por suerte, lo dejó ir.

—¿Quieres dejar tu camioneta aquí y venir conmigo, o quieres seguirme? —preguntó Nero.

Cage me miró.

—Lo que tú quieras hacer —le dije, sin querer enfadarlo más.

—Te seguiremos —dijo Cage, subiendo a su camioneta.

El viaje hasta la casa de Nero resultó ser largo. Vivían a 25 minutos de la ciudad. Estuvo bien porque me dio tiempo para hablar con Cage.

—¿Cómo te sientes?

—Nervioso. Asustado. ¿Y si no le agrado?

—Cage, te amará. Todo el mundo lo hace. Solo espero agradarle yo.

Cage no respondió. ¿Eso no significaba que estaba preocupado por lo mismo?

Probablemente no debería haber ido. Ahora podía verlo. Pero era demasiado tarde para que me dejara en el hostal sin empeorar las cosas entre nosotros. Así que, en cambio, opté por mantener la boca cerrada y ser tan invisible como podía.

Cage conocería a su madre por primera vez. Solo quería que se sintiera cómodo. Parecía que ya lo estaba pasando bastante mal. No necesitaba todas las complicaciones que venían conmigo con todo lo que ya le estaba pasando.

La camioneta de Nero se detuvo en un parque de casas rodantes escasamente poblado. No sabía qué había esperado, pero no era eso. Miré a Cage, para juzgar su reacción. No tenía ninguna. Me daba cuenta de que estaba nervioso, pero probablemente no tenía que ver con dónde estábamos.

Seguimos a Nero hasta una casa rodante envejecida que me recordó a la oficina en un sitio en construcción. Estacionamos al lado de la camioneta de Nero y nos reunimos con él frente a la casa. Nero miró a Cage con simpatía en los ojos. Parecía que quería decirle algo a Cage antes de invitarlo a entrar. No lo hizo.

—Pasad —dijo con nerviosismo, antes de llevarnos por las escaleras inestables hasta la puerta principal.

Mientras esperaba al pie de la escalera, puse la mano en el pasamano. Pedacitos de pintura se pegaron a mi palma. Los sacudí disimuladamente y esperé mi turno para subir y entrar.

Por dentro, la casa parecía vieja, pero estaba ordenada. Los pisos de linóleo, el empapelado de flores y los gabinetes de madera de la cocina se habían tornado del mismo tono de beige. Todo era muy pequeño. A la derecha de la puerta estaba la cocina. A la izquierda estaba el cuarto de la TV y más allá de eso había un vestíbulo pequeño con tres puertas.

Me volví hacia Cage. Sus ojos estaban pegados a la mujer sentada en el sofá frente al televisor. Por el cabello oscuro y canoso, los rasgos angulosos y el rostro lleno de hoyuelos, solo podía ser una persona. Claramente había sido tan hermosa como lo era Cage. Pero el tiempo y una vida dura la habían

alcanzado.

No se había dado vuelta cuando entramos, así que Nero la llamó:

—¿Mamá? —dijo Nero haciendo que se diera la vuelta.

Al ver a Nero, la madre de Cage se volvió a examinarnos. Parecía confundida.

—Mamá, ¿recuerdas que dije que iba a traer a unos amigos?

No dijo nada, pero sus ojos se movieron entre los tres.

—Estos son Cage y su novia Quin —dijo Nero, hablando lento.

—Encantado de conocerla —dijo Cage dando un paso hacia adelante. Levantó la mano para estrechar la de ella, pero, como ella no se movió, la bajó.

—Encantada de conocerla —dije, preguntándome si debería estar allí.

—Mamá, he descubierto algo sobre Cage que debes saber.

Sus ojos se volvieron hacia Nero.

—Cage es… mi hermano.

Su mirada cada vez más confusa decía que lo había entendido.

—¿Tu hermano? —preguntó despacio.

—Sí, mamá. Quin tomó nuestra sangre y todo. Es mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Sí. Nuestra sangre dice que compartimos padre… y madre.

Se veía extremadamente confundida después de eso. Mientras luchaba por entender lo que Nero le decía, Cage dio un paso hacia adelante.

—Mamá, tú siempre dices que te quitaron a tu bebé y te dijeron que había muerto. Este es tu hijo. Es tu bebé —dijo Nero emocionado—. Tenías razón. Estaba vivo. Es él.

—Encantado de conocerla —volvió a decir Cage

Ella se quedó mirando su rostro desde el sofá.

—¿Augustus? —preguntó, entrecerrando los ojos para verlo.

—Mi nombre es Cage —le dijo.

—Te llamé Augustus —dijo, derritiéndose en lágrimas lentamente—. Te arrebataron de mí y me dijeron que habías muerto. Sabía que no habías muerto. Les dije que me mostraran tu cuerpo. Pero no pudieron. No pudieron hacerlo —dijo, estirándose abrumada hacia Cage.

Se lanzó a los brazos de su madre y ambos se abrazaron llorando. No podía imaginarme por lo que estaba pasando Cage. Pero me alegró saber que había ayudado a lograrlo. Tenía que ser lo más gratificante que había hecho en mi vida.

Pronto, Nero se unió a ellos en el sofá y los abrazó. Los tres lloraron y se abrazaron sin decir una palabra. No pude escapar del momento. Las lágrimas rodaban por mis mejillas tanto como por las suyas.

Sin embargo, este era su momento privado. No debía estar ahí. Sin que ninguno de ellos se diera cuenta, salí y me dirigí a la camioneta. Una vez adentro, me abrigué y me puse a pensar.

Este era un mundo diferente a cualquier cosa que pudiera haber imaginado

tiempo atrás. Había crecido rodeada de multimillonarios y genios. Sabía que la gente tenía vidas como la de Nero y su madre, pero solo lo había visto en películas y en la televisión. Era difícil verlo tan real, con esa única referencia.

Pero, mientras estaba sentada en la camioneta mirando a mi alrededor, todo se veía muy real. No sabía qué pensar al respecto.

Pasé en la camioneta unos treinta minutos antes de que Cage saliera y se uniera a mí.

—Te has ido —dijo.

—Quería daros un poco de privacidad.

Los ojos de Cage se hundieron, pero no respondió.

—Tú has hecho esto. Tú y tu gran cerebro han encontrado a mi madre. Lo único que puedo decir es: gracias.

—Por supuesto —respondí, sin saber qué más decir.

—No digas «por supuesto». Toda mi vida me he preguntado cómo se veía y cómo sería escuchar su voz. Y tú me lo has dado. Y creo que nadie más en el mundo podría haberlo hecho.

Sonreí con los labios apretados como respuesta. No sabía qué podría responderle.

Los ojos de Cage se separaron de los míos mientras medía lo que diría a continuación.

—Quiero pasar más tiempo con ella… con los dos. Pero no quiero que sientas que tienes que quedarte aquí sentada. ¿Te importa si te dejo en el hostal? Probablemente sería más cómodo que quedarte sentada en esta fría camioneta. Tal vez podrías llamar a Titus. Estoy seguro de que le gustaría pasar el rato.

No sabía qué esperaba que dijera Cage, pero no era eso. Quizás había pensado que me animaría a entrar. Quizás había pensado que él querría incluirme. Pero, pensándolo bien, probablemente eran solo fantasías.

Cage acababa de conocer a su madre por primera vez. Tenía tantas preguntas para ella. ¿Qué haría yo sino sentarme allí? Tenía razón, era mejor que me fuera a otro lado en lugar de ser la tía incómoda sentada en el auto durante los momentos más importantes de su vida.

—No quiero que tengas que dejarme.

—Esto es Snowy Falls. No puedes pedir un Uber —dijo con una sonrisa—. Te dejaré y volveré.

—Vale —accedí, mientras sentía que Cage se alejaba lentamente.

Cage se dirigió de nuevo a la puerta principal y Nero salió a hablar con él. Nero me miró mientras Cage hablaba. Odiaba ser la aguafiestas que estaba arruinando este increíble momento. Me sentí fatal.

Tanto Cage como él regresaron a la camioneta. Cuando Cage entró, Nero se dirigió a mi puerta. Sacó la mano del bolsillo, golpeó mi puerta y dio un paso atrás. Lo tomé como una señal de que quería que saliera. Cuando lo hice, me rodeó con los brazos.

—Cage dijo que has sido tú quien nos reunió —susurró en mi oído—.

Gracias. ¡Gracias! —dijo, antes de darme una palmada en la espalda y alejarse.

—De nada —fue lo único que pude responder.

Realmente no podía entender lo que significaba este momento para ellos. ¿Cómo podría hacerlo? Había crecido con una familia y más amor del que podía manejar. Pero el momento no se me había escapado por completo. ¿Haría algo más importante de lo que había hecho por ellos alguna vez en mi vida? No lo sabía.

Cage y yo no hablamos mucho en el camino de regreso a la ciudad. Él estaba sumido en sus pensamientos. La parte egoísta de mí deseaba que algunos de esos pensamientos fueran sobre mí. Sin embargo, probablemente era demasiado pedir.

Cuando llegamos al hostal de la Dra. Sonya, Cali salió rápidamente a saludarnos. De pie frente a la puerta del porche, nos miró con luz en los ojos. Antes de que bajara, la Dra. Sonya se unió a él.

—Parece que te dejo en buenas manos —dijo Cage, mirándolos.

—No te preocupes por mí. Ve. Pasa tiempo con tu familia. Te lo mereces. Estaré bien —le dije.

—Te amo —dijo Cage, se inclinó y me besó.

—Yo también te amo —le dije, tomé mi bolso y salí de la camioneta.

Caminé hacia el porche y Cage no esperó a que yo llegara para alejarse. Me volví para verlo irse. Tuve la sensación de que no miró hacia atrás. No podía saberlo con certeza, pero ciertamente lo sentía.

—¡Bienvenida de nuevo! —dijo la Dra. Sonya con entusiasmo—. Es bueno verte —dijo, poniendo su brazo alrededor de mí y guiándome hacia adentro—. ¿Volverá Cage?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Encontramos a su madre.

Ella soltó un grito ahogado de alegría.

—¿De verdad? ¡Eso es maravilloso!

—Lo es. Es bastante maravilloso.

—Bueno, tendremos que hacer algo para celebrar —concluyó, haciéndome sentir como en casa.

Dejé caer mi bolso en mi habitación y me acosté en la cama pensando en todo. No pude evitar sentirme tensa. No estaba segura por qué.

Tal vez tenía que ver con que no me había escrito por una semana. Eso realmente me había lastimado. Y lo peor era que todavía no sabía por qué había sucedido. Si no sabía qué lo había causado, ¿cómo sabía que no lo estaba provocando de nuevo en ese momento?

Después de volverme loca pensando en eso, decidí bajar las escaleras.

—¿Tenías planes para cenar? ¿Te gustaría unirte a nosotros? —preguntó la Dra. Sonya desde la cocina.

—No creo que tenga planes. Pero no he hablado con Cage.

—Entonces, ¿qué tal si te unes a nosotros y, si tienes que irte después, lo haces? —sugirió con una sonrisa.

—Suena genial. Gracias —le dije, antes de unirme a Cali, que estaba en la sala de estar viendo la televisión.

Podía sentir la incomodidad de Cali cuando me senté con él. Yo siempre había sido tímida, así que sabía cómo se sentía.

—¿Cuánto tiempo llevas jugando fútbol americano? —le pregunté, y sus mejillas se pusieron de un rojo brillante.

Podía ser que Cage tuviera razón. Parecía que le gustaba a Cali.

—Desde el primer año —chilló, después de unos segundos.

—Eso es genial. ¿Estás pensando en asistir a East Tennessee?

—Lo estaba pensando.

—Es una buena universidad. Creo que te gustaría. Si alguna vez quieres un recorrido, avísame.

Cali no respondió, pero se puso rojo como un tomate ante mi sugerencia. Tendría que tener cuidado con lo que le decía. Lo último que quería hacer era herirlo o darle falsas esperanzas.

Pasé el resto de la noche con mis dos anfitriones y mencioné a Cage varias veces. Después de la cena, la Dra. Sonya sugirió que jugáramos Scrabble.

—Tengo que advertirte. Soy bastante buena —dijo la Dra. Sonya con orgullo—. En la ciudad tenemos un grupo para jugar y no he perdido en dos años.

Asentí cortésmente y luego los vencí por 50 puntos.

La Dra. Sonya se quedó mirando el tablero con sorpresa.

—Tenemos que jugar de nuevo —anunció.

Lo hicimos y los resultados fueron parecidos. Pero, lo que es más importante, fue divertido. Sacó a Cage de mi mente. Así que, cuando me escribió para decir que iba a quedarse a dormir allí, me dolió menos.

Me dirigí a la cama sola, me desperté sola y traté de no dejar que mi imaginación volara. La única razón por la que Cage no había regresado era porque quería pasar tiempo con su familia. Eso tenía mucho sentido. No tenía nada que ver conmigo o lo que él sentía por nosotros. Él necesitaba este tiempo y yo iba a dárselo.

No supe de él hasta casi las 11 de la mañana, cuando me dijo que iría a buscarme alrededor de las 7 de la noche.

«Estás pasándola bien?», le respondí.

Le llevó 30 minutos contestar: «¡Definitivamente! Te contaré todo más tarde».

Lo estaba intentando, pero cada vez era más difícil no tomármelo como algo personal. Sin importar lo que me dijera a mí misma, no podía deshacerme de mis inseguridades.

Para dejar de pensar en eso, le envié un mensaje de texto a Titus. Le tomó menos de un minuto llamarme.

—¡Quin! ¿Cómo diablos estás? Justo estaba pensando en vosotros dos.

—Te he escrito porque estamos en la ciudad.

—¿De verdad? ¡Encontrémonos! ¿Cuándo estáis libres?

Le expliqué dónde estaba Cage y qué estaban haciendo, así que él sugirió que fuéramos a pescar en el hielo.

—Ya has hecho el agujero —bromeó Titus.

Aunque nunca había ido a pescar en el hielo antes, había ido muchas veces a pescar en aguas poco profundas durante mis veranos en las Bahamas. La mayoría de los días era lo único que se podía hacer.

Después de un día en el hielo, no atrapamos nada. Titus dijo que era porque no picaban. Yo creía que era porque no paraba de hablar.

Sin embargo, eso estuvo bien para mí. ¿Qué iba a hacer con un pez? Y fue interesante hablar con Titus… quiero decir, escucharlo. Tenía ideas sobre muchas cosas, la mayoría de las cuales tenían que ver con Snowy Falls.

—¿Has pensado de nuevo sobre la posibilidad de ir a la Universidad de East Tennessee? —le pregunté. Sabía que encajaría allí perfectamente.

—Sí, lo he hecho. Debo decir que vosotros me habéis inspirado. Voy a completar una solicitud para el próximo semestre —dijo, con una sonrisa.

—¡Eso es asombroso!

—Sí. Y tal vez, cuando esté allí, encuentre a una buena chica, como lo ha hecho Cage —dijo, con una sonrisa encantadora.

—No voy a poder ayudarte con eso. Pero, si vienes a East Tennessee, tendré que presentarte a mi compañera de cuarto, Lou. Ella sabe de todos los lugares en los que puedes conocer gente. Esa es su especialidad.

—Suena como un gran recurso.

—Es una gran persona —dije, sin poder hacerle justicia a Lou.

Pasamos el resto del día hablando acerca de cómo era la vida en la Universidad de East Tennessee. Cuanto más le contaba, más ganas de ir le daban. Ciertamente hubiera preferido pasar el día con Cage. Pero el día que pasé con Titus fue bastante bueno.

En general, el fin de semana terminó siendo mejor de lo que habría sido si me hubiera quedado en la escuela y hubiera dejado que Cage viniera solo. Titus, la Dra. Sonya y Cali me caían bien. Cuando Cage vino a recogerme, les prometí que volvería a pasar el rato con ellos.

—Siempre eres bienvenida —me dijo la Dra. Sonya cuando me fui.

—¿Cómo estuvo todo con Nero y tu mamá? —le pregunté a Cage apenas me subí a la camioneta.

—Fue increíble —confirmó.

Cage se veía diferente. La tensión que lo había envuelto mientras conducíamos hasta allí había desaparecido. Parecía más tranquilo y más asentado.

Durante la siguiente hora y media, Cage me contó lo que había aprendido sobre el misterio que rodeaba su nacimiento.

—No pude hacer todas las preguntas que quería hacer. Ella no está del todo bien mentalmente —explicó Cage—. El Dr. Tom cree que tiene algún tipo de demencia. Sin embargo, tiene una combinación de síntomas inusuales. Y, cuanto más tiempo estuve allí, mejor se puso. Nero dijo que no la había visto

con la mente tan clara en años. Por eso decidí quedarme a dormir y pasar el día de hoy. Cuanto más tiempo estaba allí, más podía contarme. No quería arriesgarme a irme y que perdiera el impulso.

—Tiene sentido. Me alegra que hayas podido pasar tanto tiempo con ella.

—Sí —dijo, y dejó que se apagara la conversación.

Aunque no lo estaba diciendo, estaba claro que había algo más en su mente. Pensar en eso me llenaba de temor. Quería preguntarle qué había aprendido sobre Nero y tal vez sobre su padre, pero no me atreví a mencionarlo. A esa altura, solo quería llegar a casa sin que ocurriera un desastre. Pensé que lo había logrado, hasta que Cage estacionó la camioneta frente a mi edificio y apagó el motor.

—¿Quieres subir? —le pregunté, esperando que así fuera.

—En realidad, tenemos que hablar.

La sangre abandonó mi cara cuando escuché esas palabras. Me sentí como un ciervo frente a las luces de un auto.

—¿Sobre qué?

—Te he dicho que, cuanto más tiempo pasaba con mi mamá, mejor estaba ¿verdad?

—Sí.

—Creo que me mudaré a Snowy Falls y me quedaré allí por un tiempo.

Sentí un hormigueo en los dedos y sentí un hueco en la garganta que me dio ganas de vomitar.

—¿Y qué pasa con las clases? ¿Vas a ir y venir? Es un viaje largo.

—Creo que voy a dejar la universidad por ahora.

—Pero te falta tan poco. ¿No es este tu último semestre?

—Mi madre me necesita ahora. Nero me necesita. La ha estado cuidando solo todo este tiempo. Ha sido duro para él. Ha dicho que ella no siempre está tan tranquila como lo ha estado este fin de semana. Él necesita ayuda y son mi familia.

Mi siguiente pregunta hizo que el calor cruzara mi rostro.

—¿Qué hay de nosotros? ¿Volverás a verme?

Cada segundo que Cage pasaba sin responder me sacaba más y más vida. Pensé que eso era doloroso hasta que habló.

—No estoy seguro de si deberíamos estar juntos.

—¿Qué? —dije empezando a sudar—. Dijiste que me amabas.

—Así es. No tienes que cuestionar eso. Te amo.

—¿Entonces qué pasa?

—Eres una chica increíble, la chica más increíble que he conocido. Pero no soy suficiente para ti.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no eres suficiente? Eres todo lo que siempre he querido.

—No lo soy. Pensé que podría serlo. Pero no puedo hacerlo. No quiero jugar más al fútbol americano. Sé lo mucho que te importa.

—Nunca he dicho que eso fuera importante para mí. Nunca lo he dicho.

—No hizo falta que lo hicieras. ¿Recuerdas cuando hablé de cuál era mi sueño? ¿Que todo lo que quería era quedarme en algún lugar y formar una familia? ¿Que quería una vida sencilla?

—Sí.

—Es cierto. Y no podría soportar vivir la vida de alguien más. Incluso si esa otra vida es para ti.

—Pero nunca te he pedido que lo hicieras.

—No, pero sé honesta. Cuando te dije que iba a volver a jugar al fútbol, ¿no sentiste alivio? ¡Sé honesta!

Lo pensé.

—No fue exactamente alivio —le expliqué.

—Vale. Pero, si yo me convertía en un famoso jugador de fútbol, ¿tenía más sentido que estuvieras conmigo?

Lo miré fijamente. Tenía razón. Me odiaba por sentirme así, pero no podía hacer a un lado la forma en la que la gente me veía. Nadie cuestionaría mi deseo de estar con el mariscal de campo de un equipo de la NFL. Y, si él también fuera famoso, no tendría que pasarme el resto de mis días protegiéndolo del circo que me había seguido desde que había nacido.

—Eso pensé. No tiene sentido que estemos juntos si no juego al fútbol americano. Ojalá fuera diferente, pero esa es la verdad.

—Cage, te amo —le dije, sin poder seguir conteniendo las lágrimas.

—Quin, yo también te amo. De verdad. Y si me dices que no tienes que cambiar el mundo y que puedes imaginar una vida sencilla conmigo en Snowy Falls, pondré todo de mí. Dime que no necesitas eso y te prometo que pasaré el resto de mi vida contigo, sin dudarlo. Solo dime eso —suplicó.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas al darme cuenta de lo que tenía que decir.

—Cage, no puedes imaginar la responsabilidad que tengo. Hay gente que depende de mí.

—Y con mi madre, no puedes imaginar la responsabilidad que tengo. Ella y Nero dependen de mí —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Esto es todo? —le pregunté, esperando desesperadamente que me dijera que no.

—Supongo que sí —dijo, y me destrozó el corazón.

Sabía que debía decir algo después de eso. Lo que fuera. Pero no podía. El dolor que sentía me desconectó de mi cuerpo. Flotaba por encima de nosotros dos en alguna parte, mirando hacia abajo. Estaba triste por la chica que lloraba desconsoladamente en el asiento del acompañante de la camioneta de Cage. Pero no podía sentirlo. Habría sido demasiado.

Agradecí que ella abriera la puerta y saliera hacia el frío. Cualquier cosa era mejor que verla sufrir. Ahora, solo necesitaba llegar a su apartamento antes de que le cedieran las piernas y colapsara.

Subió las escaleras mientras yo deseaba que avanzara, paso a paso. Fue cuando sacó la llave e intento ponerla en la cerradura que no pude contenerlo

más. De pronto, me ahogaba en dolor y el mundo a mi alrededor dio un vuelco. Por suerte, no tuve que abrir la puerta. Una cara conocida la abrió y me estaba mirando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lou—. ¿Quin, estás bien?

Quería decirle que no lo estaba. Quería decirle que Cage y yo nos habíamos separado y que no volveríamos a estar juntos. No pude hacerlo. Lo único que pude hacer fue dar un paso hacia ella y caer en sus brazos.

—Me ha lastimado —fue todo lo que pude decir—. No sé qué hacer —le expliqué, antes de pasar el resto de la noche ahogándome en mis lágrimas.

A pesar de que me había sentido devastada cuando Cage no me había escrito, no se comparaba con lo que sentí las siguientes semanas. Tenía una cosa en claro. No estaba hecha para eso.

Tal vez era más débil que todos los demás. Lou pasaba de tío en tío como si fueran palomitas. Ninguno le había dejado siquiera mantequilla en los dedos. Por el otro lado, yo había salido con un único tío y romper con él me había dejado catatónica. Debería haber sabido que no estaba hecha para el amor.

En veinte años, no había encontrado a nadie que me amase. ¿Por qué? Pensaba que era algo de lo que podría escapar en una escuela en medio de la nada. Pero el verdadero problema era que no importaba a dónde fuera, yo estaba allí. Lo que nadie amaba de mí… era yo.

Lou hizo todo lo posible por sacarme de la cama y hacer que, al menos, asistiera a clases, pero tampoco pude hacer eso. Una parte de mí sabía que, sin importar la clase, probablemente podría estudiar unos días antes del examen y aprobar. La otra parte ya no veía el sentido en ir a la universidad.

Nada tenía sentido. ¿Por qué dejar la cama, salvo para comer e ir al baño? A pesar de mi inteligencia, no podía resolver eso. Entonces, en cambio, me quedé en la cama llorando y dejé que mis pensamientos giraran sin cesar en torno a Cage.

Un momento lo amaba; al siguiente, lo odiaba. Pero en todo momento maldecía mi defecto fatal que hacía que fuera imposible amarme.

—¡Quin, tienes que levantarte de la cama! —dijo Lou, insistentemente—. Si no lo haces por ti, entonces hazlo por mí. Sale un olor de aquí que hace que los tíos que traigo a casa crean que estoy utilizando el cuarto para almacenar cadáveres.

—Perdón —dije, pues no quería ser la carga que era.

Lou suspiró y después se metió en la cama y envolvió sus brazos alrededor de mí.

—Vamos, Bichito, tienes que salir de esto. Hay otros tíos en el mundo. Créeme. Y una tía maravillosa como tú tendrá para elegir. Solo tienes que salir. Bichito, ¿cómo puedo hacer para que salgas de esta habitación?

—No lo sé —le dije, con sinceridad.

—Vale, quizá eso ha sido demasiado. ¿Cómo hago para que salgas de esta

cama?

No respondí.

Lou se levantó de un salto y empezó a revisar el cuarto.

—Suficiente. Estaba tratando de ser una buena amiga, pero no me has dado otra opción. ¿Dónde está?

—¿Qué cosa?

—Tu teléfono.

—No llames a Cage.

—¿Crees que quiero llamar a Cage, esa apestosa y sucia rata? Oh, no. Tiene que arder en el infierno por lo que te ha hecho.

—Lo estaba haciendo por su…

—Si me dices que tuvo que hacerlo por su madre enferma, juro por Dios que perderé la paciencia. No puedes defenderlo hasta que seas capaz de estar parada el tiempo suficiente para darte una ducha. ¿Me oyes? Dije: «¿Me oyes?».

—Sí.

—Bien. Ahora, ¿dónde está tu teléfono?

—En el cajón.

Lou miró la mesita de noche y vio que había un cable que impedía que se cerrara. No tenía ganas de explicar cómo había sucedido y él no preguntó.

En cambio, lo sacó, agarró mi dedo, lo desbloqueó y buscó en los contactos.

—¿A quién llamas? —le pregunté, tras darme cuenta de que había algunos contactos a los que no quería que llamara.

—¿Hola, señor Toro? Hola, no me conoce, pero soy la compañera de cuarto de Quin… Es un placer conocerlo a usted también.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Has llamado a mi papá? ¡Eso es un golpe bajo! —Ni siquiera estaba en mi radar de personas a las que no quería enfrentar. Me di la vuelta y hundí la cabeza en la almohada.

—Escuche. Lo llamo porque estoy teniendo un problemita con Quin…

—¿Has llamado a mi papá? —gruñí.

—Sí. No consigo que salga de la cama —le dijo Lou a mi padre—. ¿Por qué? Porque un tío le rompió el corazón.

—¡¿Qué?! ¡Noooo! —grité, y me estiré para alcanzar el teléfono. Lou saltó fuera de mi camino.

—¡Lo sé! Son lo peor, ¿verdad? En fin, me preguntaba si tenía alguna forma de hacer que se levante, por lo menos para que se dé una ducha o algo así… Sí, huele bastante rancio aquí.

—¡Noooo! —grité, mortificada.

—Está bien. Claro que sí —dijo Lou, bajando el teléfono—. Quin, es tu papá. Quiere hablar contigo.

—¡Te odio! —le dije, en serio.

—Pero yo te amo —dijo. Me entregó el teléfono con una sonrisa y salió del

cuarto.

Miré el teléfono y respiré profundo. No era que no quisiera hablar con papá. Me llevaba mejor con él que con mi madre y siempre había sentido que podía hablarle de cualquier cosa.

Simplemente era humillante. Yo era su niñita. Quería que estuviera orgulloso de mí. Pero ahora, más que en cualquier otro momento, estaba claro que nadie debía estar orgulloso de mí, en especial un tipo tan increíble como mi padre.

—¿Papi? —dije, haciendo un esfuerzo por sonar tranquila.

—Quin, lo siento. Lo siento mucho.

En ese momento, perdí los estribos. Un dolor insoportable salió de mí mientras se me caían los mocos por la cara.

—Duele mucho. ¿Por qué tiene que doler tanto?

—Porque así es el amor. A veces duele.

—Pero, ¿por qué?

Mi padre se quedó callado al otro lado de la línea.

—Vale, es suficiente. Levántate de la cama, vístete. Estaré allí en cuatro horas.

—¿Qué?

—Esta llamada me ha encontrado en el jet volviendo a Nueva York. Me desviaré para verte. Vamos a ir a cenar y vamos a hablar de esto.

—¿De qué estás hablando?

—Lo digo en serio. Sal de la cama. Vístete. Estaré allí en cuatro horas.

—¿Está mamá contigo?

—No. Está en Nueva York. Estoy solo yo. Tendremos una conversación de padre a hija sobre salir con tíos. Deberíamos haber tenido esta conversación hace mucho.

Por mucho que no quería, después de la llamada me arrastré fuera de la cama y me metí en la ducha.

—¡Aleluya! —gritó Lou desde la sala de estar.

—Te odio —mascullé, mientras las gotas de la ducha me ahogaban.

No la odiaba. Lou era la mejor amiga que había tenido. Podría haberme muerto de hambre si no fuera por ella, porque no había forma de que hubiera caminado hasta la puerta principal para recibir la comida.

Además, se preocupaba por mí de la manera en la que esperaba que Cage lo hiciera. Lou se merecía una mejor experiencia universitaria que tener que cuidarme.

Al regresar limpia a mi habitación, olí lo que Lou había dicho. Mi habitación olía como una tumba. Abrí una ventana. No quería que mi papá me viera así.

Mis padres, pero mi papá en particular, imaginaban que haría grandes cosas. Pero ahí estaba, incapaz de alimentarme después de que un tío me hubiera roto el corazón. Yo no era tan especial como él creía.

Me senté en el borde de la cama en toalla durante un buen rato. Ducharme

me había sacado mucha energía. Necesitaba descansar. Cuando recibí el mensaje de mi papá que decía que ya había aterrizado, me obligué a vestirme.

—¡Emerge de las tinieblas! —dijo Lou, cuando entré a la sala de estar.

La miré con resentimiento. Eso no le impidió correr y lanzar sus brazos alrededor de mí.

—¡Y además hueles bien! Tenía serias dudas acerca de llamar a tu papá por ti, pero ¡mira cómo está mi Bichito ahora!

No me resistí a su abrazo. En realidad, se sintió muy bien. Pero, cuando sonó el timbre, me soltó para que pudiera responder.

—¿Hola?

—Quin, es papá.

—Ahora bajo.

—¿No lo vas a hacer pasar? —me preguntó Lou.

—¿Por qué lo haría?

—Así puedo conocerlo —respondió, casi babeando.

Le demostré que me molestaba su comentario con una mirada y me dirigí hacia la puerta. La verdad era que, además de todas las cosas que había logrado, tenía que escuchar los comentarios sobre lo guapo que era. No necesitaba que Lou tuviera fantasías sobre él y luego me las contara. ¡Qué asco!

Intenté dejar a Lou atrás, pero cuando salí del cuarto, ella también lo hizo.

—¿Qué estás haciendo?

—Solo me aseguro de que llegues bien abajo —dijo, con una sonrisa diabólica.

—Como sea —dije, no tenía suficientes energías para pelear con ella.

Lou bajó las escaleras conmigo con una sonrisa en el rostro.

—Papá —le dije, viendo a mi padre justo detrás de la puerta.

Lou se quedó sin aliento.

—¿Y quién es ella? —preguntó papá.

—Ella es mi compañera de cuarto, Lou.

—Encantado de conocerte, Lou —dijo papá, con una de sus encantadoras sonrisas. Lou soltó una risita nerviosa, se calmó y estiró la mano hacia él.

—También es un placer conocerlo, Sr. Toro.

—Gracias por cuidar de mi hija. A veces necesita que la cuiden.

—¡Papá!

—Por supuesto. Haría cualquier cosa por mi Bichito… es decir, Quin.

—Y gracias por llamarme. Parece que he llegado justo a tiempo.

Lo miré confundida y después miré hacia abajo. Había pensado que había hecho un buen trabajo recomponiéndome.

—¿Vamos? Una vez más, ha sido un gusto conocerte, Lou. La próxima vez que esté en la ciudad, saldremos a comer todos juntos.

—Lo espero con ansias, Sr. Toro —dijo Lou, sonrojándose.

Sí, estaba segura de que lo haría.

Papá se alejó y me rodeó con el brazo. Se sentía bien sentirlo. Aunque

quizá solo lo hacía para arreglar mi cabello.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Te has mirado en el espejo antes de salir?

—La apariencia no es tan importante para todos como lo es para ti, papá.

La verdad era que me había olvidado. Y aunque había logrado vestirme, me había olvidado completamente de peinarme. Una cosa a la vez.

Como siempre, papá me llevó al mejor restaurante que pudo encontrar. Teniendo en cuenta que estábamos en el este de Tennessee, no era como los de Nueva York o Los Ángeles, pero era agradable. Por alguna razón, apenas podía saborear la comida, pero probablemente eso tenía más que ver con Cage que con el chef.

—Entonces, cuéntame, ¿qué está pasando, Quin? ¿Quién es este tío que le ha roto el corazón a mi niña?

A pesar de los defectos que tuviera, mi papá siempre escuchaba atentamente. Al hacerlo esta vez, pareció sentir mi dolor genuinamente.

—¿Sabes que tu madre una vez me dejó con el corazón roto?

—Ella no dice lo mismo. Me dijo que tú rompiste su corazón.

—Supongo que es una cuestión de perspectivas. Fue un momento muy extraño.

—¿Te refieres al huracán?

—Sí. Fue una locura. No podrías imaginarlo. Y yo era un chaval en ese entonces. No me había dado cuenta de lo que era importante. Tu mamá era lo importante. Lo que ella necesitaba y quería era lo importante.

—Lo importante para Cage es cuidar de su madre —le dije.

—Como debe ser.

—Pero duele. Yo lo amaba. Y él a mí. Me dijo que me amaba.

—Estoy seguro de que lo hizo y de que tú lo haces. Y eso es maravilloso por el tiempo que dure. Pero amar a alguien a veces significa dejarlo ir. ¿Crees que tu madre y yo queríamos que te mudaras tan lejos? ¿No crees que preferiríamos que vivieras con nosotros para siempre? Eres nuestra pequeña hijita… incluso si ya no eres tan pequeña —dijo papá, con una sonrisa.

—Probablemente no lo querían. Pero necesitaba alejarme para encontrarme a mí misma —le contesté, aun sintiéndome culpable por irme.

—Y lo sabemos. Queremos que seas todo lo que puedes ser, no solo para nosotros sino para todos. Entonces, puedes amar a este chico; pero, a veces, amar a alguien significa dejarlo ir.

—Duele, papi. Duele mucho.

Pude ver que había entristecido a mi papá.

—Sabes que no tienes que hacer nada de esto, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la universidad. Probablemente ya seas más inteligente que todos aquí.

—No lo soy.

—¿Estás segura de eso? ¿Y aunque no tengas la información ahora, no

podrías aprenderla en una semana? Quin, has decidido venir a la universidad para descubrir quién eres, lo cual es admirable. Pero no es como si no pudieras resolverlo por tu cuenta. No existe una fórmula mágica que han descubierto en las universidades para escupir personas completamente formadas al final del camino. Quin, tienes un destino. Cambiarás el mundo. No hay dudas de eso. Y asistir a una clase llamada «Introducción a la Educación Infantil» no hará que lo logres. Quin, ven a casa.

—Papá…

—Todo el mundo sabe que vas a cambiar el mundo. ¿Quieres saber un secreto? El secreto es que yo sé cómo lo harás. Voy a fundar una compañía de capital de riego. En realidad, ya lo he hecho. Y tú, Quin, vas a trabajar conmigo y vas a direccionar tu increíble inteligencia a un conjunto de carteras de negocios y vas a encontrar la empresa que terminará curando el cáncer, o reciclando plásticos o lo que sea. Luego, les darás los recursos económicos que necesiten para cambiar la vida tal como la conocemos. Así es como vas a cambiar el mundo. Estar aquí no te ayudará a hacerlo. De hecho, lo retrasa. Vas a cambiar el mundo, Quin. Cage tiene sus responsabilidades y tú las tuyas.

—¿Qué pasa si no quiero cambiar el mundo? Suena muy egoísta decirlo, pero ¿qué pasa si solo quiero casarme y tener hijos? ¿No puede eso estar bien también?

Mi papá me miró como si tuviera dos cabezas.

—Quin, ¿es eso lo que quieres?

—No lo sé. Tal vez.

Miré a papá y no pude esquivar la decepción en sus ojos. Le tomó un rato poder ocultarlo.

—Te amo. Lo que elijas hacer estará bien para mí. Pero déjame preguntarte algo: si lo que te propongo no es lo que quieres, ¿por qué sigues aquí? No puedes fingir. Y, me duele tener que decir esto, pero Cage ha tomado su decisión. Él podría haberte elegido a ti. No lo ha hecho. Entonces, no importa si tú lo eliges a él, porque él ha dejado en claro lo que quiere. Y, créeme, no puedes hacer más que respetarlo.

No quería llorar delante de mi papá, pero quería hacerlo. Lo que más dolía era saber que tenía razón. Cage podría haber descubierto una manera. No tenía que dejar la universidad. No tenía que romper conmigo.

Debería habernos dado la oportunidad de arreglar las cosas. En cambio, se había alejado. Eso me decía todo lo que necesitaba saber sobre lo que él sentía por mí.

—Tienes razón, papá. Tengo que dejarlo ir. Y cada día que paso aquí es un día perdido, cuando podría estar haciendo lo que nací para hacer. No tiene sentido estar aquí. Empacaré mis cosas. Volveré a casa.

Capítulo 16

Cage

Estaba sentado a la mesa almorzando con Nero y mi madre, y volví a pensar en la suerte que tenía. El hombre que me había criado no era mi padre. No me había tratado como si fuera familia. Así era como se suponía que debía sentirse tener una familia.

Después de una tensa conversación con el Dr. Tom sobre lo sucedido, había admitido que había personas en el hospital que sabían sobre mi secuestro. Joe Rucker trabajaba como conserje allí. El día que había desaparecido había sido el último día que se había presentado a trabajar.

Al parecer, mi desaparición había sido encubierta de inmediato. Al hospital ya le costaba trabajo permanecer abierto y los directores sabían que admitir que habían perdido un bebé haría que cerraran el lugar. Además, como era el único hospital de la zona, creyeron que podrían ayudar más si seguían abiertos. Entonces, en vez de denunciarlo, nos habían sacrificado a mí y a mi madre por «el bien común» y le habían dicho que yo había muerto.

Mi madre dijo que nunca lo había creído. Dijo que había seguido preguntando si podía ver mi cuerpo y le habían dicho que no podía. En un momento, le habían dicho que había sido cremado accidentalmente, y habían intentado darle dinero para que se fuera.

Ella no había tomado el dinero, pero, al final, no había tenido importancia. Mi madre no era nadie y vivía en el medio de la nada. Nadie le iba a creer a ella contra un montón de personas cuyo nombre era precedido por el título «Dr.».

Tengo la sensación de que ese fue su límite. Nero me dijo que, durante la mayor parte de su niñez, ella parecía loca. Se comportaba como una mujer torturada.

Según Nero, en algún momento su comportamiento errático se había detenido. Nero dijo que se había sentido aliviado cuando había sucedido, pero que ese había sido el momento en el que había comenzado a decaer. Cada día se desconectaba más de la realidad, hasta que dejó de ir a trabajar y estuvieron a punto de echarlos de la casa.

Había sido entonces cuando Nero se había hecho cargo de los dos. A los 13 años, Nero había conseguido su primer trabajo. Era un trabajo de mierda que no pagaba mucho, pero era suficiente para mantener un techo sobre sus cabezas. Y, desde entonces, había hecho lo necesario para llegar a fin de mes.

Yo todavía no tenía trabajo en Snowy Falls, pero estaba buscando uno. Nero necesitaba ayuda y yo se la iba a dar. Ahora mismo le ayudaba cuidando de nuestra madre mientras él hacía sus cosas durante el día. Pero las cosas iban a cambiar tan pronto como hubiera un puesto de trabajo en cualquier lugar de la ciudad.

Levanté la mesa cuando todos terminaron de comer. Lavé los platos y los

dejé para que se secaran. Podía sentir que Nero me estaba mirando.

—¿Qué pasa? —le pregunté, pues ya sabía que a menudo había que pedirle que dijera lo que pensaba.

—¿Crees que podríamos ir a caminar?

—Claro —le dije, algo incómodo.

Solo había estado viviendo ahí unas semanas, así que todo era nuevo entre nosotros. Pero era la primera vez que sugería que fuéramos a caminar. Me hizo pensar en la última vez que había hablado con Quin.

Tenía que poner todo de mí para no pensar en Quin. La mayoría de las veces, fallaba. Lo único que me impedía llamarla era que había borrado su número de teléfono. Había debido hacerlo. No tenía tanta fuerza de voluntad como para no llamarla. Necesitaba poner una montaña de obstáculos entre nosotros para evitar volver corriendo hacia ella.

Terminé lo que estaba haciendo y pensé en llevar una chaqueta. Pero hacía cada vez más calor, así que ninguno de los dos llevó una. Salí del remolque hacia el aire fresco de los primeros días de primavera. Seguí a Nero y los dos entramos en el bosque.

—Hay un lugar al que iba cuando era pequeño, cuando toda la situación era demasiado para mí. ¿Quieres verlo?

—Sí —le dije, sintiendo una ola de culpa por no haber estado ahí para cuidar a mi hermano pequeño hasta el momento.

Caminamos en silencio durante casi 45 minutos y nos detuvimos cuando nos acercamos al borde de un valle. El dolor en mi pierna había sido intermitente desde que me había mudado allí. Pero, durante la última semana, no lo había sentido. Estaba seguro de que eso significaba que pronto podría quitarme el yeso.

—Es aquí —dijo Nero, mirando hacia la cascada de abajo. Después de un invierno largo, se estaba descongelando. Traté de imaginar lo hermoso que se debía ver cuando hacía calor y las flores cubrían el valle. Snowy Falls realmente era un lugar impresionante.

—Es lindo. Es tranquilo —le dije, apreciando el lugar.

—Escucha, quería hablarte de que te quedes aquí…

—¿Tienes algún problema con que yo me quede aquí?

—¡No! Para nada. Que estés aquí ha sido lo mejor que me ha pasado.

—¡Gracias! Para mí también —dije, sintiéndome recompensado por las decisiones difíciles que había tomado.

—Es solo que estás aquí todo el tiempo.

—Quieres que encuentre otro lugar para vivir.

—¡No! Lo estoy diciendo todo mal. Lo que intento preguntar es, ¿no tienes clases? Cuando llegaste aquí, pensé que te tomarías un par de días libres. Pero han pasado semanas. ¿No tienes que volver pronto?

—¡Oh! No. Dejé la universidad.

—¿Dejaste la universidad? —preguntó Nero, sorprendido—. ¿No dijiste que este era tu último semestre y que solo te quedaban tres clases para

graduarte?

—Sí. Pero necesito estar aquí con vosotros. Necesito ayudar con mamá.

—Y aprecio eso. De verdad… —Nero me miró fijamente, midiendo lo que diría a continuación—. Es solo que creía que la universidad era importante. Es decir, antes no lo pensaba. Pero, después de conoceros a ti y a Quin, yo…

Dejó de hablar.

No estaba seguro de lo que estaba pasando. Nada de lo que Nero me había dicho sobre él me había hecho pensar que valorara la universidad. Entonces, ¿de dónde venía todo eso?

No quería presionarlo de ninguna manera, pero estaba claro que ir a la universidad cambiaría su vida. Nero no era el matón tonto que había pensado que era cuando nos habíamos conocido. Era pensativo, vulnerable y bastante ingenioso. Si hubiera estado expuesto al mundo exterior, habría sido imposible predecir en qué se convertiría.

—La universidad es importante —le dije, aprovechando la oportunidad.

—Pero solo te quedaban tres clases y la has dejado. Si es tan importante y estabas tan cerca, ¿por qué te has ido?

—Lo he hecho por ti y por mamá.

—Ajá. Vale. Y aprecio que lo hayas hecho. Es solo que pensé que era realmente importante.

—¡Es realmente importante! Es solo que vosotros sois más importantes.

Nero no respondió a eso. Obviamente, no seguí aclarando las cosas. Y, honestamente, podía ver por qué. Era una cuestión de prioridades y responsabilidades. Pero, al mismo tiempo, no me había dado cuenta de que podría estar dándole un mal ejemplo a mi hermano menor. Era nuevo en esto.

—¿Por qué no ha venido Quin a visitarnos?

—¿Qué? —pregunté. Me había cogido con la guardia baja.

Mientras su pregunta resonaba en mi mente, sentí que una presión me rodeaba el corazón y se dispararon oleadas de dolor por mi pierna rota.

—Pregunté por qué no ha venido Quin a visitarnos.

—¡Ah! Eso es porque… —Cuando comencé a decirlo, me di cuenta de que no lo había dicho antes en voz alta. Tuve que dar todo de mí para no caer de rodillas al pensarlo—. Hemos terminado.

—¡¿Qué?! —preguntó Nero, sorprendido—. ¡Me caía bien!

—A mí también —admití, lamentándolo por primera vez.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora tengo responsabilidades.

—¡Espera! ¿Has terminado con ella por nuestra culpa?

—Es decir… —No quería decirlo.

—¡No! —gritó volviéndose hacia mí enojado—. Simplemente no.

—¿Cómo que «no»?

—Me caía bien. Te hacía muy bien estar con ella, Cage. Vosotros erais muy lindos juntos —dijo, angustiado.

—Hay cosas más importantes en una pareja que cómo se ven juntos.

—Ya lo sé. No soy idiota. Pero ¿no dijiste que ella era quien había descubierto todo y que ella era la razón por la que nos habías encontrado?

—Lo es.

Nero negó con la cabeza y levantó las manos como si hubiera presentado su argumento en una bandeja.

—¿Y has terminado con ella por eso?

—Ha sido más que por eso.

Nero miró hacia arriba y se sentó.

—No puedes haber echado a perder todo lo que era bueno en tu vida por nosotros. Por favor, dime que no lo has hecho —suplicó.

Me senté a su lado.

—No eché todo a perder.

—Has dejado la universidad. Has roto con tu novia. ¿No te gustaba Quin?

Lo pensé.

—La amaba.

—Y, ahora que nos has conocido, no tienes nada. Somos como una enfermedad que ha arruinado tu vida.

—Tú y mamá no han arruinado mi vida.

—¿De verdad? Porque no parece que así fuera. Esto es culpa mía, ¿no?

Me senté junto a Nero.

—No es culpa tuya.

—Es culpa mía. Cuando te expliqué cómo eran las cosas, te lo dije porque necesitaba ayuda. Pero solo necesitaba ayuda. No necesitaba que renunciaras a todo para estar aquí para nosotros. Solo necesitaba un poco de ayuda. No puedo dejar que dejes todo en tu vida por nosotros.

—Nero, es mi decisión.

—Pero no te afecta solamente a ti. Estás tomando decisiones por todos nosotros.

No entendía lo que decía. ¿De qué manera estaba tomando decisiones por él y mamá?

—Escucha, amabas a Quin, ¿verdad?

Un nudo apareció en mi garganta.

—Sí, la amaba.

—¿Todavía la amas?

No pude decir las palabras, así que asentí con la cabeza.

—Entonces lucha por ella. Eso es lo que me gustaría que alguien hiciera por mí.

—No es tan sencillo.

—Sí. Es así de sencillo… ¿o no? Luchas por las cosas que amas.

—Pero, su vida es mucho más grande que cualquier cosa que pueda ofrecerle.

—¿Estás diciendo que espera que pagues por ella o algo así?

—¡No! Definitivamente no necesita eso.

—¿Entonces qué?

—Es que yo solo quiero una vida simple, aquí, con mi familia. Su vida es mucho más grande.

—Entonces, ¿no hay nada que podáis hacer para solucionarlo? ¿No hay forma de que encontréis un punto medio?

—No lo sé.

—¿Lo habéis intentado antes de decidir terminar la relación?

—No —admití, avergonzado.

—¿Por qué no?

—Yo… yo… Demonios, ¡no lo sé! Pensé que tenía que dejarla ir para que fuera feliz y yo pudiera estar aquí para cuidar de vosotros.

—No puedes hacer eso, Cage. No puedes hacer que mamá y yo seamos la razón por la que has renunciado a la tía que amas. No nos hagas responsables de eso. ¡Lucha por ella!

—Creí que yo debía ser el sabio hermano mayor —dije, intentando sonar divertido. A Nero no le gustó.

—Entonces actúa como tal, hermano. Lucha por Quin. ¡Ve a buscar a la mujer que amas!

Nero tenía razón. Tenía razón en todo. Había un punto medio entre lo que Quin necesitaba y lo que yo necesitaba hacer. La tormenta de emociones que había llegado con mi nueva familia no me había dejado verlo, pero tal cosa era posible.

¿En qué había estado pensando cuando había renunciado a Quin sin luchar? Sí, ella necesitaba cambiar el mundo. Y eso podría alejarla de mí. O tal vez no lo haría. Quizás había una manera de que ella cambiara la vida de todos desde ese lugar. Quizá Nero podía cuidar de mamá cada vez que necesitara visitarla.

De todas formas, quería a Quin en mi vida. Quería abrazarla. Quería que Quin fuera la persona en la que confiara mis secretos y que ella hiciera lo mismo conmigo.

No necesitaba jugar al fútbol americano para ser esa persona. No necesitaba ser especial de ninguna forma. Lo único que tenía que hacer era seguir eligiéndola a ella, sin importar qué pasara. Y me estaba dando cuenta de que no tenía que elegir entre mi nueva familia y el amor de mi vida.

—¡Diablos! ¿Qué he hecho?

—¡Ve tras ella! —Nero me sacudió para que me levantara.

Mis pensamientos se arremolinaron. No tenía su número de teléfono. Lo había borrado. Necesitaba encontrar a alguien que lo tuviera. Necesitaba volver a mi camioneta.

Troté por el camino de regreso y, de a poco, cojeé hasta que comencé a correr. Me sentía pesado. Mi yeso me estaba reteniendo. ¿Aún lo necesitaba? Estaba seguro de que no. Así que me arrodillé, tomé el yeso roto con las manos y me lo arranqué.

Lo tiré a un lado y me sentí como si estuviera de nuevo en el campo de fútbol americano. No me había sentido tan libre en meses. Mis zancadas eran

largas y fuertes. Salté sobre arroyos y barrancos y regresé en una fracción del tiempo que había tardado a la ida.

Corrí hacia adentro y me dirigí hacia la montaña de cosas en el suelo.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —me preguntó mi madre, mientras buscaba mis llaves y mis zapatos.

—Mamá, te amo, pero he cometido un gran error que necesito corregir.

—¿Finalmente has recuperado el sentido respecto a tu novia?

Me volví hacia ella, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu madre. Una madre sabe estas cosas —dijo, con una sonrisa—. Ahora ve a buscarla.

Sonreí, sin ser capaz de amarla más.

Me apresuré hacia la camioneta, puse el pie en el acelerador y me dirigí hacia la ciudad. Primero pensé en ir a la casa de la Dra. Sonya. Sabía que ella tenía su número. Pero cuanto más me acercaba, más me daba cuenta de que ese no podía ser el plan.

Había pasado demasiado tiempo. Una llamada telefónica no sería suficiente. Tenía que verla. Ya había pasado demasiado tiempo. Tenía que demostrarle que iba en serio.

No se merecía lo que le había hecho. Y yo no la merecía a ella. Pero, la mereciera o no, le iba a hacer saber que no quería vivir sin ella. Tenía que saber que haría todo lo que tuviera que hacer para que se quedara conmigo.

El pie en el acelerador me llevó de regreso al campus en la mitad del tiempo usual. Mientras me acercaba a su dormitorio, mi corazón latía de miedo. ¿Y si lo que tenía para decir no era suficiente? ¿Qué haría entonces?

Lo que fuera que tuviera que hacer, lo haría. Quin era mi chica. Era el amor de mi vida y, sin importar las consecuencias, dejaría hasta mi último aliento luchando por estar con ella.

No encontré lugar en el estacionamiento, así que dejé la camioneta en la acera y me hice mi propio lugar. No me importaba. Lo que tenía que decirle no podía esperar ni un minuto más. Dejé el motor encendido y la puerta abierta, y salí corriendo de la camioneta, llegué a la puerta principal de su edificio y di una zancada hasta el intercomunicador.

El momento no podría haber sido peor… o mejor. Porque, mientras estaba esperando a que el intercomunicador se iluminara en respuesta, apareció un rostro al otro lado del vidrio de la puerta. Era Tasha. De todas las personas, ¿por qué tenía que ser ella?

—Abre la puerta, por favor. Sé que las cosas no han terminado bien entre nosotros, pero tengo que ir a ver a Quin. ¡Por favor!

Casi esperaba que Tasha se diera la vuelta y se marchara enojada. En cambio, abrió la puerta. La miré y ella sonrió. No estaba seguro de por qué, hasta que vi quién estaba detrás de ella. Era Vi, su mejor amiga. Vi también estaba sonriendo, y no hice la conexión hasta que miré hacia abajo y noté que estaban tomadas de la mano.

—Ve a buscarla —dijo Tasha, sin necesidad de decir nada más.

—¡Gracias! —dije, pasé corriendo junto a ellas y subí las escaleras de tres en tres.

Llegué exhausto y crepitando de emoción a la puerta de Quin. No sabía cómo me las había arreglado para mantenerme alejado de ella durante tanto tiempo. Llamé a la puerta y traté de calmarme. Tan pronto como lo hice, se abrió de golpe. Una cara muy enojada me miraba desde dentro.

—Lou, ¿dónde está?

—¡Se ha ido! ¡Se ha ido por tu culpa!

—¿Qué? ¿A dónde? ¿Cuándo? —pregunté, empujándola a un lado y viendo que faltaban la mitad de los muebles de la sala.

—Le has hecho daño. Ha decidido dejar la universidad por tu culpa.

—¿Qué? ¡No! ¿Cuándo se ha marchado?

—Hace una hora.

—¿Hace una hora?

—Sus padres vinieron y empacaron todo. Probablemente estén en el avión ahora mismo. Supongo que has llegado demasiado tarde.

—¡No! Esto no puede estar pasando.

—¿Por qué te importa? Solo la quieres para poder tener a alguien a quien herir de nuevo.

Miré a Lou. Me devastó que pudiera pensar eso. Pero tenía razón. Solo había lastimado a Quin. Probablemente Quin estuviera mejor sin mí. Pero «probablemente» no siempre significaba que así sería.

—Lou, sé que me odias. Y estás en todo tu derecho. No he tratado a Quin como merecía ser tratada. Pero ella es la persona más especial del mundo para mí. E incluso si tengo que pasar el resto de mi vida compensándola, incluso si tengo que seguirla por todo el mundo para hacerlo, lo haré. Amo a esa mujer. La amo más de lo que creía posible. Así que, si hay algo que puedas decirme, cualquier cosa que me permita decirle lo tonto que he sido, te lo deberé para siempre. Por favor, Lou. ¡Por favor!

Lou me miraba con frialdad hasta que, en un momento, su tensión se derritió y se le acumularon lágrimas en los ojos.

—¿Por qué ningún tío dice esas cosas sobre mí? —dijo Lou, abrumada—. Vale, vamos.

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto. Puede que no se hayan ido hace tanto tiempo como dije. Pero se van en un jet privado, así que, si no llegamos pronto, se habrán ido.

Lou no tuvo que decir nada más. Corrimos de regreso a la camioneta, subimos y nos apresuramos. No era el aeropuerto del que salía de mi equipo cuando viajábamos para los partidos; era el de los aviones privados. Nunca había estado allí y no sabía nada sobre él.

Entramos y encontré un lugar disponible junto a la entrada del edificio. Salí corriendo, entré a la terminal y miré a mi alrededor. El lugar era mucho más pequeño de lo que había imaginado. Pude ver a todas las personas que se

encontraban en ese espacio abierto con una sola mirada. Miré por segunda vez para asegurarme, pero Quin no estaba.

—¡Allí! —dijo Lou, señalando hacia la puerta bajo el cartel «Salida».

No tuvo que decir más. Corrí hacia allí y alguien gritó:

—¡Oye!

Salí de la terminal y caminé sobre el asfalto. Pero aún no veía a Quin. ¿Se habían ido? ¿Había llegado demasiado tarde?

No. Había solamente un lugar en el que podría estar. Era un avión que estaba dando vueltas sobre el asfalto y se dirigía a la pista. Corrí hacia él.

—¡Quin! ¡Espera! ¡Para! ¡No te vayas! ¡Tengo que hablar contigo! —grité.

Fue inútil. Apenas podía escucharme a mí mismo por encima del ruido de la turbina. Solo podía correr hacia la pista y esperar que me viera.

Corrí como si fuera a anotar un touchdown, salté sobre todo lo que estaba en mi camino y rodeé las cosas que no podía saltar. Estaba a sesenta metros de distancia cuando el avión pasó a toda velocidad. No pude detenerlo. Pero cuando pasó frente a mí, vi un rostro familiar en una de las ventanas. Era Quin. Nuestras miradas se encontraron.

Sin embargo, no fue suficiente. Nada de lo que había hecho había sido suficiente. Con la fuerza de un cohete, el avión se acercó al final de la pista y despegó. Se estaba alejando en avión. Quin se había ido. Había esperado demasiado. Se había acabado.

Al ver su avión desaparecer en el aire, reduje la velocidad y me rendí. Apenas lo hice, fui derribado por un guardia de seguridad. Tal vez no era tan grande. Tal vez era solo que no había previsto el golpe.

Fuera lo que fuera, mi cara estaba contra el suelo. Un hombre estaba arrodillado sobre mi pecho. Había perdido todas las esperanzas.

—¿Te das cuenta de cuán ilegal es correr hacia una pista de despegue? Es un crimen federal. Irás a la cárcel por mucho tiempo —me gritó al oído un hombre grande, enojado y sin aliento.

Si no iba a estar con Quin, ¿qué importaba si estaba en la cárcel? Me daba cuenta de que, sin Quin, nada importaba. Se había ido y todo había sido culpa mía. No me importaba lo que me sucediera, porque había dejado escapar lo mejor de mi vida. Me merecía todo lo que me tocara de ahí en adelante.

Cuando otro hombre se unió a nosotros, me tomaron de los brazos y me pusieron de pie. No opuse resistencia. Iba a dejar que hicieran su trabajo. Mi pelea había terminado. Mi voluntad de continuar había desaparecido… hasta que escuché algo que no esperaba.

El avión que había despegado con Quin en él estaba dando vueltas y se dirigía hacia la pista.

—Esperen, miren —les dije a los tipos, que volvieron su atención a la pista de aterrizaje.

Los tres lo vimos. Tan pronto como tocó tierra y se detuvo, la puerta se abrió. Alguien salió corriendo. Era Harlequin Toro, el amor de mi vida, y corría hacia mí.

Ni dos trenes de carga hubieran podido apartarme de ella después de eso. Me alejé de mis captores y corrí hacia Quin. No me detuve hasta que estuve justo frente a ella. Saltó a mis brazos.

—¡Estás aquí! No quería irme sin despedirme —declaró Quin.

—¿Por qué te vas? ¡Por favor, no te vayas!

—¿Por qué no habría de irme? No tengo nada por lo que quedarme.

—¿De qué estás hablando? Tienes a Lou y la universidad. Pero, más que eso, me tienes a mí. Te amo, Quin. Estaba loco por no hacer todo lo posible para estar contigo.

—Pero tenías razón, Cage. Los dos tenemos responsabilidades. No podemos negarlo.

—No, no podemos. Pero estoy dispuesto a hacer lo que tenga que hacer para tenerte en mi vida. Iré a donde me necesites y haré lo que necesites que haga. Todo lo que te pido es que me ames.

—Nunca quisiera separarte de tu familia, Cage. No puedo hacerte eso.

—Pero quiero que tú seas mi familia. Eres tan importante para mí como lo son Nero y mi mamá. Es por ti que los tengo. Te amo, Quin Toro. Quiero amarte por el resto de mi vida. Por favor, quédate conmigo —le dije con una sonrisa.

—No lo sé, Cage. Quiero hacerlo. Lo quiero más que a nada en el mundo, pero…

—Quin, ¿qué estás haciendo? —dijo una voz detrás de ella.

Nos dimos vuelta para ver al tipo más parecido a James Bond que jamás había visto. Lo reconocí. Era el padre de Quin. Nos observaba de pie junto a una mujer, que debía ser la madre.

—El hombre te dice que te ama y que está dispuesto a resolver las cosas. Quin, tienes que saber cuándo has ganado.

—Pero ¿qué pasa con mis responsabilidades? Has dicho que tengo que cambiar el mundo.

—¿Le has dicho a nuestra hija que tiene que cambiar el mundo? —le dijo sorprendida la madre de Quin.

—Digo muchas cosas, Quin. Ya deberías saber eso sobre mí. Y puede que no siempre tenga razón. Pero, de lo que estoy seguro es que, cuando encuentras a alguien a quien amas y que te ama lo suficiente como para arriesgarse a ser atropellado por un avión para estar contigo, encuentras la forma de que funcione. Quin, eres muy inteligente. Encuentra la forma de que funcione.

Me volví hacia Quin. Ella me miró.

—¿Qué dices, Quin? ¿Quieres encontrar la forma?

Su sonrisa me iluminó el corazón.

—Sí, Cage. Encontraremos la forma. Te amo. Quiero estar contigo cueste lo que cueste.

En ese momento, me incliné y la besé. Sus labios nunca habían sabido tan dulces. Estaba perdido en la maravillosa sensación de tenerla y supe que Quin

y yo estábamos a punto de vivir el resto de nuestras vidas felices para siempre.

Epílogo

Quin

Desempacar el avión resultó ser mucho más fácil que empacarlo. Probablemente porque Cage estaba allí haciéndolo conmigo. Le dio la oportunidad de conocer a mis padres y a ellos de conocerlo a él. Les cayó bien, como sabía que sería.

Después de volver a mudarme al apartamento con Lou, mis padres estuvieron de acuerdo en que debía terminar el semestre y luego se despidieron. Tenía muchas clases con las que ponerme al día, pero lo hice en poco tiempo. Lo que tomó más tiempo fue ayudar a Cage a ponerse al día con las suyas. Tuvimos que quedarnos muchos días hasta altas horas de la noche juntos, pero no teníamos quejas al respecto.

Sin embargo, tuve que hacer un trato con papá por todas las idas y vueltas que le había hecho pasar. El siguiente semestre, además de asistir a todas mis clases, tenía que empezar a trabajar con él en la empresa de capital de riego. En general, estaría evaluando prospectos e investigando empresas. Tenía más que suficiente capacidad para eso.

También había decidido vincular las industrias de las empresas que estaba evaluando con las clases que había elegido. Era beneficioso para todos. Además de eso, dejaría libres mis fines de semana para pasar tiempo con Cage y su familia en Snowy Falls. Mi tiempo con ellos se había convertido en una aventura para mí. Todavía había muchas cosas que no sabíamos sobre su pasado.

¿Quién era el padre de Cage y Nero? Incluso cuando su madre se volvió más coherente, no había querido decirlo.

—¿No tienes ni idea? —le pregunté a Nero cuando nos sentamos juntos en la graduación de Cage.

—No estoy seguro —respondió en voz baja.

—Espera. Eso no es lo que le has dicho a Cage. Le has dicho que tu madre te había prohibido preguntar por él.

—Eso es verdad. Ella me lo prohibió. Pero eso no me ha impedido investigar.

—¿Así que crees saber?

—Puede ser. Y, como tú has podido encontrarnos en una ciudad que ni siquiera estaba en el mapa, estaba pensando en que tal vez podrías ayudar. No sé cuánto tiempo tendré entre las clases del próximo semestre, pero…

—Espera, ¿vas a estudiar aquí el año que viene? —pregunté, sorprendida.

Nero me miró y se sonrojó.

—Estaba pensando que con la ayuda de Cage y, como mi mamá está mucho mejor, podría intentarlo. Incluso podría hacer una prueba para el equipo de fútbol. Era bastante bueno en el instituto.

—¿Bastante bueno? —dijo Titus, acercándose desde el asiento junto a

Nero—. Este tipo estableció el récord de más yardas corridas en una temporada. Es como un rayo en el campo.

Nero se sonrojó.

—Puede que haya corrido algunas yardas —dijo Nero, con humildad.

—Créeme, Quin, la universidad estará a sus pies —dijo Titus, con su habilidad para vender de siempre.

—Oye Quin, ¿sabes quién es ella? —preguntó Nero, mirando a alguien parada bajo los robles, más allá de las sillas.

Me di la vuelta para mirar. Era una tía con el pelo oscuro y desgreñado, era delgada y llevaba lentes redondos. Era linda.

—Nunca la había visto antes. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo me pareció que me estaba mirando.

—Oh.

Volví a mirar a la chica. Cuando lo hice, nos miró. No podía decir a quién estaba mirando. Pero, mientras los tres la mirábamos, sonrió. Volví a mirar a Nero. Nero no podía apartar los ojos de ella.

—Cage Augustus Rucker —dijo un hombre, por los parlantes.

Me volví para ver a Cage mientras subía al escenario para recoger su diploma.

—Oh, lo está tomando —dije, apartando la atención de Nero de la chica.

Una vez que el rollo de papel estuvo en la mano de Cage, todos en nuestro pequeño grupo, que incluía a Lou y la madre de Cage, se levantaron y vitorearon. El amor de mi vida se graduaba de la universidad. Lo amaba más de lo que jamás había amado a nadie y no podría estar más feliz por él.

El próximo capítulo de nuestras vidas estaba a punto de comenzar. ¿Incluiría a Nero y a la chica de la que todavía no podía apartar los ojos? ¿Incluiría descubrir quién era su padre y solucionar el misterio detrás del nacimiento de Cage?

No lo sabía. Pero sin importar qué pasara, yo estaría ahí para averiguarlo. Cage también. Y, mientras nos tuviéramos el uno al otro, sabía que todo era posible.

Si piensas releer esta historia, considera la posibilidad de leer la versión sexy (Mi Tutora), la versión sexy de hombre lobo (El hijo de la bestia), o la versión sexy de hombre/mujer (Serios problemas).

*****

No salgo con futbolistas

Una chica conoce a un chico y lo odia.

No al principio. Al principio le hace temblar las rodillas. Es lo que te produce despertarte luego de una noche de tragos con una linda nota enganchada en tu camisa pidiéndote “verte de nuevo”. Y encontrarlo de pie junto al lago según lo planeado, tan locamente hermoso. Entonces, ¿qué salió mal?

"¿Dijiste que juegas al fútbol? ¡NO!"

Kendall Seers puede ser muchas cosas (extraña, introvertida, de aspecto infantil), pero no es estúpida. Ella no tiene que aprender la misma lección dos veces.

Pero cuando su profesor la selecciona para desempeñarse como consejera en un programa de mentoría exclusivo para estudiantes con problemas, y le asignan al mismo par de hombros anchos y pómulos de mármol, no puede escaparse furiosa otra vez.

¿Por qué Nero Roman, corredor estrella, está en un programa para estudiantes con problemas? ¿Podría tener que ver con sus raíces de pueblo pequeño? ¿Puede Kendall bajar la guardia el tiempo suficiente para averiguarlo?

Si lo hace, ¿podrá la chispa entre ellos encender una hoguera que derrita su

delicado corazón, o que lo destruya? Nero no es el único con un pasado oscuro. Entonces Kendall tendrá que decidir qué tan lejos está dispuesta a llegar para brindar una oportunidad al gran amor de su vida.

*****

No salgo con futbolistas

Capítulo 1

Kendall

Cuántas veces te llevaste algo a la boca y pensaste: "Esto no sabe bien, ¿se supone que debo tragarlo?". Y luego lo tragas y te arrepientes. Y unos segundos después te olvidas de cuánto lo habías odiado y vuelves a llevarte otro poco a la boca…

Bueno, esa fui yo anoche y lo estoy pagando esta mañana. ¿A quién se le ocurre beber whisky? Sabe a tierra y es como tragar lava. Debería haberlo retenido en mi boca y escupido cuando nadie me estaba mirando. A nadie le importa si lo tragas, ¿verdad? Solo les importa que estés allí intentando beberlo.

OK, eso se terminó para mí. Sé que es un cliché que la gente se despierte con resaca y diga que nunca más volverá a beber. Pero realmente no lo volveré a hacer. No volveré a beber nunca. Ni vino, ni whisky, ni siquiera sidra. Dejé el alcohol. Mientras tanto, necesito reconsiderar mi relación con los ruidos fuertes y el sol.

—¿Puedes dejar eso, por favor? —dije a Cory, mi compañera de cuarto, antes de gemir y retorcerme de lo horrible que me sentía.

—Me estaba poniendo los pantalones —respondió Cory, confundida.

—¿Y podrías hacerlo en silencio?

—¿Cuántas formas hay de ponerse los pantalones?

Refunfuñé.

—No me siento bien.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua o algo? Iré a desayunar. ¿Quieres que te traiga un bagel?

Pensé en un bagel con queso crema y salmón ahumado y casi vomito. ¿Qué estaba tratando de hacer Cory? ¿Matarme? Nuestro dormitorio no era muy grande, ¿lo quería todo para ella? Respondí con un gemido y me enrosqué hasta quedar convertida en una bola.

Cory permaneció un momento en silencio; luego se sentó en el borde de mi cama y pasó sus dedos por entre mis cabellos, masajeando mi cuero cabelludo. Se sentía tan bien que casi olvido que no me gustan nada las chicas. Para ser sincera, tampoco me gustan los chicos. Tengo problemas con la gente en general.

La verdad es que, excepto por lo ruidosa que era para ponerse los pantalones, ella era muy dulce. Era el tipo de persona que me devolvía la fe en la humanidad. No del todo, claro, porque ya saben, la gente…

Pero después de años viviendo con ella, empecé a pensar que no toda la gente es mala. Es más, estar con ella me hizo desear el contacto humano. E incluso salí de mi cuarto anoche para buscar ese contacto. Yo, Kendall Seers, fui a una fiesta del campus. Claramente, Cory era una mala influencia para mí.

Es una lástima que solo me gusten los chicos y que sean todos la parte

trasera de un burro. Los únicos que no lo son me tratan como si fuera un fenómeno de circo. Ni siquiera me importa que no me vean de una manera sexual porque yo tampoco los veo así.

—¿Entonces lo pasaste bien anoche?

—No lo recuerdo —admití.

—¿Perdiste la conciencia?

—Sí —dije enterrando mi cara en la almohada.

—Oh, qué bajón —dijo frotando mi cabeza un poco más fuerte.

Ella tenía manos mágicas. Si fuera un perro, mi pierna se hubiera vuelto loca en ese momento. Aunque no me gustan las chicas, si ella quisiera meterse en mi cama y abrazarme, no me opondría.

Sin embargo, ella no haría eso. Porque además de ser heterosexual, era la chica más pura que conocía. Y aún si se tratara de algo inocente, tal vez pensaría que está engañando a su novio. Ella era una buena persona. Probablemente pase el resto de mi vida buscando a un chico que sea tan genial como ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó Cory con seriedad.

—¿Si me caso contigo? Si vas a seguir masajeando mi cabeza así, la respuesta es sí.

Cory soltó una carcajada.

—Lo tendré en cuenta, pero esa no era la pregunta que quería hacerte.

—Ooooh —gemí decepcionada.

—¿Por qué tienes un pedazo de papel enganchado en tu camisa?

—¿Qué?

Cory quitó sus dedos mágicos de mi cuero cabelludo y tiró de algo que colgaba de mi camisa. Era la misma que llevaba puesta cuando salí anoche. Y hasta el momento en que mis recuerdos entraron en penumbras, ningún papel colgaba de ella.

Me volteé para verlo mejor. Al levantarlo un poco, distinguí unas palabras escritas en él.

—Está escrito al revés —dije mientras los restos de whisky se agitaban en mi cerebro.

Cory dejó salir otra carcajada.

—Déjame que te lo lea.

Soltó el alfiler y miró fijamente la nota.

—"Willow Pond @ 2 pm". ¿Qué quiere decir?

¿Qué quería decir? Conocía Willow Pond. Era mi lugar favorito del campus. Iba a ese lugar cuando necesitaba un momento para pensar. Pero ¿qué quería decir "@ 2 pm"?

Estaba pensando en preguntarle a Cory si lo había leído bien cuando, de repente, una imagen se me vino a la mente. Era la de un chico de tamaño y forma indistinguibles que se inclinaba sobre mí.

—¡Oh, Dios! ¡Besé a un chico! —dije poniéndome de pie de un salto.

Aparentemente salté demasiado rápido porque el movimiento hizo que

regresara todo lo que había consumido la noche anterior. Si nuestro dormitorio no estuviera tan cerca del baño, no habría llegado a tiempo. Pero cuando volví del dios de porcelana me sentí como una tigresa lista para la caza. Eso duró unos 30 segundos antes de recibir el recordatorio de que el sol era el diablo y que tenía que volver a meterme debajo de las sábanas.

No hace falta que diga que recordar que besé a alguien por primera vez en mi vida fue un poco shockeante. Nunca fui una chica popular.

Cuando iba a la escuela secundaria podía echarle la culpa a que, habiendo crecido en el sur, rechacé activamente todas las expectativas femeninas que recaían sobre mí. Pero ¿por qué ocurrió lo mismo en la universidad?

La Universidad de East Tennessee no era como los suburbios de Nashville. La presión para encajar no era igual aquí. Y como no lo era, no me esforcé tanto para adaptarme. Incluso vi chicos en el campus que se vestían como yo. Sin embargo, nunca estuve en una relación con alguno de ellos ni encontré un chico cuando dejé de buscar uno, como siempre dice la gente.

No me malinterpretes, tener mi primer beso no fue la gran cosa ni nada parecido. Me pregunto por qué sucedió después de que perdí la conciencia estando borracha. Sé que el alcohol reduce las inhibiciones en las personas. Entonces, ¿qué estaba diciendo eso de mí y de lo que realmente quería?

—¿Estás bien? —preguntó mi compañera de cuarto mirándome preocupada.

—Creo que besé a un chico.

—Lo escuché. ¿A quién?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Porque, a diferencia de ti, algunas personas tomamos malas decisiones y aparentemente hacemos cosas con completos extraños que no recordamos —expliqué.

—A veces tomo malas decisiones.

—Claro que sí, señorita, "prácticamente he estado casada desde que tenía diecisiete años". Probablemente ni siquiera sepas lo que es una mala decisión.

—No soy perfecta.

—Sí, claro.

—Como quieras. Entonces, ¿crees que el chico al que besaste es el mismo que escribió esto?

Me senté.

—Ahora sí lo creo.

—Entonces, ¿esto es una invitación?

—¿Para vernos a las 2 pm en mi lugar favorito?

—Sí —dijo Cory con creciente entusiasmo—. Qué romántico…

—¿Romántico? —pregunté como si ella estuviera hablando en un idioma extranjero.

—Supongo que sí. Ya sabes, si te gustan ese tipo de cosas.

—¿Recuerdas algo sobre el chico?

Busqué en mi memoria.

—Lo único que puedo recordar es a alguien inclinándose. Eso es todo.

—¿Inclinándose cómo? ¿Hacia adelante? ¿Agachándose?

—Se estaba agachando. Y era corpulento. Recuerdo eso.

—¿Corpulento sería realmente corpulento o simplemente más corpulento que tú?

—Creo que era corpulento. Lo recuerdo con manos grandes.

—Manos grandes —dijo Cory sugestivamente.

—¿Qué? —dije sonrojándome.

—Sólo digo.

Cory sonrió.

—Está bien, doña Insinuación, contenga sus caballos. No sabemos nada de él. Por la poca información que tenemos, corpulenta también puede ser una estatua. Estaba haciendo cosas inapropiadas esa noche.

—Pero ¿una estatua escribiría una nota diciéndote que te encuentres con ella en Willow Pond a las 2?

Lo pensé un poco. Cory tenía razón. Quien escribió la nota era humano. El chico al que besé estaba hecho de carne y hueso. ¿Eso quería decir que había conocido a alguien que me gustaba y que yo también le gustaba? Ya sabes, no es que me importe.

—Kelly y yo vamos a hacer senderismo, así que tengo que ir a desayunar. Pero te vas a encontrar con él, ¿verdad?

—¿Te refieres al extraño que podría estar preparando el lugar para asesinarme?

—No, me refiero al tío que te besó bajo las estrellas y te dejó una pista para que lo encuentres de nuevo.

Cory se levantó, y cogió sus llaves y su billetera.

—Kendall, has dicho tantas veces que no te gusta la gente, que no hay forma de que no vayas. Este puede ser el chico con el que vas a pasar el resto de tu vida.

—Sí, porque me mata y arroja mi cuerpo al estanque.

Cory rio.

—Ok. Haz lo que quieras. Pero si vuelvo esta noche y no te has encontrado con este tipo, estaré muy decepcionada de ti.

—Sí, mamá.

—Buena chica —dijo antes de arrodillarse en mi cama y besar mi cabello.

¡Puaj! Cory realmente era tan dulce que no me alcanzaban las palabras para expresarlo.

Ya basta de la chica que se va para encontrarse con su novio. Era hora de pensar en el chico que me había enganchado la nota. Tenía que admitir que había sido algo romántico.

¿Se había dado cuenta de que no recordaría nada de anoche y quería asegurarse de que nos viéramos de nuevo? Tenía que ser así, ¿verdad? No es que no agendó su número en mi teléfono para que no lo encuentre la policía,

¿o sí? O tal vez podía ser por ambas cosas.

Lentamente, mientras sentía que recuperaba mis fuerzas, busqué mi teléfono en el bolsillo. No lo encontré allí, así que busqué en el piso alrededor de mi cama. Tampoco estaba allí. ¿Me emborraché tanto que perdí mi teléfono?

¡Mierda! Costó 800 dólares y todavía lo estoy pagando. En serio, nunca más volveré a beber. Lo bueno es que, además de mis padres, la única persona que conozco es la chica con la que vivo. Gracias a Dios que soy impopular.

Necesitaba meter algo en mi estómago, así que me dirigí a la cafetería y llené mi bandeja. No sabía si algo permanecería allí abajo, por eso cogí un poco de todo. Cuando levanté la vista, un chico que reconocí de clases me llamó la atención y me hizo señas para que me uniera a su grupo. Le di a entender que no iría ya que sabía que no podía mantener una conversación en mi estado.

Además, quería ver si podía recordar algo antes de las 2 de la tarde. Si no sabía cómo lucía, ¿cómo iba a reconocerlo cuando llegara? ¿Cómo sabía que no me estaba mirando en ese mismo momento?

Miré hacia arriba y exploré la habitación. Había mucha gente. La mayoría estaba conversando o mirando su plato. Excepto uno, que estaba mirándome fijo. Después de un momento de contacto visual, se acercó.

—Hola, Kendall, ¿recibiste mi mensaje sobre el grupo de estudio? ¿Quieres unirte? —preguntó torpemente.

Lo conocía. Era el chico de la clase de psicología que siempre se quedaba mirándome. No podía entender su forma de actuar. ¿Yo siempre tenía algo en la cara o él solo miraba a la persona detrás de mí?

—Creo que perdí mi teléfono —dije antes de limpiarme la boca por reflejo.

—¿En serio? ¡Qué mala suerte!

—No me digas.

—¿Quieres agendar mi número de nuevo?

—No tengo donde guardarlo.

—Bien —dijo decepcionado—. De todos modos, nos reuniremos el jueves en Commons. Sería genial si pudieras ir.

—Creo que tengo algo el jueves, pero tal vez pueda —dije aunque no quería ir.

—Ah, ok. Avísame si vendrás.

Sonrió y regresó a su mesa. Tuve que preguntarme por él. El tío siempre me pedía que nos reuniéramos para una cosa u otra. ¿Cuántos eventos sociales organizaba?

Cuando terminé mis panqueques me sentí lo suficientemente humana como para regresar a mi habitación y prepararme para el día. El domingo era un día tranquilo en los dormitorios. La mayoría de las personas estaban sacudiéndose los efectos de la noche del sábado.

Mientras me duchaba no pude evitar imaginarme quién había enganchado la nota en mi camisa. ¿Y si Cory tenía razón y era el amor de mi vida? Las

probabilidades de que lo fuera eran bajas, pero no significaba que no pudiera suceder.

La idea me hizo sentir un cosquilleo de emoción. ¿Cómo será acurrucarse en los brazos de un chico y quedarse dormida? ¿Cómo será tener novio? No sabía nada de esas cosas.

Solo sabía que sin importar quien fuera ese chico, tal vez debía hacer todo lo posible para no arruinarlo. Sí, la mayoría de la gente apesta, pero estaba cansada de estar sola. Quería saber cómo se sentía el amor. No era un monstruo sin corazón por más que pretendiera serlo.

La hora de la cita se acercaba y las mariposas pululaban en mi estómago, así que elegí la mejor blusa que tenía y la combiné con unos pantalones negros. Mientras me ponía una pulsera de cuero con tachas en la muñeca, me paré frente al espejo y me miré.

Era flaca, casi no tenía tetas y me vestía como una chica gótica a la que no le importaba demasiado su apariencia. Despejé mi frente cepillando mis rizos rebeldes, dejándolos caer hacia atrás. Sí, era lo mejor que podía hacer. El tío seguramente se decepcionaría cuando me viera a la luz del día.

Después de preguntarme un par de veces si debía ir o no, salí de mi habitación y me dirigí a Willow Pond. Apenas podía respirar, estaba muy nerviosa. ¿Y si no lo reconocía? ¿Y si me viera, se diera cuenta de que cometió un gran error y me dejara allí esperando?

Ese pensamiento era suficiente para hacerme dar la vuelta, pero no lo hice. Me dirigí paso a paso hasta el estanque. El lugar estaba prácticamente vacío. Solo había un tipo que estaba en la costa mirando a los patos.

¿Sería él? No podía ser. Solo podía ver su espalda pero, guiándome por ella, podía decir que estaba fuera de mi alcance. Imagínate unos hombros tan anchos como para llevar el mundo entero y unos brazos tan fuertes como para aplastarlo entre sus manos.

Su cabello dorado brillaba cuando el reflejo del estanque rebotaba en él. Verlo amenazaba con dejarme sin aliento. Cuando se dio vuelta y nuestras miradas se encontraron, contuve la respiración. Era él, el chico de anoche. Lo habría reconocido en cualquier lugar.

Todos mis recuerdos regresaron rápidamente. Borracha me acerqué a él en la fiesta y le dije que era el chico más hermoso que había visto en mi vida. Esperaba que me dijera que me marchara. En cambio, me preguntó mi nombre y hablamos durante el resto de la noche.

La mayor parte del tiempo seguía diciéndole lo atractivo que era y trataba de besarlo mientras él me rechazaba y se sonrojaba. Oh, mierda, me había olvidado de eso. Hice el ridículo total.

Solo me había besado porque no iba a dejarlo ir hasta que lo hiciera. Pero luego escribió algo en un pedazo de papel y me dijo que era para mañana y que si todavía estaba interesada, debería encontrarme con él aquí.

Creo que actuó como un caballero. Debía haber notado lo borracha que estaba y no quería aprovecharse de mí. Pero ¿cómo alguien puede ser tan sexy

y atento? Claramente había algo mal en él.

—¡Kendall! Viniste —dijo sonriendo con un acento rural de Tennessee.

Oh no, recordó mi nombre. ¿Qué pasaba con él?

—Por supuesto —dije quedándome a un brazo de distancia de él—. Cómo no iba a hacerlo.

—No recuerdas mi nombre, ¿verdad? —bromeó.

—Sí. Es mmm…

Mis pensamientos daban vueltas desesperadamente.

—No hay problema. Estabas bastante borracha anoche. Me alegro de que hayas venido.

—La nota ayudó. La tenía enganchada.

Se rio.

—Sí, no quería que la perdieras… como a tu teléfono.

—Entonces, sí perdí mi teléfono.

—Eso me dijiste.

—¡Joder! Tenía la esperanza de que lo tuvieras.

—¿Por qué iba a tenerlo? —preguntó sin dejar de sonreír.

—Solo lo esperaba. Entonces, ¿tengo que preguntarte tu nombre?

—Oh. Me llamo Nero.

—Kendall.

—Lo recuerdo.

—Cierto. Tengo que ser honesta. No recuerdo mucho de anoche. Solo lo que me llegó hace unos 60 segundos. Lo siento.

—No hay problema. ¿Qué quieres saber? Lo recuerdo todo.

Pensé por un momento.

—Mmm, ¿nos besamos?

Nero se rió.

—Sí, nos besamos.

—¿Fue bueno?

—Lo fue para mí.

—Y te estaba besando, así que probablemente también fue bueno para mí.

Nero se sonrojó.

—¿Qué me contaste sobre ti que no recuerdo?

—No creo que te haya contado mucho de nada.

—¿Por qué no?

—No preguntaste. Pero te pregunté mucho sobre ti. Sé que eres de Nashville.

—Nacida y criada —confirmé.

—Sé que estás en tercer año.

—Cierto.

—Y que eres la chica más linda que he visto. Pero no necesitabas decirme eso.

Mis mejillas ardieron al escuchar sus palabras. Claramente no era cierto, pero escucharlo de sus labios me hizo sentir una vibración que cálida.

—Tú también eres bastante apuesto —dije sabiendo que estaba roja como una remolacha.

—¡Gracias!

—Ya que sabes tanto sobre mí, supongo que debería preguntarte sobre ti.

—Venga. Dispara.

—¿De dónde eres?

—De un pueblo pequeño a unas dos horas de aquí.

—¿Y en qué año estás?

—Estoy en primer año. Me tomé unos años de descanso después de la secundaria.

—¿Cuál es tu especialidad?

—¿Ahora? Fútbol —dijo riendo.

—¿Fútbol americano? —dije sintiendo que se pinchaba nuestra burbuja.

—Sí. Estoy aquí gracias a una beca. Así que ahora mismo la estoy comiendo y respirando.

Me quedé mirándolo sin poder escuchar una palabra más después de que dijo "fútbol". Un dolor se me disparó en la boca del estómago y me vi obligada a interrumpirlo.

—¡No! Lo siento, no. No puedo hacer esto. ¿Fútbol americano? ¡Joder, no! —dije alejándome y apuntándolo con el dedo. Lo miré de nuevo mientras la conmoción recorría su hermoso rostro. ¿Por qué tenía que ser futbolista?

—¡Ahhh! —grité con total frustración antes de irme furiosa y sin mirar atrás.

Capítulo 2

Nero

¿Qué acababa de suceder? Un minuto estaba hablando con la chica que había conocido la noche anterior. Las cosas estaban yendo bien. Sentía que ella podía ser especial. Luego, de la nada, me gritó y me dijo que me marchara.

—¿Qué acaba de pasar? —grité a Kendall mientras se alejaba.

No se dio la vuelta ni respondió. Una parte de mí quería perseguirla y obligarla a que me lo dijera, pero no iba a hacerlo. ¿Tenía que ver con que jugaba al fútbol? ¿Cómo? ¿Por qué?

El fútbol siempre había sido lo que a todo el mundo le gustaba de mí. Incluso las personas que me odiaban me amaban cuando entraba al campo de fútbol. Incluso mi madre me amaba cuando entraba al campo de fútbol.

Durante muchos años mi madre había estado desaparecida de mi vida. No porque me hubiera abandonado como mi padre. Sino porque había desaparecido en su propio mundo. Y la única vez que se reunía conmigo era para animarme bajo las luces los viernes a la noche.

Gracias al fútbol nos hicimos muy unidos con Cage, mi hermano recién descubierto. El fútbol es lo que me pagó el escape de la ciudad pequeña en la que crecí. El fútbol me ha dado todo lo bueno en mi vida.

Pero ¿la primera chica que admití que me gustaba, la primera chica que hizo que mi corazón se tambaleara con solo mirarla, me odia por tener algo que ver con ese deporte? ¿Por qué no puedo tener un respiro?

Parado donde Kendall me había dejado, mis pensamientos daban vueltas. No era solo que Kendall me hubiera rechazado y se hubiera marchado. Era todo lo que estaba pasando en mi vida.

Viniendo de Frozen Falls, la vida en la gran ciudad era difícil. Sentía mucha presión. Puse todo de mí para destacarme en el campo. Despertarme antes que todos los demás para correr carreras suicidas hasta vomitar fue solo el comienzo.

Anoche había sido la primera vez que me sentí a gusto con todo. Conocer a Kendall me hizo creer que podía dejar atrás mi pasado y tener un futuro.

Fui tan amable y considerado como podía serlo con ella. Realmente no quería arruinar las cosas. Todo en ella me decía que era mi oportunidad de tener la felicidad que los demás tenían. Y todo eso se desvaneció cuando me apuntó con el dedo y gritó: “Joder, no”.

Me dolió. Me arrancó las tripas. Empecé a caminar para que mi cabeza no explotara.

Dejé el estanque y fui hacia la calle. Era la que atravesaba el campus. Pero en lugar de dirigirme a mi pequeño dormitorio, corrí en la dirección opuesta. Necesitaba alejarme. Necesitaba respirar.

Mi trote se convirtió rápidamente en una carrera. Mientras corría, mi mente

se arremolinaba. Los pensamientos sobre Kendall se trasladaron a los últimos veintiún años de mi vida. Había tenido que luchar por todo. Nadie me había dado nada. Ni siquiera mi madre.

Mientras ella estaba catatónica, me puse a trabajar. Alguien tenía que asegurarse de que tuviéramos un lugar donde dormir y comida. A los 14 años, en la única persona en la que podía confiar era en mí mismo.

La mayor parte del tiempo usaba ropa que era de una talla más pequeña. No podía permitirme nada más. Y cuando el primer niño de la escuela lo señaló, le grité por haberlo mencionado. Nadie se burló de mí después de eso.

Pasé de hacer recados que podrían haberme matado a los catorce años, a apostar por mí mismo en clubes de lucha a los 20. Siempre había hecho todo lo necesario para sobrevivir.

Si Cage no me hubiera encontrado y no me hubiera dicho que somos hermanos, probablemente todavía lo estaría haciendo. En cambio, me presentó a su entrenador universitario de fútbol americano, tramitó mi beca y me rescató de ese mundo.

Sin embargo, incluso con lo lejos que había llegado, la chica de la que me enamoré pensaba que era demasiado difícil de amar. Tenía que ser por eso que mi madre eligió desaparecer en su propio mundo y la razón por la que crecí sin un padre. Era demasiado difícil de amar. Yo era un don nadie que no valía nada y eso era todo lo que siempre sería.

Pensando en eso, todo se volvió demasiado. Mi cabeza palpitaba y una dolorosa agonía me atravesaba. Sentía que iba a explotar. Necesitaba liberarla. Entonces, fijé mis ojos en el siguiente auto estacionado frente a mí y la dejé salir de la única manera que conocía.

Pateé la puerta tan fuerte como pude y el metal se dobló a causa del impacto. No fue suficiente. Necesitaba escuchar un estallido. Entonces, apretando el puño, golpeé la ventana del pasajero. No cedía, así que golpeé más fuerte. Finalmente, el vidrio explotó en mil pedazos.

Aunque sonaba muy fuerte, aún no era suficiente. Le di una patada a la puerta trasera. Cuando estaba a punto de subirme al capó y meter el pie por el parabrisas, algo me detuvo. Era una sirena. Me despertó como si hubiera estado perdido en un mal sueño.

Miré fijamente el coche y tomé conciencia de lo que había hecho. Lo había destrozado. Eso estuvo mal. Había perdido el control de mí mismo y este era el resultado.

—¡Al suelo! —gritó alguien detrás de mí—. ¡Dije que al suelo!

Acababa de arruinarlo todo. Estaba a punto de perder mi beca y mi única oportunidad de vivir. Si fuera una persona más inteligente, hubiera huido. Pero no lo era.

Yo lo había arruinado. Había sido quien había estropeado todo lo bueno que me estaba pasando, nadie más. Y no iba a luchar contra mi propia autodestrucción.

Como no me puse de rodillas lo suficientemente rápido, alguien me empujó

por detrás. Caí aterrizando sobre los vidrios rotos. Antes de que pudiera liberarme, alguien cogió mis muñecas y me puso las esposas. Estaban tan apretadas que parecía que me cortarían la piel.

—Tienes derecho a permanecer en silencio —comenzó.

No tuve que escuchar el resto. Ya estaba familiarizado con todo eso. Iba a ir la cárcel. Como no podía pagar la fianza, me iban a retener durante dos o tres días hasta que compareciera ante el juez.

Entonces me sentenciarían. Y a diferencia de cuando era menor de edad, este crimen me perseguiría por el resto de mi vida. Yo me había hecho esto. Y para ser honesto, siempre supe que era cuestión de tiempo hasta que arruinara las cosas.

Seguí las instrucciones de los oficiales sin oponer resistencia. En el asiento trasero del patrullero, dejé que mi mente divagara. Pensé en todas las cosas que me habían llevado hasta allí. Pensé en Kendall. De todos mis arrepentimientos, saber cuánto la había perturbado estaba en la cima.

La verdad es que la fiesta de anoche no había sido la primera vez que la vi. Fue el día de la graduación de Cage. Nos miramos a los ojos cuando ella observaba la ceremonia desde abajo de un árbol. Pensé que era la chica más linda que había visto en mi vida.

Estaba toda vestida de negro. Sus rizos marrones despeinados resaltaban sus rasgos. Y el hecho de que completara su look de "chica ruda" con delicados anteojos de montura redonda me dijo que había más en ella de lo que mostraba a los demás.

Había más en mí de lo que mostraba a los demás. Yo era el matón que organizaba clubes de lucha por dinero. Estaba listo para derribar a quien sea en un abrir y cerrar de ojos. Pero todo lo que quería era que una chica me abrazara y me dijera que todo estaría bien.

Cuando vi a Kendall allí parada, quise hacer eso por ella desesperadamente. Quizás nadie haría eso por mí, pero yo podría ser su salvador. Quería protegerla. Quería darle a Kendall el amor que yo nunca podría tener. Pero en la primera oportunidad, arruiné las cosas por ser quien soy.

En la estación de policía, respondí a todas las preguntas y me acompañaron a mi celda. Había otras dos personas allí. Una había bebido mucho y la otra… bueno, se parecía a mí, un matón al que se le había acabado el tiempo.

No estaba de humor para hablar y ellos tampoco. Esta no era mi primera vez en la cárcel, así que, como sabía que estaría allí por un tiempo, me puse cómodo. Me sorprendí cuando un policía apareció al otro lado de los barrotes y dijo mi nombre.

—¿Nero Roman?

—Soy yo.

—Pagaron fianza. Vamos.

Me levanté con la seguridad de que se había equivocado. Pero si me iban a dejar salir por un error de archivo, estaba bien para mí. En el camino de

regreso al mar de escritorios, exploré la habitación y vi a alguien a quien no esperaba ver. Quin era la novia de mi hermano y se veía bastante asustada.

Teniendo en cuenta que los padres de Quin tenían más dinero que Dios y que ella creció vacacionando en lugares como las Bahamas, no es de extrañar que estar en una estación de policía la hiciera parecer como si estuviera a punto de orinarse encima. La única pregunta era qué estaba haciendo allí. No había realizado mi única llamada telefónica. No imaginaba que alguien me ayudaría.

Cuando estuve a su alcance, Quin me abrazó. Su abrazo fue genuino y apretado.

—Nero, ¿qué pasó? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y por qué no me llamaste?

Estaba a punto de responder cuando alguien a quien conocía entró por la puerta. Titus era mi compañero de cuarto y un chico que conocía de mi barrio. Las mismas dos personas con las que yo contaba, Quin y mi hermano, lo habían motivado a asistir a la Universidad de East Tennessee. Se acercó y me abrazó también.

—¿Qué mierda está pasando, hombre? ¿Y por qué tuvimos que enterarnos de que estabas aquí por el tío de seguridad del campus?

—No es nada —les dije—. Acabo de romper un poco un coche.

—¿Romper un poco? —preguntó Quin alejándose—. Dijeron que rompiste una ventana y un par de puertas.

—Como dije, lo rompí un poco —dije con un atisbo de sonrisa.

—¿Por qué? —insistió Quin, frunciendo su tierna cara nerd.

Pensé en Kendall y en cómo me había dicho que me fuera al carajo.

—No quiero hablar de eso. ¿Podemos irnos de aquí?

—Sí, vine en coche —dijo Titus pasando sus dedos por su pelo desgreñado color café—. Está estacionado enfrente. Vamos.

Los tres nos dirigimos a la camioneta de Titus y regresamos al campus en silencio.

—¿A dónde vamos? —preguntó Titus mientras nos dirigíamos hacia Campus Lane—. ¿Acerco a todos o vamos a la casa de Quin para cenar como todos los domingos?

Estaba a punto de pedirle que me llevara a nuestro dormitorio cuando Quin me interrumpió.

—Vamos a mi casa. Cage está yendo y querrá escuchar lo que pasó. También querrá cenar.

—No le dijiste a Cage, ¿verdad? —pregunté a Quin sintiendo un dolor en mi pecho de solo pensarlo.

—Fue la primera persona a la que llamé después de que Titus me lo contó.

Miré a Titus.

—Mira, el de seguridad del campus me dijo que habías destruido uno de sus autos y que estabas en la cárcel. ¿A quién más debía llamar? Él es el único que podría conseguirte un abogado.

—¿Llamaste a un abogado? —pregunté a Quin.

—No tuve que hacerlo. Cage llamó a la escuela y pudo arreglar las cosas. Todavía tiene algo de influencia por haberles ganado esos campeonatos nacionales. Entonces, todo lo que tuve que hacer fue pagar tu fianza y sacarte.

—Entonces, ¿no voy a perder mi beca?

—No dije eso. Pero estoy segura de que Cage te dirá todo lo que necesitas saber al respecto. En serio, Nero, ¿en qué estabas pensando?

No respondí.

—¿Así que vamos a la casa de Quin?

Miré por la ventana resignado.

— Sí.

—Genial. Lou me dijo que no tenía planes esta noche, así que también irá —dijo Titus con una sonrisa.

Quin y yo lo miramos.

—¿Qué? Ella y yo somos amigos. Sé que ninguno de ustedes tiene mucha experiencia en tener amigos pero, créanme, pasar el rato con amigos es algo que la gente hace.

Lo miré a Quin. Ambos pensamos lo mismo.

Titus y la compañera de cuarto de Quin eran muy unidos. Sabía que ser amigo de una chica no quería decir nada. Y Titus era un tipo muy amistoso. Pero no podía evitar pensar en lo lindos que se veían juntos.

Nunca le diría eso a Titus porque no es algo que un chico le dice a su amigo. Además, ¿qué sabía yo sobre las relaciones? Y después de lo que pasó con Kendall, me di cuenta de que incluso sabía menos de lo que creía.

Estacionamos frente al elegante dormitorio de Quin, subimos las escaleras y Lou nos recibió.

—Trajiste al criminal —dijo mirándome—. ¿Qué terminó siendo? ¿Robo a mano armada? ¿Daño a la propiedad privada?

—¿Cómo sabes lo qué es el daño a la propiedad privada? —preguntó Titus.

—Veo La ley y el orden. Sé de esas cosas.

Quin intervino:

—No creo que Nero quiera hablar de eso. Entonces…

—Fue el clásico romper la ventana y robar, ¿no? Mira, no creas que porque eres algo así como un chico malo vas a conseguir que me enamore de ti. Me gustan los chicos buenos.

Abrí la boca para responder.

—Está bien, podemos salir. Pero si me dejas embarazada después de hacer el amor en una noche de borrachera, voy a tener al bebé y no lo voy a criar sola.

Miré a Lou aturdido y luego me reí. Todos lo hicimos.

—Hablo en serio, hombre. No voy a criar a Nero junior sola.

—Está bien, lo prometo —dije de repente sintiéndome mejor acerca de todo.

Titus dijo:

—Ahora que lo hemos dejado asentado, ¿cómo están para un juego de

Wavelength?

Wavelength era nuestro juego favorito del domingo por la noche. La mayoría de las veces se trataba de beber cuando las cosas estaban mucho menos tensas.

A la hora de formar parejas, Titus eligió a Lou, por supuesto, y yo me asocié con Quin. Luego de un par de rondas, las cosas iban bien. Entonces llegó Cage.

Mi hermano estaba echando humo. No podía culparlo.

—¿Por qué diablos destrozaste un coche de seguridad del campus?

—¿Era un coche de seguridad del campus? —pregunté.

—¿No lo sabías?

—No estaba en contra de nadie en particular. Simplemente estaba enojado.

—¿Por qué?

—Por nada —dije sin querer hablar de eso realmente.

—No lo quieres decir, ¿eh? Bueno, tendrás que hablar de eso. La escuela va a aceptar que pagues los daños en lugar de presentar cargos.

—No tengo el dinero.

—Tú eres quien lo destruyó. Tú serás quien pague por ello.

—Yo podría prestártelo —se ofreció Quin.

—No necesito tu dinero —respondí toscamente.

—Mira, Nero. Solo está tratando de ayudar.

—No necesito su ayuda. No necesito la ayuda de nadie.

—Teniendo en cuenta que fue ella quien te sacó de la cárcel, eso no es del todo cierto, ¿verdad?

Me callé porque sabía que Cage tenía razón. Tan pronto como dejé de hablar, Cage también lo hizo. Con mucha más simpatía en sus ojos, se acercó a mí y me cogió de los hombros.

—Nero, tienes mal carácter y tendrás que controlarlo.

—Eso intento.

—Sin embargo, mi novia tuvo que sacarte de la cárcel hoy.

—No sé qué decir —admití.

Cage me miró fijamente. Supongo que tampoco sabía qué decir.

—Pensaré en algo. Hablaré con la escuela y veremos qué se nos ocurre. No te preocupes, solucionaremos esto. Estoy aquí para lo que necesites, hombre. No voy a ninguna parte.

—Ninguno de nosotros lo hará —agregó Titus.

—Sí —acordó Quin.

Miré a las personas que me rodeaban y me limpié una lágrima de los ojos. Quizás todo estaría bien. Quizás no estaba tan solo como pensaba.

Capítulo 3

Kendall

—¡Ahhhh! —grité al despertarme.

Miré alrededor. Estaba en mi cama y era de mañana. Cory estaba sentada mirándome. Parecía sorprendida.

—Fue sólo un sueño —me dije a mí misma—. Eso es todo.

—¿Evan Carter? —preguntó Cory de manera lenta y relajada.

—Evan Carter —admití.

—Maldito Evan Carter —dijo mi compañera de cuarto haciéndome sentir un poco mejor.

Me recosté y traté de calmarme. No podía decir que las pesadillas empeoraban, pero tampoco mejoraban.

Evan Carter fue el jugador de fútbol que hizo mis años escolares un infierno desde el primer año. Había algo en mí que él no podía soportar. Siempre supuse que era porque él era un idiota de mente pequeña que atacaba a cualquiera que no supiera cómo encajar. Pero para ser honesta conmigo misma, yo no estaba intentando encajar en ningún lado.

Experimenté con el color de mi cabello, usando un maquillaje extravagante y con el tipo de ropa que usaba. Quizás vestirme como un chico durante meses fue demasiado para él. No estaba luchando para derribar el patriarcado ni nada por el estilo. Solo me estaba divirtiendo. Y estaba tratando de averiguar quién era yo.

Para que lo sepan, no soy una chica que use vestidos o maquillaje extravagante. Y no es porque Evan Carter pudiera intimidarme ni un poco si lo hago. Simplemente no es lo mío.

Pero llegó el momento en que los fanáticos del fútbol ya no pudieron soportar mis elecciones de look. Me dijeron que si quería actuar como un chico, me tratarían como tal.

A partir de ese momento, me empujaban cada vez que me cruzaban en los pasillos. Estaba almorzando o sentada tranquilamente en clase y mi cabeza se sacudía luego de sentir el escozor de una palma abierta.

Y todos los días me metían en el vestuario de los chicos mientras ellos se cambiaban.

Aprovechaban cada oportunidad que tenían para humillarme frente a la mayor cantidad de personas posible. La peor parte es que nunca pude anticiparme a sus ataques. Llegó al punto en que pasaba todo el día escolar revisando las habitaciones.

Cuando veía a uno, tenía que hacerme lo más invisible posible. Si me veían, podían atacarme o no. Siempre era aleatorio. Pero cuando decidían que era mi día infernal, no estaba a salvo en ningún lado.

Y cuando no era abuso físico, se burlaban de mí constantemente por mi pecho plano. Sé que todos los cuerpos son hermosos, pero nadie necesita que

le recuerden algo así todos los días.

Además, si escucho la palabra "tortillera" una vez más, creo que me voy a volver loca. Tendría sentido si realmente me gustaran las mujeres, pero no es el caso. Simplemente me vestía de esa manera… lo que no me benefició mucho cuando las chicas se me acercaban creyendo que era lesbiana.

Para el último año, lloraba mientras me vestía por la mañana sabiendo que lo que me estaba poniendo provocaría la ira de Evan.

Llegué al punto en el que ni siquiera quería vestirme así. Pero lo hacía de todos modos porque… ¿quién sabe por qué? Solo que no podía rendirme.

Tal vez seguí vistiéndome así para probarme a mí misma que no sucumbiría a la presión. Tal vez no quería darle a Evan la satisfacción de pensar que había ganado. Tal vez era solo hambre de castigo.

Sin importar la razón, lo seguí haciendo y apenas tenía ganas de vivir cuando terminé la escuela secundaria. Me alegré mucho de empezar la universidad y superar esa etapa. Entonces podría vestirme como quisiera, y podría ser quien soy en realidad. Pensé que sería lo mejor de lo mejor hasta que comenzaron las pesadillas.

Por supuesto, siempre las había tenido. Pero ahora se habían agudizado y concentrado en una sola persona: Evan Carter. Él era el líder del grupo.

Sigo pensando que si no fuera por ese idiota, los demás me habrían dejado en paz.

Supongo que nunca voy a estar segura de eso, pero lo que sí sé es que, en la secundaria, perdí las batallas y la guerra. No solo vivía ese infierno todos los días, sino que Evan Carter era el dueño de una propiedad inmobiliaria que renté años después. Fue muy injusto.

La peor parte era que, hasta anoche, parecía que las pesadillas habían comenzado a desvanecerse. Solía tenerlas un par de veces a la semana. Cory sabía todo eso. Por la cantidad de veces que desperté gritando, es increíble que aún quisiera ser mi compañera de cuarto.

Hasta antes de anoche, habían pasado dos semanas desde mi último concierto de gritos. Estoy totalmente segura de saber qué lo desencadenó. Había besado a un jugador de fútbol. Pensarlo casi me hacía vomitar. Claro, Nero no se parecía en nada a Evan Carter o a cualquiera de sus horribles amigos, pero aún así…

Los futbolistas han hecho de mi vida una pesadilla infernal de proporciones épicas desde que tenía 14 años. Amenazaron mi voluntad de vivir. Me despierto gritando y empapada en sudor a causa de ellos. No quería besar a un jugador de fútbol ahora.

—¿Vas a clase? —preguntó Cory desde su cama.

—¡Oh, vaya! —exclamé recordando mi clase del lunes por la mañana.

Mi profesor tenía que ser un sádico. ¿Quién programa una clase un lunes a las 8 am? Es ridículo. Pero si quería convertirme en psicóloga clínica, necesitaba especializarme en psicología y tenía que cursarla.

Salí de la cama y me vestí rápidamente. Me alisté, cargué mi mochila y me

apresuré a salir. Llegué tarde a clase, pero la tardanza estaba dentro de la curva de las 8 am.

—Hoy completarán el T.E.T., el Test de Empatía de Toronto. No solo nos introducirá en la discusión acerca de la empatía, sino que también les dirá a los aspirantes a terapeutas si son aptos para realizar el trabajo —dijo mi profesor de repente, captando mi atención.

Tenía muchas ganas de ser terapeuta. Era lo único que había querido desde que tenía 12 años. Había leído un libro de introducción a la Psicología de principio a fin cuando tenía 15 años porque estaba muy interesada en el tema. Necesitaba aprobar ese test.

Cuando deslizaron el papel frente a mí, vi que no era muy largo. Las preguntas también eran bastante básicas. Le puse mi nombre y comencé.

Cuando alguien está emocionado, yo suelo estar emocionado/a: ¿Nunca, a veces o siempre?

Fácil. Puede que lo oculte bastante bien, pero siempre lo hago.

Las desgracias de otras personas no me perturban mucho: ¿Nunca, a veces o siempre?

De nuevo, fácil. Nunca… por lo general.

Quiero decir, si se tratara de una persona normal, a quien supongo que se refiere esta pregunta, nunca me haría sentir bien la desgracia de otra persona. Pero digamos que Evan Carter es atropellado por un autobús. No estoy sugiriendo que se muera… necesariamente. Solo estoy imaginando cómo sería si sintiera una mínima fracción del dolor que me causó durante cuatro años.

La pregunta no puede referirse a situaciones como esa, ¿verdad? ¿O sí? ¿El cuestionario trata de desenterrar los pensamientos más oscuros? ¿Es mi falta de empatía por el psicópata que me torturó lo que me convertirá en una mala terapeuta?

Me quedé mirando la pregunta paralizada. No podía superarlo. No podía creer que después de todo lo que me hizo pasar, sus resonancias pudieran impedirme ser buena en lo único que siempre me importó.

—Por favor, entreguen sus test —dijo el profesor sacándome de mi trance.

—No he terminado —dije a la chica que me quitó el papel y pasó la pila.

Ella se encogió de hombros registrando apenas mi lucha interior. Sabía con certeza que esa reina insensible sería una terapeuta horrible. ¿Pero qué hay de mí? ¿Era la empatía tan importante en realidad?

No tuve que esperar mucho para obtener la respuesta a esa pregunta. Dos días después, el profesor me pidió que lo viera antes de irme.

—Al comienzo del semestre les pregunté a todos cuáles eran sus objetivos en relación a la clase —comenzó el profesor Nandan.

—Sí. Y dije que quería convertirme en terapeuta, porque es lo que quiero.

Me miró confundido.

—Correcto. Lo que me hace preguntarme por qué harías esto en un test diseñado para determinar tu nivel de empatía —dijo antes de colocar mi hoja sobre el escritorio.

—Lo sé, no lo terminé.

—No. Pero no estoy hablando de eso —dijo colocando su dedo junto al garabato que había dibujado en la esquina superior derecha del papel.

Al mirarlo de nuevo, me di cuenta de que era menos un garabato y más un boceto. Sabía que dibujaba cosas cuando estaba aburrida, y que no siempre eran imágenes felices. Ese dibujo definitivamente no era muy feliz y tenía un mensaje que era difícil pasar por alto.

—¿Dibujaste a un jugador de fútbol colgado de una soga en el test de empatía? ¿Hay algo de lo que le gustaría hablar, señorita Seers?

Mi boca se abrió cuando miré al hombre de rostro redondo frente a mí. No había dudas de qué lo había inspirado. Maldito Evan Carter.

—Está bien, puedo explicarlo —comencé sin saber qué diría a continuación.

—Continúa —instó pacientemente.

¿Iba a mentir? ¿Le diría la verdad? Me sentía en un callejón sin salida.

—Podría tener un problema con los jugadores de fútbol.

—¿De verdad? —dijo con sarcasmo.

—Y podría haber tenido un mal sueño con uno de ellos justo antes de venir a clase.

—¿Y quieres hablar de ese sueño?

—Realmente no. Fue una pesadilla bastante común. Mucha persecución. Carreras. Ya sabes, lo de siempre.

—¿Y luego viniste aquí y dibujaste esto… en un test de empatía?

—Eso parece —dije con una sonrisa incómoda.

El profesor Nandan se reclinó en su silla y me miró fijamente. No podía decir lo que estaba pensando, pero no podía imaginarme que fuera algo bueno.

—La forma en que lidiamos con el trauma infantil es única para cada uno de nosotros —comenzó—. Algunos optamos por evitarlo. Pero la estrategia más eficaz para tener una vida sana y feliz es enfrentando nuestros problemas.

—¿Estás sugiriendo que debería ver a un terapeuta?

—No estaría de más. Pero lo que demuestran las investigaciones es que la forma más efectiva de lograr empatía hacia un grupo de personas es humanizándolas.

—No creo que los jugadores de fútbol no sean humanos. Solo son lo peor que puede existir.

El profesor me miró con extrañeza.

—Correcto. ¿Pero aceptas que no todos los que comparten un rasgo son iguales? No todos los jugadores de fútbol son iguales. Al igual que no todos los estudiantes que se visten con pulseras negras con tachas son iguales. Todos somos individuos únicos.

—¿Qué estás sugiriendo? —pregunté sintiendo apretarse un nudo en mi pecho.

—Te sugiero que conozcas a un jugador de fútbol. Creo que si ves su individualidad, podría ser de gran ayuda para cambiar cualquier sentimiento

negativo que tengas hacia ellos. Incluso podría ayudarte en relación a tus sueños.

—¿Y cómo debería conocer a un jugador de fútbol?

—Curiosamente, hay un programa que he estado intentando implementar desde hace algunos años. Es una especie de tutoría. Los estudiantes avanzados se reúnen con estudiantes de primer año que están teniendo dificultades para adaptarse a la vida universitaria con el fin de brindarles su apoyo. Teniendo en cuenta que tu objetivo es convertirte en terapeuta, esto podría ser muy bueno para ti.

—Eso suena genial. Pero supongo que lo que no estás diciendo es que yo sería la consejera de un jugador de fútbol.

—Hay uno que se ha metido en problemas por su comportamiento. Y en lugar de expulsarlo de la escuela y del programa de fútbol, la universidad pensó que algo así sería útil.

Miré a mi profesor. ¡La peor idea que se le podía ocurrir! No todo el programa. La parte de la tutoría sonaba muy bien. Pero la parte en la que me encerraban en una habitación con uno de esos psicópatas lanzadores de cerdos era una locura.

¿Estaba intentando hacer que me maten? Tan pronto como se cierre la puerta y nos quedemos solos, este tipo se dislocaría la mandíbula y me tragaría entera. Luego de devorarme, probablemente se escaparía a Washington DC y crecería de tamaño hasta que, con la cola envuelta alrededor del Monumento a Washington, se comería al presidente y convertiría a los Estados Unidos en una dictadura demoníaca… ¿o estaba exagerando?

—Sí —dije antes de que la respuesta se registrara en mi cerebro—. Lo haré.

—¿Lo harás?

—Eso parece.

—¿Estás segura?

—No. Pero sí. Mira, quiero ser una buena terapeuta algún día. No, no solo quiero ser buena. Quiero ser genial. Quiero ayudar a la gente. Quiero que los niños no tengan que pasar por lo que yo pasé cuando crecía. Y si eso significa enfrentar mi problema con cierto grupo de demoníacos chupadores de almas, lo haré.

El profesor Nandan me miró inquisitivamente.

—Estoy bromeando… en su mayor parte. Pero lo digo en serio. Puedo hacer esto. Y tienes razón. Enfrentar mi problema es la mejor manera de resolverlo.

—Entonces lo organizaré. Gracias por esto. Si funciona entre tú y él, podríamos lograr que muchas personas reciban ayuda en los próximos años —dijo con una sonrisa.

—En otras palabras, ¿sin presión?

Él se rio.

—Sin presión. Solo sé tú misma. No se trata de darle las respuestas. Se trata de estar ahí para él y prestarle tu oído cuando lo necesite.

—Puedo hacer eso.

—Lo harás muy bien —dijo antes de prometer que me enviaría un correo electrónico con toda la información y despedirse.

Lo bueno es que nadie realmente necesita dormir para mantener la cordura. Si fuera así, me habría metido en muchos problemas. Porque acostada en la cama en la oscuridad, solo podía pensar en todo lo que Evan Carter y sus compañeros de equipo me hicieron en la secundaria.

No sabía en qué estaba pensando cuando acepté hacer esto. Ser consejera de un jugador de fútbol era una mala idea, una muy mala idea.

Sin embargo, eso no me impediría seguir adelante. ¿Quién era yo para rechazar una mala idea?

Mientras caminaba hacia el lugar de reunión acordado, empapé de sudor mi ropa. Estaba teniendo un ataque de pánico total. Nos reuniríamos en la guarida de la serpiente, la instalación de entrenamiento del equipo de fútbol. Pero al menos mi profesor estaría allí conmigo.

—¿Estás lista? —preguntó tan emocionado como yo aterrorizada.

—No, pero estoy aquí. Hagámoslo.

El profesor Nandan puso su brazo alrededor de mis hombros y me condujo a la habitación. La bestia estaba sentada de espaldas a mí. Lo curioso fue que reconocí su espalda. Era inconfundible. Y cuando se volteó y pude vislumbrar esos pómulos que estaban para morirse, pensé que era una broma cruel.

—¿Tú? —pregunté aturdida.

—¿Ustedes dos se conocen? —preguntó el profesor.

Nos miramos el uno al otro. No supe qué responder.

—Nos conocemos —respondió Nero.

—Espero que sea algo bueno —sugirió mi profesor.

Nero me miró de nuevo.

—Sí —confirmó para que mi profesor respirara.

—Entonces tal vez no necesito presentarlos. Pero, Nero Roman, ella es Kendall Seers. Kendall, Nero es una estrella de fútbol muy prometedora.

—No estoy seguro de eso —intervino rápidamente Nero.

—Te he visto jugar. Eres muy bueno —dijo efusivamente el hombre mayor.

—Gracias —dijo Nero mirando a otro lado tímidamente.

—Y Kendall es una de mis estudiantes más prometedoras.

—Lo soy —confirmé—. Probablemente la mejor.

No tengo idea de por qué dije eso. Pero rompió la tensión. Al menos para esos dos.

—No estoy seguro de eso —bromeó mi profesor—. Pero ella es muy buena. Estarás en buenas manos. ¿Los dejo a solas para que se conozcan?

—No veo por qué no —dijo Nero mirándome como si no le hubiera escupido en la cara y le hubiera pateado tierra mientras me alejaba la última

vez que lo vi.

—Muy bien. Entonces me voy —dijo el hombre resplandeciente antes de dejarnos solos y cerrar la puerta detrás de él.

Ambos nos miramos. Habría sido lo peor del mundo si no fuera extremadamente sexy. En serio, ¿cómo puede alguien ser tan guapo?

—¿Entonces, de qué quieres hablar? —preguntó sonriendo. Dios, tenía una gran sonrisa.

Pensé que estaba sudando antes. Ahora estaba prácticamente parada en un charco.

—¿Tienes calor aquí? —pregunté—. ¡Lo digo en serio! ¿Hace calor aquí? ¿Quieres que nos vayamos? Salgamos de aquí. Necesito un poco de aire fresco. No puedo respirar aquí adentro.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Solo necesito dar un paseo. ¿Podemos dar un paseo?

—Como tú quieras —dijo chorreando su encanto sureño de pueblo.

Salimos de las instalaciones de entrenamiento y caminamos de regreso al campus en silencio. A mitad de camino me di cuenta de que no iba a poder huir más, así que me dirigí a un banco y me senté. Nero se sentó a mi lado. Podía olerlo. Olía a cuero y almizcle. Su olor me hizo ruborizar. ¿Por qué me estaba entusiasmando un jugador de fútbol?

—¿Cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué? —pregunté todavía sin mirarlo.

—Que este era mi lugar favorito. No recuerdo habértelo dicho la noche que nos conocimos.

—¿Este es tu lugar favorito? —pregunté finalmente volviéndome hacia él.

—Sí. Descanso aquí todos los días después del entrenamiento. Siempre entreno mucho, ya sabes. Todo suele ser demasiado. Así que este es el banco en el que me siento a pensar.

Miré alrededor. No había pasado mucho tiempo en este rincón del campus durante mis años aquí. Pero era un lugar hermoso. Había más árboles que en cualquier otra parte. Y con las hojas de otoño coloreadas cubriendo el suelo, la escena parecía una postal.

—¿Qué es lo que resulta ser demasiado? —pregunté de repente sintiéndome más tranquila.

La sonrisa de Nero desapareció.

—Dímelo tú. Entrenamiento. Clases. Tener sentimientos que probablemente no debería tener.

Me quedé mirando a Nero mientras me preguntaba cuáles eran esos sentimientos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—¿Finges ese acento sureño que tienes?

Nero se movió incómodo. No creo que estuviera preparado para la

pregunta.

—No tienes que decirme si no quieres.

—No es que no quiera decírtelo —. Nero hizo una pausa, miró el cielo alrededor y respiro profundo— Déjame invertir la pregunta. ¿Finges esa tensión de "no me gusta nadie"? Porque cuando hablamos en la fiesta, eras totalmente diferente.

Lo miré como una cierva atrapada por linternas.

—Estaba muy borracha esa noche.

—¿Eso no significa que estabas siendo realmente tú misma?

Lo miré sin decir nada. Estaba diciendo lo que yo temía que fuera cierto. Y lo peor era que todavía no recordaba todo lo que había hecho esa noche. Era posible que él supiera cosas de mí que yo no sabía de mí misma.

—No estamos aquí para hablar de mí.

—Lo entiendo. Solo estaba tratando de demostrarte que no es que no quiero responder a tu pregunta.

—Es que no sabes la respuesta. ¿No sabes si tu encanto es fingido? —sugerí.

Nero me miró con dolor en los ojos. Parecía un tipo que luchaba intensamente contra sí mismo. Me dolía el corazón por él.

—¿Qué significa "bueno" o "malo"? —pregunté con simpatía.

—Bueno, lo primero es algo que está bien. Y lo otro es algo que está mal —explicó como si estuviera avergonzado de que yo no supiera la diferencia.

Lo miré fijamente sin saber si estaba hablando en serio o no hasta que dejó de actuar y se rió. Yo también me reí.

—Oh, eso lo explica. No lo había visto de esa manera —bromeé.

—De nada —dijo sonriendo.

Aunque su encanto fuera un acto o no, había funcionado en mí. No sé cómo, pero lo había logrado. De repente me sentía mucho más relajada.

—Vale, ahora que has derramado un poco de sabiduría, tal vez podrías decirme cómo llegaste aquí.

—¿Aquí?

—Ya sabes, a tener que pasar el rato conmigo.

—¿Suerte?

Me reí.

—Lo digo en serio.

—Yo también —dijo exagerando.

—No, venga. Se supone que estoy aquí para ayudarte. Mi profesor dijo que tuviste un incidente…

Nero miró hacia abajo y el hechizo se esfumó.

—Sí, tuve un encontronazo con un coche.

—¿Qué quieres decir?

Nero me miró vacilante.

—A veces las cosas me sobrepasan. Y cuando lo hacen, no siempre tomo las mejores decisiones.

—Entonces, cuando dices que tuviste un encontronazo con un coche, ¿quieres decir que…?

—Podría haberme sacado algo de frustración con él.

—¡Oh!

—Golpeé un par de puertas, rompí una ventana…

—¿Por qué?

Nero me miró fijamente por un momento y luego desvió la mirada.

—No lo sé. Hay momentos en que las cosas se me van de las manos.

—¿Siempre has sido así?

—Probablemente.

A pesar de todo su encanto, no tenía dudas de lo que veía. No era un monstruo. Era un chico que sufría mucho. Me rompía el corazón.

—Las cosas también me sobrepasan, a veces.

—¿Sí? —dijo mirándome.

—Sí. Como cuando te dije lo que te dije.

—Oh.

Nero miró hacia abajo. No había dudas del dolor que le provocó el recuerdo.

—Sé que nunca lo adivinarías, pero tengo algo en contra de los jugadores de fútbol.

Nero sonrió.

—Creo que me di cuenta de eso. ¿Por qué?

A pesar de lo cómoda que me estaba empezando a sentir junto a él, todavía no estaba lista para hablar de eso.

—¿Qué tal si no hablamos de mí?

—Entonces, ¿de qué deberíamos hablar?

—¿En qué te va bien en este momento?

—Hasta ahora, el día de hoy me está yendo bastante bien —dijo recuperando su encanto.

—Vamos…

—Así es. Y supongo que puedo decir que en el fútbol me va bien.

—¿Qué significa eso? ¿Has atrapado muchos pases o algo así?

—Sí, juego de corredor, lo que significa que mi trabajo es atrapar pases y correr por el campo. Lo he estado haciendo mucho.

—Suena genial —dije mostrando tanto entusiasmo como podía.

—No tienes idea de lo que eso significa, ¿verdad?

—No, algo de idea tengo. Atrapar… Pasar… El campo de fútbol es esa gran cosa verde con rayas, ¿verdad?

Nero se rio. Tenía una risa agradable.

—Sí. Así es el campo de fútbol. Tengo una idea. Quieres conocerme, ¿verdad?

—Con fines profesionales —respondí dejando en claro que no quería seguir adelante en otro sentido.

Trató de ocultar su decepción. Sé que no tenía ser así, pero que esté

decepcionado se sintió como una carga.

—Bien, con fines profesionales. Entonces deberías venir a ver un partido.

Todos mis miedos hacia los jugadores de fútbol regresaron rápidamente.

—No lo sé.

—Deberías. Puedo conseguirte entradas. ¿Quieres llevar a alguien, tal vez a tu novio? —preguntó Nero vacilante.

—¿No estaba borracha tratando de besarte hace un par de noches?

—Recuerdo algo así —dijo sintiéndose bien consigo mismo.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que tendría novio?

—No sé. Quizás tienes una relación abierta o algo así.

—Ah, no —dije con firmeza.

—Entonces, ¿irás? ¿Quieres sentarte con mi hermano y su novia? Los dos son muy agradables. Y mi hermano solía jugar fútbol aquí así que puede explicarte todo lo que necesitas saber sobre el deporte.

—Entonces, ¿tu hermano es un exfutbolista?

—Uno de los mejores en la historia de la Universidad East Tennessee —dijo Nero con una sonrisa.

—Supongo —dije todavía tratando de hacerme la idea.

—¿Entonces, irás?

Lo pensé por un segundo. Antes de que pudiera decidirme, me escuché a mí misma decir: "Sí". Mi boca tenía mente propia últimamente.

—¡Genial! —dijo con deleite.

Su entusiasmo era genuino. Me gustaba brindarle alegría. Se sentía muy bien saber que yo lo había causado. Entonces, aunque no estaba segura de lo que hacía, iría a ver un partido de fútbol. ¿En quién me estaba convirtiendo? ¿En quién me convertiría si pasara tiempo con Nero?

Capítulo 4

Nero

Si hubiera sabido que destrozar un coche me haría pasar tiempo con una chica como Kendall, lo habría hecho hace mucho tiempo. Mirarla a los ojos me produjo algo. Solo podía pensar en besarla. Quería deslizar mis dedos por su cabello detrás de su oreja, aferrarla y apretar mis labios sobre los suyos.

—Ey, ¿encontraste tu teléfono al final?

—No. Tuve que comprar uno nuevo.

—¡Qué coñazo!

—Sí.

—Tendré que darte mi número para que tengas algo que guardar en él.

Kendall me miró con una sonrisa sospechosa.

—Puedo enviarte un mensaje con la información del partido del sábado.

Me miró de forma adorable y luego cedió.

—Vale.

Estando frente a ella intercambiando números, pensé en todas las cosas que quería hacer con ella en lugar de despedirme. No hicimos ninguna de ellas. Pero, mirándola, mi corazón se aceleraba. Me sentía vivo cuando estaba con ella. Era como si el peso de mi pasado se hubiera alivianado.

Mientras pensaba en envolver mis brazos alrededor de ella y no dejarla ir nunca, me extendió su mano.

—Fue un gusto conocerte… de nuevo —dijo con profesionalismo.

—Oh. Sí. Fue bueno verte —dije antes de estrechar su mano y alejarme, aunque todavía me estremecía al hablar con ella.

Luego de caminar algunos pasos, no pude evitar mirar hacia atrás, así que eché un vistazo por encima de mi hombro. La atrapé en el acto. Ella también estaba mirando hacia atrás. Una ráfaga de calor me invadió. Rápidamente se volteó, y yo hice lo mismo.

Claramente quería mantener las cosas profesionales. Podía respetar eso, aunque definitivamente no era lo que quería.

Antes de ver a Kendall en la graduación de Cage, mis sentimientos hacia las chicas habían sido diferentes. Me imaginaba enrollándome con ellas y tal vez salir a buscar algo para comer. Nunca fue nada serio.

Pero quería conocer a Kendall. Quería hablar con ella y averiguar quién era. Quería besarla. Quería acostarme en la cama con ella y aferrarla entre mis brazos.

Al pensar en ello, inmediatamente se me aflojaron las rodillas. Pasaba muy seguido cuando pensaba en Kendall. No sabía cómo iba a concentrarme en el partido del sábado sabiendo que ella estaría allí.

Una cosa segura era que necesitaba jugar el mejor partido de mi vida. Necesitaba que Kendall me viera en ese campo y se diera cuenta de que no

quería mantener las cosas profesionales entre nosotros. Una vez que lo hiciera, la estrecharía entre mis brazos y todo sería perfecto.

Cuando regresé a mi habitación me sorprendí al encontrarla llena de gente.

—Cage, Quin, ¿qué hacen aquí?

Los dos miraron a Titus.

—Les daré un poco de espacio —dijo Titus dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

—¿Tienes un segundo para hablar? —preguntó Cage cuando Titus se fue.

—Sí, ¿qué sucede? —acepté poniéndome nervioso—. No van a decirme que están rompiendo, ¿verdad?

Ambos me miraron conmocionados.

—Dios, no. Las cosas nunca han estado mejor entre nosotros. ¿Por qué pensaste eso?

—No lo sé. Las cosas han ido tan bien últimamente que pensé que algo las estropearía.

—¿Las cosas han ido bien? ¿No destrozaste un coche hace menos de una semana?

—Sí, pero las cosas han mejorado.

—Eso es bueno —dijo Cage antes de mirar a su silenciosa novia.

—Entonces, las cosas también nos han ido estupendo. De hecho, Quin y yo estamos pensando en dar el siguiente paso. Nos gustaría vivir juntos.

Me quedé pensando en lo que dijo. La única razón por la que pude asistir a la universidad fue que luego de la graduación, mi hermano se mudó a Frozen Falls y cuidó de nuestra madre. Durante los últimos ocho años ese había sido mi trabajo. Pero Cage, que trabajaba como entrenador de fútbol para la escuela secundaria local, vivía con ella en nuestra casa rodante. Fue lo que hizo posible mi nueva vida.

Miré a Quin.

—¿Quieres mudarte a la casa rodante?

—No exactamente —dijo Quin mirando a Cage para invitarlo a que lo explique.

—Quin está pensando en comprar una casa en Frozen Falls. De esa manera, no tendrá que quedarse en el hostel de la doctora Sonya cuando venga el fin de semana.

—Entonces, ¿quieres mudarte de nuestra casa? ¿Quién cuidará de mamá? ¿Esperas que vuelva y lo haga yo? —pregunté sintiendo que se me achicaba el pecho.

Estaba disfrutando de mi nueva vida, especialmente ahora que Kendall estaba en ella. No estaba dispuesto a dejarlo todo.

—No. Eso no es lo que estamos tratando de decirte —explicó Cage—. Te estamos diciendo que Quin está pensando en comprar una casa en la que todos podríamos vivir. Mamá tendría una habitación. Y tú también la tendrías.

—Incluso podría conseguir algo con cuatro dormitorios para que tengamos un lugar donde duerman los huéspedes cuando nos visiten. Estoy seguro de que mis padres querrán visitarnos en algún momento. Vamos a necesitar espacio para ellos también —dijo Quin.

—Entonces, ¿vas a comprar una casa de cuatro habitaciones para tener un lugar donde ligar los fines de semana? Suena muy lindo.

No quería ser un idiota con Quin por lo rica que era. Pero siendo un tipo que tuvo que hacer algunas cosas horribles para sobrevivir a lo largo de los años, me resultó una píldora difícil de tragar.

—No seas así, Nero. Nos ofrece un lugar para vivir sin pagar renta. ¿No estás cansado de vivir en un lugar sin privacidad? Quiero decir, ¿cómo hiciste para invitar chicas a dormir cuando vivías allí? Las paredes son finas como el papel.

—No invité chicas a dormir —dije sin mencionar por qué no lo había hecho.

Con mamá como estaba y con todo lo que estaba pasando en ese momento, mi vida era demasiado. Tendría que haber sentido algo muy especial por alguien como para involucrarla en mi vida. Como nunca lo había sentido, nadie recibió una invitación.

—Bueno, si tienes un dormitorio con una puerta de verdad, tal vez puedas.

—¿Vendrán a ver mi partido el sábado?

Cage se estremeció ante mi cambio de tema.

—Por supuesto.

—La persona que me asignaron para el programa de manejo de ira en el que me pusieron también estará allí. Ella no sabe mucho de fútbol. ¿Creen que podrían, ya saben, explicarle algo? Simplemente no quiero que se muera de aburrimiento. Quiero que lo pase bien.

—No hay problema. Vale. Por cierto, ¿cómo va el programa?

—Estaba un poco nervioso por eso. Pero tal vez funcione —dije pensando en Kendall.

—Pareces más feliz —señaló Cage.

Después de que lo dijo, me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Quizás.

—Nos aseguraremos de que lo pase bien —asintió Cage—. ¿Cómo se llama?

—Kendall.

Tan pronto como lo dije, sentí que mis mejillas enrojecían. Me miraron como si lo que sentía por ella estuviera escrito en mi cara.

—Vale, sí. Te entendimos —dijo Cage con una sonrisa.

—No te preocupes por nada —dijo Quin diciéndome que Kendall estaría en buenas manos.

Cuando le envié un mensaje a Kendall para contarle sobre su entrada, respondió con un simple: “Gracias”. Esperaba un poco más. Si estuviera

interesada en mí, ¿no me habría deseado suerte en el partido al menos?

Recordé lo que me dijo la noche de la fiesta. Kendall borracha había dejado en claro que estaba interesada en mí. Lo mismo sucedió cuando nos encontramos el domingo antes de que se enterara de que jugaba al fútbol.

Pero tal vez eso ya no era así. Eso me motivaba aún más para jugar el mejor partido de mi vida. Tenía que convencerla. Lo único que a la gente le gustaba de mí era lo que hacía en el campo de fútbol. Y también haría que le gustara a Kendall.

Pensaba que estaría distraído cuando entrara al estadio, pero me había equivocado. Nunca antes había estado más concentrado en mi vida. Titus, que era jugador suplente en el equipo, trató de hablar conmigo. Cuando lo ignoré, entendió el mensaje y se aseguró de darme espacio.

Mientras observaba como nuestro equipo defensivo comenzaba a jugar, todo se ralentizó. Podía ver adónde se moverían todos antes de que llegaran allí. Entonces, cuando empecé a llevar la ofensiva, miré a los ojos del mariscal de campo. Inmediatamente, lo entendió.

Capítulo 5

Kendall

Entrar al estadio tenía que ser la experiencia más extracorpórea de mi vida. Estaba entrando en la guarida del león de buena gana. No podía decir si lo estaba haciendo con fines profesionales. O si lo estaba haciendo porque volvería a ver al chico que me gustaba.

Ninguna de esas cosas cambió lo temblorosa que estaba al cruzar los pasillos en busca de mi asiento. Todo lo relacionado con el lugar me disparaba lejos. En serio, no quería estar allí. Me habría dado la vuelta y me habría marchado, si no fuera por el chico hermoso al que había ido a ver.

¿Dije "hermoso"? Me refería al chico "con problemas" que necesitaba mi ayuda. Tenía que recordar quién era yo para él. Puede que no haya sido su terapeuta oficial, pero necesitaba saber que podía confiar en mí. No podía cruzar esa línea.

Al recordar eso, dejé a un lado mi vacilación y me recompuse. Encontré mi sección y me metí en el mar de asientos. No era como el estadio de mi escuela secundaria. Era enorme. Tenía capacidad para 20.000 personas. Era abrumador. Todo lo que quería hacer era encontrar mi asiento y fingir que estaba en otro lugar.

—¿Eres Kendall? —dijo una chica amistosa con acento de la costa este mientras me sentaba.

La miré y luego al tío corpulento que estaba a su lado. El tipo tenía que ser el hermano de Nero. No se parecían mucho, pero ambos eran los hombres más atractivos que podía imaginar.

A la chica que me saludó sería mejor describirla como linda. Era de la misma altura y contextura física que yo. No la describiría exactamente como una nerd. Pero definitivamente era alguien a quien no esperaría ver en un partido de fútbol.

—Soy yo. ¿Y tú eres…? —dije señalándola y dándole espacio para que dijera su nombre.

—Quin. Y él es mi novio, Cage.

—¿El hermano de Nero?

—Sí, soy yo —dijo con la sonrisa más encantadora. ¿Las sonrisas asesinas eran de familia?

—Nero nos pidió que nos aseguremos de que lo pases bien —dijo Quin amablemente.

—¿Dijo eso?

—Definitivamente. Entonces, ¿has estado en un partido de East Tennessee antes?

—Nunca antes había estado en ningún tipo de partido.

—Oh. Yo tampoco hasta que conocí a Cage. Son divertidos. Solo tienes que contagiarte del espíritu.

—No me identifico mucho con ese espíritu de equipo —expliqué.

—Ayuda tener a alguien a quien animar —dijo mirando hacia el campo—. Ok. Somos de East Tennessee, así que somos los de azul. Seríamos los que están allí. Y Nero está… —dijo Quin buscándolo en el campo.

Cuando mencionó el nombre de Nero, mi corazón dio un vuelco. Me contuve.

—Ahí está —dijo con una sonrisa.

Giré y lo encontré. Era uno de los muchachos que estaban en el centro del campo.

—¿Conoces la premisa del juego?

—No sé nada —dije a Quin.

—En pocas palabras, están tratando de hacer que el balón llegue a la zona de anotación que está más allá de esa línea. Entonces, ahí lo tienes, están montando una jugada y…

Quin dejó de hablar cuando alguien le pasó la pelota a Nero. Cuando él la cogió, un chico del otro equipo se lanzó sobre él. Nero giró para quitarse al tío de encima y luego corrió hacia la zona de anotación.

El otro equipo lo perseguía. Todas las veces Nero bailaba o giraba alrededor de ellos. La multitud se puso de pie cuando se acercó a la línea. Yo los imité. Y cuando Nero se lanzó al aire para escapar de la última persona que lo atacaba y cruzó la línea, la multitud explotó. No me importaba el fútbol, pero no podía evitar ser arrastrada por el rugido de 20.000 personas.

—¿Esto siempre pasa? —pregunté inclinándome hacia Quin.

—No, nunca pasa. Corrió 90 yardas para anotar un touchdown en la primera jugada.

—Supongo que tiene la cabeza en el partido —confirmó el hermano de Nero—. Me pregunto qué inspiró eso —dijo mirando a Quin. Ambos se voltearon para mirarme. Sabía lo que estaban insinuando, pero no iba a reconocerlo.

Al mismo tiempo, la idea de que yo tenía algo que ver con lo que Nero acababa de hacer hizo que mi cuerpo se estremeciera por completo.

—Todo el mundo dice que Nero es realmente bueno —dije motivándolos a que dijeran más.

Su hermano respondió con orgullo.

—Recién empieza la temporada, pero hasta ahora lidera la división en yardas corridas.

—¿Eso es bueno? —pregunté a Quin esperando una traducción.

—Lo está haciendo como estudiante de primer año, lo que significa que podría tener la oportunidad de convertirse en profesional.

—Eso si puede mantener su cabeza en orden —agregó Cage—. Se supone que debes ayudarlo con eso, ¿verdad? ¿Cómo les está yendo?

Ambos me miraron.

—Corrió 90 yardas en la primera jugada del partido. Dímelo tú —dije de repente, preocupándome por si querían que Nero y yo estuviéramos juntos.

Cage se rio.

—Sí, tal vez seas buena para él. A Nero le harían bien más cosas buenas en su vida.

No sabía qué significaba eso, pero hice una nota mental para averiguarlo.

Tuve que admitir que ver el partido no fue tan terrible como imaginaba. Según entendí, Nero anotó tres touchdowns más, lo que era muy bueno. Y Quin resultó ser alguien con quien realmente podría vincularme. Ella era bastante guay. Mis dos anfitriones lo eran.

No podía entusiasmarme por completo con un exjugador de fútbol. Pero el hecho de que estuviera con alguien como Quin, me hizo pensar que no era del todo malo. Tal vez no todos los jugadores de fútbol eran unos completos idiotas.

—Vamos a encontrarnos con Nero y a buscar algo para comer. ¿Quieres venir con nosotros? —preguntó Quin.

Vacilé. No tenía dudas de que quería ver a Nero. Al menos, quería felicitarlo por el partido. Pero ¿sería profesional de mi parte? No quería que Nero pensara que podría pasar algo entre nosotros. Por muy bueno que empezara a sonar, no podía.

—Ven con nosotros —insistió Quin—. Estoy segura de que le encantará verte.

—Vale —dije sin pensar.

—¡Estupendo! —dijo Quin con una sonrisa.

—Entonces, ¿eres de Tennessee? —preguntó Quin mientras atravesábamos el estadio.

—Nashville. ¿Y tú?

—Nueva York.

—¡Oh, qué guay! ¿Cómo es allá?

Quin intercambió una mirada de complicidad con Cage.

—Único.

—¿A qué te refieres?

Quin explicó su infancia complicada. Sus dos padres eran súper famosos porque cambiaron el mundo. Su padre era dueño de una compañía de autos eléctricos y naves espaciales que los hizo más ricos que Dios. Y su madre era la activista de cambio climático más reconocida del mundo.

Cuando mencionó que fue a una escuela secundaria para niños superdotados, ya estaba totalmente obsesionada con ella. La quería en mi vida.

Nuestra conversación solo se detuvo cuando Nero salió de uno de los pasillos y se unió a nosotros. Otro chico lo seguía. Tan pronto como Nero me vio, nuestros ojos se cruzaron. Me sentía ardiente cuando lo miraba. Cada parte de mí quería besarlo de nuevo.

—Lo hiciste.

—Por supuesto.

—Me alegro. Espero que estos dos no te hayan aburrido —dijo Nero

señalando a Quin y a su hermano.

—No. Sin ellos no habría entendido nada de lo que estaba pasando.

—Soy Titus —dijo el chico amable detrás de Nero ofreciéndome su mano.

—Soy Kendall.

—¿Y de dónde conoces a nuestra estrella?

—Yo, mmm —miré a Nero sin estar segura de lo que debía decir.

—Es una amiga —dijo mirándome a los ojos de nuevo.

El silencio se prolongó.

—Okeeyy —dijo Titus captando la atención de todos—. ¿Alguien más está hambriento? Montar el pino puede hacerte aumentar el apetito.

Lo miré confundida y luego miré a Quin.

—¿Montar el pino?

—Así le dicen a cuando estás en un equipo pero no juegas.

—Oh.

—Sí. No todo el mundo llega a jugar de novato como nuestro viejo Nero. Por otra parte, tampoco todos pueden jugar como él.

Titus cogió de los hombros a Nero y lo sacudió.

Él bajó la cabeza y se sonrojó. Nunca hubiera imaginado que Nero fuera tan humilde.

—Entonces, ¿Lou viene con nosotros? —preguntó Titus al grupo.

—No. Tiene una cita —respondió Quin

—Ah —dijo Titus luciendo un poco decepcionado.

Miré a Quin.

—Lou es mi compañera de cuarto.

Algo me dijo que había algo más en esa historia. Pero no iba a preguntar.

Mientras el grupo caminaba hacia una pizzería cercana, Nero retrocedió y comenzó a caminar conmigo.

—¿Qué te pareció el partido? —preguntó con una sonrisa orgullosa.

—Estuviste impresionante. Pude ver por qué todos dicen que eres tan bueno.

—Fue mi mejor partido de la temporada. Finalmente sentí que tenía algo por lo que jugar.

—Sí, Quin me dijo que tienes la oportunidad de convertirte en profesional.

Nero se rio.

—Sí, eso es lo que quise decir.

Supongo que no se refería a eso. Y adivinar lo que realmente quería decir envió un pulso caliente a todo mi cuerpo.

—¿Cage y Quin te hicieron sentir cómoda?

—Sí, lo hicieron. Quin es realmente genial. Es una chica “normal”.

—Si crees que es una chica normal, entonces ustedes dos no hablaron lo suficiente —dijo riendo.

—No. Vale. Está tan lejos de ser normal como se puede imaginar. Quise decir que parece auténtica.

—¿Auténtica?

—Sí, ya sabes, algunas chicas pueden ser muy complicadas.

—Oh, ¿te refieres a Lou? —bromeó Nero.

—¿Ah, de verdad?

—Sí. Es todo un show. ¿No te gusta eso?

—No sé. Supongo que no se trata de serlo o no serlo, yo ya lo superé. Creo que solía ser un poco show.

—¿Tú?

—Sí. No había descubierto quién era todavía.

—¿De verdad?

—Sí. Y digamos que no todos apreciaron mi proceso de descubrimiento.

—¿Eso tiene algo que ver con lo que sientes por los jugadores de fútbol?

Miré a Nero y recordé que había mantenido difusos mis sentimientos hacia ellos.

—Tiene algo que ver con eso.

—Bueno, espero que estés empezando a ver que no todos somos así.

—Estoy empezando a verlo —dije con una sonrisa.

—Entonces, lo que estás diciendo es "Gracias, Nero, por abrirme los ojos. Porque antes estaban cerrados y ahora me has cambiado la vida para siempre".

Me reí.

—No estoy tan segura de eso.

—Está bien, puedes decirlo. No tienes por qué avergonzarte. Estás entre amigos.

Lo miré de reojo con complicidad y me alejé de él para hablar con Quin. Realmente me agradaba Quin y parecía que yo también le caía bien. Aunque era mi tercer año aquí, lo más parecido a una amiga que tenía era Cory, mi compañera de cuarto.

Cory era muy dulce pero encajaba tan cómodamente en las expectativas de la sociedad que su vida había sido fácil. Eso hacía difícil que me identificara con ella. Quin no era así. Y eso hacía la diferencia.

En la pizzería, me senté junto a Quin y seguí hablando con ella. De vez en cuando miraba a Nero y lo atrapaba mirándome. Cada vez que lo descubría, me exaltaba. Era un tipo increíble. Estaba empezando a verlo. Pero eso no cambiaba el hecho de que mi trabajo era ayudarlo, no enamorarme de él.

Cuando llegó la cuenta, Quin la cogió y nadie hizo un gesto para pagar. Le ofrecí pagar mi parte, pero ella me hizo a un lado.

—Puedes invitar la siguiente —dijo—. Ojalá podamos volver a pasar el rato.

—Sí, definitivamente.

No estaba segura de si estaba hablando de todo el grupo o solo de nosotras dos. De cualquier manera, quería hacerlo. No había imaginado que conocer a los amigos de Nero pudiera hacer que él me gustara más, pero lo hizo. Se

estaba volviendo más difícil para mí mantener las cosas profesionales con él. Y cuando se despidió de todos los demás y me acompañó a mi habitación, tuve que esforzarme para recordar que nuestro encuentro no había sido una cita.

—¿Te divertiste hoy? —preguntó con la sonrisa más increíble .

—Mucho. Tus amigos son estupendos.

—Les agradaste. Y creo que hiciste una conexión amorosa con Quin.

Me reí.

—Sí, lástima que ya está tomada.

Nero sonrió.

—Supongo que tendrás que conformarte con quienes quedan.

—Qué lástima —dije bromeando.

—Lástima.

Mirándolo a los ojos, pude reconocer de qué momento se trataba. Aunque no había tenido ninguna experiencia con chicos o relaciones, sabía que si fuera una cita, este sería el momento en el que él se inclinaría y me besaría. Quería que lo hiciera. Pero tan pronto como se inclinó, me alejé y le ofrecí mi mano.

—De todos modos, gracias por permitirme echarle un vistazo a tu mundo. Me…

—¿Cambió la vida? —preguntó Nero sacudiéndose rápidamente cualquier decepción que le hubiera ocasionado mi gesto.

—Sí, me cambió la vida —admití. Si no iba a besarlo, lo mínimo que podía hacer era lograr que se sintiera bien consigo mismo.

—Eso creo —dijo engreído. Estiró los brazos.

—¿Abrazo?

Dudé, pero solo por un momento. Lo rodeé con mis brazos y lo apreté con fuerza. Cuando hizo lo mismo, no quería que se fuera. Incluso después de que soltó su abrazo, me tomó un momento corresponder. Me estaba enamorando de Nero y me estaba enamorando intensamente. La única pregunta que restaba era qué iba a hacer al respecto.

Capítulo 6

Nero

Desde el momento en que liberé a Kendall de mis brazos, no pude dejar de pensar en ella. Me había vuelto loco sabiendo que ella me había visto jugar y esa intensidad continuó durante el próximo entrenamiento.

—Sigue con el trabajo duro, Roman —dijo el entrenador mientras yo vomitaba en un balde después de las carreras de velocidad.

—Gracias, entrenador.

Obtener su reconocimiento se sintió bien, pero no tanto como recibir los mensajes de Kendall. Estaba intentando no escribirle demasiado. No tenía mucha experiencia en estas cosas, pero mi instinto me decía que debía actuar con calma. Pero qué demonios sabía yo además de que era una locura que estuviera eligiendo pasar por esto solo.

Hace un año, mi hermano había pasado exactamente por lo mismo después de conocer a Quin. No estaba seguro de por qué no le había contado lo que sentía por Kendall. Además, después del despliegue que hice cuando pedimos pizza, no había forma de que él no supiera que estaba en las nubes por Kendall.

"¿Podrías llevar a Quin a Frozen Falls este fin de semana? Hay una casa a la que queremos que le eches un vistazo", escribió Cage en el mensaje que me envió.

Me quedé mirando el mensaje sin saber muy bien cómo responder. Estaba feliz de llevar a Quin y me daría una excusa para ver a mamá. Ese no era el problema. Era la parte de la casa.

Su plan tenía sentido. Lo que no tenía sentido era que Quin pagara para quedarse en el hostel de la doctora Sonya si podía comprar algo con mucha facilidad. Y Dios sabe que sería bueno tener un poco de privacidad cuando fuera de visita. No podías tirarte un pedo en la vieja casa sin que todos lo supieran.

Pero a pesar de lo deteriorada que estaba, la vieja casa era un hogar. Era mi hogar. Aunque de hecho, no lo era. Pagábamos demasiado para rentar ese basurero. Pero no lo sé, era mi casa. Era un lugar que nadie podía quitarme, excepto el propietario que había amenazado con echarnos varias veces a lo largo de los años.

No sabía por qué me importaba en absoluto ese tugurio. Pero me importaba. Y la idea de perderlo me incomodaba.

No es que no confiara en la hospitalidad de Quin. En ese punto, Quin se sentía tan familiar como Cage. No había forma de que esos dos no se casaran. Todo el mundo lo sabía.

Simplemente no sabía si estaba listo para depender de otra persona. Había tenido que cuidarme solo durante mucho tiempo. Cuando únicamente puedes confiar en ti mismo, solo hay una persona que puede decepcionarte.

Estaba sentado en la cama en mi dormitorio cuando la puerta se abrió.

—Ey, Cage dijo que te envió un mensaje. ¿Lo recibiste? —preguntó Titus antes de arrojar su mochila a los pies de su cama.

—Lo recibí. He estado ocupado. No he podido responder.

Podía sentir a Titus mirándome mientras yo observaba el techo perdido en mis pensamientos.

—Eso parece, trabajador tenaz —bromeó—. ¿Escuchaste que la doctora Sonya está organizando un festival?

—¿Un festival?

—Sí. El festival Luz de luna. Cage está ayudando. La doctora Sonya cree que puede atraer turistas. Teniendo en cuenta la historia del alcohol ilegal en la ciudad, creo que es una buena idea. Y si hay algo por lo que la gente está dispuesta a conducir, es por el alcohol, ¿verdad?

—Quizás.

—No sé. Creo que funcionará.

Observé a Titus mientras cogía un plato de fideos y lo calentaba en el microondas.

—Entonces, ¿qué pasa con Lou?

—¿Qué quieres decir? —preguntó casualmente.

—Quiero decir, ¿te gusta o…?

—Por supuesto que me agrada. Somos amigos.

—Eso no es lo que intento decir. Lo que estoy diciendo es que ustedes dos pasan mucho tiempo juntos. ¿Hay alguna razón para eso?

Titus me miró como si lo hubiera atrapado en una mentira.

—¿Qué otra razón necesitas además de que somos amigos? Es una chica divertida. No hace falta que te lo diga.

—Supongo que no.

—Entonces, ¿qué te pasa con Kendall?

Miré a Titus sin esperar la pregunta. Sin embargo, estaba claro por qué lo había preguntado. Titus estuvo allí el domingo. No era como si estuviera ocultando lo que sentía por Kendall.

—Somos amigos y ella es una chica divertida. La conoces. No hace falta que te lo diga.

Titus me miró y luego soltó una carcajada. Sabía lo que estaba diciendo. Si no iba a ser sincero conmigo sobre lo que sentía por Lou, ¿por qué debía compartir con él mis sentimientos por Kendall?

—Bien —concedió Titus—. No te olvides de enviarle un mensaje a tu hermano —me recordó antes de coger su sopa y salir de la habitación.

Saqué mi teléfono y escribí: “Por supuesto”.

“Estupendo. Te veré entonces”, respondió de inmediato.

Todavía no estaba seguro de que comprarían una casa, pero comencé a darme cuenta de que había otras cosas de las que tenía que hablar con él. Ya lo había pospuesto demasiado.

Cuando terminó el partido recogí a Quin y emprendimos el viaje de dos horas a mi casa. Ella y yo nunca hablábamos tanto cuando conducíamos juntos, pero estaba más callada que de costumbre.

—¿Vienes a nuestra casa o debo dejarte en el hostel de la doctora Sonya? —pregunté rompiendo el silencio.

—Cage dijo que vayamos a tu casa. Quiero saludar a tu mamá. Iremos al hostel de la doctora Sonya más tarde.

Hice una pausa mientras recordaba algo.

—Por cierto, ¿has avanzado algo en lo que estabas investigando?

—¿Te refieres a averiguar quién es tu padre y el de Cage?

—Sí.

Cage había sido secuestrado en el hospital cuando era un bebé y había estado viviendo con el tío que lo arrebató pensando que su madre había muerto al dar a luz. Pero entonces Cage conoció a Quin. En unas pocas semanas, Quin descubrió que el hombre que lo crió no era el padre biológico de Cage, averiguó en qué hospital había nacido y nos encontró.

Quin pudo darse cuenta de que los dos éramos hermanos basándose en nada. La chica era súper inteligente. Y como mi madre nunca me dijo quién es mi padre, que también es el padre de Cage, le pedí a Quin que lo investigara. Sabía que había estado trabajando en eso, pero no me había comentado nada al respecto desde hacía un tiempo.

—Lo que he descubierto es que probablemente no sea nadie de la ciudad.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Por qué? ¿Sospechabas de alguien?

—Eso creía.

—Bueno, podría estar equivocada. Pero he estado hablando con tu madre al respecto. Últimamente le está yendo mucho mejor. Y ciertamente no está dispuesta a decir mucho, pero me dio la impresión de que se mudó a la ciudad después de quedar embarazada de ti. Estoy pensando que si hubiera sido alguien de Frozen Falls, habría estado viviendo aquí antes de quedar embarazada de Cage.

—Entonces, ¿no lo basas en ninguno de tus razonamientos científicos?

—No puedo simplemente pedirle a todos los hombres de la ciudad que se hagan una prueba de paternidad.

—No a todos… Y no necesitaste una prueba para saber que yo era el hermano de Cage.

—Eso es diferente. Ustedes tienen los mismos rasgos genéticos raros. Además, he estado prestando atención a eso. Hasta ahora, tu madre es la única que los tiene.

—Así que, de nuevo, se trata de hacer que mi madre descubra el pastel, pero no lo está haciendo.

—Me temo que no. Y tal vez eso sea algo bueno.

—¿Por qué crecer sin saber quién es mi papá sería algo bueno? Al menos Cage tenía a ese tipo. Puede ser imperdonable lo que hizo, pero estaba allí.

Mamá era todo lo que yo tenía. Cuando perdió la razón, yo no tenía a nadie. ¿Cómo podría ser mejor?

Quin se quedó callada un rato antes de responder.

—Nero, creo que sucedió algo que quizás no quieras saber. Después de hablar con tu madre, empiezo a pensar que sería mejor dejarlo en el pasado.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes algo que no me estás diciendo?

—No. Te he dicho todo lo que sé. Pero ¿alguna vez te has preguntado qué puso a tu madre en un espiral descendente?

—Sí. Por supuesto. Fue cuando secuestraron a Cage y el hospital mintió y dijo que había muerto. Ella sabía que no era cierto.

—Eso es lo que ella dice y es posible. Pero dijiste que ella no se puso mal hasta que fuiste mayor. Entonces, ¿cómo pudo aguantar tanto tiempo? ¿Y qué la envió finalmente al fondo del pozo?

—No fue algo de golpe. Fue gradual. Yo lo vi.

—Sí, pero tal vez no estabas mirando el escenario completo. Quizás estaba pasando algo más.

—Entonces, ¿estás diciendo que algo provocó que ella reviviera todo?

—Esa es mi suposición. Y mi otra suposición es que, sea lo que sea, es posible que no quieras saberlo.

Me quedé pensando en ello un momento.

—¿Le dijiste a Cage algo de esto?

—Cage no me ha preguntado al respecto.

—Entonces, ¿solo lo mencionarías si él pregunta?

—Probablemente.

—¿Por eso yo tuve que preguntarte?

—Sí —dijo Quin con una mirada seria en su rostro.

—¿No crees que Cage querría saberlo?

—Quizás. Tal vez no. Te encontró a ti y a una madre después de vivir su vida sin una familia. Para él, eso es suficiente, al menos por ahora.

—¿Estás diciendo que encontrar a Cage y tener un hermano debería ser suficiente para mí?

—No estoy sugiriendo nada. Pero déjame preguntarte, ¿no es tu vida bastante buena en este momento?

—No está mal —admití.

—Entonces, ¿por qué querrías patear el nido de avispas?

Miré a Quin y me quedé en silencio. La chica era inteligente y había dicho varias cosas razonables. Pero como creció con un padre para quien era el centro de su mundo, no podía imaginar lo que era crecer sin uno.

Tenía buenas intenciones al darme consejos. Pero para responder a su pregunta, a veces pateas el nido de avispas porque se interpone en la forma en que deseas vivir tu vida.

Estaba claro que Quin no iría más lejos con su investigación. Eso me dejó donde estaba al principio. Mi madre seguía siendo la única persona que tenía las respuestas y no hablaba. ¿Qué estaba escondiendo? ¿Se trataba de algo que

no querría saber?

Seguí pensando en eso mientras entrábamos en la ciudad y nos dirigimos hacia el parque de casas rodantes. Cuanto más nos acercábamos, más mis pensamientos se enfocaban en la otra cosa de la que tenía que hablar ese fin de semana. Mi mandíbula se apretaba cuando pasaba por mi mente. No sabía si estaba listo para discutir acerca de ello, pero las vidas de Cage y Quin estaban avanzando. Era hora de que la mía también lo hiciese.

Al estacionarme, vi la camioneta de Cage estacionada enfrente. Una vez adentro, lo encontramos a él y a mamá sentados en el sofá frente al televisor. Cuando aún no se había dado la vuelta para mirarme, observé fijamente a mi madre.

¿Qué me estaba ocultando? ¿Qué podría ser tan malo en relación a mi nacimiento? Y después de toda una vida de preguntas, ¿cómo podría hacer que ella me respondiera ahora?

—La cena está lista si tienen hambre —dijo Cage volteándose para saludar a su novia con un beso.

Sentado en la mesa de la cocina, por primera vez me di cuenta de lo pequeña que era. Con cuatro personas, los platos apenas cabían al mismo tiempo. Al ser la persona más pequeña, Quin estaba apretada en un rincón. No era de extrañar que estuviera dispuesta a comprar una casa. Lidiar con todo eso tenía que ser una pesadilla para ella.

—¿Cuándo planeas mostrarme la casa? —pregunté a Cage.

Cage miró a Quin y a mamá. Fue entonces cuando me di cuenta de que tal vez aún no se lo había contado a nuestra madre.

—Es una casa bonita —dijo mamá para mi sorpresa.

—¡Oh! Entonces, ¿soy el único que no la ha visto?

—No has estado por aquí —explicó Cage.

—Eso es porque tengo partidos los sábados y clases durante la semana.

—Lo sabemos. No te estamos reprochando nada. Simplemente, es por eso que no la has visto.

Miré a las tres personas frente a mí. La vida de todos avanzaba. Y lo estaban haciendo sin mí.

—Entonces, ¿cuándo la voy a ver?

—Mañana por la mañana. La señorita Roberts dijo que puede mostrártela a las nueve.

—¿Por qué tan temprano? Es domingo. ¿La gente ya no duerme hasta tarde?

—Dijo que tiene que estar en la peluquería a las 10.

—¿La gente se arregla el pelo los domingos? —pregunté luego de haber vivido aquí toda mi vida y no haberme dado cuenta nunca.

—Iglesia. Bingo. Tertulias. Tiene sentido —explicó Cage.

—Eso creo.

Miré a las tres personas que más me importaban y me pregunté si ese era el momento. No lo era. Iba a dejar que Cage y Quin me mostraran su casa

primero. Ese era el mejor plan.

Después de que Cage y Quin lavaron los platos, se dirigieron al hostel de la doctora Sonya. Me uní a mamá en el sofá. Su estado mental se había estabilizado desde que Cage entró en nuestras vidas. Me hizo preguntarme si su vida habría sido mejor si yo hubiera sido secuestrado en lugar de mi perfecto hermano mayor.

—¿Estás bien, mamá? —pregunté poniendo mi mano sobre la de ella.

—Me he estado sintiendo bien, hijo. De hecho, quería decirte que estuve pensando en buscar un trabajo.

Sus palabras me dejaron sin habla. Hace siete años, fue su falta de voluntad para conservar un trabajo lo que me hizo tener que buscarme la vida. Era un niño que hacía cosas que ningún niño debería hacer.

¿Ahora me estaba diciendo que estaba lista para volver al trabajo? ¿Qué carajo estaba pasando?

—¿Qué inspiró eso, mamá?

—Me he estado sintiendo mejor. Tener a Cage de regreso hizo toda la diferencia del mundo. ¿No te encanta tener a tu hermano de vuelta?

—Así es. Es bueno para ti, mamá.

—Es bueno para todos nosotros.

—Sí, lo es —dije preguntándome si su mejoría también tenía que ver con su secreto.

Una cosa se me hizo evidente mientras permanecía despierto esa noche. No importaba lo que la había sumergido en el espiral hace años o lo que la había traído de vuelta, mi mamá ya no me necesitaba. Ni nadie. Probablemente podría marcharme mañana sin que se dieran cuenta de que me había ido. Era una pastilla difícil de tragar, pero era verdad.

A pesar de lo cansado que estaba mi cuerpo por los golpes que había recibido durante el partido del sábado, no me dormí hasta pasadas las 4 de la mañana. Por eso no me desperté a las 9. Fue una llamada telefónica a las 9 y cuarto lo que me despertó. No necesité preguntar por qué me llamaba Cage. Así que recogí el teléfono y dije:

—Voy ahora. ¿A dónde voy?

—Te envié un mensaje con la dirección.

Miré la pantalla.

—Vale. Estaré allí en 10 minutos.

Reconocí la dirección. Al ser una ciudad pequeña, no había realmente muchos barrios agradables. La casa a la que me dirigía estaba en uno de ellos. La casa más cercana era propiedad de Glenn, el dueño de la tienda local, y de su esposo, el doctor Tom, el único médico de la ciudad. Eso significaba que la casa de Quin debía ser bonita.

Al acercarme, resultó que tenía razón. La casa era de dos pisos con una gran galería y un patio igualmente grande. El techo de la galería era de cedro reluciente. También lo eran los pisos de la cocina y del comedor gigantes.

En realidad, había dos comedores, así como dos salas de estar, a pesar de

que Quin decía que una era la habitación familiar. También había un garaje para tres coches.

Además, había mármol y candelabros por todas partes. El baño al lado del dormitorio principal tenía una tina con patas. Y donde no había los mejores pisos de madera que jamás había visto, había una alfombra nueva.

Era la casa más increíble en la que haya estado. Pensaba que la casa del doctor Tom era elegante, pero no había comparación. Este lugar tenía que costar medio millón de dólares. La renta de nuestra casa móvil era de $300 al mes.

—¿Puedes comprar esta casa? —pregunté a Quin.

—Sí, quiero decir, mis padres me ayudarán con el pago inicial. Pero he estado trabajando para mi padre este semestre.

—¿Mientras tomas clases?

—Sí. Y las inversiones que he señalado para la empresa han valido la pena. Tuve suerte.

—Debe ser lindo —dije todavía anonadado por lo que estaba viendo.

—Sí, Nero, es lindo para todos nosotros, porque somos los que vamos a vivir aquí —dijo Cage mirándome mientras agarraba a Quin y le besaba la cabeza.

—Sí —dije a medias—. Escuchen, hay algo de lo que quiero hablar con ustedes.

Cage soltó a su novia y ambos me miraron.

—¿Qué sucede? —preguntó Cage.

—Entonces, saben que he estado jugando bien.

—Lo sabemos. Tu partido del sábado pasado fue una locura.

—Sí. Ayer no fue tan bueno, pero estuvo cerca —dije.

—Eso es fantástico. Estoy orgulloso de ti, hermano.

—Sí, yo también —dijo Quin con entusiasmo.

—Gracias. Pero ¿saben que después de que juegas unos buenos partidos, la gente empieza a decir que puedes convertirte en profesional?

Cage se rio entre dientes.

—Lo recuerdo bien.

—Eso me ha comenzado a pasar.

—¿Sí?

—Sí. Y lo estoy considerando.

—¿Te refieres a este año? —preguntó Cage sorprendido.

—¿Por qué no? Cumpliré 21 cuando realicen el reclutamiento. Es la edad que tiene la mayoría de las personas que entran al draft.

Cage me miró preocupado.

—Entiendes que los corredores no son lo que los equipos de la NFL están buscando en este momento, ¿verdad? Si te lesionas, podrías perderlo todo.

—Entiendo todo lo que dices. Pero el hierro está candente ahora. Y yo puedo aprovecharlo.

—Eso es cierto —dijo Cage, no tan emocionado por mí como esperaba.

—Y sé que tuviste la oportunidad de ser el número 1 en el draft pero, en cambio, nos elegiste a nosotros…

—Ey, no me convertí en profesional porque me lesioné.

—Vamos, sabes que eso no es verdad. Ya te sentías mejor como para intentarlo. E incluso si no hubiera sido para el draft del año pasado, podrías haberlo hecho este año.

—Pero yo no quería eso.

—Sí, querías estar con nosotros.

—Sí.

—Y ahora yo elijo ser profesional en lugar de hacer lo que tú hiciste —dije bajando la cabeza.

Cage me rodeó con el brazo y me apretó el hombro.

—Nero, tomé la decisión que era mejor para mí. Necesitaba esto. Es más, quería esto. Pero el hecho de que lo elegí para mí no significa que tú tengas que hacer lo mismo. El mundo es grande. Deberías explorarlo. Yo puedo vigilar esta fortaleza. Estoy aquí para que tú no tengas que estar —dijo Cage con una sonrisa—. ¿Entiendes lo que digo?

Sentí una lágrima corriendo por mi mejilla y rápidamente la limpié.

—Te entiendo.

—Bien.

Cage me dejó ir y se reunió con Quin. Los vi ponerse cómodos en los brazos del otro.

—Probablemente hay algo más que debería decirles ahora que estamos hablando.

—¿De qué se trata? —preguntó mi hermano.

—Yo, ehh, creo que quiero lo que tú tienes…

Cage giró la cabeza confundido.

—¿Lo que yo tengo?

—Ya sabes, Quin —dije vulnerablemente.

—Hermano, Quin ya está tomada —dijo con una sonrisa.

—Sabes a lo que me refiero.

—En realidad, no lo sé.

—Vamos —dije sin querer explicarme.

—Tienes que decir las palabras —dijo Cage sin ocultar que ya lo sabía.

Me dolía el pecho al ver las dos caras cariñosas que se devolvían la mirada. Tomando una respiración profunda, me recompuse. Vale. Iba a decirlo en voz alta.

—Creo que encontré a una chica que realmente me gusta.

—¿Kendall? —arriesgó Cage.

—Sí. ¿Es tan obvio?

—No lo llamaría obvi…

—Sí —dijo Quin interrumpiéndolo—. Todos pudimos verlo. Y me agrada. Ella podría ser buena para ti.

—¿Eso crees? —pregunté buscando ánimo.

—Sí. Tiene su personalidad. Es muy empática.

—No fue muy empática cuando se enteró de que soy jugador de fútbol.

—¿Qué pasó? —preguntó Quin liberándose de los brazos de Cage.

—Básicamente me mandó a la porra. Quiero decir, ella no usó esas palabras, pero bien podría haberlo hecho.

—Eso me sorprende. ¿Dijo por qué?

—Le pregunté y no quiso hablar de eso.

—Quizás deberías preguntarle de nuevo —sugirió Cage.

—Algunas personas necesitan un poco de ánimo para hablar sobre las cosas —agregó Quin.

Cage miró a Quin.

—Lo dice la chica sin filtro.

—Sí. Había cosas sobre mí que no te habría contado si no fuera por Lou.

—Entonces, ¿le debo toda mi felicidad a Lou?

—Espero tener un poco de crédito por eso también —dijo Quin con una sonrisa.

—Cariño, te doy todo el crédito por hacer de mi vida todo lo que siempre he soñado. Honestamente puedo decir que no sería el hombre que soy ni haría nada de lo que hago sin ti.

—¡Oh! —dijo Quin inclinando la cabeza y besando a su amor—. Compremos la casa. Quiero vivir aquí contigo, Cage Rucker.

Cage me miró.

—¿Qué dices? ¿Deberíamos comprar la casa?

Miré a la pareja que me gustaría ser.

—Deberían comprarla —dije con el corazón apesadumbrado.

Sabía que no debía pensar de esa manera, pero se sentía como el final de todo lo que había amado. Las cosas estaban cambiando. No quedaba espacio para mí allí. Tenía que hacer que las cosas funcionaran con Kendall. Si no lo hacía, me quedaría sin nada.

La señorita Roberts, la agente inmobiliaria, estaba tan emocionada como Cage y Quin cuando se enteró de que iban a comprar la casa. Ella prometió preparar el papeleo diciendo que podríamos mudarnos en aproximadamente una semana. Quin pensó que era demasiado rápido. Yo no tenía ni idea de esas cosas.

Habiendo decidido pasar el día con ellos, los acompañé cuando regresaron al hostel de la doctora Sonya. Solo había estado allí una vez y no había atravesado la puerta. Ese lugar también era muy agradable. Empezaba a sentir que todos tenían más que yo. No era la primera vez que pensaba eso. Pero viendo cómo vivían otras personas, nunca había sido tan evidente para mí.

—Oh, bien, trajiste ayuda —dijo la doctora Sonya con su habitual gran energía—. Necesitaba algunas manos extra y aquí están —dijo apretando mis brazos con alegría.

La doctora Sonya nos puso a trabajar a todos. Su hijo bajó las escaleras, nos vio e inmediatamente se dirigió a la puerta.

—¿No quieres echar una mano? —pregunté cuando lo reconocí de la escuela secundaria.

Cali era un estudiante de primer año cuando yo era un estudiante del último. También era suplente en el equipo de fútbol. Recordé que no le gustaba mucho hablar. Eso no pareció cambiar.

Ignorando mi pregunta, dijo:

—Estás en East Tennessee, ¿verdad?

—Sí. ¿Estás pensando en ir?

Volvió a mirar a Quin.

—Estaba pensando en eso.

—Estás en el último año, ¿no?

—Sí.

—¿Sigues siendo un pateador?

—Anotó un gol de campo de 60 yardas en un partido la semana pasada —dijo Cage con orgullo.

—¡Jesús! Eso es una locura. Podrías ser suplente en tu primer año con un pie así.

—Podría obtener una beca D1 con un pie así —confirmó Cage—. East Tennessee tendría suerte de tenerlo.

Cali se puso rojo mientras hablábamos.

—Bueno, si necesitas que hable con el entrenador, avísame —dije.

—El señor Rucker dijo que se ocuparía de eso por mí.

—¿El señor Rucker? —pregunté confundido.

—Yo —dijo Cage molesto.

Me reí.

—¡Correcto! El señor Rucker. Bueno, estoy seguro de que estás en buenas manos. Él me consiguió mi beca.

—Y ahora tienen suerte de tenerte. No arruines las cosas. Necesito mi credibilidad sin tacha para ayudar a este chico —bromeó Cage.

—¡Oh, hombre! Estás en problemas —dije volviéndome hacia Cali.

Cali miró a Cage asustado.

—Está bromeando. Nero, dile que estás bromeando.

—Estoy bromeando… o algo así.

Cali me miró sin saber qué pensar.

—Cali, ¿estás por ahí?

Cali miró hacia la cocina y rápidamente salió por la puerta. La doctora Sonya entró en la habitación y buscó a su alrededor.

—Se te escapó —dije—. Mencionó algo sobre fútbol. —Técnicamente era cierto.

La doctora Sonya miró a Cage. Él se encogió de hombros.

—Bueno, nos dejó más diversión —concluyó con una sonrisa.

En su mayor parte, la doctora nos hizo hacer carteles. Estaban en pósteres grandes y requerían mucho rellenado. Después de quedar drogados con el olor de los marcadores, nos dio de comer y nos liberó de sus garras organizadoras

de festivales.

Libres, los tres hicimos una caminata. No hay mucho que hacer en Frozen Falls, pero sus rutas de senderismo están entre las mejores del mundo. La ciudad debe su nombre a la forma en que se ven las cascadas en el invierno. El resto del tiempo, las caminatas son un milagro arbolado de la naturaleza. Valía la pena el viaje.

Mientras Cage y Quin charlaban, pensé en lo que estaba pasando entre Kendall y yo. Me encantaría invitarla y mostrarle todo esto. Parecía más una chica de ciudad, pero también lo era Quin antes de venir. Ahora caminaba por el bosque como si hubiera crecido aquí. Tan pronto como lo pensé, Quin tropezó con una raíz y se le llenó la cara de tierra.

—¿Estás bien? —pregunté aunque ya sabía que lo estaba.

—Sí, estoy bien. Solo no vi la raíz.

—Eso es porque estás demasiado ocupada hablando —dije bromeando—. Es una caminata, no una "maratón de charlas".

—Relájate, Nero —dijo Cage defendiendo a su chica.

Podía respetar eso. Y lo hice, lo dejé ir. Sin embargo, los dos hablaron un poco menos después de eso.

En realidad, no me importaba su interminable charla. Lo único que me importaba era que no estaba Kendall aquí para hacer lo mismo. Pensando en ella de nuevo, saqué mi teléfono para ver si me había enviado un mensaje.

—¿Viendo si te llegó un mensaje de Kendall? —preguntó Cage en broma.

—Relájate, Cage —dije.

Al no encontrar uno, guardé mi teléfono en el bolsillo. Después de un momento de silencio, Cage volvió a hablar. Esta vez con más empatía.

—Ella te escribirá. Vi la forma en que te miraba después del partido. También está interesada en ti.

—¡Dije que te relajes, Cage!

A pesar de mi reacción, aprecié lo que dijo. Cada vez que Kendall se tomaba un tiempo prolongado para responder, me preguntaba si las cosas entre nosotros habían terminado. Ya me había dicho que me fuera al infierno una vez. ¿Debía esperar que lo volviera a hacer?

Tenía que averiguar qué tenía en contra de los jugadores de fútbol. Ella me estaba ayudando a arreglar el desastre que era mi vida. Como jugador de fútbol, tal vez podría hacer algo para ayudarla.

No regresé al área de trabajo de la doctora Sonya con ellos, sino que me dirigí a casa y esperé a Cage para llevar a Quin.

Conduciendo de regreso, Quin y yo hablamos sobre Kendall. Sugirió que la invitemos a nuestra próxima noche de juegos. No era mala idea. Pero sentí que necesitaba un tiempo a solas con ella antes de invitarla.

"¿Cuándo vamos a tener nuestra próxima sesión?", le escribí luego de que no respondió a un meme que me pareció divertido.

"Si quieres, podemos hablar durante el almuerzo mañana".

"¿Qué tal una cena en Commons?", pregunté refiriéndome a la cafetería

conectada al popular espacio de estudio. Era un poco más íntimo.

Después de un rápido intercambio de mensajes, Kendall no respondió por una hora. Luego escribió:

"Venga. ¿A qué hora?"

No podía estar más feliz. Verla fue todo en lo que pensé durante el resto de la noche.

Luego de esforzarme más en el entrenamiento para quemar mi exceso de energía, estaba exhausto cuando llegó la hora de la cena. Apenas podía levantar los brazos.

—¿Cómo estás? —preguntó Kendall después de mirarme de arriba abajo.

—Entrenando mucho.

—Oh. ¿Qué has estado haciendo?

Quería decirle que lo sabría si hubiera respondido mi mensaje, pero no lo hice.

—Llevé a Quin a casa el sábado. Él y Cage querían mostrarme la casa que comprarán juntos.

—¿Comprarán una casa? ¿Cómo es?

—Es la casa más hermosa que he visto.

—¿De verdad? ¡Guau!

—Podría mostrártela en algún momento. La agente inmobiliaria dijo que podrían mudarse en una semana.

—Oh. Sí —dijo Kendall sin entusiasmo.

—¡Venga! Debo saber. ¿Qué es lo que tienes en contra de los futbolistas?

—¡No tengo nada en contra de ellos!

—Lo dice la chica que me mandó a la porra tan pronto como mencioné que yo soy uno.

—No te mandé a la porra.

—Podrías haberlo hecho. Me di cuenta de que eso era lo que estabas pensando.

Kendall no respondió.

—Si esto va a funcionar, ya sabes, sea lo que sea que estemos haciendo aquí, tendrás que abrirte un poco también. No puedo ser el único exhibiendo mis tripas aquí.

—Esa no es la forma en que funciona la terapia —insistió Kendall.

—Bueno, esto no es una terapia. Si lo fuera, no la habría aceptado —dije en serio.

Me di cuenta de que sabía que estaba hablando en serio. Se tomó su tiempo para responder.

—Me parece justo. Creo que siento una pequeña astilla clavada en el hombro cuando se trata de jugadores de fútbol.

—¿Pequeña?

—Bien, vale. Siento una roca gigante. Siento el Gran Cañón sobre mi hombro. ¿Feliz?

—En realidad, no. ¿Por qué tienes un problema tan grande con ellos? —

pregunté con el corazón un poco roto.

—Porque hicieron de mi vida un infierno. Hasta el día de hoy todavía me despierto ahogada en sudor después de soñar con lo que me pasó.

—¿Qué te pasó?

—Fueron un montón de cosas pequeñas. Cuando caminaba por los pasillos, me empujaban o tiraban mis libros al suelo. Me insultaban. Difundían rumores de que me acostaba con personas o que tenía enfermedades venéreas. Tiraban de la cadena…

—Espera, ¿te metían la cabeza en el inodoro?

—Sí. Mucho. Y los inodoros no siempre estaban vacíos.

Miré a Kendall atónito. Apenas podía articular palabras.

—¿Por qué?

—Porque me corté el pelo corto y usaba una corbata para ir a la escuela. Pensaron que era divertido tratarme como a un chico ya que me vestía como tal. Los futbolistas hicieron que cada día de mi vida fuera una pesadilla. Era el infierno en la tierra. Todavía tengo pesadillas al respecto.

Al escuchar a Kendall contarme lo que le había sucedido, mi cara se puso tan caliente que sentía que estaba en llamas. Estaba en shock. La rabia que burbujeaba en mí estaba más allá de todo lo que creía poder controlar y, sin embargo, tenía que haber lucido muy tranquilo porque me preguntó si la había escuchado.

—Te escuché. ¿Te gustaría una disculpa?

—No tienes que disculparte —dijo Kendall mirando hacia abajo.

—No de mí. De ellos.

—No voy a recibir una disculpa de ellos.

—No te pregunté si las recibirías. Te pregunté si las querías —dije mientras las punzadas se sucedían debajo de mi piel.

—Es decir, supongo.

—Entonces, vamos a conseguirlas.

—¿Qué?

—¿Sabes dónde vive alguno de ellos?

—Sé dónde viven todos. No podría dormir por la noche si no lo supiera.

Cerré los ojos tratando de figurarme lo que dijo. Ella no podía dormir por la noche si no sabía dónde estaban. Eso era una locura. De ninguna manera iba a dejar que se salieran con la suya con lo que le hicieron. No había manera.

—Entonces, nos iremos. —Me levanté tratando de estar lo más tranquilo posible.

Kendall no se movió. La miré de nuevo.

—No me doy cuenta de si estás hablando en serio o no. Quiero decir, te ves serio, mortalmente serio. Pero… —Me miró de nuevo—. Sabes que es un viaje de tres horas hasta Nashville, ¿verdad?

—Dos horas y cuarenta y cinco minutos. Lo sé —dije.

—Espera, ¿cómo lo sabes?

—Kendall, ¿vas a venir conmigo o no? Porque de una forma u otra, voy a conseguirte esas disculpas. Pero preferiría que estuvieras allí para escucharlas.

—No lo sé.

—Kendall, no te estoy preguntando. Te estoy avisando. Vamos.

Tan pronto como lo dije, una sonrisa apareció en su rostro.

—Está bien —acordó.

Luego, sin decir una palabra más, me siguió hasta mi camioneta y partimos.

Viajando hacia la carretera, ninguno de los dos habló. Acalorado, no quería hablar. Así es como me sentía cuando me dirigía hacia una de las peleas en el club. Dejaba que todo lo que me había cabreado en la vida saliera a la superficie y me afirmaba en ese sentimiento. Y cuando llegaba al ring, estaba listo para arrancarle la cabeza a quien sea. Eso era lo que sentía en ese momento.

—¿Para dónde? —pregunté a Kendall cuando la autopista nos mostró una salida.

—Quédate en la 40 —respondió cuando nos acercamos a los límites de la ciudad de Nashville—. Baja aquí —dijo, dirigiéndome hacia la 155 y luego hacia un vecindario llamado Porter Heights.

Los ojos de Kendall iban de casa en casa. Era un lindo vecindario. Había muchas casas de ladrillo de dos pisos en grandes terrenos. Hacía mucho tiempo que había oscurecido, así que no podía decir mucho más sobre el lugar, pero estaba listo para enfrentar cualquier cosa que sucediera después.

—¿Cómo se llama? —pregunté a Kendall, quien crepitaba de antemano.

—Evan Carter —dijo escaneando cada casa mientras conducíamos lentamente—. ¡Ahí! Estaciona allí.

Nos detuvimos frente a una de las pocas casas de un piso y estacionamos al otro lado de la calle. Kendall miraba con los ojos muy abiertos.

—Vive con su padre, pero su camioneta no está. Eso significa que Evan es el único en casa.

Miré la casa apenas iluminada. Había una pequeña luz encendida en la sala de estar y una luz parpadeante en uno de los dormitorios. Inmediatamente se me ocurrió un plan. Nunca pensé que mi infancia desastrosa pudiera ser útil, pero estaba a punto de hacerlo.

—Sígueme. Y sé casual —dije a Kendall antes de salir de la camioneta y caminar hacia la casa.

Me sorprendió ver lo dispuesta que estaba Kendall a sobrellevar las cosas. Yo estaba tranquilo por la cantidad de veces que había hecho esto. No sabía qué sentimiento estaba motivando a Kendall. Quizás era el deseo de venganza. Podía entender eso.

—¿Vas a derribar la puerta? —susurró mientras nos acercábamos.

—No. Hay una forma mejor.

Yendo por el camino de entrada cuya única luz provenía de las casas cercanas, miré a mi alrededor para ver si alguien estaba mirando y luego salí

al jardín y rodeé la casa. No había muchos árboles, así que cualquiera que mirara por la ventana nos vería. Pero no sería un problema si actuábamos rápido.

—No toques nada. Nada —susurré.

Miré hacia atrás para asegurarme de que había entendido. Parecía que estaba a punto de vomitar. No tenía idea de lo que estaba pasando por su mente. En parte esperaba que se echara atrás. No lo hizo. Ella quería tanto esto como yo deseaba hacerlo por ella. Al acercarme a la puerta trasera y examinarla, miré a Kendall por última vez.

—¿Estás segura de que este es el lugar correcto?

—Estoy segura —respondió temblando.

Saqué los guantes que guardaba en la camioneta y que había metido en mi bolsillo, y también saqué mi palanqueta. Parecía algo que usarías para remover pintura o el hielo de tu parabrisas, pero era mucho mejor para abrir puertas cerradas con llave.

—¿Perros? —pregunté mientras sentía retroceder el pestillo.

—No lo creo. Nunca tuvo uno.

Cuando el pestillo se soltó y solo restaba entrar en la oscuridad, me volví hacia Kendall por última vez.

—¿Lista?

Ella se detuvo. Forzando una respiración superficial, sacudió la cabeza.

Eso bastó. Al abrir la puerta, me sentí igual que cada vez que entraba al campo de fútbol. Todos y cada uno de mis sentidos estaban alertas. Los latidos de mi corazón resonaban en mis oídos.

El lugar estaba poco iluminado y abarrotado. Kendall tenía razón, una mujer no vivía allí. Y siguiendo el olor a marihuana, crucé la sala de estar hasta la puerta del dormitorio cuya luz salía por debajo.

Mientras le indicaba a Kendall que se contuviera, miré la puerta cerrada y luego puse mi oído en ella. No podía escuchar nada. ¿Qué estaba haciendo ahí adentro? Eso podría hacer la diferencia. ¿Nos había oído entrar? ¿Estaba detrás de la puerta esperándonos con una pistola? Solo había una forma de averiguarlo.

Nada supera el elemento sorpresa. Entonces, agarrando silenciosamente el picaporte y preparándome para saltar, lo giré, irrumpí y quedé congelado ante lo que vi. No estaba drogado jugando a un videojuego. Estaba viendo porno con los auriculares puestos y los pantalones abajo. Si lo hubiera planeado no me hubiera salido mejor.

Al notar los movimientos alrededor, se volteó para buscarme. Aturdido, se soltó a sí mismo.

—¿Qué estás…? —fue todo lo que dijo antes de que corriera, agarre su camiseta y lo sacudiera como a un muñeco de trapo.

No podía entender qué estaba pasando. Lo primero que intentó hacer fue subirse los pantalones. Eso me pareció gracioso. Premiando su estupidez, le di una bofetada. Me aseguré de golpearlo fuerte, aunque estoy seguro de que no

fue tan duro como lo fue para Kendall todos esos años.

—¿Qué diablos, hombre? ¿Qué carajo? —balbuceó.

Estaba seguro de que estaba debidamente aterrorizado. Me detuve y atraje su rostro a unos centímetros del mío.

—Pedazo de porquería, vas a pagar por lo que hiciste —gruñí queriendo aplastar su cráneo como a un melón.

—¿Quién eres tú? No te conozco, hombre. Te equivocaste de persona.

Era el momento. Tenía su atención. Era hora.

—¡Entra! —dije lo suficientemente fuerte como para que Kendall lo oyera.

Tenía que darle crédito a Kendall. Cuando entró por la puerta, entró como si no tuviera miedo, como tenía que estarlo. Todo en ella me había dicho que no sería capaz de hacer esto. Resultó que estaba equivocado.

—¿Kendall? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó confundido.

—¡No me hables como si fuéramos amigos! —demandó Kendall. Estaba muy orgulloso de ella.

—¿De qué estás hablando? Somos amigos. Dile que me conoces. Somos amigos —insistió Evan.

—¿Amigos? ¿Crees que somos amigos? Hiciste de mi vida un infierno durante años. ¡Durante años! Tú y tu escuadrón de matones me hicieron sentir como una porquería todos los días de mi vida. Las cosas que me hiciste…

La creencia que tenía el tipo de que todo iba a estar bien se desvaneció lentamente. Las cosas estaban empezando a hacerle clic. Eso me hacía feliz porque facilitaba mucho lo que tenía que hacer a continuación.

—¿Qué te hice? Eran solo bromas. Solo nos estábamos divirtiendo. Lo juro —dijo Evan mientras sus ojos se movían entre los dos.

—Todo el tiempo me golpeabas detrás de mi cabeza cuando pasaba. Me estrellabas contra los casilleros. ¡Me metías la cabeza en el inodoro! —dijo Kendall con creciente ira.

—Ibas a la escuela vestida como varón. ¿Qué pensabas que íbamos a hacer?

—Me vestía como un chico porque me dijiste que harías que tus amigos dejaran de acosarme si te enviaba un desnudo. Y cuando lo hice por estúpida, se lo mostraste a todos tus amigos y luego te burlaste de que no tengo tetas durante dos años. ¡Me humillaste, Evan! No quería vivir por tu culpa.

—¡Era una broma!

Ya llegando al límite, no podía escuchar más. Perdí el control. Girándolo hacia donde yo estaba, me aseguré de que me mirara a los ojos antes de apartar el puño y dejarlo volar. No intentó detenerme o no pensó en hacerlo. Y sintiendo que la rabia fluía fuera de mí, lo golpeé hasta que me dolieron los puños.

Estaba sin aliento cuando lo dejé ir. Se dejó caer sobre la cama maltrecho. Estaba hecho un desastre, pero no era algo de lo que no pudiera recuperarse. Sabía hasta dónde llevar las cosas. Había visto cosas peores en el ring.

—Ahora —dije— te vas a disculpar.

—Lo siento —dijo mirándome como si estuviera a punto de llorar.

—No a mí. A ella.

Tenía miedo de apartar los ojos de mí, pero finalmente miró a Kendall a los ojos.

—Lo siento —murmuró.

—No te escuché —gruñí.

—¡Lo lamento! Lo siento, Kendall.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por hacer de tu vida un infierno. Por todo. Perdón por todo. Lo siento, Kendall. Lo lamento —dijo antes de romper a llorar.

Viéndolo llorar, me aparté de él cuando decidí que había entendido el punto. Volví a mirar a Kendall. Me asombró que nada de lo que veía la había conmovido. La chica estaba helada como una piedra.

—¿Qué opinas? ¿Crees que lo dice en serio? ¿O debería darle otra paliza?

—Lo digo en serio. Te juro que lo digo en serio.

—Con eso basta —dijo Kendall cediendo.

—¿Estás segura? Porque no me importa.

—No, por favor, no lo hagas. Por favor, no lo hagas —suplicó Evan.

—Sí. Creo que estoy bien.

—Bueno, si cambias de opinión, házmelo saber. Volveré y podremos hacerle esto de nuevo.

Volví a mirar al chico de la cama.

—¿Me escuchas? Podría volver aquí en cualquier momento y por cualquier motivo, y nunca podrás verme llegar. Quizás espere hasta que te duermas. Tal vez te atrape cuando vayas a ver a tu dealer. O quizás envíe a alguien más. Podría ser cualquiera a tu alrededor. Podría ser en cualquier momento.

»Y si le cuentas a alguien quién te hizo esto o por qué…! —dije con una carcajada y haciéndole saber lo que le haría—. Este será nuestro secreto. ¿Me escuchas?

—Te escucho. Nuestro secreto.

—Buen chico —dije dándole un golpecito en la mejilla. Cuando se estremeció, supe que mi trabajo estaba completo.

—Después de ti —dije a Kendall señalándole el camino hacia afuera. Di un paso atrás y miré al tipo en la cama por última vez.

—Y súbete los pantalones. Ten un poco de autorrespeto.

Fue entonces cuando salí, cerré la puerta y corrí atravesando la sala de estar.

—Vamos —dije dejando caer mi actitud casual.

Al escuchar mi urgencia, Kendall trotó detrás de mí. Salimos por la puerta principal, nos apresuramos a cruzar la calle rumbo a mi camioneta, subimos y arrancamos.

Ninguno de los dos dijo una palabra durante millas. A pesar de lo ruda que estaba siendo Kendall, sabía que era solo una actuación. No era ese tipo de chica. Probablemente nunca había visto tanta violencia en su vida.

Sabía que lo que había hecho estaba mal. No por haberle dado una paliza al tío, sino por lo que le hice a Kendall. Ella nunca podrá olvidar lo que hice y nunca podrá volver a mirarme de la misma manera.

—Lo lamento.

Tan pronto como lo dije, Kendall se echó a llorar. Con el rostro enterrado entre las manos, sollozó. Realmente lo había arruinado. Como siempre, había llevado las cosas demasiado lejos. Había perdido el control y había empeorado todo diez veces.

—Escucha, no deberías haber visto eso. Perdí el control. Es solo que, cuando me dijiste lo que te hizo, me enojé demasiado…

Fue entonces cuando Kendall se recompuso, se arrastró encima de mí y me besó. Mi mejilla, mi barbilla, mis labios. Yo seguía conduciendo. No estaba seguro de qué hacer.

—Espera, voy a detenerme.

Eso no la detuvo. Incluso mientras maniobraba para salir de la autopista, ella giraba mi cara en dirección suya. Apenas podía ver cuando llevé la camioneta a una parada. Y una vez allí, tiré del freno de emergencia e hice lo que había estado soñando desde el primer momento en que la vi.

Cogiéndola por la parte de atrás de su cabeza, la jalé hasta mi regazo y presioné mis labios contra los suyos. Cuando se abrieron, deslicé mi lengua adentro. Mi mente se aceleró. En busca de su lengua, la encontré. Nuestras lenguas se tocaron y danzaron juntas. No se parecía a nada que hubiera experimentado. Estaba en el cielo.

Pasaba mis dedos por su cabello y no podía tener suficiente de ella. Quería ser parte de ella. Quería sentir su piel en la punta de mis dedos. Entonces, deslizando mi mano libre por debajo de su blusa, tracé las líneas de su espalda. Estaba acariciando a Kendall, no podía tener suficiente de ella.

Aferrando a Kendall, supe que estaba en casa. No quería estar en ningún otro lugar más que allí. Me habría quedado besándola así para siempre si ella no me hubiera apartado suavemente y susurrado algo al oído.

Capítulo 7

Kendall

—Gracias —susurré sin saber muy bien por qué estaba agradecida.

¿Fue por lo que le hizo a Evan? ¿Fue por darme mi primer beso real? En ese momento, no lo sabía y no me importaba. Solo sabía que me estaba bañando en caramelo tibio y nunca me había sentido mejor en mi vida.

Pero aunque no sabía bien por qué lo había dicho, Nero creía que sí.

—Me alegro de que te haya gustado —dijo con una sonrisa.

Estaba dispuesta a alimentarle su ego. Después de todo, lo que hizo con su lengua fue muy bueno. Estaba indecisa sobre si debía pedirle otra ronda. No ahora, por supuesto. En este momento, mi cerebro se sentía como si estuviera en una máquina de hacer palomitas de maíz. Los pensamientos rebotaban en mi cabeza más rápido de lo que podía entenderlos.

Hubiera elegido quedarme en los brazos de Nero mucho más tiempo si las luces rojas y azules parpadeantes no hubieran iluminado la camioneta.

—Genial, es la policía. Vuelve a tu asiento, Kendall. No queremos tener que explicar lo que estábamos haciendo a estos señores.

Sabiendo que Nero tenía razón, me aparté de él y regresé a mi asiento en la camioneta. Volví a ponerme el cinturón de seguridad

momentos antes de que una luz brillante llenara la cabina. Fue seguido por un golpe en la ventana y los movimientos de Nero para abrirla.

—¿Qué están haciendo ustedes dos aquí? —dijo el oficial detrás de una bola brillante.

Nero respondió:

—¿No podíamos estacionarnos aquí? Lo siento, oficial. Me sentía un poco cansado y pensé que era mejor estacionar que arriesgarme.

El policía hizo rebotar la luz entre nosotros dos, y luego en el interior de la camioneta. Al no encontrar nada, volvió a apuntar a Nero.

—¿Ustedes, chicos, han estado fumando? Ya saben, esas cosas son ilegales en el estado de Tennessee.

—No soñaría con eso, oficial.

—Entonces, ¿por qué tu camioneta huele a hierba?

—¿Así huele? —Nero se volvió hacia mí—. Debe estar en nuestra ropa. Acabamos de dejar a un amigo. No quiero meterlo en problemas, pero estuvimos en su habitación un minuto y eso es todo.

No sabría decir si el oficial le creyó. Lo bueno era que Nero estaba diciendo la verdad. Eso debió hacer su efecto porque, luego de un par de miradas desconfiadas más, dijo:

—Hay una parada de descanso cinco millas más adelante. Si necesita descansar, debe hacerlo allí. Es peligroso detenerse a un lado de la carretera de esta manera. Y estacionado en la línea como lo está, podría causar un

accidente.

—Lo siento por eso. No me di cuenta. Conduciré de aquí en adelante. Solo necesitaba un minuto para despertarme. Ya estoy mejor ahora. Puedo seguir conduciendo.

Aún sin dar a entender si nos creía o no, el oficial asintió y dijo:

—Use las paradas de descanso si es necesario. De cualquier manera, los dos tengan una buena noche, ya me escucharon.

—Usted también, oficial. Gracias —dijo Nero como si fuera la persona más educada del mundo.

—Gracias —dije mientras el oficial se alejaba.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos de nuestra vista, nos reímos. Había sido una noche loca. Ambos sabíamos que debíamos llegar a casa antes de que pasara cualquier otra cosa.

Al igual que en el viaje en coche a Nashville, el viaje de regreso al campus fue tranquilo. Probablemente por diferentes motivos. Conduciendo hacia allí, mi mente se arremolinaba pensando en si Nero hablaba en serio y en cómo se sentía ver a Evan obtener lo que se merecía. Durante todo el camino de regreso, no podía dejar de pensar en los labios de Nero sobre los míos y en todo lo que eso significaba.

—¿Te dejo en tu dormitorio? —preguntó Nero mientras nos acercábamos al campus.

—Es bastante tarde.

—Eso creo.

—Tal vez podamos hablar mañana.

—Podríamos hacer eso.

—Tal vez podríamos cenar juntos de nuevo. Ya sabes, sin el viaje de seis horas y todo lo demás.

—¿Sin todo lo demás? Porque algunas de las cosas que hicimos fueron muy divertidas —dijo Nero sonrojándose.

No podía negar eso.

—Deberíamos hablar mañana —dije sin responder a lo que había dicho.

—Ok. Solo avísame si hay algo más que pueda hacer por ti. Soy más que feliz por poder echar una mano.

—¿O algunas otras partes del cuerpo? —pregunté sonrojándome.

—Lo que sea que necesites —dijo dejándome frente a mi edificio.

—¿Mañana? —pregunté sin querer realmente irme.

—Mañana.

Lo miré perdiéndome en sus ojos. Quizás debería haber abierto la puerta y haberme marchado inmediatamente pero, en lugar de eso, me incliné en la cabina, lo besé en los labios y luego me apresuré a salir.

No miré hacia atrás. Ya me costaba un mogollón alejarme de él.

Desafortunadamente, su hechizo sobre mí solo duró unos minutos después de que me metí en la cama. Eran más de las 2 de la madrugada, así que Cory estaba dormida. Y estaba demasiado oscuro y tranquilo para que mi mente no

regresara a lo que había inspirado la noche.

No podía creer que había visto a Nero darle una paliza a Evan. Mientras pensaba en ello, mi cuerpo se estremecía. No sé por qué, pero tan pronto como sucedió, rompí en llanto.

Eventualmente lloraría hasta quedarme dormida, pero solo estuve dormida un minuto antes de que las lágrimas comenzaran de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Cory sorprendida al escuchar mis lamentos.

—Estoy… bien —dije entre sollozos.

Por más difícil que haya sido siempre mi vida, nunca me sentí tan apenada por Cory como en ese momento. Al menos antes podía explicarle por qué me despertaba gritando o elegía no salir de la cama. Pero entonces ni siquiera podía hacer eso. Estaba llorando. Eso era todo.

Por supuesto, a medida que avanzaba el día y continuaban los ataques de llanto, tuve una mejor idea de por qué estaba sucediendo. No eran lágrimas de ira o frustración. Eran de una liberación sentida por el alma. Estas lágrimas salían por todas las veces que no había llorado cuando era niña.

Durante mucho tiempo había pensado que Evan Carter no recibiría castigo por las cosas que me había hecho. Sabía que el "ojo por ojo" acababa dejando a todos ciegos. ¿Pero por qué yo debía estar bien cargando con todo el terror y el dolor que me infligió durante años mientras él se salía con la suya sin consecuencias?

Antes de anoche, no creía que existiera la justicia. Como no la había experimentado, Dios no podía existir y no había forma de confiar en la vida. Éramos solo motas de nada flotando sin rumbo fijo en el vacío. Pero eso había cambiado.

Tan brutal como era, Nero me había dado esperanzas de que todo estaría bien. Ayudar a otros a tener una vida mejor da resultado. Lo que le das al mundo vuelve a ti. No había necesitado pruebas de eso para querer ser terapeuta, pero saber que existía la justicia en el mundo había cambiado mi vida.

Con cada arrebato de lágrimas, mi vida se sentía un poco más ligera. Y cuando me encontré con Nero para cenar, estaba prácticamente mareada de felicidad. Estaba bastante segura de que él pensaría que estaba drogada.

—¿Estás drogada? —preguntó Nero en el momento justo—. Y si lo estás, ¿por qué no lo compartes?

—No, no estoy drogada. Simplemente me siento diferente.

—¿De verdad? El beso estuvo muy bueno, ¿eh? —dijo luciendo orgulloso de sí mismo.

No quería hacer estallar su burbuja.

—Fue una experiencia religiosa.

—Entonces tal vez deberíamos hacer eso de nuevo.

—Tal vez deberíamos —dije pensando que no era una mala idea.

—¿Quieres salir de aquí?

—No quise decir ahora.

—¿Entonces cuándo? ¿En cinco minutos? ¿Quieres que nos vayamos por separado para que nadie sepa lo que estamos haciendo? Hay un baño dos pisos más abajo. Podría encontrarme contigo allí. Ni siquiera sería una molestia.

Me reí.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Es lo que lo hace divertido —dije acercándome a su silla y colocando mi mano en su brazo.

Me gustaba tocarlo. Hacerlo me llenó de una calidez que me dijo que todo iba a estar bien.

—No, Nero. Hiciste mucho por mí anoche y te lo agradezco.

—De nada —dijo refiriéndose al *beso* de nuevo.

—¡Eso no! Me refiero a lo otro.

—Ah.

Recordárselo desinfló un poco su vela.

—Eso.

—Sí, eso —confirmé.

—Me alegro de poder ayudarte a conseguir lo que mereces. Honestamente, después de las cosas que describiste, no creo que una paliza y su disculpa sean suficientes.

—Son suficientes. Además, eso no fue lo único que sucedió. Me devolviste mi vida. Estaba atrapada en ese bucle de pesadilla que deformaba la manera en que lo veía todo. Tú lo enmendaste. Fue más de lo que cualquier terapia podría haber hecho jamás.

La cabeza de Nero bajó tímidamente.

—Estoy feliz de haber hecho eso por ti, ¿sabes?

—Eres un tipo increíble, Nero Roman. Y ahora me toca a mí ayudarte.

—Estoy bastante jodido. No podrías golpear a alguien por mí y hacer que todo mejore como yo.

—No sé. Soy bastante fuerte.

Nero se rio.

—Ey, eso no es gracioso.

—Lo sé. Lo sé. Eres bastante fuerte. Pero tal vez debas dejarme las peleas a mí.

—Como tú quieras —dije con frustración fingida.

Sosteniendo la broma por un momento, ambos nos reímos.

—No. Creo que la forma en que puedo ayudarte requiere más labios que puños.

—Oh, definitivamente. ¡Eso ayudaría mucho!

—Me refería a hablar.

—Oh, eso.

—Sí. Tal vez puedas decirme qué te molesta.

—Ahora mismo, estoy bien. Créeme, sentado aquí contigo, no podría estar mejor.

Tuve que admitir que fue muy lindo escuchar eso.

—Vale, entonces estás bien ahora. Pero ¿qué pasó cuando destrozaste ese coche? ¿Y cómo supiste cómo entrar a la casa de Evan? ¿Y por qué eres tan bueno con tus puños? Algo me dice que todo eso está relacionado.

Nero me miró sin ceder un centímetro.

—Vamos. La única forma en que pudiste ayudarme fue porque estaba dispuesta a abrirme contigo. Puede que no lo haya parecido, pero no fue fácil para mí. Ahora sabes más sobre lo que me pasó que ninguna otra persona que no haya estado allí.

»Si voy a ayudarte, tendrás que dejarme. Quiero hacer esto por ti, Nero. Pero tienes que dejarme entrar.

La mandíbula de Nero se endureció. Su cabeza se inclinó.

—Si quieres saber la verdad, la tendrás. Empecemos por el motivo por el que destrocé ese coche.

—Vale.

—Lo hice por ti.

—¿Qué?

—Fue después de que me dijiste que me mandaste a la porra.

—No te mandé a la porra.

—Así es como se sintió —dijo Nero ahogándose en dolor.

—Lamento eso. Fue horrible de mi parte, incluso ahora que sabes por qué lo dije. No hay excusa para ello.

—No, lo entiendo. Si lo que te pasó me pasara a mí, me sentiría igual.

—Sin embargo, ya no me siento así —dije tocando su musculoso antebrazo de nuevo.

—Me alegro —dijo ofreciéndome una sonrisa suave.

—Sin embargo, la cosa es así. Lo que dije estuvo mal. Lo sé. Pero ¿qué te hizo jugar videojuegos con un coche?

—No lo sé.

—Vamos. Estoy segura de que puedes darme una mejor idea. Antes de hacerlo, ¿estabas pensando en algo? ¿Te vino a la mente algo más?

Nero lo pensó.

—Sí.

—Bien. ¿Qué cosa?

—Mi padre.

—Vale. ¿Cómo es tu padre?

—No podría saberlo.

—¿Por qué no?

—Porque nunca lo conocí.

—Entonces, ¿tú y Cage se criaron solo con tu mamá?

—Cage y yo nos conocimos hace menos de un año.

—¿Es tu medio hermano?

—No, somos hermanos de sangre.

Traté de entender lo que me decía, pero estaba muy confundida.

—Vas a tener que explicármelo. No puedo resolverlo sola.

Nero se reclinó en la silla y me contó sobre el último año de su vida. Me contó cómo lo encontraron Quin y Cage y dónde estaba cuando lo hicieron.

—Entonces, ¿organizabas clubes de lucha?

—Era lo único que sabía hacer para ganar dinero.

—¿Cómo se gana dinero con un club de lucha?

—Apostando por ti mismo —explicó.

—Entiendo.

—No me gustaba hacerlo. Vale, a veces sí. Pero también tuve un trabajo como ayudante de camarero porque estaba tratando de salir de eso.

—Entonces, ¿la ira que sientes…?

—¿Qué pasa con eso?

—¿Es porque creciste sin un padre?

Nero me miró y volvió a inclinarse hacia atrás.

—Ya sabes, Cage y Quin acaban de recibir las llaves de su nuevo hogar. Van a trasladar a mi madre este fin de semana. Necesitan que mueva mis cosas. ¿Qué te parece si vienes conmigo? De esa forma no tendré que explicártelo todo. Podrás verlo tú misma.

Me quedé congelada porque no me esperaba eso. La sentí como una pregunta muy cargada. ¿Se dio cuenta de que me estaba pidiendo que conociera a su mamá? ¿Cómo nos arreglaríamos para dormir? ¿Estaba haciendo eso con la esperanza de que durmiéramos juntos? ¿Quería dormir con él? ¿Estaba lista para eso?

—Mmm…

—Está bien si no quieres —dijo tratando de ocultar su decepción.

—Yo no dije eso.

—Entonces quieres ir.

Gruñí con desgarro.

—¿Puedo pensarlo un poco?

—Por supuesto.

—Quizás deberíamos comer algo. Tengo mucha hambre y el café cerrará pronto.

—Deberíamos hacer eso —dijo Nero, luciendo mucho más serio que hace unos momentos.

Una vez que el estado de ánimo cambió, ya no volvió. Después de que terminamos de comer, me fui diciendo que tenía que levantarme temprano para ir a una clase. Le dije que le daría una respuesta a su invitación en unos días, y lo iba a hacer. Solo que primero necesitaba figurarme todo acerca de él y averiguar adónde quería que fuera el resto de mi vida. Nada más y nada menos que eso.

Entre perderme en el recuerdo de lo que pasó en la camioneta y las clases, la semana pasó volando. A medida que se acercaba el fin de semana, no estaba ni cerca de tomar una decisión. Y como aún no me había decidido, me estaba escondiendo de Nero. No me importaba responder tarde a sus mensajes. Pero

todavía no estaba lista para verlo.

Pensando que un cambio de escenario ayudaría, di un paseo por el campus. Al acercarme a Commons, decidí recorrer la librería en su interior. Vendía sobre todo libros de texto, pero a veces tenían algo que valía la pena comprar para ostentar que habías leído.

Mientras caminaba por los pasillos, un estremecimiento me detuvo cuando vi a alguien a quien reconocí. Quin estaba de espaldas mirando los libros sobre manualidades. Me pregunté si debía saludarla y me pareció que no era mala idea.

—¿Quin?

Quin se dio la vuelta y me miró con una mirada confusa en su rostro.

—Kendall —le recordé.

—Sí —dijo torpemente.

Mientras continuaba mirándome sin decir nada, comencé a pensar que había cometido un error.

—Vimos el partido de fútbol juntas. Comimos pizza después. Fue divertido.

—Oh, lo siento. Sí, sé quién eres. Cage dice que tengo la tendencia a mirar sin decir nada. Creo que sigo esperando que la gente lea mi mente —dijo con una sonrisa.

—No te preocupes —dije sintiendo que la incomodidad se desvanecía—. Parece que tienes algo en mente.

—Sí. ¿Sabes lo qué es un festival Luz de luna?

—¿No es un tipo de ritual pagano?

—No. La otra luz de la luna.

—Ah, sí. La especialidad de Tennessee, Luz de luna, el festival de Ley seca, quise decir. ¿Qué hay con eso?

—Frozen Falls, la ciudad donde creció Nero, está celebrando su primer festival anual Luz de luna. Y dado que me estoy convirtiendo en parte de la comunidad, decidí ofrecerme como voluntaria para hacer algo grande.

—¿Y qué hiciste? —pregunté para averiguar a dónde quería llegar con eso.

—Me ofrecí para ser la mascota.

Me tapé la boca con la mano.

—No lo hiciste.

—Sí. Y dije que haría el disfraz yo misma.

Me quedé mirando a Quin y luego solté una carcajada.

—¿Por qué diablos te ofreciste como voluntaria para hacer eso?

—Soy la chica nueva en la ciudad. Además, todos han sido tan amables con Cage y conmigo que quería hacer algo para agradecerles.

—Y nada dice mejor: “Gracias por no ser idiotas” como bailar con un disfraz grande e incómodo todo el día mientras los niños se ríen y te señalan.

—La ciudad no es así. Realmente es bastante agradable. De hecho, el único problema que tuvimos fue con Nero y ahora él está por las nubes por una chica.

—¿Sí? ¿Por quién? —dije sintiendo una inesperada oleada de celos.

—Por ti —dijo Quin mientras me miraba sin comprender—. Espera, ¿no lo sabías? ¿Dije algo que no debía? Oh, lo siento. Olvida lo que dije —dijo comenzando a entrar en pánico.

—No, no. No hablaste fuera de lugar. Él ha dejado en claro sus sentimientos. Supongo que me cuesta creer que alguien como él pueda estar interesado en alguien como yo.

—Oh, sí. Tenía el mismo sentimiento acerca de Cage.

—Espero que no te importe que diga esto, pero los dos hermanos son realmente apuestos.

—No, no me molesta. Es difícil pasarlo por alto. Entonces, ¿eso significa que a ti también te gusta Nero?

Respiré hondo sin saber qué decir.

—¿Quién sabe? Soy un desastre. Pero, tú, ¿cómo planeas hacer tu disfraz de mascota Luz de luna?

—Estaba pensando en hacerme un frasco de cristal. Quiero decir, allí bebían alcohol ilegal en el pasado, ¿verdad?

Hice una mueca.

—Eso es lo que hacen los restaurantes elegantes hoy en día para imitar un ambiente hogareño.

—¿De verdad?

—Tu Nueva York se está mostrando, cariño.

—¿Sí? Entonces, ¿qué hago? —preguntó Quin frenéticamente.

—¿Por qué no haces una botella de alcohol ilegal?

—¿Qué es eso?

Miré a Quin asombrada.

—¿Qué te enseñaron en la escuela secundaria?

—Matemáticas —dijo secamente.

Me reí.

—Touché. Bueno, ahora que estás en Tennessee, tendrás que volver atrás y aprender los fundamentos.

Traté de explicar cómo era una botella de alcohol ilegal. Cuando le conté que había tres X en la parte delantera, ella estaba perdida.

—¿Por qué había tres X en la botella?

—Para decirle a la gente que moriría si lo bebe. Alcohol de grano de Luz de luna: quemaría tus entrañas.

—Pero la gente sí lo bebe, ¿no? —preguntó confundida.

—Por supuesto. ¿Qué más harías con él?

—¿Hacer un coche bomba? —preguntó con ironía.

Me reí mucho.

—Eso es solo después de haberlo bebido.

—Vale, entonces está claro que necesito ayuda con esto —dijo algo derrotada.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Puedes?

—Por supuesto. Quiero decir, claramente necesitas ayuda y he hecho tantos vestidos con armazón de alambre como para llenar un festival.

—¿Por qué hiciste vestidos con armazón de alambre?

—Pasé por una fase rebelde —expliqué—. Pensé que podría llevar la alta costura a Nashville. Pero para que lo sepas, no lo hice.

—Oh, ¿quieres ser diseñadora de moda?

—No, terapeuta.

—Lo que también tiene sentido —dijo Quin mientras lo consideraba.

La miré sin decir palabra. No sabía si estaba siendo graciosa a propósito o no, pero la chica era hilarante. Realmente me agradaba.

—Entonces, ¿quieres mi ayuda para crear tu obra maestra?

—No sabes cuánto. Y para que lo sepas, una obra maestra sería genial. Aunque mi objetivo es no humillarme a mí misma.

—Bueno, estarás vestida como una botella de alcohol ilegal en el festival de un pueblo pequeño. Entonces, Quin, ese barco ya zarpó —dije con simpatía.

Fue el turno de Quin de reír.

Con un proyecto para dejar de pensar en Nero y si lo vería el fin de semana, me fui con Quin de la librería. Como ninguna de las dos tenía coche, caminamos hasta la tienda de artículos de arte más cercana. Luego de comprar alambre para enmarcar, resmas de tela, pintura y elementos de costura, compartimos el viaje de regreso a su dormitorio.

Ella no vivía como el resto de nosotros. Vivía en el edificio conocido en broma como Beverly Hills. Luego de desparramar todo en su sala de estar, le mostré algunos dibujos de lo que estaba pensando y me puse manos a la obra. Era divertido. Y resultó ser una excelente manera de hurgar en su cerebro para averiguar sobre Nero.

—Entonces, ¿qué quisiste decir cuando dijiste que Nero fue el único que les hizo pasar un mal rato a Cage y a ti?

—Nero no siempre estuvo en contacto con su lado más tierno. Y las cosas podrían haber salido un poco mal.

—¿Era un idiota de pueblo?

—Sí. Eso creo.

Me quedé pensando en eso un poco.

—Tiene mal carácter, ¿no?

Los ojos de Quin se movieron rápidamente. No necesitó decir nada más. Su respuesta fue clara.

—Ha tenido una vida difícil.

—Contó algo sobre eso.

—Creo que si Cage no hubiera aparecido, su vida podría haber seguido un camino oscuro. Es difícil crecer sin ninguno de tus padres.

—Entendí que creció con su madre.

—Sí, lo hizo. Ella estaba físicamente allí. Pero en todos los aspectos

importantes, estaba solo. Ella también lo pasó mal. Recién ahora está volviendo a ser ella misma.

—¡Ohh!

—Sí. Por esa razón, podría estar un poco enojado y tener sus imperfecciones. Pero era exactamente lo fuerte que necesitaba ser para sobrevivir en el mundo en el que se vio obligado a vivir.

»Y cuanto más lo conozco, más veo cómo usa su lado oscuro. Nero es un protector. Cuida sus cosas. Si no estás en su círculo, es mejor que tengas cuidado. Pero si te deja entrar, estás más segura que nunca.

Pensé en lo que dijo Quin durante el resto de la cena. Tenía sentido. ¿No fue eso lo que pasó con Evan? ¿No había hecho Nero lo que tenía que hacer para protegerme?

—Deberías ir al festival —dijo Quin mientras nos acercábamos al final de la noche—. Estás haciendo todo este trabajo. Al menos deberías ir a ver cómo me humillo a mí misma. Cage y yo acabamos de comprar una casa. Tenemos un dormitorio extra por si quieres quedarte.

—Oh, Nero mencionó que tú y Cage compraron una casa. Felicitaciones por eso.

—Gracias. Y tenemos mucho espacio para los invitados.

—De hecho, Nero me había invitado este fin de semana para ayudarlo a mudarse.

—¡Oh! —dijo Quin mirándome sorprendida—. ¿Y aceptaste?

—Le dije que tenía que pensarlo.

—Deberías hacerlo… si te sientes cómoda. Quiero decir, haz lo que quieras. Serás muy bienvenida si lo haces. Conoces a Titus. Él también estará en la ciudad. Va a ser divertido.

—Podría ser —dije sintiéndome muy tentada.

Accedí a volver al día siguiente para ayudarla a terminar su disfraz, y me dirigí de regreso a mi casa. Estaba segura de que si Nero no me hubiera invitado primero, ya habría aceptado la invitación de Quin.

No era que no quería pasar tiempo con Nero. Realmente quería pasar tiempo con él. Quería hacer más de lo que hicimos en su camioneta.

Pero ese era el problema. La razón por la que estaba en su vida era para ayudarlo, no para ayudarme a mí misma.

¿Y si me enamoraba de él? No habría vuelta atrás. ¿Cómo podría resistirme a él? No solo era tan atractivo como el pecado, sino que me gustaba todo de él.

Y Quin tenía razón. Cuando estaba con él, me sentía más segura de lo que nunca lo había estado en mi vida. Tal vez no significaba demasiado considerando el infierno que Evan y su pandilla me habían hecho vivir todos los días en la escuela, pero significaba mucho para mí.

—Cory, tengo un dilema —dije cuando llegué a casa y la encontré todavía despierta.

—¿Problemas con chicos? —preguntó dejando a un lado el libro que

estaba leyendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Kendall, has estado radiante los últimos días.

—¿Lo estuve?

—¿No lo sabías?

Me quedé pensando en ello. A pesar de lo estresada que había estado tratando de averiguar qué debía hacer con Nero, estaba borracha de felicidad.

—Quizás.

—Al menos no te había visto tan feliz estos dos últimos años.

—Creo que sí. Pero no lo describiría como "problemas" de chicos. Simplemente no puedo decidir qué hacer. —Hice una pausa—. Espera, ¿te sientes cómoda hablando de esto?

—¿Por qué no lo estaría? —preguntó Cory confundida.

—No sé cómo funcionan estas cosas. Nunca tuve un chico del que hablar, o una amiga con la que hablar.

—Kendall, hemos estado viviendo juntas durante años. ¿De verdad crees que no puedes hablar conmigo de algo?

—No sé. Supongo que a veces me asustan estas cosas.

—Maldito Evan Carter —dijo esperando que completara la frase.

—Acerca de eso…

—¿Qué?

—Podría haber resuelto la situación de Evan Carter.

Cory se sentó para prestarme toda su atención.

—¿Cómo?

—¿He mencionado que hay un chico?

—No entiendo.

—Si recuerdo bien mi clase de psicología del comportamiento, podría haber sufrido algo llamado "indefensión aprendida". Es cuando te rindes porque has decidido que no hay nada que puedas hacer para escapar de la mala situación en la que te encuentras.

»Si pones ratas en una jaula y electrificas el fondo, eventualmente se darán cuenta de que no pueden escapar de las descargas eléctricas y dejan de intentarlo. Entonces, cuando solo electrificas la pequeña sección en la que están parados, no se moverán. Han aprendido que son impotentes para escapar de su situación aunque no lo sean.

»Eso podría haber sido lo que me sucedió con Evan Carter. Su constante acoso me había enseñado que no tenía control sobre mi vida y que estaba indefensa ante todas las cosas malas que podían pasarme. Estaba atrapada en el barro. El chico que conocí me ayudó a salir de eso.

—¿Cómo lo hizo?

—Le dio una paliza a Evan Carter —dije preocupada por lo que diría Cory.

—¡Oh!

Se reclinó y se quedó en silencio.

—Está mal, ¿verdad?

—Bueno, no es como si él no pudiera imaginar que algo así le pasaría. Te ha hecho cosas horribles.

—Ni siquiera te he contado las cosas humillantes.

—¿Hay más? —preguntó aturdida.

—Sí. Él era…

Tuve que respirar profundamente cuando los recuerdos inundaron mi mente.

—Él era el diablo —decidí.

—¿Y después de que este tipo hizo lo que hizo …?

—Me siento mejor. Ya no tengo miedo todo el rato. Siento que puedo respirar por primera vez en mucho tiempo.

—¡Eso es genial!

—Sí. Pero…

—¿Pero qué?

—No sé. ¿Debería estar preocupada? Quiero decir, lo conocí porque se supone que debo ayudarlo a adaptarse a la escuela. Y la razón por la que me pidieron que lo ayudara es porque tuvo algunos problemas de ira. ¿No podría ser todo esto peligroso?

Cory lo pensó.

—¿Sientes que estás en peligro?

—Eso es todo lo que sucedió. Me siento increíblemente segura a su alrededor. Siento que si estoy con él, no hay nada que pueda lastimarme, porque él me protegerá.

—¡Guau! Eso es sorprendente. ¿Quién no querría eso? —dijo con más introspección de la que hubiera esperado.

—Entonces, ¿supongo que estar con tu novio no te hace sentir segura?

Cory me miró y se rio.

—Bueno, mi novio y yo tenemos casi la misma contextura física, así que no.

—Pero hay otras formas en que una persona puede hacerte sentir segura, ¿verdad? Tal vez él te hace sentir segura porque sabes que estará allí cuando lo necesites. O tal vez te hace sentir segura porque sabes que siempre te amará.

Cory me miró como si lo considerara por primera vez.

—Eso creo. ¡Guau! Eres realmente buena en esto.

No podría haber dicho nada mejor. Me sonrojé.

—Gracias. Entonces, ¿te hace sentir segura de alguna de esas formas?

—Quizás.

La miré fijamente mientras sus ojos se entristecían.

—Pero esas no son las formas en las que quieres sentirte segura. ¿O tal vez necesitas sentirte segura?

—¡Mira, Kelly es un gran chico! —dijo a la defensiva.

—No dije que no lo fuera.

—Y no estábamos hablando de mí. Hablábamos de ti. No intentes cambiar

de tema.

Supongo que toqué un nervio muy sensible.

—Tienes razón. Hablábamos de lo que debería hacer con Nero. Entonces, mi dilema es que él se va a casa este fin de semana y me invitó a ir con él.

—Quiere que veas dónde creció. Eso es bueno, ¿no?

—Eso creo.

—Y quiere que conozcas a las personas que son importantes para él. A mí me parece que está llevando las cosas al siguiente nivel.

—En realidad, ya he conocido a algunas de esas personas. Estuve ayudando a la novia de su hermano a hacerse el disfraz para el festival que organiza su ciudad este fin de semana. Es en su casa donde nos quedaríamos. Y Quin también me invitó a pasar el fin de semana con ellos.

—Todo eso tiene buena pinta.

—¿Sí?

—Sí. El chico te invitó para que conozcas más sobre él. Y como la novia de su hermano también te invitó, no hay tanta presión como si se tratara de una cita.

Sonreí.

—Y el hermano de Nero también parece agradable… aunque también era jugador de fútbol.

—Entonces, ¿ahora eres amiga de dos jugadores de fútbol?

—Eso creo —dije con una sonrisa.

—Kendall, ya no sé quién eres.

Me reí.

—Yo tampoco lo sé.

—Pero creo que deberías ir. Te conozco desde hace tiempo. Nunca te había visto metida así en algo, mucho menos con alguien. ¿Y si él es tu oportunidad de ser feliz? ¿No valdría la pena correr el riesgo… incluso si pudiera haber algunos problemas?

Capítulo 8

Nero

Me estaba volviendo loco esperando saber lo que Kendall había decidido. La había invitado a Frozen Falls. Todos los que conocía estarían allí. Si ella fuera conmigo, sabía que no podría ocultar cuánto me gustaba y que ellos lo notarían.

¿Y qué dirá mi madre? No tiene ningún problema con Cage y Quin, pero los conoció como un paquete. Si quería recuperar a su hijo, tenía que aceptarlos a ambos. Ahora me pregunto si a ella le agrada más Quin que yo.

Pero mi mamá nunca conoció a nadie que me interesara. Probablemente fue así porque no estuve interesado en nadie realmente hasta que conocí a Kendall. Y Kendall, que se viste completamente de negro y usa brazaletes de cuero con tachuelas, no estuvo precisamente en contacto con la forma de vivir de un pueblo chico. ¿Cómo reaccionará mamá?

¿Y qué dirán todos los demás que me conocen? No me relacionaba exactamente con las personas más abiertas. Las cosas podían complicarse de un momento a otro. Sabía que podía callar a cualquiera que se pasara de la raya, pero eso no significaba que no fuera a molestarme de alguna manera.

Al mismo tiempo, me sentiría indefenso con Kendall. Apenas podía respirar cuando estaba cerca de ella. Solo podía pensar en abrazarla y besarla. Nunca alguien me había gustado tanto alguien en mi vida.

Todo eso podría haber influido en mi último partido. O quizás era que ahora tenía una razón para dejarlo todo en el campo. Quería impresionar a Kendall. Quería que ella viera que estar conmigo valía la pena, sin importar lo mal que estaba.

Pero tal vez solo fue un sueño. Quizás era un desastre para cualquiera. Conocer a Kendall me había hecho creer que estaba equivocado. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo para estar con ella. Todo lo que necesitaba era que me respondiera el mensaje que le envié y me diera una oportunidad.

Estaba empezando a pensar que Kendall me había plantado como a una estatua cuando apareció una fotografía en nuestro chat. Eran ella y Quin de pie frente a lo que parecía una botella de alcohol ilegal de tamaño humano.

Nada en la imagen tenía sentido. Sabía que Quin y ella se llevaban bien. ¿Pero cuándo empezaron a salir juntas? ¿Y por qué había una botella de alcohol ilegal gigante en la sala de estar de Quin?

"¿Cuánto de ese alcohol ilegal bebieron ustedes dos?", le respondí.

"Bueno, tuvimos que vaciar la botella, así que…"

Todavía estaba muy confundido.

"¿Necesitas que alguien te acompañe a casa? Porque estoy cerca".

Una foto fue lo siguiente que apareció. Esta vez las dos fingían estar borrachas mientras bebían de la botella. Claramente lo estaban pasando muy bien.

“Sabes que esas cosas te harán quedar ciega, ¿verdad?”

“Lkajfoi; al; keaa alk; edfa; lka”, respondió.

Me reí.

“En serio, ¿necesitas que vaya? Estoy a cinco minutos”.

“No. Estamos bien. Solo quería mostrarte el disfraz que hicimos para el festival Luz de luna de este fin de semana”.

“¿El festival Luz de luna?”

“¿No lo sabías?”

“¿Que si lo sabía? Me han obligado a ayudar a organizarlo. ¿Irás, por cierto?”

“Quin dijo que tienen un dormitorio libre en el que puedo quedarme”.

Al leer eso, mi pecho se cerró. Tenía la esperanza de que quisiera dormir en mi cama.

“Sí, lo tienen. ¡Deberías ir!”

Esos tres puntos bailaron en la pantalla durante lo que pareció una eternidad.

“Vale”.

—¡Siiiiii! —grité haciendo que Titus levantara la vista.

—¿Recibiste buenas noticias?

—No están nada mal —dije sin poder borrar la sonrisa de mi rostro.

—¿Vas a ir al festival de la doctora Sonya este fin de semana?

—Voy a ir. —Hice una pausa porque no sabía cómo sacar el tema —. Y, eh, ¿te acuerdas de Kendall?

—¿La chica que vimos después del partido?

—Sí. Ella también irá —dije nerviosamente.

—¿Sí? ¡Genial! Me agrada.

—¿Quieres invitar a Lou?

—La invité. Tiene una cita este fin de semana.

—Ella sale mucho, ¿no?

—Sí.

—¿Eso te molesta?

—¿Por qué me molestaría? —preguntó Titus haciéndose el tonto.

Lo miré y me pregunté hasta cuándo seguiría negando lo que pasaba entre ellos dos.

—Mira, si te gusta, creo que tendrás que dar un paso al frente y decírselo.

—¡No me gusta! Quiero decir, me agrada. Somos buenos amigos. Pero no me gusta de esa forma.

—¡Eh! Bueno, supongo que es bueno que no te guste. Porque si te gustara, escuchar que va a tener otra cita te haría trepar por las paredes. Imagina todas las cosas que hace con esos tíos. Imagínalos tomados de la mano. Imagínalos besándose. Luego, que la invitan a ir a su casa…

—¡Es virgen! —dijo Titus interrumpiéndome.

—¿Qué?

—Sí. Dijo que sale mucho, pero no va más allá de eso. Quiere esperar al chico adecuado.

—¿Te estaba mirando cuando lo dijo?

—¿A qué te refieres con que si me estaba mirando? Me estaba hablando. Por supuesto que me miraba.

Lo miré y me pregunté cuánto tiempo más seguiría jugando ese juego.

—Vale. Lo que sea. Solo creo que, si sientes algo por alguien, tienes que decírselo sin importar lo gallina que seas.

—¿Se lo dijiste a Kendall? —preguntó arrojándome la cuestión a la cara.

—Se lo voy a decir este fin de semana —dije afirmándome en esa decisión.

Supongo que eso lo hacía oficial. Ahora no había vuelta atrás.

—¡Bien por ti! —dijo Titus mirándome con admiración—. Eso es genial. Ella parece ser realmente agradable. Me gustan ustedes dos juntos.

—Gracias —dije llenándome de alivio.

Al no tener un partido ese fin de semana, Kendall y yo acordamos encontrarnos en la habitación de Quin para salir los tres juntos hacia a Frozen Falls.

—Entonces, ¿ninguna de ustedes pensó en cómo atravesar la puerta cuando estaban decidiendo qué tan grande sería? —pregunté mirando el disfraz de botella de más de un metro de ancho.

Kendall y Quin se miraron. Fue la cosa más linda que jamás haya visto.

—Ok. Esto es lo que haremos. Quin, vas a tomar todas las fotos que quieras luciendo el disfraz perfecto como está ahora.

—¿Y luego? —preguntó Quin nerviosamente.

—Luego lo sacaremos por la puerta.

—¡Oh, no! Nos costó mucho trabajo —se quejó Quin—. Nunca hice nada como esto antes.

—Entonces, tal vez la próxima vez ustedes dos hagan algo más pequeño que el marco de la puerta por la que necesitan pasar. ¿No se supone que son súper inteligentes o algo así? —bromeé.

La cabeza de Quin se inclinó. No sé por qué, pero tal vez fui demasiado lejos con lo que dije. Puse mi mano en su hombro.

—Mira. Estoy contigo. Ambos estamos contigo. ¿Verdad, Kendall?

—Por supuesto. Estamos contigo, Quin.

—Solo quería que Cage lo viera en su mejor momento.

—Y lo hará… cuando vea las fotos —dije bromeando de nuevo.

El humor de Quin se alivió, lo que le permitió reírse de ello. Yo hice lo mismo. Pero cuando miré a Kendall, la sorprendí mirándome con una gran sonrisa.

—¿Qué?

—Nada —dijo antes de centrar su atención en el disfraz.

No sabía lo que estaba pensando, pero me gustó la forma en que se veía al pensarlo. Realmente era la chica más sexy de todos los tiempos. Maldita sea,

quería besarla de nuevo.

Después de tomar más fotos que un turista al mayor ovillo de lana de Tennessee, Quin guardó su cámara y nos pusimos manos a la obra. Lo hicieron tan fuerte como para atrapar a un lince, así que la única forma de atravesar la puerta era doblándolo. Cuando lo subimos a mi camioneta y lo doblamos hacia atrás, quedó más ovalado que redondo.

—Es un festival Luz de luna. Si la gente está tan sobria como para notar que la botella está un poco doblada, entonces tendremos problemas mayores —dije a Quin, quien aún se veía triste.

Por mucho que me gustara estar a solas con Kendall, tener a Quin con nosotros durante el viaje a Frozen Falls ayudó. Las dos se llevaban como mejores amigas. Estaba un poco celoso. Pero justo cuando pensé que se habían olvidado de que yo estaba allí, Kendal me tocó el muslo.

La miré preguntándome qué estaba sugiriendo. No me estaba mirando. Era como si solo quisiera decirme que no se había olvidado de mí. Lo acepté, porque ciertamente no me había olvidado de ella.

Cuando estábamos llegando a nuestra nueva casa, Kendall y yo le estábamos haciendo escuchar a Quin las canciones para ebrios de Tennessee. ¿Estábamos cantando tan fuerte como para despertar a la gente mientras pasábamos? Probablemente. Pero solo hay una forma de cantar una canción de ebrios y no es en voz baja.

—¿Esa es tu casa? —preguntó Kendall mirando a través del parabrisas con asombro.

—Sí —respondió Quin tímidamente.

—¡Es increíble!

—Gracias.

Sí, no había forma de obviarlo. El lugar era impresionante. Me pregunté qué diría Kendall cuando viera nuestra vieja casa. No me había avergonzado de mi hogar mientras crecía porque no tenía tiempo para hacerlo. Estaba demasiado ocupado pensando en cómo pagar la renta.

Pero había visto el vecindario en el que vivían los niños de la escuela. Ninguna de esas casas tenía ruedas. Claro, ninguna de las casas de nuestro parque de casas rodantes las tenía. Pero eso se debía a que nadie podía pagarlo.

—Nero, después de que entremos el disfraz, deberías mostrarle a Kendall los alrededores.

Kendall me miró con entusiasmo.

—Genial.

—¿Está mamá aquí? —interpelé a Quin preguntándome qué tan estresante sería mi noche.

—Pedimos una cama especialmente para ella. Llegará mañana. Ella no se mudará hasta entonces.

Estaba aliviado. Nos daría a Kendall y a mí una noche para acostumbrarnos

a lo que sea que estuviera pasando. Una vez que trasladamos el disfraz al garaje y saludamos a Cage, eso fue lo que hicimos.

—Me dijeron que esta sería mi habitación —dije guiándola hacia adentro y hacia la cama.

—¡Qué bonito! —dijo mirando el espacio vacío.

—Buscaremos mis cosas mañana. Pero no estoy seguro de cuánto quiero traer conmigo. Tal vez sea mejor dejar que la mayor parte se quede en el pasado.

—Nada puede superar a un nuevo comienzo.

—Sí.

Me quedé mirando los suaves ojos color chocolate de Kendall. Era como si me estuviera pidiendo que la cogiera entre mis brazos y no la dejara ir nunca. Pero tan pronto como deslicé mi mano sobre la suya, se puso de pie.

—Entonces, ¿dónde está el dormitorio en el que me quedaré? —preguntó cogiendo su mochila.

Consideré sugerirle que se quedara conmigo, pero cambié de opinión. Quería que se sintiera cómoda estando aquí. Y si necesitaba dormir en otro dormitorio para hacer eso, se lo concedería.

—Al lado. Te mostraré.

Cuando dejé que se acomodara, me dijo que se reuniría conmigo abajo y cerró la puerta detrás de mí. ¿Cómo no tomar eso como un rechazo? También podría haber dicho: "No dejes que el picaporte te golpee al salir". Estaba empezando a pensar que el fin de semana no sería como lo esperaba.

—¿Dónde está Kendall? —preguntó Cage cuando me reuní con él y Quin en la cocina.

—Está en su habitación. Dijo que bajará pronto.

—Entonces, ¿cómo van las cosas entre ustedes dos? —preguntó Cage.

Asentí con la cabeza y apreté los labios en lugar de responder. La verdad es que no lo sabía.

—¿Tienen algo de beber? —interrogué revisando los muebles.

—En primer lugar, es: "¿Tenemos algo de beber?" —dijo mi hermano refiriéndose a nosotros tres—. Y en segundo lugar, por supuesto —dijo antes de señalarme un mueble bajo.

Lo abrí y miré la lamentable selección.

—Saben que esto no es suficiente, ¿verdad?

—¿Quieres más? Ve a comprarlo —bromeó Cage.

—No. Yo me ocuparé —se ofreció Quin.

—Ahora, ¿por qué no te pareces más a tu novia?

—No todos podemos ser perfectos —dijo aferrando a Quin y besándola.

—No sé de quién estás hablando. Pero sé que no de mí —protestó Quin.

—Por supuesto que de ti. Siempre de ti —dijo Cage siendo tan dulce con Quin que quería vomitar.

—¿Dónde diablos está Kendall? —pregunté sin poder soportarlo más. Tan pronto como lo dije, Kendall entró como si estuviera esperando en la puerta

—. Ahí estás —dije sin poder evitar sonreír—. ¿Un trago?

—Dios mío, sí— dijo uniéndose a mí y señalando lo que quería.

Una vez que las bebidas comenzaron a fluir, las cosas entre Kendall y yo se volvieron menos incómodas. Sentados en la cocina mientras Cage preparaba la cena, la conversación era fluida y bastante buena. Cuando terminamos de cenar, Kendall y yo lavamos los platos y luego nos reunimos con Cage y Quin en la sala de estar. Habían comprado un segundo set de juegos para la casa y Kendall y yo los desafiamos a jugar una partida de Wavelength.

El objetivo era encontrar una palabra que hiciera que tu compañero de equipo girara un dial oculto para ubicarlo en la posición correcta. Básicamente probaba qué equipo estaba en la misma longitud de onda. Cage y Quin nos aplastaron. Pero considerando lo bien que jugamos contra la pareja perfecta, ni Kendall ni yo nos sentimos mal.

—Nos vamos a dormir. Tenemos mucho que hacer mañana. No olvides que después de que nos mudemos, tenemos que ayudar a la doctora Sonya con los preparativos para el domingo.

—Entendido —dije a Cage cuando se iba.

Una vez que se fueron, me volví hacia Kendall. Dios, se veía hermosa.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué quieres hacer?

Me miró por un momento y sonrió.

—Creo que yo también me iré a dormir.

—¿Segura? Podría pensar en algo para hacer —dije con una sonrisa.

—Estoy segura de que podrías. Quizás la próxima vez, bateador —dijo antes de inclinarse, besarme en los labios y alejarse.

Apenas supe qué hacer conmigo durante el resto de la noche. Decidí irme a dormir, pero miraba la pared sabiendo que ella estaba del otro lado. Di vueltas y vueltas hasta que, finalmente, pude tener pensamientos cálidos sobre Kendall y lentamente me quedé dormido.

Me desperté temprano a la mañana siguiente y no pude mantenerme alejado de Kendall por mucho tiempo. Tumbado en la cama, miré la pared que nos separaba. ¿Estaba despierta mirando la pared? Si estaba dormida, ¿con qué estaba soñando?

Demasiado ansioso como para quedarme en la cama, me puse un par de pantalones cortos y salí de mi habitación. Su puerta aún estaba cerrada. Luego de autoconvencerme de no llamar a su puerta, bajé las escaleras y encontré a Cage y Quin en la cocina.

—Buenos días —dijo Cage como si hubiera estado despierto durante horas.

—Buenos días.

—¿Cómo has dormido? —preguntó Quin—. ¿Es cómoda la cama? Debatimos sobre qué tan suave debería ser. Cage dijo que no te importaría.

—No sabe lo incómoda que era la cama en la casa anterior —dijo Cage.

—Sí. Cualquier cosa es mejor que eso —acepté tratando de no tomar las críticas de mi hermano como algo personal—. Pero era todo lo que podíamos permitirnos, ya sabes.

—Ey, para un lugar que estaba siendo pagado por un chico de catorce años, es asombroso. Todavía no puedo creer que hayas podido hacerlo —me dijo Cage—. Pero ya no estás solo. Estamos todos juntos ahora. Y tenemos un nuevo hogar.

—Sí —dije a medias.

Sabía que Cage estaba tratando de hacerme sentir que ese también era mi hogar y lo apreciaba. Pero no era así. No pensaba que pudiera serlo jamás. Había sido un salto demasiado grande con respecto al lugar que había podido pagar. Entraban varias casas rodantes en esta casa. Era demasiado diferente a todo lo que había conocido. ¿Cómo no sentirme como un invitado?

—¿Kendall sigue durmiendo? —preguntó Quin.

—Eso creo. Se quedó en el dormitorio de invitados.

—Oh. Cage se preguntaba si debería empezar a preparar el desayuno. ¿Sabes si duerme hasta tarde?

—Ojalá tuviera esa información —dije esperando saberlo pronto.

—Ok. Le daré unos minutos y luego comenzaré. En cualquier caso, llevará un tiempo. Quizás ya esté despierta para entonces.

—Mientras lo preparas, me voy a dar una ducha —dijo Quin besando a Cage antes de irse.

Cuando Quin se fue, miré a Cage. Traté de pensar en la última vez en que los dos estuvimos solos. Las veces que lo había visto últimamente fueron cuando fue al campus y se quedó con Quin, o cuando llevé a Quin a pasar el fin de semana. Amaba a Quin, pero extrañaba pasar tiempo a solas con mi hermano.

—¿Cómo va el trabajo?

—¡Bien! Me encanta trabajar con niños. Sigo intentando averiguar cuándo puedo invitarte a un partido, pero tienes práctica o clases.

Cage volvió a llenar su taza de café y me ofreció un poco.

—Por favor. ¿Y las cosas le están yendo bien a mamá?

Después de que me entregó una taza, se reunió conmigo en la cocina.

—Sí. Quiero decir, la has visto. Incluso ha estado hablando de volver al trabajo.

—Me lo dijo. Es asombroso. ¿Dónde estaba esa mujer cuando era niño?

—Ella estaba haciendo todo lo posible.

—No la defiendas. No estabas allí. No sabes cómo era —dije.

No estaba molesto, pero no había forma de que pudiera escuchar cómo la defendía cuando solo había visto su lado bueno.

—Lo siento.

—¿Alguna vez te preguntaste sobre nuestro padre, Cage?

—Por supuesto. Sabes que lo hago.

—¿Quin te ha dicho lo que decidió?

—¿Qué decidió?

—Ok. Le había pedido que me ayudara a descubrir quién es mi padre. Y me dijo que tal vez no quiera saberlo.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Es tu novia.

La mirada de Cage se hundió mientras pensaba en ello.

—¿Y si nuestro padre es alguien realmente horrible, Cage? Por ejemplo, ¿qué pasa si la razón por la que mamá no quiere hablar de eso es porque explicaría por qué estoy tan jodido?

—No lo sé, Nero. Pero ¿crees que necesitamos saberlo? Quiero decir, tenemos a mamá. Nos tenemos el uno al otro. Quizás eso sea suficiente.

—Quin pensó que dirías eso.

—¿Sí?

—Sí. Pero no sé si es suficiente para mí. Es como una pieza que falta en mi vida. Solo puedo pensar en por qué no estaba nuestro padre. ¿Fue porque no sabía que yo existía? ¿Hubiera querido saberlo? ¿Lo sabía y no le importaba? ¿Y por qué mamá se negaba a hablar de eso? ¿Qué hay de malo en mí que ella no se atreve a decir?

—¿Se lo has preguntado alguna vez? —dijo una nueva voz desde la puerta de la cocina.

Me volteé para encontrar a Kendall. ¿Cuánto había escuchado?

—Oh, hola. ¿Estabas despierta?

—Sí, he estado despierta por un tiempo. Pero escuché lo que le estabas diciendo a Cage. Lo siento, hay un poco de eco aquí.

—El resto de los muebles debería llegar en un par de días —explicó Cage.

—¿Escuchaste todo lo que decíamos? —pregunté.

—Sólo la parte en la que decías que necesitas saber sobre tu padre.

Bajé la cabeza. No tenía ningún problema en contarle cosas a Kendall, lo cual era increíble de hecho. Pero admitir esas cosas ante cualquier otra persona que no estuviera en el mismo barco, era bastante difícil.

—Le he estado preguntando a mi madre sobre mi padre toda mi vida. Ella nunca ha querido decir nada al respecto.

Kendall entró en la cocina y se puso al alcance de la mano.

—¿Le dijiste lo importante que es esa información para ti?

Miré a Cage sin saber cómo responder. No estaba listo para decirle a Kendall que mamá había estado mentalmente ida durante algunos años y que no se había preocupado por lo que era importante para mí.

—Creo que ella lo sabía —dije a Kendall.

—Ella podría haberlo sabido. Pero a veces decir las palabras cambia las cosas.

—Tal vez —dije mientras pensaba en las palabras que usaría cuando le dijera a Kendall lo que sentía por ella.

—Podría ayudar. Y si necesitas ayuda, podría hablar con ella. Todavía no conozco a tu madre, pero a veces es más fácil hablar con un extraño.

No pensaba que nada de lo que dijera funcionaría, pero pensé que era dulce de su parte ofrecérmelo. Cogí su antebrazo con mi mano. Su suave piel se deslizaba bajo mi pulgar que giraba lentamente en círculos.

—Te agradezco tu ofrecimiento. Pero tal vez deberías conocer a mi madre primero.

La confianza de Kendall se desvaneció rápidamente.

—Sí. Por supuesto. No quise…

—No dijiste nada malo —dije interrumpiéndola—. Es solo que nuestra madre estuvo lidiando con muchas cosas mientras yo crecía. Entonces no estaba muy dispuesta a hablar. Ahora está mucho mejor. Entonces tal vez las cosas sean diferentes. Joder, tal vez si le volviera a preguntar ahora, ella me lo diría.

—Nunca se sabe —animó Kendall.

—Nunca se sabe —estuve de acuerdo.

Cage se unió a la conversación.

—Sabes cómo me siento sobre esto. Pero Kendall podría tener razón. A veces es más fácil hablar con un extraño.

—Estaría más que feliz de hacerlo.

Volví a mirar a Kendall. Parecía que realmente quería hacer eso por mí.

—Si surge. Pero, por favor, Kendall, no la presiones.

—Por supuesto. Solo si es el momento adecuado —dijo con una sonrisa ilusionada.

Me quedé mirando a Kendall tratando de averiguar por qué algo así la haría feliz. Pero lo hacía. Todavía había muchas cosas sobre ella que no sabía. Era como un regalo que estaba ansioso por desenvolver.

—Empezaré con el desayuno —dijo Cage dejándonos a los dos solos.

Probablemente empezó a sentirse incómoda. Estaba mirando fijamente a Kendall con bastante dureza, y ella también me estaba mirando a mí. Maldita sea, quería besarla. Y cuando de repente levantó la mano y pasó un dedo por mi pecho, casi pierdo el control.

Me incliné hacia adelante para alcanzar sus labios cuando se apartó de mí. ¿Qué estaba haciendo? No podrías burlarte de una serpiente de esa manera. Te mordería.

Para alejarse un poco, se unió a Cage y se ofreció a ayudarlo con el desayuno. No la acompañé, pero solo porque no podía levantarme.

En cambio, la vi cruzar la cocina recogiendo los ingredientes mientras mi hermano preparaba un festín. Kendall encajaba perfectamente. Había algo atractivo en eso que hacía que me gustara aún más.

Después de comer muchos panqueques y tocino, Kendall me ayudó a limpiar. Cuando terminamos, nos vestimos y nos preparamos para empacar. Cage y yo condujimos en camionetas separadas hasta nuestra antigua casa. Lo primero que debía hacer una vez que llegara allí era presentarle a Kendall a mi mamá. Me estaba asustando un poco.

Mientras estacionaba, sentí que me estaba preparando para jugar un gran partido. Mi corazón estaba latiendo fuerte. No había nada que pudiera frenar las cosas ahora. No sabía lo que iba a decir. ¿Cómo iba a presentar a Kendall? Por mucho que quisiera que lo fuera, no era mi novia. Pero llamarla

simplemente "amiga" tampoco parecía correcto.

Kendall debió darse cuenta de mi ansiedad porque antes de salir de la camioneta, tomó mi mano y la apretó.

—Puedes hacer esto —dijo.

—¿Hacer qué?

—No sé. Lo que te tiene tan estresado.

—Es por mi mamá. Sé que nosotros todavía no somos nada…

—Somos algo —dijo interrumpiéndome.

—¿Qué somos?

—Somos amigos.

—¿Solo amigos? Porque las cosas que quiero hacerte no son las cosas que quiero hacer con alguien que es solo un amigo.

Esperé mientras me preguntaba si lo que había admitido la asustaría. Esperaba que me dijera que no éramos nada en absoluto.

—Somos buenos amigos —dijo con una sonrisa.

—Sabes que no me importaría que fuéramos algo más, ¿verdad? Me gustas mucho, Kendall. Nunca me había gustado tanto alguien.

La miré fijamente. Había derramado mi corazón. ¿Por qué no decía nada?

—Yo… —dijo con su voz desvaneciéndose.

—Ayudé a mamá a empacar la mayoría de sus cosas ayer —dijo Cage acercándose a la ventana—. Donaremos la mayor parte de los utensilios de cocina a Goodwill. Mamá está de acuerdo. Pero si hay algo con valor sentimental, deberías guardarlo ahora.

No sabía si Cage me había salvado de escuchar a Kendall decirme que no estaba interesada o sí, así que no me quejé por su interrupción.

—Entendido, hermano —dije mirando a Kendall fijamente a los ojos por un momento más—. ¿Estás lista para conocer a mi mamá?

Por primera vez, Kendall parecía nerviosa.

—Sí.

Alcanzando a Cage y Quin cuando entraron, entramos en la casa para demostrar una vez más que nuestra familia se había hecho demasiado grande para ella.

—Hola, mamá —dijeron Cage y Quin, dándole cada uno un beso.

—Mamá, quiero que conozcas a alguien —dije tratando de respirar.

Ella se volvió hacia mí. Sus ojos rápidamente se dirigieron a Kendall.

—Ella es Kendall. Ella es, eh, es alguien muy especial para mí, mamá.

Mamá miró a Kendall.

—¿Es tu novia? —preguntó llevando las cosas más lejos de lo que esperaba.

—No. Pero espero que lo sea algún día —dije sin darme cuenta de que estaba poniendo a Kendall en un aprieto grande.

Mamá se levantó y se acercó a Kendall.

—Es un placer conocerte, Kendall —dijo antes de ofrecerle un abrazo.

Eso me sorprendió. Apenas me había abrazado. No recordaba la última vez

que me había dado un abrazo. Empezaba a darme cuenta de que no sabía quién era mi madre. Durante la mayor parte de mi vida, ella había sido la mujer sentada en el sofá mirando la televisión sin pensar. ¿Era así como había sido antes de que sucediera lo que la cambió?

—Es un placer conocerte también —dijo Kendall abrazándola—. ¿Estás emocionada por la mudanza?

Mamá la dejó ir.

—Oh, sí. Muy emocionada.

—Este lugar no ha sido tan malo, ¿verdad, mamá? —pregunté sintiendo un poco de escozor.

—Este lugar ha sido nuestro hogar. Pero es hora de dejar atrás esa parte de nuestras vidas. A todos nos vendría bien un nuevo comienzo. ¿No crees? —preguntó apretando mi mano con una sonrisa.

Aunque no le respondí, sabía que ella no estaba equivocada. Era hora de que todos siguiéramos adelante. ¿Qué significaba eso para mí? ¿Cuánto de mi futuro involucraba a Frozen Falls? Si participaba del draft, podría terminar en un equipo al otro lado del país. ¿Realmente iba a volver aquí entre temporadas?

—¿Qué quieres que empaque? —preguntó Kendall cuando nos retiramos a mi habitación.

Miré a mí alrededor el espacio apenas un poco más grande que mi cama. Todo lo que había significado algo para mí lo había traído a mi dormitorio.

—Creo que voy a tirarlo todo.

Kendall me miró sorprendida.

—¿Todo?

—Sí.

Observó a su alrededor, sacó un anuario de un estante y lo hojeó.

—¿Incluso esto?

—Deshazte de todo. Mamá tiene razón. Es hora de empezar de nuevo.

No sé por qué, pero Kendall me frotó la espalda y apoyó su cabeza en mi hombro. No me estaba quejando. Se sentía bien. Quería más. Pero estaba seguro de que lo estaba haciendo porque pensaba que la basura que me rodeaba significaba para mí más de lo que realmente significaba.

Lo que vi cuando miré a mi alrededor fue el lugar al que regresé cuando me golpearon la cara después de que me atraparon robando. O la habitación donde lloré cuando mi madre dejó de hablar durante un mes. Me aterrorizaba que no volviera a hablar nunca más.

—Por mí podrían quemar toda esta mierda —dije agarrando un puñado de porquerías y arrojándolas a una caja.

Una vez que decidí hacer eso, empacar no tomó mucho tiempo.

—¿Dónde está la pila de cosas para tirar? —pregunté sacando cuatro cajas llenas.

—¿Todo eso? —preguntó Cage.

—Todo.

Cage miró a Kendall que estaba detrás de mí. Me volteé justo a tiempo para ver a Kendall encogerse de hombros. No sabía qué hacer con ellos dos, pero no veían las cosas como yo.

—¿Necesitan ayuda para empacar el resto de esta mierda?

—Estamos bien —explicó Cage—. ¿Hay algo de esto que quieras conservar?

—No. No creo que mi espátula de la suerte esté ahí —dije sintiéndome cansado del lugar—. Si ya no nos necesitan, creo que nos iremos de aquí. Le mostraré a Kendall un poco de la ciudad.

—¿Sigues pensando en ayudar a la doctora Sonya a preparar cosas para el festival? —preguntó Cage.

—Sí. Iré esta tarde.

—Quin, ¿vas a necesitar ayuda con el disfraz? —preguntó Kendall.

—Hoy no. Estoy bien. Ustedes dos pasen un buen rato. Frozen Falls es hermoso en esta época del año. Te encantará, Kendall —dijo Quin con una sonrisa—. Caminamos por las cataratas en una de nuestras primeras citas.

—Y luego te caíste en el hielo y tuvimos que llevarte al médico —dijo Cage riendo.

—Cierto. Olvidé eso. Hagas lo que hagas, Kendall, no camines en el hielo para seguir los pasos de nadie —dijo Quin con una sonrisa.

Kendall me miró confundida.

—¿Vamos a caminar sobre hielo?

—No le prestes atención. Es solo una chica de ciudad que aprendió una lección sobre los bosques —bromeé—. Nos reuniremos con ustedes más tarde. Llevaré estas cajas a tu camioneta.

Después de que Kendall y yo sacamos lo último de mi vida anterior, nos subimos a mi camioneta y nos marchamos.

—Entonces, ¿adónde me llevarás?

—¿Qué opinas de hacer senderismo?

—Bueno, estoy usando mis botas de montaña —dijo con una sonrisa.

Miré sus pies y vi que usaba sus habituales Dr. Martens negros.

—¿Has hecho senderismo antes? —pregunté confundido.

—¿Senderismo? Pfff. ¿Cuándo no he hecho senderismo? —dijo sarcásticamente.

—Nunca has hecho senderismo, ¿verdad?

—En mi defensa, el senderismo vuelve a todos sudorosos…

—¿Y?

—Te pone todo sudoroso. Eso es suficiente.

Me reí.

—Bueno, hay lugares que quiero mostrarte, pero es posible que tengas que sudar para llegar allí.

—Entonces quieres que me ponga calurosa y sudorosa contigo. ¿Eso es lo que quieres decir?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —dije amando la sugerencia.

—Veremos esta noche. Hasta entonces, ¿por qué no me muestras ese lugar que te entusiasma? —dijo con una sonrisa seductora.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo? El senderismo, quiero decir.

—Tendrás que tomártelo con calma porque es mi primera vez.

Hice una pausa preguntándome a qué se refería.

—Espera, ¿nunca has … hecho senderismo antes?

—Nunca.

—¿Y tú?

—Crecí aquí, así que hice senderismo varias veces. Pero nunca hice senderismo con alguien como tú antes —dije esperando que aún estuviéramos hablando de lo mismo.

—Entonces, si hiciéramos senderismo juntos, ¿sería algo así como la primera vez para los dos?

—Sí, supongo. Pero he pensado mucho en hacer senderismo con alguien como tú. Y eres el tipo de chica con la que me gustaría hacer senderismo por el resto de mi vida.

—¿Cómo sabes eso? Ni siquiera hemos hecho senderismo por primera vez.

—Porque nunca quise hacer senderismo tanto como contigo.

Kendall me miró fijamente.

—Solo quiero estar segura. Ambos estamos hablando de sexo, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿nunca has estado con alguien por quien sintieras algo?

—No.

—¿Y sientes algo por mí? —preguntó tímidamente.

—La idea de estar contigo… me mantiene despierto por la noche.

Kendall se me acercó más en el asiento del auto y puso su mano en mi muslo. Me miró por solo un segundo y luego miró hacia atrás.

—Me encantaría ver lo que quieres mostrarme —dijo, volviéndose de un tono rosa—. Pero con el tiempo —aclaró.

—Cuando estés lista.

—Gracias —dijo acurrucando su cuerpo contra el mío y poniéndose cómoda.

Con ella a mi lado, tuve la tentación de no dejar de conducir nunca más. Me encantaba la sensación de su toque. Incapaz de resistir, la rodeé con mis brazos y la acerqué aún más. Solo su aroma me hizo sentir que flotaba.

También me pregunté si empezaría a besarme de nuevo. No lo hizo. Esta vez condujimos juntos como si ya fuéramos novios. No estaba seguro de por qué seguía tocándome como si yo le gustara, pero no decía nada cuando mencionaba lo mucho que me gustaba ella. Quizás estaba indecisa. Pero ¿por qué?

No lo sabía, pero cualquier cosa que tuviera que hacer, la haría para estar con ella. Y si eso significaba tomar las cosas con calma, entonces estaba bien con eso. Quizás “bien” no era la palabra correcta. Pero lo haría.

Habiendo decidido que quería mostrarle más que una hermosa caminata,

condujimos a unos 30 minutos de la ciudad. Entonces nos detuvimos al borde de un lago.

—Llegamos.

Kendall se despegó de mi pecho y se sentó.

—¿Dónde estamos?

—Estamos lo más lejos que he estado de casa antes de ir a la Universidad de East Tennessee. —Kendall me miró confundida y luego observó el lago más intensamente. Yo estaba bien quedándome en la camioneta y mirándolo desde allí, pero ella salió. Cuando me uní a ella, me di cuenta de que había algo más en su mente.

—¿Qué pasa? —pregunté adivinando que tenía algo para decir.

—Esto fue lo más lejos que has estado.

—Sí.

—¿Viniste a pescar?

—No.

—Entonces, ¿qué te trajo aquí? —dijo poniéndose frente a mí.

La miré y luego miré el lago. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí. El recuerdo me inquietaba, pero siempre había sabido que era algo con lo que tendría que lidiar algún día.

—Sé que mi madre parece estar bien ahora. Pero cuando era niño, hubo un momento en que ella perdió la conciencia.

—¡Oh, no!

Miré a Kendall. Agradecí su empatía.

—Sí. Ella dejó de trabajar. Y dejó de pagar la renta. Cuando venía el cobrador a husmear, fingíamos que no estábamos en casa. Pero un día me encontró y me dijo que si no pagábamos al final de la semana, nos echaría.

»Le dije a mamá, pero fue como si no me hubiera escuchado. Probablemente escucharlo la hizo escabullirse aún más. Pero sabiendo que yo era el que tendría que hacer algo, al final de la semana fui a buscar al cobrador.

»Le expliqué que no tenía dinero pero que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para pagar la renta. Me miró y luego me dijo que podía darme un trabajo con el que podría pagar nuestra deuda. Desesperado, acepté.

»Resultó que nuestro parque de casas rodantes no era el único que tenía y odiaba tener que cobrar la renta. Dijo que mi trabajo consistiría en cobrar el dinero que la gente le debía y que tenía obtenerlo sin importar nada.

Kendall tomó mi mano. Quizás ella sabía como continuaba mi historia.

—Con la primera persona a la que me dijo que fuera a cobrarle… hice lo que me dijo que hiciera. Tuve que averiguar cuándo estaba el tío en casa. Cuando sabía que lo encontraría, me acerqué y llamé a su puerta. Me sentí fatal por hacerlo. Sabía cómo se sentía ese hombre. Pero le grité que me diera lo que le debía al propietario. Lo único que me dijo fue que me fuera a la porra.

»¿Que se suponía que debía hacer? Lo intenté, pero no me lo quiso dar, así

que volví y le conté al propietario lo que pasó. Cuando terminé mi historia, se acercó, me miró y me abofeteó. Me golpeó tan fuerte que me tiró al suelo.

—¡Oh, no!

—Trepándose encima de mí, comenzó a golpearme. No sabía lo que estaba pasando. Ni siquiera había estado en una pelea antes. Y él era un tipo grande. Sus anillos me cortaban la cara.

»Cuando terminó, me dejó ir y dijo: "¿Quieres vivir en la calle? ¿Quieres que tu madre empiece a prostituirse para cuidarte? Porque me lo tomaré así con la misma tranquilidad.

»Grité: "¡Vete ala porra!", y seguí gritando: "¡Vete ala porra!". Y él me dijo: "Entonces vuelve allí y cobra mi renta. Y no vuelvas aquí hasta que la tengas. ¿Me escuchas?"

»Sabía cómo era su castigo. Fue una lección. Me estaba enseñando lo que debía hacer. Se suponía que debía cobrar el dinero o golpearlos sin sentido hasta que lo obtuviera.

»No iba a hacer eso. No podía. Entonces, en lugar de regresar a casa, corrí. Pensé que si podía alejarme lo suficiente, ya no tendría que preocuparme por nada. Entonces seguí corriendo y corriendo. No sabía a dónde llegaría, pero finalmente terminé aquí, mirando esto.

Lo dije señalando el lago.

—¿Por qué te detuviste? —preguntó Kendall.

—Hacía frío y no podía encontrar la manera de evitarlo. Sabía hacia dónde me dirigía, pero no sabía qué tan grande era el lago. Terminé durmiendo debajo de un árbol porque no podía decidir qué hacer a continuación.

»Cuando desperté pensé en lo que le pasaría a mamá si seguía adelante. No tenía a nadie y apenas podía cuidar de sí misma. Tal vez él la haría prostituirse para que siguiera viviendo allí. Lo imaginé enviando hombres a donde vivíamos y haciéndole cosas. No podía permitir que eso sucediera. Tenía que protegerla.

—¿Entonces qué hiciste?

—Volví. Ni siquiera fui a mi casa. Caminé hasta la casa del hombre que debía la renta al propietario. Esta vez no llamé, rompí la puerta. Lo encontré escondido en la habitación de atrás, e hice lo que me habían enseñado a hacer. Le pegué hasta que me dio todo lo que tenía.

»Tomé lo que tenía y le dije cuándo volvería a buscar el resto. Cuando le di el dinero al propietario, quedó impresionado. Y en el momento exacto en el que le dije al hombre que volvería, fui y recogí el resto del dinero. Mi madre y yo no tuvimos que pagar la renta después de eso. Solo tenía que asegurarme de que todos los demás la pagaran, y lo hice.

Cuando terminé de contar mi historia, Kendall me miró atónita.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

Cuando lo dije, ella se echó a llorar. No dijo nada más. Simplemente envolvió sus brazos alrededor de mí y lloró.

Pensé que podía contarle todo eso y dejarlo pasar. Necesitaba sacar la historia de mi pecho. No era algo con lo que me sentiría cómodo de hablarlo con Cage y, hasta ahora, no tenía a nadie más.

Pero no esperaba todas esas lágrimas. Escuchar a Kendall sollozar me hizo pensar en la razón por la que lo hacía. Nunca me había permitido pensar que había sido un gran problema, pero no había forma de escapar ahora. La chica que me sostenía me decía lo terrible que había sido. Ella estaba en lo cierto. Y cuanto más me daba cuenta de ello, menos podía contenerme.

Al escucharla llorar, me derrumbé lentamente. Todo el dolor del que había estado huyendo se precipitó a la superficie. Era como si se hubiera roto una presa. No podía cerrar el suministro de agua. Finalmente, el peso me hizo caer de rodillas.

Aún sin decir nada, Kendall siguió abrazándome. Me hizo llorar más.

—No quería lastimar a toda esa gente —traté de decirle a Kendall—. Yo era solo un niño.

—Eras sólo un niño —repitió Kendall—. No tenías otras opciones. Solo estabas protegiendo a la persona que amabas.

Mi corazón estalló cuando me di cuenta de que Kendall lo entendía. No pensé que nadie pudiera perdonarme por las cosas horribles que había hecho. Pero Kendall me perdonaba. Y por primera vez, sentí que tal vez no estaba solo.

Nos tomó mucho tiempo dejar de llorar. Una vez que lo hicimos, nos sentamos en silencio durante una hora. Cuando empezó a dolerme el trasero, pensé en mi promesa de ayudar a la doctora Sonya a preparar cosas para el festival. No estaba seguro de estar de humor para eso. Sin embargo, les había dicho a todos que la ayudaría. Así que reuniendo fuerzas, me aclaré la garganta.

—Deberíamos volver. Le dije a la doctora Sonya…

—No tenemos que hacerlo. Podemos quedarnos aquí todo el tiempo que desees.

—No, dije que la ayudaría. Además, creo que estoy perdiendo la sensibilidad en el trasero —dije moviéndome y haciendo una mueca.

Kendall trató de resistirse y luego se rio.

—Perdí la sensibilidad de mi trasero hace treinta minutos. No creo que pueda mover las piernas —dijo con humor—. ¿No dijiste algo sobre senderismo? No me advertiste acerca de sentarme en el suelo. No tengo suficiente relleno para eso.

—Oye, me gusta tu trasero. No estés hablando mal de él —dije con una sonrisa.

—Entonces puedes quedártelo. Yo preferiría tener el tuyo.

—¡No vayas a tentarme así a menos que lo digas en serio!

—Sabes lo que quiero decir —dijo con una sonrisa.

—Sí. Por eso te lo estaba advirtiendo.

Kendall me miró con frustración traviesa y luchó por ponerse de pie.

Estaba temblorosa como una cervatilla caminando por primera vez. Era adorable.

—Venga, ven aquí —dije mientras la ayudaba a levantarse.

—Está bien. Puedo hacerlo.

—No, no. Si escuchas mi larga historia y te quedas sentada en el suelo mientras lloro, lo menos que puedo hacer es cargarte hasta la camioneta.

Cuando cedió, Kendall envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y se relajó.

—Si insistes.

—Insisto —dije mirando sus grandes ojos marrones.

Cuando la miré, se acercó y me besó. No fue largo y, cuando intenté que lo fuera, se inclinó hacia atrás. Con ella en brazos no tenía forma de reconectarme con sus labios. Cuando la dejé en el asiento del pasajero en la camioneta, se alejó de mí. Estaba empezando a creer que me estaba tomando el pelo a propósito.

En el camino de regreso a la ciudad, Kendall me explicó cuánto mi experiencia había dado forma a mi vida.

—Creo que por eso destruiste ese auto. Es porque, a una edad temprana, aprendiste que la violencia es la solución a todos tus problemas.

—¿No lo es? La violencia pagó mi renta. No solo eso sino que me consiguió mi beca de fútbol. ¿Y no fue mi tendencia violenta lo que te conquistó? Seamos realistas, la violencia es lo que me dio todo lo que significa algo para mí.

Hizo una pausa. La había conquistado. O, al menos, pensaba que sí.

—No es la violencia lo que te consiguió la beca. Te he visto jugar. Obtuviste lo que tienes porque eres bueno y rápido. ¿Cuántas horas has pasado entrenando para lograr eso? Fue tu trabajo arduo lo que te consiguió la beca.

—¿Y qué hay de ti? ¿No fue lo que le hice a ese idiota lo que te hizo pensar distinto acerca de los jugadores de fútbol?

Se quedó callada de nuevo.

—Está bien si fue así. Estoy acostumbrado a eso.

—Pero no quiero que creas eso. No quiero que pienses que esa es la forma de resolver tus problemas. Rompiste un auto. Mira a dónde te llevó eso.

—Romper ese auto me hizo estar sentado aquí a tu lado —dije con una sonrisa.

Estaba muy feliz de haber ganado este debate, pero no tanto como Kendall odiaba perderlo.

—¿Kendall?

—No me hables.

—Venga. No seas así. No siempre puedes ganar una discusión.

—¿Crees que me importa ganar una discusión?

—Realmente lo parece desde donde estoy sentado —dije sin poder contener una sonrisa.

Me miró frustrada.

—Bueno, yo no. ¡Yo no! —gritó molesta.

—Bien, bien. No hay necesidad de salirse con la suya.

—No lo entiendes. Si crees que la forma de resolver todos tus problemas es con la violencia, ¿qué pasa si un día yo me convierto en el problema que tienes que resolver? ¿Me harás lo que le hiciste a Evan?

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué piensas eso?

—¿No es lo que estabas diciendo? ¿No estabas diciendo que tienes una naturaleza violenta y que la violencia te dio todo lo importante para ti?

Mi cara se puso blanca al escuchar sus palabras. Tenía ganas de vomitar. Lo único que pude hacer fue detenerme y apagar la camioneta. Me volví hacia ella rápidamente y se estremeció. Pensó que le iba a pegar o algo así. Tan pronto como me di cuenta, salí corriendo de la camioneta y vacié mi desayuno en las ruedas.

Las arcadas no cesaban. Cada vez que pensaba que habían terminado, la imaginaba alejándose de mí y volvía a tener arcadas en seco. Finalmente, Kendall se me acercó.

—¿Estás bien?

—Yo nunca te haría algo así —dije en medio de las convulsiones—. ¡Nunca! Debes creerme. ¡No lo haría!

—Está bien, te creo —dijo arrodillándose a mi lado y frotando mi espalda —. Siento haberte dejado hacer lo que le hiciste a Evan. Ahora puedo ver que no te estaba ayudando en nada.

—Yo lo hice, no tú. No me dejaste hacer nada.

—Te di su dirección. Prácticamente te llevé allí y te metí en su casa. Fue porque estaba muy enojada.

—Entonces, ahora sabes cómo me sentía —dije mirándola—. Cuando actúo como lo hago, es porque me enojo mucho. Pero sé que nunca tendrás que buscar a alguien para que me pegue, sin importar que estupidez haga. Porque no hay nada que yo pueda hacer para lastimarte.

—Pero ¿cómo sé eso? —preguntó con sinceridad.

—Vas a tener que confiar en mí.

—Para mí, confiar es difícil —explicó—. No es que los tipos como tú me hayan dado razones para confiar. Y no es que nadie en mi vida me haya dado razones para confiar. Pero estoy dispuesta a confiar en ti. No sé por qué, pero lo estoy. Te estoy pidiendo que hagas lo mismo.

Capítulo 9

Kendall

Miré al hombre frente a mí. No era quien yo pensaba que era. Cuando lo vi por primera vez… bueno, no puedo recordar nuestro primer encuentro. Pero cuando lo vi junto al estanque, solo pude ver lo hermoso que era. Bien podría haber estado en una foto en una revista. Por eso fue tan fácil rechazarlo cuando supe que era jugador de fútbol.

Cuando me lo presentaron como mi cliente, o lo que sea, me pareció un chico malo muy sexy. ¿Pero qué significaba eso? ¿Con quién creía que estaba hablando?

De pie junto a él mientras se limpiaba el vómito de la boca, me di cuenta de que no sabía quién era. Decirle que le tenía miedo lo lastimó tanto que vomitó su desayuno. ¿Quién era capaz de tanta sensibilidad?

Moldeado como una estatua griega, asumí que él sería el fuerte. Y tal vez lo sea, pero no de la forma en que yo creía. Claro, podría golpear a un tipo como Evan Carter hasta hacerlo papilla. Pero también era capaz de confiar en mí cuando cada momento de su vida le había enseñado a no confiar en nadie.

Esa era su verdadera fuerza. En ese sentido, él era más fuerte que yo. ¿Cómo podía no amar eso de él? ¿Cómo podía no amarlo por eso?

Oh, ¡mierda! Lo amaba por eso. Estaba enamorada de Nero, mi cliente futbolista. ¿Qué debía hacer entonces?

—Confío en ti —le dije—. Al menos lo intentaré también. Nero, eres diferente a todo lo que podría haber imaginado.

—¿Gracias? —preguntó mirándome confundido.

—No sé si es tanto un cumplido como reconocer que no eres igual a nadie que haya conocido antes. Y como no lo eres, no debería agobiarte con mi equipaje.

—No sé lo que eso significa.

—Significa… No sé lo que significa además de que creo que eres especial.

—Y debido a que estás sonriendo, supongo que lo dices en el buen sentido y no como cuando un maestro le dice a un padre que su hijo es especial.

Me reí.

—No, lo digo en un muy buen sentido. Eres… bastante genial —dije sintiendo que mi cara se acaloraba.

—Está bien, puedo aceptar eso. Creo que eres muy especial también. En el sentido en que lo diría un padre/maestro. Pero eso también es bueno.

Bromeando le di un golpecito en el hombro y se rio.

—Vamos.

—No, estoy bromeando —dijo levantándose—. Creo que tú también eres genial.

Me cogió de los hombros y me miró a los ojos. Mirándolo fijamente, mi corazón latía con fuerza. Empecé a perder el aliento. Tuve que tragar saliva.

Lo deseaba. Quería todo de él. Estaba a punto de inclinarme hacia adelante y abrazarlo, hasta que dijo:

—Mmm, te besaría ahora mismo. Pero acabo de gastar el último poco… —dijo señalando los restos de los panqueques de Cage.

—Cierto. Tal vez deberíamos regresar a la ciudad. ¿No íbamos a ayudar a organizar el festival?

—Sí. Pero nadie te obliga a hacerlo. No tienes que sentirte obligada.

—¿Es ahí donde vas a estar? —pregunté.

—Supongo que sí.

—Entonces, ahí es donde quiero estar.

Nero sonrió tanto como yo. Verlo sonreír me hizo sentir calidez. Eso no era tan inusual considerando con qué frecuencia pensar en él me hacía sentir que mi cabeza daba vueltas. Pero había una razón por la que aún era virgen.

Yo no era tan idiota. Me daba cuenta de que los tipos querían hacer cosas conmigo. Algunos incluso eran atractivos. Pero nunca sentí nada por ninguno de ellos. Lo sentía solo por Nero. ¿Por qué había ocurrido de esa forma? ¿Podría ser porque él fue el primer hombre en el que sentí que podía confiar?

Mientras él todavía sostenía mis hombros, coloqué mis palmas sobre su pecho. Solo quería tocarlo, pero con mis manos allí, era difícil ignorar sus músculos. Se sentía increíble. Hipnotizada por la sensación, miré hacia abajo y exploré lentamente sus curvas. Se quedó mirando por un segundo hasta que dijo:

—Oh, a menos que tengas algo muy específico en mente, probablemente deberíamos frenar esto y marcharnos.

Sabía por qué lo había dicho. Yo también estaba perdiendo la cabeza.

—Sí, deberíamos irnos —dije apartándome de él y tragando saliva.

Conduciendo de regreso a la ciudad no pude evitar tocarlo. Era todo lo que quería hacer. Con su brazo alrededor de mí mientras conducíamos, me contó historias de cuando era niño. Tuve la sensación de que estaba evitando contar las cosas horribles. Pero lo que me había contado en el lago ya me había dado una imagen bastante clara de todo.

Desde sus catorce años, Nero había llevado una doble vida. Como no quería que la gente supiera lo que estaba pasando con su madre, no le contó a nadie sobre el trabajo que realizaba después de la escuela. Iba a clases y prácticas de fútbol y, más tarde, cuando salía, se convertía en el cobrador de rentas.

—¿Crees que todo eso te afectó cuando salías con chicas? —pregunté.

—No salía con chicas, así que probablemente sí me afectó.

—Creí que dijiste que habías salido con algunas chicas en Frozen Falls.

—Dije que me relacioné con algunas chicas. Pero no salí con una realmente.

—Entonces, ¿solo hiciste cosas con ellas? —pregunté, aunque no estaba segura de querer saber la respuesta.

—Supongo. Ya sabes cómo es. Te emborrachas en una fiesta después de un

partido y una chica se te tira encima. Antes de que te des cuenta, las cosas pasan y eso es todo.

—Sí, no creo que sepa cómo es eso —dije con una carcajada.

—¿Has estado con un chico alguna vez?

—No.

—¿Has estado cerca?

—Creo que lo más cerca que estuve es contigo —admití tímidamente.

—¿Por qué? Solo un ciego no puede ver lo hermosa que eres —dijo Nero sonrojándose.

—Gracias —dije sintiendo su cumplido.

—Supongo que nunca me vi a mí misma de esa manera.

—¿A causa de ese idiota?

—¿Quién? ¿Evan?

—¿Ese era su nombre? —preguntó Nero enojándose al pensar en él.

—Sí. Podría haber sido por él y el resto de ellos. No sé. Solo sé que no estaba dispuesta a sentirme vulnerable de esa manera hasta ahora.

—¿Hasta ahora?

Miré a Nero.

—Sí.

Podía sentir el calor del cuerpo de Nero a través de nuestra ropa. Su olor estaba a mi alrededor. Sin dejar de mirarlo, olvidé toda la resistencia que tenía hacia él y deslicé mi mano en su muslo.

Mientra sus ojos seturnaban para mirarme a mí y a la carretera, detuvo la camioneta y acarició la parte de atrás de mi cuello, deslizando sus dedos por entre mis cabellos.

Nuestras lenguas danzaron dentro de nuestros labios. Yo era débil ante sus deseos. Me besó controlando mi cuerpo como un maestro. Mi cerebro se estremecía con su toque. Podría haber seguido así para siempre si no me hubiera quedado sin aliento rápidamente. Me había olvidado de cómo respirar.

Cuando me aparté y apoyé mi cabeza en su pecho, mi corazón latía con intensidad.

—¡Gracias! —dijo antes de acariciar mis mejillas con la punta de sus

dedos.

—En serio, Kendall, ¿dónde has estado toda mi vida?

—Esperando por ti —dije sintiendo que era en serio.

Dirigió mi mentón para que lo mirara a los ojos. Con una mirada suave y vulnerable dijo:

—Me estoy enamorando de ti, Kendall.

¿Dijo que se estaba enamorando de mí? No estaba lista para escuchar eso. Claro, yo ya estaba enamorada de él, pero si lo admitía, nos pondría en un lugar para el que todavía no estaba preparada. En cambio, me estiré y besé su mejilla, y luego su barbilla y la nuez de Adán.

No quería que pensara que no lo amaba. Lo amaba. Era solo que aún no era el momento. No estaba segura de por qué no lo era, o cuándo lo sería. Solo que no era el momento para decírselo.

—¡Oh, Dios! ¡Estábamos aquí! —exclamé cuando desvié la mirada y vi coches estacionados y un parque lleno de gente.

—Pensé que te habías detenido en los márgenes de la carretera otra vez.

—Sí, iba a decírtelo. Pero luego empezaste a acariciarme y perdí la capacidad de hablar.

—¿Crees que alguien nos vio? —pregunté avergonzada.

—Estacioné aquí atrás con la esperanza de que nadie nos viera. Pero incluso si nos vieron, no importa. Solo nos estábamos besando. Además, no conoces a ninguna de estas personas

Escaneé el área. Estábamos tan lejos del parque como era posible. Aunque nos hubieran visto, probablemente no podrían entender lo que estaba pasando.

—¡Relájate! No estábamos haciendo nada vergonzoso.

—Lo sé, pero quería dar una buena primera impresión.

—Me parece justo. Pero ya te he conocido. Y no hay forma de que hagas otra cosa.

Lo miré y sonreí. Nunca supe de quién hablaba cuando me describía, pero amaba creer que las cosas que decía eran verdad.

Conducimos la camioneta para acercarnos más, estacionamos y entramos al parque. Mirando alrededor, se veía como el día antes de un festival. Se estaban montando puestos y había mucha gente alrededor. Todos caminaban de forma casual excepto una persona. Cuando vio a Nero, se apresuró a saludarlo.

—Bien, estás aquí —dijo la mujer de piel clara de cincuenta y tantos años con un leve acento jamaiquino.

—Pensé que no ibas a llegar.

—Lo siento, llegamos tarde. Le estaba mostrando a Kendall la ciudad.

La mujer llena de energía se volvió hacia mí.

—¿Supongo que eres Kendall? Soy la doctora Sonya —dijo ofreciéndome la mano.

—Un placer conocerte. Escuché que eres la que está organizando todo. Debe ser mucho trabajo.

La doctora Sonya hizo un gesto exagerado de agotamiento.

—No puedes ni imaginarlo. Pero ambos están aquí ahora. ¿Están listos para arremangarse?

—Definitivamente —dije con entusiasmo.

—Bien —dijo volteándose para mirar a Nero.

—Me gusta ella. Ahora, ustedes dos pónganse a trabajar. Busquen a Titus. Él sabe lo que quiero que hagan —nos dijo antes de irse a toda prisa.

—Ella parece agradable.

—No dejes que te engañe. Baja la guardia y te pedirá que te ofrezcas como voluntaria para pintar la ciudad de rojo.

—Creo que la ciudad se vería bien de rojo —bromeé.

—¡Ves! Ya te convenció —dijo con una sonrisa.

No estaba segura de quién era Titus, pero cuando lo vi, lo reconocí.

—Kendall, ¿verdad? Nero me dijo que vendrías —dijo Titus con una sonrisa radiante.

—Recuerdas a mi compañero de cuarto, ¿verdad?

—Oh, no me había dado cuenta de que ustedes dos eran compañeros de cuarto.

—¡Sí! Él no puede deshacerse de mí —dijo Titus en broma.

—Hablando de eso, ¿viene Lou? —preguntó Nero con una sonrisa.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —preguntó Titus confundido.

—No lo sé. ¿Está aquí?

—No. Está ocupada este fin de semana.

—Qué pena.

—Sí. De todos modos, la doctora Sonya te ha asignado la tarea de colocar los carteles de bienvenida —dijo señalando una caja a su lado.

—Hay uno que va al otro lado de la calle. Ese debe ir en la entrada de la ciudad.

—¿Quieres decir en la tienda principal o algo así?

—Confío en que lo resolverás —dijo palmeando a Nero en el hombro con una sonrisa.

—Además, hay algunos carteles con flechas. Conseguimos permiso de la escuela para usar algunos de sus caballetes. Asegúrate de que la gente sepa cómo llegar aquí desde la carretera principal.

—¿Algo más que ella quiera que hagamos? —preguntó Nero sarcásticamente—. Estoy seguro de que tendremos tiempo.

—¿No estaba buscando a alguien para pintar la ciudad de rojo? —bromeé.

—¿Qué? —preguntó Titus confundido.

Nero soltó una carcajada.

—No te preocupes. Nos encargaremos de esto. Te llamaré si tenemos problemas.

—Sabía que podía contar contigo —dijo Titus mostrando otra sonrisa ganadora.

Nunca había ayudado a organizar un festival, pero todo lo que implicaba a Nero estaba bien para mí. Era mucho trabajo. No un trabajo difícil. Solo que consumía mucho tiempo.

Primero tuvimos que ir a la escuela y encontrar al encargado de mantenimiento. Pero él no sabía que iríamos a recoger los caballetes, así que tuvimos que hablar con el director y buscar de nuevo al encargado.

Luego tuvimos que averiguar cómo y dónde colocar los letreros. Aunque teníamos carteles más que suficientes, solo teníamos tres caballetes. Eso hubiera estado bien si solo necesitáramos señalar tres cambios de dirección. Pero no eran tres, así que tuvimos que ser creativos.

Una vez que lo hicimos, desplegamos el que debía colgar sobre la calle. El cartel era enorme y debía sostenerse con cuerdas. Bien. ¿Pero en dónde atábamos las cuerdas?

Pasamos una hora pensando en cómo colgarlo entre la tienda general y el lote vacío que estaba al otro lado de la calle antes de darnos por vencidos. Luego consideramos colgarlo entre la tienda y el restaurante de al lado, pero decidimos que quedaría demasiado bajo y que nadie lo vería.

Recién cuando se puso el sol, Nero tuvo la idea de colgarlo a una milla de la ciudad. Solo había un camino que conducía a Frozen Falls. A ambos lados del camino había árboles. Y a mitad de camino había restos de un muro.

En toda el área solía vivir una comunidad de vendedores de alcohol ilegal. Por esa razón estaban organizando el festival. El muro en ruinas era lo que quedaba de esa época.

—Entonces, definitivamente hay lugares donde podemos colgarlo —dije mirando los pinos.

—Y quedará lo suficientemente alto como para que la gente lo vea y pueda pasar por debajo. Pero ¿cómo vamos a llegar hasta allí arriba?

—¿Cómo eres trepando pinos? —bromeó Nero.

—¡Estupenda! Menos mal que me puse mis botas de escalar.

—¿No llevabas tus botas de montaña?

—Pensé que me llevarías a hacer senderismo, pero los planes suelen cambiar —dije en broma.

Tuvimos muchas ideas sobre cómo colgar un cartel de ocho metros en pinos de seis metros de altura. Ninguna de ellas era buena. Cuando oscureció y empezamos a desesperarnos, Nero decidió hacer lo obvio: trepar los pinos.

Fue impresionante. Yo no era una chica del aire libre. Entonces, verlo ponerse físico en la naturaleza me daba en qué pensar.

—Voy a bajar la cuerda que necesito que sujetes al letrero —me dijo mientras la bajaba.

—Probablemente este no es el mejor plan —dije mientras la ataba al letrero.

—Estoy abierto a sugerencias si tienes una mejor idea para el otro lado.

—Oh, ¿puedes hacer algún nudo para que lo jalemos de lado a lado y lo centremos?

Incluso en la oscuridad y seis metros más abajo, pude ver la mirada que Nero me arrojó.

—¡Lo siento! ¡Lo estás haciendo genial! —dije mostrándole un entusiasta pulgar hacia arriba.

Me miró por un segundo y luego volvió al trabajo.

Cuando terminamos, no quedó nada mal.

—¡Me gusta! —dije—. ¡Buen trabajo! —dije abrazándolo por la espalda.

No estaba tan emocionado como yo. Estaba más magullado y cubierto de savia de pino. Parecía exhausto. Ni siquiera tenía fuerzas para agradecerme.

Regresamos a la camioneta y condujimos de vuelta a su casa en silencio. No pensé que estaba enojado conmigo. Pero, insegura de eso, le di su espacio. Luego de estacionar, lo seguí hasta la casa y me uní a Quin, Cage y su madre en la cocina, mientras Nero se dirigía escaleras arriba.

—¡Oye! ¿Cómo les fue? —preguntó Quin alegremente.

—Fue un día interesante.

—¿Dónde está Nero?

—Lavándose el día interesante, supongo.

Quin se rio.

—¿Algo de beber?

—Venga. Por cierto, ¿debería preocuparme por él?

—¿Se quedó en silencio? —respondió Cage.

—Sí.

Cage se encogió de hombros.

—Solo dale unos minutos. Estoy seguro de que bajará cuando esté listo. Mientras tanto, prepararé la cena.

La sidra que me dieron hizo que fuera mucho más fácil relajarme. Cuando el alcohol hizo efecto, me uní a la conversación. Después de todo lo que Nero me había contado sobre su madre, la veía diferente. Era difícil no pensar que su educación había sido abusiva.

Claramente había pasado por una crisis mental sin que nadie la ayudara. Fue una situación desafortunada para todos los involucrados. Pero no pude evitar ponerme del lado de Nero.

A pesar de eso, traté de ser lo más amable posible y causarle la mejor impresión que podía. Ella seguía siendo la madre del chico del que estaba enamorada. Sin importar lo que sintiera por ella, nunca dejaría de serlo.

—Nero dijo que estás pensando en volver al trabajo. ¿Tienes idea de lo que te gustaría hacer?

—No lo sé. Lo que esté disponible.

—Te lo dije, mamá, no tienes que elegir cualquier cosa. Puedo cuidar de ti.

Si quieres trabajar, encuentra algo que disfrutes hacer —insistió Cage.

—Así no son las cosas por aquí, Cage. Esto no es Nueva York. Aquí coges el trabajo que puedes encontrar.

—Nadie está confundiendo esto con Nueva York, mamá. ¿Quin?

—Yo no —bromeó.

—¿Ves? Y todo lo que digo es que no tienes que elegir algo que te haga infeliz. Puedes tomarte tu tiempo. Averigua lo que quieres hacer. Y cuando lo sepas, hazlo.

Ella sacudió la cabeza como si intentara acostumbrarse a la idea.

—Esa no es la forma en la que funcionaba en mi época.

—Lo entendemos. Pero ahora tienes dos hijos.

—Tengo dos hijos y una hija —dijo mirando a Quin.

—Gracias, mamá —dijo Quin.

—Lo que me recuerda, ¿cuándo van a hacer las cosas oficiales?

Quin y Cage se miraron.

—Con el tiempo —dijo Cage con una sonrisa.

—Es maravilloso ver cuánto aceptas que Cage y Quin estén juntos. No estoy segura de que mis padres puedan aceptarlo así.

—¿Tu familia tendría algún problema con nosotros? —dijo Nero entrando en la sala de estar. No llevaba camiseta. Parecía que acababa de salir de la ducha.

A pesar de que estaba para babearse, no pasé por alto que Nero se había referido a "nosotros" como si ya fuéramos una pareja. Pero lo ignoré.

—Mis padres han criticado todas las elecciones que he hecho. Eso fue lo que me hizo cuestionar los límites de las personas. Si querían tener algo que criticar, se los daría. Y cuanto más se resistían ellos o cualquiera, más los presionaba.

—¿Cómo resultó eso para ti? —preguntó Nero.

—Oh, todos se turnaron para darme una paliza. Así que supongo que puedes decir que me volví popular. No te pongas celoso —dije como si estuviera fanfarroneando.

Todos se rieron excepto Nero. Lo conté como si se tratara de algo divertido. Supongo que ya no lo era una vez que conocías los detalles.

—La cena está lista —dijo Cage llamándonos a la mesa del comedor.

Con las bebidas fluyendo, el estado de ánimo de todos mejoró. Incluso el de Nero. Sentada a su lado, pasé toda la noche pensando en su mano en mi muslo.

Después de la cena, disfrutamos de un emocionante juego de Scrabble. Quin estaba limpiando el piso con nosotros sin siquiera intentarlo. Pero cuando escribió una palabra de ocho letras que se parecía mucho a números romanos, tuve que preguntar al respecto.

—Si quieres desafiarme, puedes hacerlo —ofreció Quin.

—No lo hagas —bromeó Cage—. Se ha memorizado el diccionario de

Scrabble. Si armó esa palabra, créeme, está ahí.

—¿Memorizaste el diccionario? —pregunté atónita.

—No, es decir, no todo el diccionario. Se trata más de aprender las palabras que te ayudan a colocar las letras difíciles de usar. Solo hay unas pocas docenas de ellas.

—Y con unas pocas docenas, quiere decir unas quinientas —explicó Cage.

—¿De verdad? —pregunté asombrada.

Quin se encogió de hombros.

Miré a Nero cuando dijo:

—Puedes desafiarla, pero yo aprendí mi lección.

—Todos lo hicimos. Pero adelante —insistió Cage.

—Sí, Kendall. Adelante —dijo Quin con una sonrisa arrogante.

—Espera, ¿se trata de una mala palabra? —bromeó Nero—. ¿Quin empezó a usar malas palabras?

Quin se sonrojó.

—Ok. Me doy por vencida. Si Nero me dice que confíe en ti, lo haré. No estoy ni cerca de saber de qué hablan —dije en broma.

—Movimiento inteligente —dijo Nero cogiendo mi hombro y besándome en la cabeza.

No esperaba que me besara. Tan pronto como lo hizo, examiné la habitación. Todas las personas nos estaban mirando. No sabía cómo sentirme al respecto. Pero se sintió bien ver lo cómodo que se sentía demostrándome afecto. Llenaba un vacío en mi vida que no sabía que tenía.

Luego de calcular los puntajes de Scrabble y de declarar ganadora a la persona que obtuvo el segundo lugar, todos los demás se fueron a dormir.

—¿Quieres otro trago? —preguntó Nero.

—Estoy bien. Todavía estoy sintiendo el último. Pero gracias —dije con una sonrisa.

Los dos nos miramos. Como Nero no hizo ningún movimiento, lo hice yo. Con mi mano en su muslo, froté su pierna.

—¿Quieres ir a la cama? —pregunté.

—Eso creo.

—Ey, ¿qué te pareció tu colchón?

—¿Qué quieres decir?

—No sé. El mío es un poco duro. No está mal ni nada. Me preguntaba cómo es el tuyo.

Nero me miró por un segundo.

—¿Quieres verlo?

—Supongo que para compararlos —dije incapaz de contener mi sonrisa.

—Entonces, vamos —dijo Nero levantándose y tomando mi mano.

Mientras cruzábamos la sala de estar hacia las escaleras, mi corazón latía con fuerza. No tenía dudas de lo que quería que sucediera después. Estaba enamorada de Nero. Quería que él fuera el primero. Y al acercarme a su dormitorio, la electricidad corría de antemano a través de mi piel.

Encendimos las luces suaves de su mesita de noche y entramos al dormitorio. Nero se sentó en la cama.

—No lo sé. Se siente bastante bien para mí. ¿Qué opinas?

Me senté a su lado dejando que nuestros brazos se rozaran.

—Es agradable —dije de repente quedándome sin palabras.

—Sabes que me gustas, ¿verdad? —dijo Nero acercándose aún más—. Nunca he conocido a nadie como tú. Cuando pienso en ti, pienso en siempre. Dije que me estaba enamorando de ti, pero es demasiado tarde. Creo que ya estoy enamorado…

Fue entonces cuando lo besé. Rodeé su cintura con mis piernas y me senté en su regazo aferrando mi cuerpo contra el suyo. Pasé mis brazos alrededor de su cuello y regresé mi atención a nuestro beso. Pareció enajenado por un segundo, pero rápidamente tomó el control.

Pasando sus dedos por mi cabello, lo cogió y tiró de él. Me encantó. Mientras presionaba su pecho contra el mío, unió nuestros labios. Llevada a otro mundo, solo podía pensar en nuestro beso. Quería más. Quería que los dos nos convirtiéramos en uno.

n

—Creo que estoy empezando a necesitarte —dije sin aliento.

—Por suerte, me tienes.

—No, necesito todo de ti —dije con la esperanza de que entendiera lo que le estaba diciendo.

Él se apartó y me miró fijamente a los ojos.

—¿Estás segura?

Estaba nerviosa, pero asentí con la cabeza sabiendo que no había nada que deseara hacer más.

Una vez que le dije que sí, suavemente me aferró entre sus brazos. Hicimos el amor. Fue mi primera vez, y también la experiencia más increíble de mi vida.

Aunque tomó un tiempo, finalmente me quedé dormida. Tuve buenos sueños. Cuando me desperté, estábamos en diferentes posiciones, pero él todavía me abrazaba. Me acomodé hasta que apoyé mi espalda en su pecho.

Dios, sí amaba a este hombre. Él era lo que siempre había soñado. Y cuando pensar en él se volvió demasiado, cogí su brazo y me acerqué aún más.

—Buen día —dijo con una sonrisa en sus labios.

—Buen día —dije ruborizándome al recordar lo que hicimos la noche anterior.

—¿Estás cómoda?

—Así es como quiero despertarme siempre —admití.

—Todas las mañanas que lo desees. Lo prometo.

—Puedo aceptar eso —dije finalmente girando para encontrar sus labios.

Apartándome de él, lo miré sintiéndome totalmente cómoda.

—Quiero hacer algo por ti —dije queriendo hacerlo tan feliz como él a mí.

—¿Qué cosa?

—Quiero averiguar la situación en torno a tu padre biológico.

—Te lo dije, puedes intentarlo.

—Gracias. Pero no creo que ella se abra conmigo si solo le pregunto. ¿Sabes si irá al festival hoy?

—Sí, ira. Y no sabes el milagro que es eso. No ha hecho nada tan social en unos ocho años.

—¡Guau! ¿Crees que le gustaría que pasara el rato con ella hoy? Si tuviera un tiempo a solas con ella, probablemente se sentiría más cómoda y se abriría conmigo.

—Podríamos hacer eso.

—No, quiero decir solo yo. Es decir, podrías estar si quieres. Ella es tu madre. Pero pensé que si paso tiempo con ella sin ti, podría verme como a alguien con quien compartir cosas.

—¿Crees que funcionará?

—Es la mejor idea que se me ocurre. Y te prometo que podré decirte algo que no sabías. Puede que no sea lo que esperamos. Pero será algo. ¿Confías en que puedo hacer eso?

—Sí, confío en ti —dijo con una sonrisa.

Me incliné y lo besé. Estaba emocionada de poder hacer algo por él. Representaba lo mejor que tenía para ofrecerle.

Nos duchamos por separado así que Nero se quedó en la cama hasta que terminé. Quería bajar las escaleras primero para empezar a pasar tiempo con su madre.

—¡Buen día! —dijeron todos quienes parecían haber estado despiertos durante horas.

—Buen día. ¿Llegamos tarde al desayuno?

—Un poquito. ¿Dónde está Nero? Puedo hacer algunos huevos revueltos más para acompañar las tostadas francesas que preparé —sugirió Cage.

—¿Hiciste tostadas francesas? —Me volví hacia Quin—. ¿Cómo sigues tan delgada?

—Créanme, todo es genética —dijo Quin con una sonrisa.

—Nero bajará en unos minutos. Estaba justo detrás de mí.

—Comenzaré —dijo Cage empezando a trabajar.

—Señora Roman, ¿no ama tener un hijo que cocina así? —pregunté a la mujer sentándome a su lado.

—Me encanta tener a mi hijo de vuelta. No me importa cómo cocina —dijo mirando a Cage con alegría.

Me di cuenta de que no iba a ser difícil llegar a conocerla.

—Ya que no conozco a nadie y Nero estará ayudando durante el festival, ¿te importa si paso el rato contigo hoy? —pregunté casualmente.

—Será un placer —dijo la mujer de cabello oscuro envolviendo mi mano con la suya.

Una vez que Nero se unió a nosotros, nos sentamos alrededor de la mesa y planeamos nuestro día. La mayor parte de la planificación consistía en Cage y Nero bromeando amablemente acerca de Quin sobre el disfraz de mascota que aceptó usar.

—Oigan, la ayudé a hacer ese disfraz —dije defendiéndola.

—Incluso fue idea suya —dijo Quin.

—Entonces, ¿tú eres la que pintó el objetivo en la espalda de mi chica? —preguntó Cage divertido.

—¡Es un festival de alcohol ilegal! Por eso pensé que debía disfrazarse de botella de alcohol.

—Y cuando los campesinos sureños borrachos intenten descorcharla y beberla, ¿qué vas a hacer entonces? —preguntó Nero con diversión.

—Bueno, yo pienso que ustedes dos hicieron un trabajo maravilloso —dijo la madre de Nero en nuestra defensa.

Cogí su brazo y extendí el mío alrededor suyo.

—Gracias, señora Roman—. Me volví hacia los chicos—. ¿Ven? Siempre deben escuchar a su mamá.

Todos se reían y pasaban un buen rato.

Después de que Nero y yo limpiamos, cargamos cosas en las camionetas y nos dirigimos al festival. La mamá de Nero viajó con nosotros.

—¿No tenías que encargarte de algo que dijo Titus? —pregunté a Nero después de caminar por un rato.

—¡Correcto! Probablemente me llevará, ¿qué? —preguntó mirándome.

—¿Treinta? ¿Cuarenta y cinco minutos? —sugerí.

—Probablemente. ¿Serás amable con Kendall, mamá?

—Estaré bien —dijo arrugando la piel alrededor de sus ojos con una sonrisa.

Con Nero lejos, comencé a hacerle preguntas empezando con las más básicas. Al escuchar las historias de Nero, tenía bastante idea de los temas que debía evitar. Creo que lo logré y, cuando Nero regresó, me estaba contando dónde creció. Fue en un pueblo cercano. En algún lugar a cincuenta millas de allí.

Con Nero de regreso, cambié el tono de mi interrogatorio. Insinué cosas que podrían estar fuera de los límites y rondé en torno a temas que probablemente eran demasiado sensibles. Pero cuando le pregunté qué había imaginado ser cuando fuera grande, pareció que toqué una fibra inesperada.

Las lágrimas llenaron sus ojos mientras me lo contaba.

—Quería ser bailarina.

—¿Querías ser bailarina, mamá? No sabía eso de ti.

—Sí. Tomé clases y era muy buena. Es por eso que puedes bailar en el campo como lo haces. Obtuviste eso de mí.

—¿No de su padre? —pregunté casualmente.

Ella no respondió. Estaba pensando que lo ignoraría por completo, hasta que dijo:

—Obtuvo el atletismo de su padre. Obtuvo el baile de mí.

No reaccioné porque estaba intentando que estuviera cómoda. Pero Nero no pudo evitarlo. Él la miró con la boca abierta.

—¿Lo obtuve de mi papá?

—Eso es lo que dije. Ahora, ¿qué tal si probamos algunos de esos muffins de alcohol ilegal que hay por allí? ¿Creen que tienen alcohol en ellos?

—Quizás. Pero lo que realmente quiero saber es…

Sutilmente puse mi mano en su antebrazo para silenciarlo. Entendió mi sugerencia. Ahora que había destrabado la puerta, sabía que podía hacer que la abriera. Pero iba a ser una operación delicada. Me alegré de que Nero confiara en mí para realizarlo.

Compramos algunos muffins, y los comimos mientras nos encontrábamos con Cage y Quin. Quin caminaba con su disfraz de mascota posando para fotos con la gente mientras Cage vigilaba con atención.

—Vino mucha gente —dijo Cage escaneando el área.

—La doctora Sonya debe estar satisfecha.

—Titus también debe estarlo. A él le encantan este tipo de cosas —dijo Nero.

Me volví hacia Quin.

—¿Estás bien ahí dentro?

—¡No hicimos sisas, o un agujero para respirar!

—Oh, sí —confirmé con una risa—. Lo siento, fue mi primer disfraz de botella de alcohol ilegal.

—¡Me estoy muriendo aquí!

—Puedes quitártelo cuando quieras, ¿sabes? Creo que has cumplido con tu deber —dijo Cage.

—No, puedo hacerlo. Solo necesito un poco de agua.

—Quin, ¿por qué no me lo dijiste antes? Venga, te voy a buscar un poco de agua. ¿Qué piensas hacer? ¿Sacar el corcho y verterla adentro? —dijo Cage con una sonrisa.

—¡No es gracioso! —exclamó Quin.

Todos nos reímos en silencio. Habíamos hecho agujeros para los ojos, pero los habíamos cubierto con una tela que hacía difícil ver a través de ella. No pensé que nos vería.

—Sabes que puedo verlos reír, ¿verdad? ¡No es gracioso!

—Es cierto —dijo Cage fingiendo que él no se estaba riendo también—. No es gracioso. Quin está haciendo algo muy bueno por el pueblo. Todos deberíamos agradecerle por ello.

—Quin, estás haciendo un gran trabajo —dijo la señora Roman.

—Un trabajo bien hecho —dijo Nero.

—¡Estás usando esa botella de alcohol ilegal! —dije con entusiasmo.

—Lo que sea. Cage, sácame de aquí.

—Por supuesto, hermosa —dijo Cage mirándonos con una mirada risueña.

—Vamos a tener que compensarte por esto —decidió Nero.

—Sí. La invitaré a cenar cuando regresemos a la universidad —dije.

—Pienso que se ve bastante bien —dijo la madre de Nero.

Después de algunas horas más de comida y tragos de alcohol ilegal, el sol comenzó a ponerse y Nero, su madre y yo nos dirigimos a casa. La señora

Roman estaba de muy buen humor. Nero también lo estaba. Entonces, cuando sugerí que tomáramos unas copas en la terraza, todos estuvieron de acuerdo.

—¿Cuándo te mudaste aquí? —pregunté a ella.

—Hace mucho tiempo. Apenas puedo recordarlo.

—¿Qué te trajo aquí?

—Estaba embarazada de Nero —dijo poniendo su mano en su antebrazo con una sonrisa.

—No me puedo imaginar criando sola a un bebé. ¿Conocías a alguien de aquí?

—No conocía un alma.

—Entonces, ¿por qué viniste?

—No sé. No quería irme demasiado lejos y siempre había oído hablar de este pueblo.

—No conocí a nadie que hubiera oído hablar de este pueblo —espetó Nero cortante.

Levanté mi mano para calmarlo. Estaba recibiendo muchas respuestas, así que no quería que cambiara de humor de repente. Al ver mi gesto, continuó escuchando.

—Esa fue una de las razones por las que elegí venir aquí, porque el pueblo no era muy conocido.

—Escuché que a mucha gente le gustan los pueblos pequeños porque les da la oportunidad de ser anónimos. ¿Tú pensabas así?

Su comportamiento agradable se fundió en un pensamiento profundo.

—Esa fue una de las razones.

Coincidí con su estado de ánimo.

—¿Tuvo que ver con lo que pasó con Cage? No puedo imaginar lo que debe ser que te digan que tu hijo ha muerto cuando sabes que no lo está.

—Fue muy duro para mí.

—¿Cómo sigues adelante después de algo así?

—No lo hice. No por mucho tiempo.

—Supongo que ayuda tener a alguien brindándote su apoyo.

—Yo no tenía a nadie.

—¿Qué pasó con el padre de Cage? Él debía haber estado contigo, ¿no?

—Él no quería que yo tuviera a Cage en primer lugar.

—¡Oh, no!

—Él estaba completamente en contra.

—¿Pero él sabía que estabas embarazada?

—Sí.

—¿Y le contaste lo que pasó en el hospital?

—Le conté. Y la mirada que me dirigió después me dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te dijo su mirada?

—Que él tuvo algo que ver con la desaparición de mi bebé —dijo mirándome a los ojos con tristeza.

—¡Eso es horrible! ¿Qué crees que hizo?

—No sé.

—¿Crees que hizo secuestrar a Cage?

—No puedo estar segura. Todo lo que sé es que eso me cambió. No podía volver a ser la persona que era antes y, finalmente, él no quiso tener nada que ver conmigo. Fue entonces cuando se me ocurrió un plan. Iba a recuperar lo que me quitó.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Un día le pedí pasar por su casa diciéndole que si me recibía, lo dejaría solo para siempre. Él aceptó. Cuando llegué allí, le preparé su bebida favorita y le eché algo que había conseguido en Nashville. Había viajado hasta allí especialmente para buscarlo —dijo con una sonrisa.

—¿Qué era?

—Era algo que me ayudaría a obtener lo que quería de él, pero él no lo recordaría.

—Y así es como nací —dijo Nero al entender lo que su madre estaba insinuando.

—Así es como te conseguí —dijo apretando sus antebrazos y mirándolo a los ojos.

—¿Lo drogaste?

Su sonrisa de labios apretados se desvaneció. Ella lo dejó ir y se sentó.

—Hice lo que tenía que hacer para recuperar lo que me había quitado —dijo mirando hacia abajo.

—Entonces, solo estoy aquí porque tú…

—Nero, ¿te importaría traerme otro trago? —dije interrumpiéndolo.

Se volvió hacia mí como si recordara lo que yo estaba haciendo. Lo miré con los ojos muy abiertos y sacudí mi vaso vacío. Parecía que estaba a punto de ignorarme cuando los faros iluminaron la terraza. Eran Cage y Quin estacionando.

—Me siento cansada. Ha sido un día largo. Espero que a ustedes dos no les importe si me voy a la cama temprano.

—Por supuesto que no. ¿No es cierto, Nero?

Nero encontró mi mirada inquebrantable y luego cedió.

—Por supuesto que no, mamá.

Ella se levantó.

—Entonces díganle a Cage y Quin que dije buenas noches.

—Lo haremos —dije antes de que entrara y desapareciera en la noche.

Cuando ella se fue, Nero se volvió hacia mí y espetó.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Qué hice?

—Seguir callándome así.

—Querías respuestas, ¿verdad? Te estaba dando tus respuestas.

—La única respuesta que obtuve fue que estoy aquí porque mamá violó a un hombre.

—¡Shhh! Mantén tu voz baja.

—No me digas que me calle. La escuchaste. Estaba enfadada porque mi padre le quitó lo que realmente quería, así que lo drogó y lo violó para conseguirme. La escuchaste cuando lo decía.

Estaba tratando de pensar en alguna otra forma de verlo, pero mi mente no se movía lo suficientemente rápido. Él estaba en lo cierto. Eso era lo que acababa de explicar. ¿Cómo haces que alguien se sienta mejor una vez que se entera de que su existencia es el resultado de una violación?

—¿Qué están bebiendo ustedes dos? —dijo Cage de pie en la puerta con una sonrisa.

Nero lo miró con ira.

—¿Qué?

Nero lo miró fijamente por un momento más y luego dijo: "Nada" y lo empujó para entrar en la casa.

—¿Qué acaba de suceder? —preguntó Cage confundido.

No estaba segura de cuánto decirle. Esto tenía que ver con él tanto como con Nero. Pero ¿me correspondía decir algo? Por otro lado, si lo supiera, tal vez podría ayudar a Nero a procesarlo de la manera en que yo no pude.

—Tu madre acaba de contar algo sobre cómo nació Nero —dije vacilante.

—¿Qué? —preguntó acercándose a mí.

—No estoy segura de si debo ser yo quien te lo diga.

—¿Qué está pasando? —dijo Quin viendo la tensión.

—Kendall dijo que mamá acaba de contarles algo sobre cómo nació Nero.

—¿Ella les dijo algo a ustedes dos sobre su padre?

—No exactamente —dije.

—Sea lo que sea, tienes que decírnoslo —insistió Quin—. Esto es algo sobre lo que Cage se ha preguntado toda su vida. Tienes que decírnoslo, Kendall. No tienes otra opción.

Todavía no sabía si debía hacerlo, pero lo hice. Les conté lo que su madre había dicho y por qué.

—Era algo que esperaba poder hacer por Nero. Pensé que saberlo lo ayudaría. Ahora él está… no sé.

—No sabías lo que ella diría. Yo tampoco —dijo Quin.

—¿Pero tenías el presentimiento de que no le gustaría saberlo? —pregunté.

—Tuve esa sensación.

—¿Qué hago ahora? —pregunté mirando el espacio entre ellos.

—Nero ha pasado por muchas cosas en su vida. Él descubrirá cómo lidiar con esto. Solo desearía que no fuera algo que lo hiciera sentir como que no lo quieren. Ya tuvo bastante de eso.

—Sí, lo tuvo —confirmé recordando las historias de terror que me había contado—. Entonces, ¿qué hago esta noche?

Los dos se miraron. No tenían ni idea. Yo tampoco. ¿Le daba su espacio? ¿Me metía en la cama con él y le ofrecía mi cuerpo? No lo sabía.

Como no podía decidirme, me quedé en la terraza. Tomando bebidas, Cage

y Quin se unieron a mí. El tiempo de diversión que todos habíamos tenido antes se había ido. Pero seguimos hablando.

Quin me contó sobre su experiencia como mascota y yo les conté un poco más acerca de mí. Incluso si no hubiera conocido a Nero, estaba bastante segura de que Quin y Cage me hubieran agradado. Ambos eran excelentes personas. Además de eso, estaban empezando a sentirse como amigos.

Cuando se dirigieron a la cama, yo también. No iba a volver al dormitorio de invitados. Nero podría necesitar espacio, pero no quería crear distancia entre nosotros. Lo amaba. Quería estar con él.

Con la luz del pasillo inundando la habitación, vi a Nero ya dormido en la cama. Al menos, parecía dormido. Me desvestí y me uní a él.

Hubiera estado bien si él hubiera querido usar mi cuerpo para sentirse mejor, pero no lo hizo. Lo más cerca que estuvimos en toda la noche fue cuando ya no pude soportar más estar separada de él, me volteé y toqué su espalda. Fue entonces cuando pude conciliar el sueño.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, él se había ido. La cama estaba vacía. Me vestí y fui a buscarlo; lo encontré abajo listo para partir. Fui la última en bajar, así que Quin y Nero me estaban esperando.

—Lo lamento. Podrían haberme despertado —expliqué.

—Está bien —dijo Quin—. Mi primera clase es esta tarde.

—La tuya es a las 8 AM, ¿no es así? —preguntó Nero.

—¡Oh, Jesús! Sí. ¿Qué hora es? —pregunté.

—6.15 —dijo Nero mirándome como si fuéramos extraños.

—Sí, supongo que deberíamos irnos. ¿Tu madre está despierta? Debería decirle adiós.

—Normalmente no se levanta hasta las 7.30 —me dijo Cage—. Y ella tomó unas copas ayer, así que tal vez decida dormir hasta tarde.

—Entonces voy a buscar mis cosas.

Me despedí de Cage haciéndole saber lo mucho que me había divertido. Y conduciendo de regreso al campus, fuimos de nuevo Quin y yo las que hablamos todo el rato.

—¿En qué edificio está tu clase? Te dejaré allí.

Se lo dije a Nero y nos detuvimos frente al edificio. Sólo llegué diez minutos tarde.

—Me divertí mucho este fin de semana —dije a Quin, que estaba sentada en el asiento trasero—. Muchas gracias por invitarme.

—A todos nos alegra mucho que hayas venido.

Miré a Nero.

—¡Este fin de semana fue… agradable!

Él no me miró.

—Sí. Te escribiré.

Quería que me diera un beso de despedida. Pero no lo hizo. Después de ser tan cariñoso como lo había sido durante todo el fin de semana, no podía ser porque Quin estaba allí. Tenía que ser por lo que se había enterado sobre su

nacimiento. Claramente estaba teniendo dificultades para lidiar con eso.

—Está bien —dije antes de coger mi mochila, salir de la camioneta y verlo alejarse.

Por mucho que quisiera quedarme allí pensando en lo que debía hacer a continuación con Nero, sabía que tenía que ir a clase. Entré lo más silenciosamente que pude, encontré un asiento en la parte de atrás y saqué mi teléfono para tomar notas. Cuando terminó la clase, mi plan era escabullirme.

—Kendall, ¿puedo hablar contigo un momento? —dijo el profesor Nandan mientras intentaba irme sin que me viera.

A pesar de lo grande que era la clase, no pensé que se daría cuenta de que había llegado tarde. Estaba preparando mi excusa cuando mencionó otra cosa.

—¿Cómo va tu experiencia con Nero?

Oh, por supuesto que me estaba preguntando sobre mi tiempo con Nero. Ha estado trabajando en el programa de consejería estudiantil durante toda su carrera.

—Creo que va bien. De hecho, por eso llegué tarde. Me invitó a la ciudad donde creció para que pudiera conocer mejor los orígenes de sus problemas.

—¿Él te invitó a su casa?

—Sí. También hubo un festival este fin de semana. Ayudé a la novia de su hermano a hacerse un disfraz, así que ella fue quien realmente me invitó. Quiero decir, ambos lo hicieron. Pero fui por Quin.

—¿Quin?

—La novia de su hermano. Ella tiene una casa allí. Se mudaron este fin de semana. —Lo recordé y me reí—. Supongo que estaban pasando muchas cosas.

El profesor Nandan me miró con recelo.

—¿Qué?

—Fue mi error no mencionar esto antes, pero salir con alguien a quien intentas ayudar nunca es una buena idea.

—¿Salir? —dije sintiendo mi cara sonrojarse—. ¡No! ¿Por qué sugieres eso?

—Está bien si estás saliendo con él. No quiero que parezca que hay algo de malo en eso. Pero si lo haces, tendré que designar a otra persona como su consejera.

—¿Por qué?

—La confianza y la coherencia son los dos pilares de la consejería. A menudo es lo que permite a las personas abrirse y trabajar en sus sentimientos.

—Represento ambas cosas.

—Y eso es genial. Pero la complejidad que implican las relaciones íntimas a menudo interrumpe eso. De nuevo, no hay nada de malo si ustedes dos están saliendo. Significaría que has superado tu aversión contra los jugadores de fútbol. Pero siendo la persona a la que confiaron la salud mental de Nero, debería apartarte del rol que estás desempeñando.

Miré a mi profesor sin saber qué decir pero sabiendo que tenía que decir

algo pronto. ¿Nero y yo no estábamos saliendo? ¿No habíamos pasado la noche juntos? ¿No me había dicho que me amaba? ¿No lo amaba?

Al mismo tiempo, no quería que le asignaran a otra persona. Él estaba haciendo tremendos progresos conmigo como su consejera. Se había abierto mucho. ¿Y yo no había obtenido la respuesta a una pregunta que se había hecho toda su vida?

Claro, es posible que estemos experimentando un bache en el camino mientras él lo está procesando. Pero fui yo quien hizo eso por él. Nadie más podría haberlo hecho mejor. Era la única que podía ayudarlo en la forma en que lo necesitaba. Me sentía positiva al respecto.

—No se preocupe, profesor Nandan. Los dos somos solo consejera y estudiante —dije con una sonrisa forzada—. Y creo que está progresando. Se ha abierto mucho. Creo que lo estoy ayudando.

El profesor Nandan me miró con escepticismo pero cedió.

—Bueno, me alegra escuchar eso. Su entrenador mencionó que ha estado jugando mejor que nunca.

—Así es. Lo he estado ayudando. Puede confiar en mí, profesor Nandan. Tengo puesto mi corazón en su bienestar.

—Es bueno escuchar eso —dijo ya más relajado al final—. Pero ten en cuenta que tu labor como consejera no te da permiso para llegar tarde a mi clase.

—Lamento eso. No volverá a suceder. O, al menos, lo intentaré —dije con una sonrisa.

—Hazlo —dijo devolviéndome la sonrisa.

Tan segura como estaba de que yo era quien mejor podía ayudar a Nero, las palabras de mi profesor persistieron en mi memoria mientras caminaba de regreso a mi habitación. Conocía la regla de no salir con la persona a la estás ayudando. Todos la conocen. Nunca pensé que tendría que preocuparme por eso porque tampoco pensé que saldría con alguien y mucho menos con un cliente.

Sin embargo, aquí estaba yo durmiendo con la primera persona cuya salud mental me había sido confiada. ¿Qué decía eso de mí?

Me gustaba pensar que se trataba de una circunstancia especial. Después de todo, lo besé antes de que me lo asignaran. Habíamos establecido nuestra atracción el uno por el otro antes de que comenzara nuestro trabajo juntos.

Además, ¿no fue la atracción de Nero por mí lo que hizo que se abriera? ¿Lo habría hecho ante un completo extraño? Ciertamente no lo habría invitado a su casa a pasar el fin de semana. Y al no estar en su ciudad natal, Nero no podría llevarlo al lago y compartir su dolorosa historia.

No, era bueno que los dos tuviéramos la relación que teníamos. Lo estaba ayudando. Pero como su consejera, tal vez era mejor si me tomaba las cosas con calma. Quería ser su novia. Quería correr a su lado y abrazarlo hasta que se sintiera mejor. Sin embargo, una buena consejera le daría el tiempo y el espacio que necesitaba para procesarlo todo.

Dijo que me escribiría. Entonces, en lugar de presionarlo, esperaría su mensaje. Es lo que haría un terapeuta típico. Tampoco era como si necesitara saber de él todos los días. No era como si lo necesitara para respirar o algo… ¡Evan Carter!

Disparos punzantes atravesaron mi cuerpo como rocas irregulares. Me di la vuelta reproduciendo la imagen en mi mente. Vi a Evan Carter. Me tomó un momento darme cuenta, pero lo había hecho. Al menos pensé que lo había hecho. Creí haberlo visto parado en el patio mirándome.

No lo veía ahora. Mirando a todas partes, ni siquiera veía a alguien tratando de esconderse o escapar. ¿Entonces estaba en mi cabeza? Volviendo a verificar mi entorno, consideré que tal vez lo había imaginado.

Pensar que había visto a Evan cuando era imposible que él anduviera merodeando no era algo nuevo. Solía suceder mucho, especialmente durante mi primer año aquí. Solía pensar que lo veía en todas partes. Él era el hombre del sobretodo escondido en los alrededores. Sin embargo, cada vez que lo buscaba, nunca estaba allí.

Pero todo eso había terminado. Apenas había pensado en él después de que Nero hizo lo que hizo. Había obtenido justicia. Lo que había hecho Nero me había permitido seguir adelante.

Volviendo a centrarme, respiré hondo y continué yendo hacia mi habitación. Me recordé a mí misma que ya no tenía que tenerle miedo a Evan Carter. Nero se había ocupado de él por mí. Había puesto el temor de Dios en él. No había forma de que se atreviera a mostrar su rostro aquí incluso si supiera dónde estaba. Pero estaba segura de que no lo haría. Y sabía que Nero me mantendría a salvo… eso si todavía estuviéramos juntos.

Al principio, pensé que cuestionar lo que Nero sentía por mí era inseguridad. Después de todo, habíamos pasado el fin de semana juntos hablando sobre las cosas más íntimas de nuestras vidas. Nadie podría enfriarse tan rápido.

Pero a medida que pasaban los días y no sabía nada de él, comencé a dudar. ¿Realmente podía significar tan poco para él que podía desaparecer durante días sin decir una palabra? Claro, estaba lidiando con algunas cosas difíciles sobre su nacimiento, pero ¿no me amaba? ¿Por qué no quería compartir lo que estaba pasando conmigo?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cory mientras miraba mi teléfono.

—Estoy tratando de hacer sonar mi teléfono con la mente —expliqué.

—Eso es lo que pensé que estabas haciendo. Sabes que puedes escribirle, ¿verdad?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque dijo que él me escribiría.

—Entonces, ¿eso significa que no puedes enviarle un mensaje tú?

—Más o menos.

—¿Y has determinado esto cómo?

—No lo sé. ¿No es eso lo que se supone que debo hacer?

—¿Hay un libro de reglas en alguna parte y yo no lo vi? —bromeó Cory.

—¿No lo hay?

—¡Ohh! —dijo Cory metiéndose en la cama.

—¿Qué?

—Nunca creí que fueras ese tipo de chica.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Siempre creí que eras el tipo de chica que toma la iniciativa. No imaginaba verte junto al teléfono esperando a que alguien te llamara. No me malinterpretes, yo lo hago todo el tiempo. Pero supongo que pensaba que eras diferente.

Me quedé mirando fijamente a Cory sin saber qué responder. Ella estaba insinuando que yo no estaba siendo activa en la creación de mi vida. Eso no me cayó bien.

La razón por la que pasé por un infierno en la escuela secundaria fue porque no me conformaba con lo que otros me decían que debía ser. Cuando intentaron ponerme en una caja, rompí la caja. Yo era una participante activa en mi vida. No me gustó que Cory sugiriera que estaba siendo pasiva.

—¡Está bien! Si quiero hablar con él, debo enviarle un mensaje. No sé por qué estaba esperando que lo haga él.

Miré mi teléfono.

—Entonces, ¿por qué no le envías el mensaje?

—Dame un segundo.

Podía sentir la mirada expectante de Cory desde donde estaba sentada.

—Todavía no le estás escribiendo el mensaje.

—¡Vale! Le enviaré el mensaje. Solo necesito pensar qué decir.

—"¿Buenas?", "¿Hola?", "¿Por qué no me has escrito en toda la semana, idiota desconsiderado?". Esas son todas buenas opciones.

Miré a Cory sorprendida.

—Tú no deberías estar más molesta que yo por esto.

—Es solo que dijiste que sucedieron cosas entre ustedes dos el fin de semana pasado y ahora él te está ignorando. ¡Eso está mal!

—En primer lugar, él no me está ignorando. Al menos, no creo que lo esté haciendo. Y en segundo lugar, tiene cosas que hacer.

—Tú tienes cosas que hacer. ¿Él no ha pensado en eso? Tú también mereces ser feliz, ¿sabes?

Agradecida como estaba por la justa ira de Cory, tenía que preguntarme de dónde salía todo eso.

—¿Está todo bien, Cory?

—¿Qué quieres decir?

—Pareces… animada esta noche. ¿Está todo bien entre tú y Kelly?

—Es solo que él no habla de sus sentimientos o de lo que quiere. Es como si tuviera que leer su mente o algo así. Todo es un juego de adivinanzas con

él. ¡Es tan agotador! Solo desearía que dijera lo que quiere en lugar de enfadarse conmigo porque no consigue lo que nunca me dijo que quería… ¿sabes?

—Está bien, ¡le enviaré un mensaje a Nero! Mira, le estoy enviando un mensaje —dije exagerando mi escritura mientras leía en voz alta—: "Hola, Nero, mucho tiempo sin saber de ti. ¿Quieres que nos veamos para hablar sobre lo que pasó?". —Presioné el botón—. Mira, lo envié. Está hecho. No estoy tratando de que lea mi mente…

Me detuve cuando sonó mi teléfono.

—¿Es él? —preguntó Cory.

—Sí.

Cory se sentó a mi lado en la cama y miró la pantalla mientras leía.

—Dice que tomará un vuelo mañana por la mañana porque tiene un partido de visitante.

—¿Sabías que tenía un partido de visitante este fin de semana?

—No.

—Pregúntale si quiere reunirse contigo esta noche —sugirió Cory.

Miré a Cory como queriendo descifrar qué estaba pasando.

—Estás terriblemente involucrada en esto.

—¿Qué? Yo sólo quiero verte feliz. Envíale ese mensaje.

Hice lo que dijo y rápidamente obtuve una respuesta: "No puedo. Tengo que madrugar mañana", leí

—¿Qué le escribo ahora? —pregunté con un toque de sarcasmo.

Cory se recostó sumida en sus pensamientos. Ella realmente estaba más involucrada que yo. No estaba segura de por qué era así, pero algo estaba pasando con Cory.

—¿Tal vez desearle suerte en el partido y preguntarle si pueden verse cuando regrese?

Me encogí de hombros y lo escribí pensando que era una respuesta tan buena como cualquier otra.

—Enviado.

"Vale", fue lo que siguió.

Cory regresó a su cama luciendo más nerviosa que yo. Se sentía como si estuviera viviendo indirectamente a través de mí. ¿Por qué ocurría eso?

Ciertamente aprecié no pasar por eso sola. Pero ella era una chica felizmente casada, o algo parecido. ¿Por qué quería vivir indirectamente mi relación desastrosa?

Dejé ese misterio a un lado y volví a pensar en Nero. Él había respondido mis mensajes muy rápidamente. No parecía que estuviera jugando conmigo. Entonces, ¿por qué no había sabido nada de él? ¿Había estado esperando que yo me acercara?

Sabiendo que necesitaba una dosis de Nero de una forma u otra, le envié un mensaje a Quin.

"¿Estás por aquí este fin de semana?".

No respondió tan rápido como Nero, pero no tuve que esperar mucho para saber de ella.

"Tengo que trabajar este fin de semana, así que estaré por allí".

"¿Cena el sábado por la noche?".

"Vale".

Hubiera preferido ver a Nero, pero Quin era un gran premio consuelo. Me gustaba pasar tiempo con ella. Fue la primera chica con la que sentí que tenía mucho en común.

Cory era genial y había sido un salvavidas estos últimos años. Pero también fue popular en la escuela secundaria. Ella creció en una familia amorosa y estuvo en una relación de pareja desde que nació.

Yo no tuve nada de eso. De hecho, yo era exactamente lo contrario. El mayor desafío con el que Cory tuvo que lidiar fue elegir la foto para la tarjeta de Navidad de su familia. No había muchas áreas en las que pudiéramos conectarnos.

Esperando nuestra cena casi tanto como si fuera una cita, estaba emocionada cuando llegó la hora de nuestra reunión. Francamente, yo también estaba un poco nerviosa.

—Es un lindo lugar —dije cuando llegamos al restaurante italiano.

—Fue uno de los primeros lugares a los que fui con Lou… y Cage.

—No creo haber conocido a Lou.

—Ella es mi compañera de cuarto.

—Lo sé. Nero me lo contó.

—¿De verdad? —preguntó Quin confundida.

—Surgió en una conversación sobre Titus.

—¿Sobre Titus?

—Sí. ¿No están saliendo o algo parecido?

Quin se rio.

—¿Por qué piensas que están saliendo?

Su reacción me sorprendió.

—No sé. Tal vez fue por algo que dijo Nero.

—Creo que solo son amigos.

—Vale. Me gustaría conocerla alguna vez.

—Tal vez reserve un espacio en su agenda para una noche de juegos. Es decir, mientras tú y Nero puedan.

—Suena bien. Por cierto, ¿has tenido noticias de Nero?

—¿De Nero? Realmente no. Él no suele escribirme.

—¡Oh! ¿Él no es de enviar mensajes?

—Él es bastante bueno respondiendo. Pero no creo que alguna vez me haya escrito preguntándome cómo estaba.

—Eso suena como él —dije sintiéndome aliviada.

—Por cierto, ¿cómo van las cosas con él? Ustedes dos parecían muy cómodos el uno con el otro el fin de semana pasado.

—Pensé que las cosas iban muy bien. Pero luego su madre contó lo que

hizo y ahora él está “perdido en acción”.

—Yo no me preocuparía por eso. Él puede ponerse así. Si le das unos días, estoy segura de que las cosas se arreglarán —dijo Quin mientras sacaba su teléfono del bolsillo.

Al encenderse la pantalla, Quin entrecerró los ojos mientras leía un menaje. Luego de unos clics más, escuché el audio de un video. Tan pronto como alguien pareció alentar algo, bajó el volumen del teléfono. Sin dejar de mirar, Quin se veía más incómoda.

—¿Qué pasa?

Quin abrió la boca para hablar, luego se detuvo y miró el video hasta el final.

—Me estás asustando un poco, Quin. ¿Qué está pasando?

Quin me miró desconcertada.

—Cage acaba de enviarme un video que su antiguo compañero de equipo publicó en una de sus redes sociales.

—¿Qué video?

—Mmm. —Los ojos de Quin se movieron rápidamente.

—En serio, Quin. Me estás asustando.

—Lo siento. Tal vez deberías verlo tú misma.

Quin me pasó su teléfono. El primer cuadro del video llenaba la pantalla. Era de Nero. Tenía a una mujer bailando en su regazo y ella estaba completamente desnuda.

Miré a Quin, quien tenía cara de piedra. Volviendo al teléfono, presioné “play”. No podía decir si estaba en un club de striptease o en otro lugar. Pero había otros tíos con aspecto de jugador de fútbol observando cómo Nero frotaba su cara en los enormes pechos de la mujer desnuda.

Lo más molesto era que parecía amarlo. Miraba su cuerpo con los ojos muy abiertos. Cuando ella movió sus caderas a centímetros de su cara, él hundió la cabeza como si quisiera llevársela a la boca. Fue cuando se inclinó hacia adelante por segunda vez cuando el video se cortó.

—Lo siento —dijo Quin mirándome con el corazón roto.

No sabía qué decir o pensar. ¿Era esto lo que hacía cada vez que viajaba con su equipo? ¿Quería a alguien como a ella realmente en su vida? ¿Había sido una tonta al enamorarme de Nero?

Una vez más me había hecho daño un futbolista. Puede que no haya sido como en la escuela secundaria, pero dolía igual. Quizás más.

—Kendall, no creo que este sea Nero.

—¿No crees que es el del video?

—No, es él. Pero no lo veo eligiendo hacer algo así.

—Sin embargo, lo está haciendo. ¿Dónde dijiste que lo encontró Cage?

—Creo que fue en la cuenta de Instagram de un excompañero de equipo.

—Entonces, ¿todos lo han visto?

—No todo el mundo. Estoy segura de que lo vieron unas pocas personas. Voy a decirle a Cage que le pida a su excompañero de equipo que lo elimine.

Mientras Quin enviaba el mensaje, pensé en lo que acababa de ver. ¿No había dicho Nero que quería ser profesional? ¿Por qué se pondría a sí mismo en una situación así?

—¿Crees que Nero sabe que el video fue publicado? —pregunté a Quin.

—No lo sé. Cage no dijo si se lo envió.

—Le preguntaré —dije curiosa sobre lo que diría Nero.

Después de presionar "enviar" esperé una respuesta. Por lo menos, Nero era de responder rápido. Pero esta vez, nada.

Me quedé mirando el teléfono esperando su respuesta. Cuando quedó claro que no llegaría nada, dejé mi teléfono al lado de mi plato.

Era posible que lo que estaba ocurriendo entre Nero y yo hubiera terminado. Tal vez esa era su manera de decírmelo. Sería una forma increíblemente autodestructiva. Pero si no estaba en un buen momento, podría hacer cualquier cosa.

—Cage envió el video a Nero. Le dije que me avisara si tenía noticias suyas.

Quin y yo continuamos cenando pero la noche estaba claramente arruinada. Parecía que ninguna de las dos tenía algo que decir. Si las cosas entre Nero y yo habían terminado, ¿no significaba que Quin se iría también? Eran prácticamente familia. ¿Quién era yo más que una chica con la que Nero había dormido?

Cuando terminó la cena cogí la cuenta para dividirla pero Quin insistió en pagar. La dejé. Nero me había contado la historia de Quin y había pasado el fin de semana en su casa. Si quería invitarme a cenar, estaba de acuerdo con eso.

—Entonces, ¿te veré pronto? —pregunté mientras nos parábamos frente al restaurante.

—Sí. Deberíamos hacer esto de nuevo.

—Por supuesto. Cualquier fin de semana que no vayas a Frozen Falls.

—Vale —dijo Quin con una sonrisa.

Quería abrazarla, pero no creía que fuera del tipo abrazador. Yo tampoco estaba segura de serlo. Entonces, en cambio, nos fuimos por caminos separados y caminé hacia mi casa.

Atravesando el campus revisé mi teléfono. Nero todavía no me había respondido. ¿Era porque estaba en un avión? ¿Me estaba ignorando?

El peor escenario pasó por mi mente cuando me di la vuelta de repente. Creí ver a alguien en los alrededores, frente a la puerta de mi edificio. Evan Carter. Había estado distraída pero, pensando en los últimos diez minutos, recordé que tuve la sensación de que alguien me había estado siguiendo.

Con mi corazón acelerado, revisé las sombras. ¿Estaba siendo paranoica? ¿Por qué estaría allí? ¿No le había dejado claro Nero lo que le sucedería si alguna vez venía a buscarme? Y con Nero saliendo de mi vida, ¿qué protección tendría si fuera Evan?

Al no encontrar a nadie, corrí lo que restaba del camino sin apartar mis

ojos de la oscuridad detrás de mí. Cuando estuve a salvo adentro, miré a través del pequeño vidrio de la puerta buscándolo. Nada se movió.

Tal vez me estaba volviendo loca. ¿Había provocado esto la conexión inestable entre Nero y yo? ¿Creía que lo había superado? Pensaba que se habían terminado las pesadillas con Evan Carter.

—¿Estás bien? —preguntó Cory cuando entré a nuestro dormitorio.

—No lo sé.

—¿Qué está pasando? —dijo brindándome toda su atención.

No estaba segura de lo que debería decirle.

—Hay un video de Nero recibiendo un baile erótico en un club de striptease.

—¿El stripper era un hombre o una mujer?

Miré a Cory congelada. Mi cerebro fracasó al procesar lo que dijo.

—¿Eh? ¿Por qué me preguntas eso primero? ¿De dónde salió esa idea?

—Lo lamento. No sé por qué pregunté eso. Lo siento.

Cory apartó la mirada presa del pánico. Examinó la habitación y luego se levantó como si estuviera a punto de desvanecerse.

—Espera. ¡No te vayas! ¿Por qué hiciste esa pregunta?

Cory disminuyó la velocidad y luego me miró lentamente.

—Fue una estupidez de mi parte preguntar eso —admitió.

—No, por favor. Dime por qué preguntaste eso.

La cabeza de Cory se hundió como derrotada.

—Bueno, me dijiste que solías vestirte como un chico en la escuela secundaria, ¿verdad?

Al escuchar sus palabras, tragué saliva. No podía creer que estuviera mencionando eso. Al ver mi reacción, corrió a mi lado y tomó mi mano.

—Mira, fue una estupidez de mi parte preguntarte eso. No sé por qué lo dije.

—Lo preguntaste porque piensas que al estar interesado en mí, tiene que ser bisexual.

—No.

—Sí —insistí.

Dejé que sus palabras se asentaran en mi mente. No estaba segura de cómo debía sentirme. Había ido a la escuela vestida como un chico durante meses. Había una razón para eso. Sabía que no era la chica más femenina.

—Crees que para gustarle a un chico, tiene que estar interesado en los hombres.

—¡Eso no es cierto! —insistió—. Eres una chica hermosa. Créeme, eres una de las chicas más hermosas que he visto en mi vida.

—Pero ¿crees que a Nero le recuerdo a un chico?

—Me lo pregunté. Pero no quise decir nada con eso. De verdad. Por favor, no me odies.

Tragué saliva de nuevo.

—No te odio. Pero lo que sugeriste está mal en muchos sentidos.

—Lo sé.

—No creo que lo sepas. Incluso si Nero fuera bisexual, estás presuponiendo algo sobre los hombres bisexuales y la infidelidad.

—No es así, en realidad.

—¿Segura? Porque así suena.

—En serio, fue solo una estupidez que se me escapó. Eso es todo. Y no quise insinuar nada sobre ti. Nada en absoluto. Eres la chica más bonita que conozco. Él es un idiota al hacer esas cosas en un club de striptease. No te merece.

No sabía lo que estaba pasando con Cory. Lo que dijo me hirió, pero no me dolió. Claramente no lo estaba diciendo con malicia. Pero eso no cambiaba el hecho de que, sin importar la razón, Nero se estaba alejando de mí. Entonces, dejé pasar lo que dijo Cory.

—Creo que podría estar perdiéndolo —admití mientras lágrimas silenciosas llenaban mis ojos.

—Oh, Kendall —dijo Cory envolviéndome con sus brazos.

—¿Qué pasa conmigo que nadie puede amarme? —pregunté.

Habiendo hecho la pregunta que me había perseguido durante tanto tiempo, no pude fingir más. Me deshice en lágrimas. Mientras Cory me abrazaba con más fuerza, puse mi cabeza en su hombro.

Cory no me dejó ir en toda la noche. Dormimos así y eso ayudó. Cuando nos despertamos, fue un poco incómodo. Tenía su brazo alrededor de mi pecho y me estaba abrazando como si no quisiera dejarme ir nunca. Fue agradable pero más íntimo de lo que estaba acostumbrada.

Pero fue más extraño lo que hizo a continuación. Su mano se posó en una de mis tetas. Pensé que había sido un accidente hasta que sus dedos se cerraron y la envolvieron. Me estremecí. Ella rápidamente se alejó.

Saltando de mi cama, dijo:

—Lo siento. —Y se escabulló incapaz de mirarme a los ojos.

¿Qué estaba pasando con ella? La observé mientras recogía su toalla y artículos de baño y corría hacia la puerta.

—¿Deberíamos hablar de…?

—¡No! —dijo sobresaltándome.

Al darse cuenta de lo escabrosa que había sido, se calmó.

—Le dije a Kelly que desayunaríamos juntos. Me tengo que ir —dijo antes de dirigirse hacia las duchas.

Descubrir lo que estaba pasando con Cory fue una buena distracción. Pero, finalmente, mi mente volvió a lo que estaba pasando con Nero. Cogí mi teléfono, pero todavía no había recibido una respuesta. Él no iba a enviarme un mensaje. Lo que habíamos tenido realmente se había terminado. No tenía idea de qué había ido mal entre nosotros. Me dolía el pecho al pensar en eso.

Me levanté de la cama para desayunar, y pasé el día como una zombi. No lo entendía. Hacía solo una semana desde que estaba acostada en los brazos de Nero. ¿Cómo fue que pasó esto?

Afortunadamente, el día finalmente terminó y me quedé dormida. No tenía muchas ganas de ver al profesor Nandan para mi clase de las 8 de la mañana. Tratando de esconderme atrás, hubo un momento en que nuestros ojos se encontraron. ¡Mierda! Él me había visto.

—Por favor, consulten en su plan de estudios las lecturas para esta semana. Y, Kendall, ¿puedo hablar contigo antes de que te vayas? —dijo el profesor recogiendo sus notas y preparando su mochila.

No quería hablar con él. La semana pasada me había advertido acerca de mezclar la consejería con las relaciones amorosas. Ni siquiera le tomó una semana demostrar que tenía razón. Pensé que lo tenía todo bajo control. Pero entonces Nero ni siquiera me enviaba mensajes. Todo era un desastre.

—Hay un video de Nero circulando en internet. ¿Lo has visto?

—¿Qué?

—Creo que es del viaje que acaba de hacer. De todos modos, se ha convertido en una historia nacional.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque se considera que Nero es el preferido para el draft en su posición. ESPN lo ha estado observando por un tiempo. Entonces, cuando encontraron el video, les dio algo de qué hablar.

—Yo… yo no lo sabía.

—¿No has hablado con él recientemente?

—La última vez fue el jueves.

—Eh. Bueno, para aminorar un poco los daños en la carrera de Nero, el equipo de relaciones públicas de la universidad ha concertado una entrevista con un medio de comunicación. Teniendo en cuenta que eres su consejera estudiantil, pensé que sería bueno que estuvieras allí.

—¿Yo?

—Sí. ¿Estás de acuerdo?

Lo pensé durante un momento. Mientras lo hacía, me quedó claro por qué era tan importante separar las emociones y la terapia. Me dolía pensar en el gran error que había cometido.

Ahora la pregunta era, ¿le admitiría a mi profesor que Nero y yo habíamos dormido juntos para que él pudiera reemplazarme y yo pudiera luchar por nuestra relación? ¿O me probaría a mí misma que puedo ser una profesional dejando de lado mis sentimientos por Nero y estando para él como se suponía que debía estar?

Capítulo 10

Nero

Todo estaba girando. Era como si la vida se hubiera convertido en un carrusel. Yo no debería haber nacido. Mi madre había drogado a ese desafortunado hombre y lo había violado. Y lo había hecho porque había perdido al hijo que realmente quería. ¿A dónde me dejaba eso?

Fui un error. No debería haber existido. ¿Cómo viviría de ahora en más sabiendo que el mundo estaría mejor si yo no estuviera?

Desde que supe la verdad por mi madre, las cosas se volvieron cada vez más confusas a mi alrededor. Era como si estuviera perdiendo el control de mi vida. No tenía intención de ahuyentar a Kendall, pero lo hice. No quería ir a un club de striptease de Nueva Orleans, pero fui. Y ciertamente no quería un baile erótico, pero mis compañeros de equipo la empujaron hacia mí, así que actué como esperaban que lo hiciera.

Ahora todos estaban enojados. Cage me enviaba mensajes al respecto. El entrenador me decía que era posible que no me seleccionen. Y estaba bastante seguro de que había perdido a mi novia.

No estaba 100% seguro de eso porque aún no le había respondido desde que me envió el video. No podía soportar saber que la única chica a la que he amado me odiaba. Había un límite de cuánto podía procesar.

—¿Estás listo? —preguntó el entrenador cuando se reunió conmigo en su oficina.

—Sí. Lo que sea.

Hizo una pausa y me miró desde el sofá.

—¿No quieres hacer esto? Porque déjame recordarte que solo estamos aquí para salvar tu carrera profesional. Pero si no te interesa, entonces podemos decirles a todos que se vayan a sus casas y terminamos con esto ahora mismo.

—No. quiero hacer esto. Es solo que… no es justo.

—¿Qué no es justo? ¿Que todo el mundo está haciendo todo lo posible para salvar tu reputación? Bueno, a veces la vida no es justa.

—Pero no quería el baile erótico. Yo no lo pedí.

—Y si hubieras actuado así en el video, entonces no estaríamos aquí. Mira, lo que ha pasado ha pasado. ¿Quieres enfrentar lo que pasó, o dejar que los miles de personas que solo te conocen como el chico del club de striptease que juega en East Tennessee definan cómo sigue tu vida? ¿Quieres hacerte cargo de tu futuro o dejar que tu pasado decida lo que sucederá a continuación?

Me quedé pensando en eso. Sí, mi vida estaba fuera de control y no por primera vez. Pero, incluso cuando era niño, lo único con lo que sabía que podía contar era con el fútbol. Yo era bueno en eso. Y no importaba lo que mi madre estuviera haciendo o dejando de hacer. No importaba lo solo que me sintiera.

Solo que importaba qué tan bien podía atrapar un pase y qué tan rápido podía avanzar en el campo. El resto de mi vida pasaba a un segundo plano cuando eso sucedía. El fútbol era lo único que siempre había estado para mí. Si iba a luchar por algo, tenía que ser por eso.

—Quiero hacerme cargo de mi futuro.

—Bien. Porque podrías tener un futuro brillante. Fue una tragedia lo que le pasó a tu hermano. No puedo evitar pensar que la lesión que impidió que participara en el draft fue mi culpa de alguna manera. No quiero decepcionarte también —dijo poniendo su mano en mi hombro.

—Gracias, entrenador —dije en serio.

—Bien. Voy a tener que hacerte una pregunta personal. ¿Estás saliendo con alguien?

—¿Qué importa eso? —pregunté sintiendo mi piel sonrojarse al pensar en Kendall.

—Porque lo que hiciste no es ilegal. Eres joven. Eres un macho alfa. Correcto o incorrecto, la gente aceptará que estabas siguiendo tus impulsos. Entonces, si le dices al mundo que eres soltero y les recuerdas sutilmente que no violaste ningún código moral, te perdonarán.

»Sí, algunas personas siempre buscarán sentirse superiores, por eso no todas te darán un pase. Pero si lo dices de la manera correcta, el discurso de "los hombres siempre serán hombres" podría sostenerse. Entonces te pregunto, Nero, ¿eres soltero en este momento?

Me senté a escuchar todo lo que tenía para decir. Si lo entendía bien, estaba diciendo que la vida estaba jodida. ¿"Los hombres siempre serán hombres"? ¿Qué clase de porquería es esa?

Pero la verdad es que nunca creí que la vida fuera justa. Me convertí en la peor persona en la que podía imaginar con tal de sobrevivir. ¿Fue justo? Entonces, si este era el descanso que me correspondía a cambio de mi infancia desastrosa, lo tomaría.

—No hay nadie —dije seguro de que era verdad.

Incluso si hubiera una posibilidad de que Kendall no me odiara, seguramente ella no querría estar conmigo de nuevo. No me gustaría estar conmigo si pudiera evitarlo. Así que no había forma de que una chica tan buena como Kendall lo hiciera.

—Bien. Entonces, en la entrevista, quiero que te concentres en eso. Di que fue una diversión inocente, que querías desahogarte después de un partido y que, siendo un tío soltero, no tenías la intención de lastimar o avergonzar a nadie. Pero realmente insiste en el hecho de que eres soltero. Y sé tan humilde como puedas. ¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Hablo en serio, Roman. Esto es importante. No solo para ti sino para el programa de fútbol. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, señor. Puedo hacerlo —dije afirmando en mi corazón el significado de esas palabras.

—Bien —dijo de nuevo apretando mi hombro, pero esta vez con una sonrisa—. Vas a hacer un gran trabajo. La entrevista es con el reportero deportivo del canal 5 de Nashville. Pero esperamos que se vuelva viral. Entonces, trata de estar relajado, pero no te olvides que miles de personas lo estarán viendo.

—Entonces, ¿actúo como si estuviera en el campo?

El entrenador sonrió.

—Lo has entendido. Vamos —dijo mientras me acompañaba fuera de su oficina y nos dirigíamos hacia una sala de prensa improvisada—. Por cierto, el tipo a cargo del programa en el que estás por tu temperamento insistió en que invitara a tu consejera estudiantil. Entonces, ella también estará allí.

—¿Kendall? —pregunté mientras un rayo de dolor me atravesaba.

—¿Así se llama? —preguntó el entrenador antes de abrir una puerta y hacerme pasar.

Lleno de pánico, escaneé la habitación. Allí estaba de pie junto al chico de la cámara. Cuando nuestros ojos se encontraron, vi su dolor. ¿Le había hecho daño yo? Estaba seguro de que lo había hecho. Todo en mí quería correr y arrojar mis brazos alrededor de ella. No pude. Y como no lo hice, su mirada cayó al suelo.

—¿Estás listo, Nero? —preguntó el entrenador señalándome una gran pantalla verde—. ¡Nero!

—Sí, estoy listo —dije recordando lentamente lo que tenía que hacer.

No sabía qué significaba que Kendall estuviera allí. Tal vez se vio obligada a estar ahí como yo. Sin embargo, no podía dejar que me distrajera. Su presencia no significaba nada. El fútbol seguía siendo lo único con lo que podía contar en mi vida e iba a hacer lo que fuera necesario para conservarlo.

El tipo de la cámara se me acercó y me dio un auricular.

—En el otro extremo está el productor de la estación. Él hará una cuenta regresiva para indicarte cuándo saldrás en vivo con Jill Walsh.

—¿La reportera deportiva es una mujer? —interrogué mirando al entrenador mientras me preguntaba si eso iba a cambiar las cosas. Él asintió alentándome.

—Sabes que hay mujeres reporteras ahora, ¿no? —dijo el camarógrafo antes de volver junto a Kendall.

Por supuesto que sabía que había reporteras de deportes. Quería gritarlo. Yo no era un matón estúpido. Estaba cansado de lidiar con la forma en que todos me veían. No podía soportarlo más. Iba a demostrarlo.

—¿Tú, allí? ¿Estás listo? —preguntó el chico del auricular.

—Sí. Estoy listo.

—En espera. Salimos en vivo en cinco, cuatro, tres, dos…

—Esta noche tenemos una entrevista especial con Nero Roman, el jugador de fútbol de East Tennessee que está en el centro de un gran escándalo. Nero, gracias por acompañarnos.

—Es un placer hablar contigo. Solo desearía que fuera en circunstancias

más agradables, como una jugada ganadora.

—Y solo para que la audiencia sepa, has tenido muchas de esas, más que cualquier estudiante de primer año en la historia de Tennessee.

—No sabía eso —dije sinceramente—. Simplemente juego el deporte lo mejor que puedo. Si estoy bendecido con estadísticas como esa, es gracias a los compañeros de equipo con los que he tenido la suerte de jugar.

—Entonces, parece que tienes tu vida en orden. ¿Cómo terminaste en medio de un escándalo?

—Honestamente, no lo sé. Después del partido, alguien sugirió que saliéramos. Una cosa llevó a la otra y supongo que uno de mis compañeros lo grabó.

—Y lo publicó en internet.

—Y lo publicó. Pero me gustaría señalar que solo estábamos desahogándonos. No estaba engañando a nadie. No hay nadie. Soy soltero. Solo nos estábamos divirtiendo un poco.

—Entonces, ¿este es un caso de hombres siendo hombres? —sugirió ella para mi sorpresa.

—Eso creo. Sin embargo, ahora puedo ver que estaba mostrando falta de juicio. Lamento profundamente la vergüenza que causé al programa de fútbol de East Tennessee y a la comunidad de la escuela. Si recupero la confianza de todos otra vez, creo que podría hacerlos sentir orgullosos —dije, diciendo lo que todos querían escuchar.

—Estoy segura de que lo harás. ¿Y en cuanto al récord perfecto de East Tennessee en lo que va de temporada?

—Haremos todo lo posible para mantenerlo y traer otro campeonato nacional al East Tennessee.

—Ahí lo tienes. Las palabras sinceras de una estrella de fútbol actual y futura de Tennessee.

—Y quedó claro —dijo el productor volviendo al auricular.

—Gran entrevista. Incluso yo te creí. Buena suerte para el resto de la temporada.

—Gracias —dije antes de devolverle el auricular al camarógrafo cuya actitud se había suavizado.

—¡Roman, eso fue fantástico! No sabía que podías ser así —dijo el entrenador con una sonrisa—. Vas a llegar lejos en este mundo. ¡Muy lejos!

Sonreí y sutilmente miré a mi alrededor en busca de Kendall. Se veía tan devastada como pensé que estaría. Cuando parecía que iba a estallar en lágrimas, salió corriendo de la habitación.

No fui tras ella. ¿Por qué no? No lo sé.

Cuando el entrenador me liberó, me dijo que no me metiera en problemas por lo menos hasta que se emitiera la entrevista. Lo dijo como si asumiera que sería difícil para mí. No sabía qué pensar sobre eso. Afortunadamente, había otras cosas en mi mente. Sobre todo acerca de Kendall y que la había dejado escapar de entre mis dedos.

Cuanto más me acercaba a mi habitación, más rabia sentía hacia mí mismo. Estaba muy jodido realmente. Probablemente porque yo era el error que nunca debería haber nacido.

Cuando regresé a mi dormitorio, estaba a punto de explotar. Traté de pensar en algo que me calmara, pero la única persona que podía centrarme era la razón por la que estaba tan furioso. Incapaz de contenerme más, agarré el pesado marco de madera de mi cama y lo volteé. Se estrelló contra la pared con un estrépito.

Nada de lo que poseía estaba a salvo después de eso. Todo lo que podía romper, lo estrellaba contra la pared. Cualquier cosa que pudiera rasgar, la desgarraba. El lugar estaba cubierto de papeles y vidrios rotos cuando me quedé sin cosas. Fue entonces cuando eché un vistazo a la habitación y me dirigí hacia el lado de Titus.

En ese momento la puerta se abrió y Titus entró. Examinó la habitación en estado de shock. Al ver lo fuera de control que estaba, corrió hacia mí.

Inseguro de lo que él intentaba hacer, reaccioné. Recordando cada pelea en la que había estado, giré y lo golpeé en la mandíbula. Cayó al suelo de un solo golpe.

Me congelé al entrar en razón. ¿Qué había hecho? Él no se movía.

—¿Titus? —dije saltando a su lado.

—¿Estás bien?

Su cuerpo yacía sin vida. ¿Lo había noqueado? ¿Había matado finalmente a alguien? ¿Era ese el momento que siempre había temido en mi vida? Tenía que serlo.

Con él todavía inerte, me puse de pie rápidamente, cogí mis llaves y escapé. Estaba tratando de no correr. Haría las cosas demasiado obvias. Pero necesitaba escapar. Necesitaba llegar a mi camioneta y conducir hasta que no pudiera ir más lejos.

Tal vez conduciría hasta el lago al que corrí cuando era niño y esta vez lo cruzaría. Tal vez conduciría hasta allí y pondría fin a mi miserable vida.

No estaba destinado a estar aquí. No estaba destinado a estar vivo. Y la única pregunta que restaba era si tendría el coraje de poner fin al error que mi madre cometió hace tanto tiempo.

Capítulo 11

Kendall

Salí corriendo de la sala de prensa dejando atrás a Nero. No podía creer que hubiera dicho eso. ¿No significaba nada para él? Pensaba que sí. ¿No había dicho que me amaba?

Solo pude contener las lágrimas hasta que salí del lugar y corrí de regreso al campus. Sin nadie alrededor, grité. Había sido una tonta. Fui una idiota al pensar que alguien como él podía amarme. Y fue un error darle una oportunidad a un futbolista.

Son todos iguales. Quizás Nero había encontrado una forma diferente de lastimarme. Pero en todos los sentidos, esto era peor. Al menos contaba con mi barrera protectora en la escuela secundaria. Nero me había hecho desnudar mi corazón. Con él expuesto, metió la mano y lo arrancó de mi pecho.

Mientras los pensamientos me abrumaban, reduje la velocidad en busca de un lugar para recuperarme. Mirando a mi alrededor, me di cuenta de dónde estaba. Era donde Nero y yo huimos después de que entré en pánico al enterarme de quién era la persona a la que debía ayudar.

Encontré el banco que habíamos elegido y me senté. Las lágrimas no se detuvieron. Con los codos en las rodillas, lloré en mis manos. Traté de dejar de lado mis sentimientos por él y ser una profesional, pero ¿cómo podía ser tan cruel? ¿No tenía corazón? ¿No se había preocupado por mí en absoluto?

—Kendall, ¿estás bien?

Me tomó un segundo registrar las palabras. Alguien estaba parado frente a mí. Estaba al alcance de la mano y su voz me sonaba familiar. Me tomó un momento reconocerla pero, cuando lo hice, el terror me atravesó como una bola de fuego. Evan Carter.

Levanté la vista y encontré el motivo de mis pesadillas mirándome fijamente. No había escapatoria. Iba a matarme por lo que Nero le había hecho. Necesitaba escapar.

—¡Déjame en paz! —dije saltando y retrocediendo.

—No, espera. No estoy aquí para lastimarte. Solo quiero hablar —dijo levantando las manos.

—Seguro que sí. Al igual que en la escuela secundaria. ¿Qué vas a hacer esta vez, golpearme hasta dejarme un ápice de vida y dejarme morir?

—¡Jesús, no! ¡No! ¿Por qué dices eso?

—¿Por qué digo eso? —pregunté sorprendida—. ¿Has olvidado todas las cosas que me hiciste? Porque yo no lo he hecho. Todavía sueño con ellas. No puedo sacármelas de la cabeza.

El horror cruzó por el rostro de Evan al escuchar mis palabras. Estaba aturdido. Dejó de perseguirme y gritó:

—¡Lo siento! Lo siento mucho —dijo antes de caer de rodillas abrumado.

¿Espera, qué?

No entendía lo que estaba pasando. Me sobresaltó tanto que reduje la velocidad y me detuve. ¿Se acababa de disculpar conmigo? Lo había hecho. Y sonaba como si lo dijera en serio.

Me quedé mirándolo mientras me preguntaba qué debía hacer. Podía alejarme, pero Evan acababa de darme lo que había soñado durante mucho tiempo. Y lo había hecho sin que amenazara su vida.

—Fui horrible contigo. Y sé lo que estás pensando. Crees que estoy aquí porque irrumpiste en mi casa con ese tipo y ahora me arrepiento de lo que pasó. Pero no. Siempre me he arrepentido de ello. No hubo un segundo en el que no me haya odiado por las cosas que te hice.

Ahora estaba realmente confundida.

—No entiendo. Si te arrepentías de hacerlo, ¿por qué lo hacías?

Evan miró hacia arriba. Había lágrimas en sus ojos. Lágrimas reales. No creía que fuera capaz de sentir emociones humanas.

—Tenías que saber por qué. De todas las personas, tú tenías que saberlo. No hay forma de que no lo supieras.

—Odio decirte esto, pero no sé de qué estás hablando —dije acercándome a él.

—¿No recuerdas cuándo empezó todo?

Busqué en mi memoria.

—¿Cuándo empezó? Siempre fuiste un idiota conmigo, desde la primera vez que nos conocimos.

—Eso no es cierto. Tienes que saber que eso no es cierto.

—No lo sé. No lo sé porque siempre fuiste así —dije desafiante.

—En primer año estábamos en la misma clase de arte. ¿Recuerdas?

Volví a pensar.

—La de la profesora Adderley.

—Sí.

—¿Entonces?

Evan se estremeció dolorosamente. Me confundió aún más.

—Era muy inseguro en ese entonces. Aún no me había unido al equipo de fútbol. Todavía estaba tratando de resolver cosas. Pero desde la primera vez que te vi, supe que me gustabas. Solo quería hablar contigo. Sin embargo, no podía hablar ni contigo ni con nadie. Al menos, no se me daba fácil. Abría la boca y lo que tenía en la cabeza no salía. E incluso cuando salía, tartamudeaba.

»Pero realmente me gustabas, así que durante semanas practiqué lo que te diría. "Hola, Kendall, me gusta mucho tu arte. Hola, Kendall, me gusta mucho tu arte". Lo dije mil veces antes de acercarme a ti en la clase de arte. Pero cuando estuve parado frente a ti…

—Solo me miraste moviéndote como si fueras a vomitar —recordé de repente.

—No podía sacar las palabras de mi boca. Había practicado tantas veces y me estaba esforzando mucho.

—Y respondí… —Me interrumpí porque no quería repetirlo.

—Respondiste diciendo "puaj" y me dijiste que me alejara de ti.

Evan se congeló como si tartamudeara. Luchó para poder decir las palabras.

—Tú… tú… rara —escupió finalmente.

Todos los recuerdos volvieron a mí. Entonces entendí. Evan era tartamudo.

—No lo sabía. No te había visto tartamudear antes.

—Trabajé muy duro para ocultarlo. Pero cuando me ponía nervioso, tar… tamudeaba —escupió —. Pero, me gustabas. Solo quería decirte que me gustabas. Y lo que dijiste me destruyó. Te odié mucho después de eso.

—Evan, me chantajeaste para que me tomara una foto desnuda y luego se la mostraste a tus amigos.

—Lo sé. Y no hay excusa para eso.

—No la hay.

—Pero te odiaba y me odiaba a mí mismo porque no podía dejar de estar enamorado de ti. Y, solo se la envié a un tío. Él era el capitán de nuestro equipo de fútbol y estaba tratando de agradarle. Él fue quien se la envió a todos los demás. Y tan pronto como me enteré, lo detuve. Me peleé para asegurarme de que no fuera más lejos.

—¿Y se supone que debo que… estar agradecida contigo por eso?

—No, eso no es lo que estoy diciendo.

Entonces, ¿qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que lo siento. Lo siento mucho.

—Evan, me hiciste demasiadas cosas horribles. Te vengaste un montón de veces. ¿Por qué seguiste haciéndolo? ¿Por qué nunca te detuviste? —imploré.

—No lo sé.

Estuve a punto de decirle lo estúpido que era por no saber cuándo detenerse pero no lo hice. Él realmente no lo sabía. ¿Y cómo podría? ¿Cómo podría alguien saber lo que no sabe?

¿No era ese el propósito de un terapeuta, compartir ideas que los pacientes no hubieran podido obtener de otra manera?

¿Qué tan diferente hubiera sido mi vida si alguien hubiera ayudado a Evan a trabajar en su dolor? Probablemente no sería la persona que soy hoy. No sabría decir si me hubiera ido mejor o peor, pero seguro que me hubiera gustado averiguarlo.

—Evan, ¿has pensado alguna vez en ver a alguien? ¿Como a un terapeuta?

—No necesito ver a un terapeuta —respondió a la defensiva.

—En primer lugar, no hay dudas de que lo necesitas. Apenas puedo pensar en alguien que lo necesite más.

Evan bajó los ojos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Puedo ser un tonto. Pero no soy estúpido.

—Entonces, ¿por qué no has buscado ayuda?

—No lo sé. Pero tal vez si estuvieras dispuesta a comer algo conmigo, podríamos conversar un poco más sobre eso.

—De acuerdo, eso nunca va a suceder, ¡nunca! Pasaron demasiadas cosas entre nosotros.

—Sí, tienes razón.

—Pero hay mucha gente que puede ayudarte. También hay un teléfono al que puedes llamar. Lo que te estoy diciendo es que hay una manera de salir del dolor y el enojo que estás sintiendo. Solo tienes que decidirte a buscarla.

La mirada de Evan se hundió. Pasó un momento en silencio antes de volver a hablar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Qué?

—¿Por qué fuiste tan mala conmigo ese primer día? Porque realmente me dolió.

Traté de recordarlo. No recordaba mucho de eso. En su mayor parte, había sido como cualquier otro día. ¿Era así como él recordaba todos los días que me lastimó?

—No sé. Probablemente solo estaba siendo insegura —admití—. Estaba lidiando con muchas cosas en ese entonces. Mis padres me presionaban para que fuera perfecta. Fue difícil lidiar con eso. Yo estaba enojada. Probablemente me desquité contigo.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—¿Qué?

—¿Me perdonas?

Lo miré. ¿Perdonaba a Evan Carter, el protagonista de las pesadillas y el terror de mi juventud?

—Evan, me lastimaste. Todavía estoy lidiando con las cicatrices.

—Si te hace sentir mejor, yo también. Me despierto gritando después de soñar con lo que te hice en ese entonces.

—¿Tienes pesadillas con lo que me hiciste?

—Todo el tiempo. Me persigue. Me alegré un poco cuando tu amigo hizo lo que hizo. Pensé que hasta sería capaz de reconsiderar nuestra relación. Pero no hubo ningún cambio.

—¿Es por eso que viniste aquí?

—Sí.

—Y por eso te he estado viendo en el campus.

Evan apartó la mirada.

—¿Y por qué te vi tanto por el campus durante mi primer año? —Miró el suelo—. Entonces no me estaba volviendo loca. Realmente eras tú.

—Solo quiero que me perdones.

Miré al tipo en el que había pensado tanto a lo largo de mi vida. Por primera vez en mucho tiempo, lo vi como humano.

—Evan Carter, te perdono —dije sorprendida de escucharlo salir de mi boca.

Se puso de rodillas.

—¿De verdad? —preguntó emocionado.

—Sí.

Con una sonrisa en su rostro, abrió los brazos para abrazarme.

—¡No! —dije fríamente—. Te perdono. Pero no somos amigos. Y necesitas ayuda. Me lo debes a mí y a todas las personas que has lastimado. —Hice una pausa para pensar—. Más que eso, te lo debes a ti mismo. No tienes que sentirte así y podría haber una gran vida esperándote cuando lo superes.

Evan se sintió con más confianza.

—Te agradezco que digas eso.

—No quiero volver a verte nunca más, Evan. ¿Está claro?

Tomó una inspiración profunda.

—Está claro.

—Bien. Y buena suerte —dije con sinceridad.

—Gracias, Kendall, por todo —dijo antes de darse la vuelta y salir de mi vida para siempre.

No había imaginado cuán catártica podía ser una conversación con Evan. Al verlo alejarse, me sentí diferente. Todo se sentía diferente. Nunca había estado más segura de lo que iba a hacer con mi vida. Quería ayudar a niños como Evan. Ayudarlos de manera temprana podría cambiar sus vidas y las vidas de todos los que los rodean, como podría haber cambiado la mía.

Seguí pensando en eso. ¿No había mucha gente sufriendo en este mundo?

¿No era Nero uno de ellos?

Nunca debí estar con Nero. No fue por eso que nos conocimos. Yo debía ayudarlo. Sabía que estaba pasando por un mal momento en su vida. Sabía que estaba inclinado a tomar malas decisiones. Sin embargo, permití que las cosas pasaran entre nosotros.

Estuvo mal de mi parte. Si me preocupaba por él… si realmente me preocupaba por él, tenía que hacerlo mejor. Si lo amaba como decía, entonces tenía que tomar una decisión por él. No podíamos estar juntos. No si me preocupaba por él. Y no si iba a ayudarlo.

Sabía cuál era su problema y no lo tendría si no hubiera metido las narices donde no debía. Cuando escuché la historia de su madre, se me partió el corazón, entonces eso tuvo que haber devastado a Nero. Alguien tenía que decirle que él era importante. Muchos tenían que decírselo.

Cuando regresaba a mi habitación para idear un plan, recibí una llamada telefónica de alguien que no esperaba.

—¿Quin? ¿Qué sucede? —pregunté feliz de saber de ella.

—¿Has visto a Nero?

—Sí, lo dejé hace unos treinta minutos. Tuvo una entrevista con un reportero de Nashville. Creo que todavía está en las instalaciones deportivas.

—No creo que esté allí.

—¿Qué está pasando?

—Acabo de recibir una llamada de Titus. Entró y lo encontró destrozando su habitación, y cuando fue a detenerlo, Nero lo noqueó. Cuando se despertó, Nero se había ido. Kendall, no lo veo haciendo nada bueno.

¡Oh no!

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar? —insistió Quin.

—Ninguna.

—¿De verdad? Porque contaba con que supieras algo.

—Lo siento, no lo sé.

Tan pronto como lo dije, una imagen se iluminó en mi mente. Estábamos nosotros parados al borde del lago. A ese lugar corrió cuando era niño. No sé por qué lo pensé, pero recordar el momento en que me enamoré de él no estaba ayudando.

—Ok. Cage está tratando de llamarlo. Con suerte, le contestará.

—Hazme saber si tienes noticias de él.

—Lo haré —dijo Quin antes de cortar la llamada.

Todo había sido mi culpa. Esa era la razón por la que el profesor Nandan me quería allí. Se suponía que debía brindarle apoyo. En cambio, me perdí en mi propio melodrama. Ahora él estaba en algún lugar lastimando a otros y probablemente a sí mismo.

Volví a pensar en nuestro tiempo en el lago. ¿Qué me había hecho pensar en ello? No estaba segura. Pero tenía que poner mi cabeza en el juego. Tenía que pensar en dónde podría estar. En algún momento tuvo que haber dicho algo que nos ayudara a encontrarlo.

Sin dejar de pensar en ello, regresé a mi habitación. Esperaba que Cory no estuviera allí. La amaba, pero había estado actuando de manera muy extraña desde el incidente de los abrazos.

Traté de decirle que nada de lo que había sucedido era la gran cosa. Sí, ella había tocado mis tetas. La vida continúa.

Yo estaba pasando por un momento difícil. Estaba agradecida de que ella estuviera allí para acompañarme. Le dije eso. Gruñó algo ininteligible y luego se puso nerviosa. Como dije antes, estaba actuando raro.

Realmente deseaba que volviera a la normalidad porque quería contarle todo lo que acababa de suceder. ¿Cuántas historias de terror le había contado sobre Evan Carter? ¿Cuántas veces la había despertado con mis gritos? Vale, quítale presión. ¡Evan y yo estábamos bien!

Bueno, no estábamos bien. Pero creía que yo estaba bien. Al menos, lo estaría si no fuera por lo que Quin me dijo sobre Nero. Tenía que pensar en qué podía hacer para ayudar. Tal vez lo que necesitaba era una intervención. Pero en lugar de arrastrarlo a rehabilitación, podrían ser muchas personas que le dijeran cuánto lo amaban. Todas podrían, persona tras persona, repetir que lo amaban y lo felices que eran de tenerlo en su vida.

Detuve mi caminata y presioné mis ojos con los dedos. Recordé que yo no podía ser una de esas personas. Nunca podría ser una de esas personas. No podía amarlo de la manera que tan desesperadamente quería. No si iba a darle

la ayuda que claramente necesitaba. No todos podemos conseguir lo que queremos y la persona que no podrá conseguirlo esta vez es…

Arrodillándome antes de caer al suelo, me senté en el pasto y lloré. Estas no eran como las lágrimas que había derramado hace una hora. Esta vez sabía la razón por la que no estaríamos juntos y era por amor. Así podría demostrarle que lo amaba, poniendo sus necesidades sobre las mías. Y no se trataba solo de palabras y promesas vacías. Sabía lo que tenía que hacer… aunque saberlo no facilitaba las cosas.

Sentada en el suelo, lloré por todo. Pasó un rato antes de que pudiera levantarme e ir hacia mi habitación. Cuando llegué allí, ya me sentía mejor. Está bien, no me sentía mejor, pero me sentía más fuerte.

—Ey —dije a Cory, quien finalmente estaba en casa.

—Ey —dijo todavía sin poder mirarme a los ojos.

—Esto es ridículo, Cory, y tiene que parar. Así que me tocaste una teta. Estabas acostada conmigo tratando de hacerme sentir mejor y tu mano rozó una de mis lolas. ¡Esas cosas pasan! Quiero decir, ¿qué tan lesbofóbica eres?

—¡Kendall, no soy heterosexual! —dijo interrumpiéndome.

Hice una pausa para asegurarme de haber escuchado bien.

—Disculpa, ¿qué?

—No soy heterosexual. Siempre sospeché que había algo diferente en mí. Pero he estado con Kelly durante tanto tiempo que no pensé que sería un problema. No pensé que tendría que lidiar con eso. Pero no puedo negarlo más. No soy heterosexual —dijo mirándome con sus grandes ojos de cachorrita.

Miré a Cory sin decir una palabra. Estaba muy sorprendida. ¿No se suponía que ella era la chica perfecta? ¿No era esa la impresión que siempre me había dado a mí y a todos?

Espera, ¿esto tiene que ver con la razón por la que preguntó si el stripper de Nero era un chico o una chica? Oh, Dios mío, ¿fue por eso que me tocó una teta? ¿Cómo debía responder a todo eso?

—¿No vas a decir nada? —preguntó aterrorizada.

¿Qué estaba haciendo? Se trataba de Cory. Ella siempre me apoyó más que nadie. La amo. Entonces me acerqué a ella y la abracé.

—Siempre estaré para ti. Para lo que necesites —dije en serio.

—Gracias.

La liberé del abrazo pero dejé mis manos sobre sus hombros.

—Entonces, ¿qué historia vamos a contar? ¿Vamos a decir que acurrucarte conmigo te convirtió o…? —pregunté con una sonrisa.

Cory se rio. Fue bueno verla sonreír de nuevo. Al menos una de nosotras estaba feliz.

—Eso quisieras —dijo animándose.

—Quiero decir, si fueras soltera, tal vez —dije bromeando.

—¡Oh! —dijo Cory poniéndose seria repentinamente.

—¡Pero no lo eres! —le recordé—. Y yo estoy teniendo una crisis con el

chico con el que se suponía que debía estar, pero aparentemente no es así.

—¿Qué sucede?

Contarle a Cory todo lo que había pasado desde la última vez que hablamos tomó el resto del día. Cuando oscureció y todavía no había tenido noticias de Quin, le envié un mensaje.

"¿Alguna novedad?"

"Nada. No asistió al entrenamiento. Todo el mundo sigue buscándolo".

"Esto es una locura. ¿Adónde podría haber ido?"

Lo pensé de nuevo, pero estaba en blanco. Solo podía recordar cuando vomitaba ante la sola mención de que podía lastimarme. ¿Cómo podía alguien ser tan fuerte y tan sensible a la vez?

Apenas pude conciliar el sueño esa noche, y cuando lo hice, seguí soñando con un lugar una y otra vez. Era el lago. En un sueño le preguntaba por qué me había dejado. En otro, le preguntaba por qué se haría daño. Entonces, cuando desperté, lo primero que hice fue llamar a Quin.

—¿Tuviste noticias de él? —preguntó Quin desesperadamente.

—Quizás. No sé. Pero creo que sé dónde está. En un lugar al que me llevó cuando estaba en Frozen Falls.

—Cage ha estado buscándolo por todas partes allá. Ha estado preguntando a todo el mundo.

—No está en la ciudad. Te voy a decir cómo llegar allí. Pero antes de hacerlo, necesito que hagas algo. Es importante. Es una cuestión de vida o muerte.

Capítulo 12

Nero

Me senté en mi camioneta mirando el lago frente a mí. Me devolvía la mirada inmutable. Estuve allí toda la noche. Sin embargo, no estaba más cerca de decidir a dónde iría o qué haría a continuación.

La primera vez que estuve allí, las cosas se aclararon rápidamente. Lo que tenía que hacer era proteger a mamá. Eso significaba que tenía que volver y convertirme en la persona que soy.

¿Y ahora? No había nadie por quien tuviera que volver. Había traicionado a Kendall y ella me había visto hacerlo. Pude ver cuánto le había dolido. Había pensado que el fútbol podría ser suficiente para mí. No lo era. Sin embargo, ahora era todo lo que tenía.

¿Por qué mi vida resultó así? Había sido hace unas pocas semanas atrás cuando pensé que lo tenía todo. Pero al darme cuenta de que nadie nunca me quiso, vi que todo era una mentira.

No tenía nada ni a nadie. No sabía qué me impedía terminar con todo. Mirando el lago y batallando con mi voluntad por última vez, estaba a punto de poner la camioneta en marcha cuando algo a mi alrededor se movió.

Mis ojos se posaron en el espejo retrovisor. Se acercaba una camioneta. La reconocí. Era de Cage. ¿Qué estaba haciendo allí?

Antes de que tuviera tiempo de pensarlo, otra camioneta apareció detrás de él. Era la de Titus. Detrás de ellas había algunas que reconocía de los alrededores de Frozen Falls. Incluso había una que conocía del estacionamiento del estadio de fútbol.

¿Qué estaba pasando? De todos los lugares del mundo, ¿por qué estaban aquí? ¿Por qué ahora?

Apagué el motor, salí de la camioneta y los observé estacionarse. Cage fue el primero en salir de su camioneta y correr hacia mí.

—Nero, te encontramos. Estábamos muy preocupados. ¿Por qué no contestabas el teléfono? No sabíamos qué pensar —dijo antes de abalanzarse hacia mí y darme un abrazo.

—Yo… —tartamudeé.

Antes de que pudiera responder, Titus se unió a nosotros. Fue un alivio ver que no lo había matado. Aunque el moretón que dejé en su mejilla era difícil de ignorar.

Perdí mis fuerzas al recordar lo que le había hecho. Realmente había sido mi error más terrible. Mira lo que le había hecho a mi amigo. Era un animal. Uno que merecía ser sacrificado.

—¡Nero! —dijo Quin uniéndose a su novio en el abrazo.

—Estamos muy felices de que estés a salvo.

Titus no se acercó tanto. Tampoco la doctora Sonya ni su hijo Cali. El doctor Tom, el médico local, y su esposo Glenn se quedaron un poco más

atrás. También Mike, el tío para el que trabajé como ayudante de camarero, y Claude, uno de los jugadores de fútbol del equipo de mi escuela secundaria.

Los rostros familiares continuaron saliendo de sus camionetas y tuve que alejarme.

—No lo entiendo. ¿Por qué están todos aquí?

Cage y Quin me miraron.

—Porque estábamos preocupados por ti, hermano —dijo Cage.

Me costó mucho procesar eso. Y aunque eso fuera cierto…

—Dan, ¿por qué estás aquí? —pregunté a uno de los amigos de mi hermano que todavía jugaba en el equipo de fútbol de East Tennessee.

—Por lo que dijo Cage. Estábamos preocupados por ti. Y Cage dijo que necesitabas nuestro apoyo. Entonces estoy aquí.

Miré a Cage.

—Sabemos por lo que estás pasando y todos estamos aquí para ayudarte.

—¿Cómo sabes por lo que estoy pasando?

Titus dio un paso adelante.

—No fuiste exactamente sutil al respecto —dijo con una sonrisa dolorosa.

Traté de reunir fuerzas para disculparme con él, pero no pude. En lugar de eso, caí de espaldas sobre mi camioneta y me senté en el parachoques. Sentado, no pude contenerme más. Lloré. Lloré por los errores que había cometido. Lloré por las personas a las que había lastimado. Y lloré porque mucha gente estaba parada frente a mí en ese momento.

¿A cuántos de ellos había lastimado como a Titus? Tal vez no los había golpeado. Pero nunca había sido un buen estudiante o compañero de equipo. Dios sabe que no fui un buen empleado. Nunca pude hacer nada bien.

—No entiendo. ¿Por qué están todos aquí? —supliqué entre lágrimas.

—Porque nos preocupamos por ti —insistió Cage.

—Sí —confirmó Quin.

—Es por eso que estamos aquí —dijo Titus con confianza.

—Pero ustedes no entienden. Ninguno de ustedes entiende.

—Entonces cuéntanos —dijo Cage en voz baja.

Escaneé los rostros de las más de 20 personas que me miraban y luego me incliné hacia Cage.

—Mamá no me quería. Ella solo… "me tuvo" a mí, para reemplazarte a ti.

—Sé que eso no es cierto.

—Pero lo es.

—Si no me crees, entonces ella puede decírtelo. —Cage se volteó y gritó en dirección a su camioneta—. ¡Mamá! No estaba segura de que la quisieras aquí.

Vi como mi madre salía del asiento trasero. No sabía qué esperar, pero la mujer que se me acercó no era la misma a la que había tenido que cuidar durante tantos años. Incluso era diferente de la que me había hablado de mi concepción. Parecía más fuerte, más confiada.

—¿Mamá?

Cuando se acercó, abrió los brazos y me invitó a entrar en ellos. La acepté. No estaba seguro de cuándo había sido la última vez que me había abrazado. Ella no era del tipo que abraza incluso antes de que su cerebro colapsara. Pero estaba empezando a darme cuenta de que nunca supe quién era mi madre.

—Lo siento mucho, bebé. Lo siento por muchas razones.

Fue entonces cuando volví a perder el control de mí mismo.

—Eres el hombre más fuerte que conozco. Las cosas que has tenido que soportar. Nunca podría compensarte por ello, mi hijo, mi hermoso bebé.

Agarré a mi madre y lloré. Años de dolor se desbordaron en mí. Aullé de angustia. Con las puertas abiertas, no había forma de detenerlo. Ella solo se quedó allí abrazándome. No quería dejarla ir.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude recuperar el control de mí mismo. Al darme cuenta de que todos los que conocía estaban observándome, me sentí avergonzado.

—Lo siento —dije limpiando mis ojos en carne viva.

—No te disculpes, hermano. Todos aquí son personas que se preocupan por ti. No hay necesidad de avergonzarte de quién eres. Todos sabemos cómo se siente el dolor. Estamos aquí por ti. Para lo que sea que necesites.

Observé a mi alrededor las cabezas que asentían. No tenía fuerzas para averiguar si lo que estaban diciendo era cierto, así que les creí. Me sentía bien creyendo que no estaba solo, así que lo hice.

—¿Por qué aquí? —preguntó mamá mirando alrededor.

La miré y tuve un flash de lo que pasó hace siete años. Mi pecho se apretó. Ella debió haberlo notado porque tomó mi mano. Volví a mirarla y me di cuenta de lo diferente que era.

—No sé si puedo decírtelo, mamá.

—¿Crees que no puedo manejarlo?

La miré a los ojos sin querer decirle que no.

—Nero, has sido fuerte para mí durante tanto tiempo. Déjame ser fuerte por ti ahora. Dime. ¿Por qué aquí? ¿Qué te hizo venir aquí?

Lo pensé y luego observé los rostros frente a mí. No había nadie que supiera quién había sido yo o por qué. Solo sabían que yo era un niño que se metía en peleas y tenía mal genio. Pero no sabían sobre mi vida como cobrador de rentas. Mi mayor logro había sido mantener mis dos vidas separadas. Tal vez era hora de unirlas.

—Mamá, tuve que hacer muchas cosas para mantenerte a salvo —dije antes de contarles a todos los detalles ásperos de mi vida.

Cuando conté mi última historia, me sentí vacío. Nunca me había sentido más en carne viva. Todos me miraban con nuevos ojos. No sabía qué hacer con eso.

Cuanto más me miraban, menos seguro estaba de compartir mis monstruos. Abrí la boca para disculparme por decir demasiado cuando Cage me interrumpió.

—No puedo decirte lo agradecido que estoy de que me hayas contado eso.

Siempre supe que había una parte de ti que nunca dejabas ver. Lo entiendo ahora. Estabas tratando de protegernos.

—Sí, gracias por compartirlo —dijo Titus—. Muchas cosas tienen sentido ahora. Finalmente sé quién eres —dijo con una sonrisa.

—Sí, gracias por decírnoslo —dijo Quin seguido de un coro de voces que decían lo mismo.

La única persona que permaneció en silencio fue la mujer parada frente a mí. Ella me miraba sin comprender. No sabía qué decirle o si debía decirle algo.

Tal vez no debería haberle dicho nada. Ya era demasiado tarde. La única duda que restaba era si descubrir lo que había hecho la haría retirarse al mundo de sus sueños o no.

Mientras pensaba en ello, mamá se me abalanzó y me abrazó.

—Lo lamento. Lo siento mucho. Mi bebé, ¿qué hice?

—No te culpo, mamá. Estabas enferma. Necesitabas ayuda. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mantenerte a salvo. ¡Te quiero mamá!

—¡Bebe, te amo tanto! Eres mi mundo entero —dijo llorando en silencio.

Sostuve a mi madre todo el tiempo que ella lo necesitó. Una vez que me dejó ir, decidí poner fin a lo que fuera.

—No puedo decirles todo lo que significa que hayan hecho esto por mí. Me cambió la mente. Gracias.

Los rostros me devolvieron la sonrisa.

—Estoy mejor ahora. Creo que me iré a casa. Ustedes también deberían. A menos que no se hayan cansado de la vista —dije señalando el lago hipnótico.

Algunas personas se rieron.

—No lo creo. Pero gracias por venir aquí. En serio —dije poniendo mi mano en mi corazón.

—Por supuesto —dijo Dan mientras giraba en dirección a su camioneta—. ¿Vas a ir a la práctica?

—Si regreso a tiempo.

—Lleva tu culo allí. El entrenador tendrá un ataque si no tiene a su estrella corriendo otro día más —dijo Dan sonriendo.

—Lo que sea —le dije devolviéndole la sonrisa.

Decir adiós a cada uno de ellos tomó un tiempo. Juré que iba a alcanzar a Claude. A diferencia de la mayoría de las personas de nuestra clase de secundaria de Frozen Falls, fue a la universidad inmediatamente después de graduarse. Me dijo que se había mudado y que teníamos que ponernos al día en muchas cosas. Le dije que estaba deseando ese momento y le agradecí de nuevo su presencia.

Cuando finalmente solo quedamos mi familia y Titus, dije lo obvio:

—Fue como si todos los que conocía estuvieran aquí… excepto Kendall.

—Ella fue quien organizó todo esto —dijo Quin.

—¿Qué?

—Sí. Ella fue quien nos dijo que estarías aquí. Y nos dijo que esto era lo que necesitabas.

—¿Ella hizo esto?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no está aquí? —pregunté, con mi corazón agotado latiendo dolorosamente.

Quin miró a todos alrededor. Tan pronto como lo hizo, se alejaron. Los dos estábamos solos. Mi corazón latía temiendo lo que vendría después.

—Dijo que no tendría el coraje de decirte esto directamente, así que me pidió que te lo dijera.

—Está bien —dije con terror creciente.

—Dijo que te ama. Ella te ama tanto que está dispuesta a hacer lo que sea necesario para ayudarte. Y eso significa que ustedes dos no pueden estar juntos. Ella quiere ayudarte. Quiere estar siempre para ti. Pero no pueden ser nada más que consejera y estudiante.

Quin me miró a los ojos con simpatía.

—Lo siento mucho, Nero. Sé que la amas. ¿Qué vas a hacer?

Miré a Quin pensando en el mensaje de Kendall. ¿Cómo debía responder a eso? ¿Qué iba a hacer ahora?

Capítulo 13

Kendall

Me paré frente a la puerta que conducía a Commons preguntándome si sería capaz de hacer esto. Era la primera vez que hablaría con Nero después de que arreglé la intervención en el lago. Quin me dijo que entregó mi mensaje y que Nero lo aceptó. Me di cuenta de que lo había aceptado porque no se acercó a mí desde entonces.

Sin embargo, estaba esperando que lo hiciera. Supuse que se acercaría para agradecerme. Pero no necesitaba su gratitud. Era suficiente saber que lo había ayudado. Pero supongo que pensé que no sería capaz de contenerse.

También había una parte de mí que esperaba que no respetara mi pedido. Tal vez era mi yo romántico, porque en parte esperaba que él se negara a mantener las cosas profesionales y me conquistara.

En mi corazón sabía que esa era la peor decisión que podía tomar. Podría ayudarlo mucho más de esta manera. Entonces, al final, supongo que me alegraba de que no lo hubiera hecho.

Pero ¿no es que todas las chicas quieren sentirse deseadas y que alguien diga: "Al diablo con las reglas, estaremos juntos pase lo que pase"? Puedo admitir que soy esa chica, incluso cuando sé que lo mejor es que eso no ocurra.

Tomando una última respiración profunda, abrí la gran puerta de metal y entré al edificio. Subiendo las escaleras, miré las mesas a mi alrededor. Habíamos acordado cenar en el café mientras hacíamos lo que se convertiría en nuestra sesión de consejería dos veces al mes. Traté de pensar en el plan más aburrido posible. Y de nuevo, para mi sorpresa, Nero había accedido.

Cuando nos vimos, señalé el café para avisarle que buscaría mi comida. Por suerte él ya tenía un sándwich frente a él. Le permitiría conservar la mesa. Eran difíciles de encontrar a esa hora. Supongo que eso significaba que había llegado un poco antes.

Cargué mi comida, llevé la bandeja a la mesa y me acomodé frente a él. Traté de no pensar en lo hermoso que era. Traté de no pensar en cómo era hacer el amor con él. Eso iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—Hola —dije torpemente.

—Hola —dijo sin su habitual sonrisa encantadora.

Sabía que debía ser quien dirigiera la conversación, pero nunca había sido nuestra dinámica. Él siempre era el que intentaba hacerme hablar. Todo parecía estar fuera de control entre nosotros. Pero descubriría cómo hacer que funcionara.

—Entonces, Quin dijo que todo salió bien en el lago. ¿Estás de acuerdo?

—¿Si estoy de acuerdo? Claro.

El silencio se prolongó cuando no dijo nada más.

—Bien. ¿Quieres compartir algo de esa experiencia?

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa que te haya llamado la atención. Cualquier cosa que pueda sernos útil.

Nero pensó por un segundo.

—Les conté a todos lo mismo que a ti, sobre cuando fui el cobrador de mi arrendador.

—¿De verdad? ¿Y cómo resultó eso?

—Bastante bien. Me agradecieron por compartirlo. Había algunas personas allí con las que había sido un verdadero idiota en la escuela secundaria e incluso me agradecieron.

Lo miré confundido.

—¿Cuántas personas había?

—¿Veinte? ¿Veinticinco?

Intenté no reaccionar. Le había dicho a Quin que era importante llevar a tanta gente como pudiera. Pero me había imaginado unas seis o siete. Veinte era un ejército.

Habría dado cualquier cosa por ver a todos e incluso estar allí. Después de todo, fui yo quien lo organizó todo para el hombre que amo.

—Eso es excelente. Estoy feliz de que haya tenido tanto éxito. ¿Y el entrenamiento? ¿Cómo ha ido eso?

Nero me hizo un resumen de las cosas triviales con las que había estado lidiando y luego se quedó esperando mi siguiente pregunta. La verdad es que no tenía nada más que preguntarle. Miré mi sándwich a medio comer y me pregunté si debía envolverlo para llevar.

—¿Tú qué tal? —me preguntó Nero—. ¿Cómo has estado? ¿O se supone que no debo preguntar? No estoy seguro de cuáles son las reglas.

Me quedé pensando un momento. Estaba inventando cosas sobre la marcha, así que tampoco sabía cuáles eran las reglas.

—Sí, puedes preguntar —dije con una sonrisa de labios apretados.

—Entonces, ¿cómo has estado?

Consideré un momento lo que debía decirle. Ciertamente no podía decirle cuánto había estado luchando desde que le pedí que mantuviéramos las cosas profesionales. Ciertamente no tenía que oírme hablar de eso.

—¡Oh! Vi a alguien inesperado recientemente.

—¿A quién?

—Evan Carter.

Tan pronto como dije su nombre, el cuerpo de Nero se tensó. Pasó de un suave cachorro a un temible protector en un instante.

—No te preocupes, todo resultó bien.

—¿Resultó bien? ¿Cómo?

—De hecho, me encontró en el campus.

—Le dije que si venía a buscarte…

—No, Nero. Confía en mí. Fue algo bueno. Resulta que la razón por la que fue tan horrible conmigo en la escuela secundaria fue porque me porté muy

mal con él y lo había olvidado. De hecho, cayó de rodillas y me suplicó que lo perdonara. Y no fue porque te tuviera miedo. Se sentía muy mal por eso.

—El hecho de que estés sonriendo me dice que te divertiste —observó Nero.

—¿Estoy sonriendo?

—Mucho.

Estaba sonriendo.

—Oh. Bueno, la experiencia fue como soñé que sería.

—Pensé que darle una paliza era tu sueño.

—Antes de saber que golpearlo era una opción, verlo de rodillas suplicando perdón era mi sueño. Pero no creo que él lo hubiera hecho si no hubieras equilibrado un poco la balanza. Así que gracias de nuevo por eso.

—Se siente bien saber que al menos pude representar un pequeño papel en tu felicidad —dijo redescubriendo su sonrisa, tan agridulce como era.

—Has representado un papel importante, sí —admití con vulnerabilidad.

—¿Quizás pueda volver a hacerlo? —preguntó poniendo su corazón en sus manos.

Dios, quería decir que sí. Pero, en lugar de eso, le advertí con mis ojos.

—Por supuesto —dijo de repente cogiendo sus cosas—. ¿Hay algo más sobre lo que necesitemos discutir?

—No. Mientras todo te esté yendo bien y no hayas sentido el impulso de arremeter contra algo…

—No lo he sentido. Y creo que nunca he tenido tan claro lo que quiero y cómo conseguirlo.

—¡Oh! ¿Era eso lo que querías?

Nero me miró y se levantó.

—Dijiste que no tenemos permitido hablar de eso —dijo antes de darme una mirada fría y alejarse.

No estaba segura de lo que quiso decir. ¿Qué era lo que no se nos permitía hablar? Aunque había cosas que tenía en claro que debíamos dejar de lado, no recordaba haber puesto ningún límite a nuestras conversaciones.

No me había dado cuenta de lo difícil que sería verlo alejarse de mí, pero lo fue. La imagen de su parte trasera se me quedó grabada. Ver su espalda significaba que me estaba dejando. Y la idea de estar sin él enviaba impulsos dolorosos a todo mi cuerpo.

Pasaban los días y las semanas, y las cosas no se volvían más fáciles. Él y yo nos reuníamos cada dos semanas para tener nuestras sesiones y, para darle el crédito que merece, Nero las mantuvo tan profesionales como la primera. La verdad es que estar con él me mostró lo solitaria que había sido mi vida antes de conocerlo.

Claro, Cory era genial. Y ayudarla a aceptar su nueva identidad bisexual era gratificante. Pero con Nero había llegado una familia y una nueva e interesante mejor amiga a la que deseaba volver a ver desesperadamente.

Entonces, cuando recibí un mensaje de Quin invitándome a cenar, no pude aceptarlo lo suficientemente rápido.

—¿Cómo has estado? —pregunté cuando nos sentamos en el restaurante tailandés.

—¡Bien! Creo que nos mudamos por completo. ¡Finalmente!

—¿Has estado yendo más a menudo?

—Lamentablemente, no. Estuve el fin de semana pasado, pero no pude ir este fin de semana. Por cierto, tendremos una noche de juegos en mi casa el sábado o el domingo por la noche. ¿Te gustaría venir?

No tuve que pensar en eso. Por supuesto que lo haría.

—¿Nero va a estar allí?

—Tiene un partido de visitante el fin de semana, así que probablemente no esté. Pero es un partido importante para él, así que dependiendo de qué día lo hagamos, es posible que tengamos el partido de fondo.

Había pensado en ello. Extrañaba salir con Quin casi tanto como extrañaba estar con Nero. Al menos podía hablar con Nero cada dos semanas. Quin había desaparecido de mi vida.

Lo entendía. Había dibujado una línea en la arena y Nero era su futuro cuñado. Pero la idea de pasar tiempo con ella mientras observaba a Nero hacer lo que mejor sabía era casi irresistible.

—¿Puedo avisarte?

—Claro —dijo Quin quedándose en silencio. Parecía decepcionada.

—No es que no quiera ir. Pero no sé si debo hacerlo.

—Sabes, una vez elegí mi trabajo en lugar de elegir a Cage.

—¿Qué quieres decir?

—Crecí sintiendo mucha presión por hacer lo correcto. Para mí, lo correcto era cambiar el mundo con mi trabajo. Cage y Frozen Falls no encajaban en esa imagen. Así que elegí el trabajo en lugar de elegir a Cage.

—¿Qué cambió?

—Alguien más sabio que yo me convenció de que no lo hiciera.

—Sabes que nuestras situaciones son diferentes, ¿verdad?

—Por supuesto. Crees que tienes que dejar de estar con él porque es la única forma de ayudarlo.

—Sí. Es una regla aceptada desde hace mucho tiempo en terapia que no puedes tener una relación personal con la persona a la que intentas ayudar.

—Pero tú no eres su terapeuta.

—Llámalo como quieras. Yo soy la que hará lo que sea necesario para ayudarlo a ser feliz.

—¿Has considerado que lo más feliz que ha sido fue cuando estaba contigo? Pude verlo cuando ustedes dos estaban juntos. Nunca lo había visto más feliz.

Pensé en nuestro tiempo en Frozen Falls. Tenía que estar de acuerdo con Quin. Ese fin de semana no solo vi a Nero más feliz, sino que también fue el más feliz que jamás haya vivido.

—Realmente quiero ayudarlo a conseguir todo lo que siempre quiso, Quin.

—¿Y si todo lo que siempre quiso eres tú?

Quería creer lo que Quin estaba sugiriendo.

—Creo que ambas sabemos cuánto significa el fútbol para él.

Quin apartó la mirada y asintió con la cabeza pensativa.

—¿Lo amas, Kendall?

—¿Qué?

—Estoy diciendo todas estas cosas, pero supongo que no importa demasiado si no lo amas.

¿Qué debía responder? Por supuesto que amaba a Nero. Lo amaba tanto que me dolía pensar en él. Saber que tenía una cita para verlo era lo que me hacía salir de la cama por la mañana. No importaba qué tan lejos en el futuro fuera. El hecho de que eventualmente llegaría a verlo me permitía respirar.

—Sí, lo amo.

—El mismo sabio me dijo una vez que cuando tienes la suerte de encontrar el amor, tienes que elegirlo.

—¿No lo he elegido, sin embargo? He elegido su felicidad por sobre la mía.

—¿Lo has hecho? ¿O solo estás huyendo? No me has contado mucho sobre tu pasado. Pero ¿es posible que te hayan lastimado antes y que estés usando la distancia profesional para no ser lastimada otra vez?

Traté de no sentir lo que decía Quin, pero la daga de sus palabras se hundió en mí profundamente. Me habían lastimado antes. Evan Carter había llenado mi infancia con nada más que dolor y desconfianza. La niebla era tan espesa que apenas podía ver más allá.

Entonces, ¿Quin tenía razón? ¿Estaba usando la distancia profesional como una forma de protegerme para no volver a ser lastimada? ¿Estaba simplemente… asustada?

Aunque Quin cambió de tema, pensé en lo que había dicho durante el resto de la noche. Cuando estábamos a punto de irnos, me recordó sobre la noche de juegos.

—¿Dijiste que Nero no estará allí?

—Tiene un gran partido de visitante el fin de semana. No creo que pueda estar allí aunque quiera. ¿No vendrás si él está?

—No lo sé. Pero supongo que no importa ya que no estará. Envíame un mensaje cuando sepas cuándo es. Trataré de ir —dije, dejando un margen de duda por si cambiaba de opinión.

Quin no era tímida para expresar su alegría.

—¡Genial! Todavía no has conocido a mi compañera de cuarto, Lou. Ella va a estar allí.

—¿Irá Titus? —pregunté recordando lo que Nero me había dicho sobre Titus y la compañera de cuarto de Quin.

Quin se rio.

—Cierto. Sabes acerca de esos dos. No sé por qué no se juntan y terminan

con eso de una vez.

—¿A Lou también le gusta?

—¿Quién sabe? Creo que está demasiado ocupada tratando de averiguar lo que se está perdiendo en lugar de darse cuenta de lo que tiene.

—¡Cuánto drama!

—Siento que estoy viviendo en una telenovela —dijo con una sonrisa.

—Bueno, estoy lista para mi protagónico —dije sabiendo el papel que estaba jugando.

—No me refería a ti.

—Sí, lo hiciste. Y está bien. Lo entiendo.

—Creo que ustedes dos podrían ser felices juntos.

—Tal vez podríamos —admití por primera vez—. Pero ¿qué tal si comenzamos con una noche de juegos? —dije con una sonrisa.

Cuando dejé a Quin, estaba de muy buen humor. La había extrañado mucho. No podía esperar a volver a conectarme con todos los que había conocido a través de ella y Nero.

Sin embargo, sucedió algo extraño. Tan pronto como pensé en Nero y yo juntos, sentí una opresión en mi pecho. No había sentido eso antes. Por supuesto, nunca había considerado realmente que los dos estuviéramos juntos.

Claro, difícilmente había un día en el que no me imaginaba durmiendo con él otra vez. También pensaba en la calidez y seguridad que sentía acostada entre sus brazos. ¿Pero abrirme y mostrarle mi corazón? ¿Mostrarme vulnerable con él? ¿Darle el poder de hacerme daño como lo habían hecho los demás?

Tal vez había puesto distancia entre Nero y yo por miedo. Si ese era el caso, ¿podría cambiar las cosas aunque quisiera? No solo tendría que luchar contra mi propia resistencia, sino que no tendría éxito alejándolo. ¿No se había mudado Nero?

Darme cuenta de que podría haberlo perdido para siempre envió una oleada de fuego a todo mi cuerpo. Realmente había estropeado las cosas. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Cuando estaba de vuelta en mi habitación, miré mi teléfono. Quería llamar a Nero. Necesitaba escuchar su voz. ¿Podría hacerlo, sin embargo? Por otro lado, ¿por qué no debería hacerlo?

Encontré su número y estuve a punto de marcarlo. Me detuve. No podía. Era demasiado. Era demasiado aterrador.

“Buena suerte en tu partido este fin de semana”, le escribí.

Su respuesta llegó de inmediato.

“¡Gracias! Es muy importante”.

“Los vas a aplastar. Sé que lo harás”.

Hubo una pausa.

“Si quieres, lo gano por ti”, escribió finalmente.

Leí las palabras. ¿Cómo debía responder a eso? Como consejera, sabía lo que debía decir. Debía decirle que tenía que ganarlo para sí mismo. Pero yo

no quería decirle eso.

"Gánalo para mí", le respondí antes de darme cuenta de lo que estaba escribiendo.

"Haría cualquier cosa por ti", respondió siguiendo la frase con una carita sonriente que derritió mi corazón.

Mi piel se estremeció al releer sus palabras. Mis entrañas eran un tornado de sensaciones. Miedo. Alegría. Aprehensión. Quería escapar y correr hacia él. Sentía todo.

Eso era lo que había temido desde el momento en que lo conocí. ¿Qué pasaría si él me apartara ahora? ¿Cómo sobreviviría con mis defensas bajas? No creo que podría. ¿Que debía hacer entonces?

No dormí ni un segundo esa noche. Apenas pude dormir la noche siguiente. Estaba exhausta y, sin embargo, no estaba cansada.

Era como si hubiera estado bebiendo Red Bulls. Mi corazón latía como si fuera a explotar. Lo único que me alivió fue recibir el mensaje de Quin diciéndome que la noche de juegos sería el domingo.

"¿Vamos a ver el partido de Nero? ¿No es el sábado?"

Quin no respondió de inmediato.

"Todos prometimos no verlo hasta el domingo por la noche. ¿Lo prometes?".

No sabía cómo responder. No era fanática del fútbol, pero era fanática de Nero. ¿No había dicho que iba a ganar el partido por mí? ¿No debería al menos felicitarlo si gana?

"¿Nero sabe que todos esperaran para verlo?"

"Sí. Y le dije que te unirás a nosotros. Entonces, ¿lo prometes?".

"Mientras él lo sepa".

"Lo sabe".

"Vale. Evitaré cualquier noticia sobre el partido hasta la noche del domingo".

Pensé en Nero desde el momento en que me desperté el sábado por la mañana hasta que imaginé que el partido había terminado.

—¿Te enteraste del partido de fútbol de tu amigo? —dijo Cory cuando regresó a nuestra habitación.

—¡No! No me digas nada. Lo veré mañana con los amigos de Quin y Nero. ¿Desde cuándo te gusta el fútbol?

—No me gusta. —Me miró extrañada antes de continuar—. Fue un partido interesante, eso es todo.

—¿Fue interesante a pesar de que no te gusta el fútbol?

—Supongo —dijo vacilante—. Por cierto, probablemente no querrás salir de esta habitación si no quieres escuchar nada sobre el partido.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bueno, por suerte mi único plan es ir a comer a la cafetería.

—Tampoco vas a querer hacer eso. Pero, afortunadamente, voy para allá

ahora. ¿Quieres que te traiga algo?

—Ah… ¿segura? Bien, ¿qué pasó en el partido?

Cory me miró con sus ojos brillantes.

—En serio, no fue nada. Lo verás mañana. Probablemente sea más divertido que lo averigües de esa manera. Te traeré algo —dijo dejando sus cosas y luego salió.

Aunque no había sido su intención decirlo, ahora estaba bastante segura de que East Tennessee había ganado. Ella sabía lo que sentía por Nero. No había forma de que sonriera tanto si el chico del que estaba enamorada hubiera perdido.

Viendo Netflix en mi teléfono, solo quería enviarle un mensaje a Nero. Resistir fue lo más difícil que tuve que hacer. Lo único que lo hizo soportable fue saber que él no me había escrito tampoco. Como sabía que no vería el partido, sabía que tenía que enviarme un mensaje si quería que supiera algo sobre él.

Cuando Cory volvió con mi comida, estaba actuando de manera completamente diferente. Ya no parecía que estuviera guardando un secreto. Al mismo tiempo, claramente estaba evitando mis ojos. ¿Por qué estaba siendo tan rara?

A la mañana siguiente, las cosas no fueron tan diferentes. Sin embargo, fue agradable que ella me trajera la comida de nuevo. Por supuesto que no me encantaba sentarme incómodamente sola en la cafetería. Lo que fuera necesario para no tener que lidiar con eso estaba bien.

Salí de mi habitación solo para ducharme. Cuando llegó el momento, me preparé para la noche de juegos y salí. Tal vez estaba siendo paranoica, pero sentía que la gente me miraba. ¿Por qué la gente me miraría?

Ignorándolo, bajé la cabeza y me dirigí a casa de Quin. Al menos cuando llegué allí, todos actuaban con normalidad. Quería contarles lo extraña que estaba Cory, pero tenía miedo de adelantarles el resultado del partido. Entonces, en cambio, me senté junto a Quin y disfruté del momento.

—¿Vamos a jugar a Wavelength o a ver el partido? Si jugamos Wavelength, Lou y yo les patearemos el trasero —anunció Titus con una sonrisa radiante.

Observé a la chica de aspecto travieso que estaba sentada junto a Titus.

—No creo que nos hayamos conocido. Soy Kendall —dije ofreciéndole mi mano.

—Lou. Entonces, ¿a ti te gusta Nero? —preguntó con una sonrisa diabólica.

—Ni siquiera lo intentes, Lou —dijo Quin rápidamente.

—¿Qué? ¡Solo le estaba preguntando!

—Claro que lo estabas haciendo.

—En serio, ¿quién piensan que soy? —preguntó genuinamente ofendida.

—¿Pensamos? —preguntó Quin con una sonrisa.

Lou la miró sorprendida.

—No te preocupes, Lou. Te cubro las espaldas —dijo Titus echando un brazo alrededor de ella y dándole a Quin una mirada de desaprobación.

—Al menos alguien lo hace —dijo herida.

Quin me miró y susurró la palabra "drama".

Me reí.

Cuando Titus y Lou se perdieron en la conversación, me volví hacia Quin y susurré:

—¿No estaba Titus en el equipo de fútbol?

—Fue dado de baja hace un par de partidos. No le preguntes sobre eso. Todavía es un tema delicado.

Iba a preguntar por el equipo de Nero cuando el intercomunicador de Quin vibró como si usara el código Morse.

—Ese es Cage —dijo Quin levantándose y abriendo la puerta de forma remota—. Todos están aquí —dijo y fue a abrir la puerta de la sala de estar.

Cage entró con un par de pizzas. Quin lo besó.

—Dijiste que traerías una sorpresa. ¿De qué se trata? —preguntó Quin mirándolo confundida.

Cage me miró primero y luego a los demás.

—Una de las pizzas es de piña.

Titus se rio.

—¿Qué sorpresa es esa? Traes eso siempre.

Quin miró a Titus.

—Es una sorpresa porque le sugerí gentilmente que lo cambiara por otra cosa.

—¿Lo hiciste, bebé? Lo siento mucho por eso. Me olvidé.

Lou se rio.

—Seguro que lo hiciste. Luego vas a decir que casualmente te olvidaste de traer al amigo sexy del que sigues hablando.

—¿Quién, Claude? ¿Tenía que invitarlo? —preguntó Cage inspeccionando la habitación.

Lou miró a Cage de reojo.

—Te voy a perdonar porque eres lindo.

Miré a Titus. Todavía tenía su sonrisa habitual, pero era mucho más tenue y miraba hacia otro lado.

—De todos modos, ¿por qué no empezamos a ver el partido de fútbol? Prepararé el Wavelength.

—Te ayudo —dije a Quin. Ya estaba pasando un buen rato.

Quin encendió la TV. Tan pronto como lo hizo, el locutor mencionó a Nero. Me tomó por sorpresa.

—Está rompiendo récords como estudiante de primer año y es casi seguro que entre al draft de este año —dijo el hombre corpulento de cabello gris.

—Entrar al draft y ser elegido para jugar en un equipo de la NFL son dos cosas diferentes —respondió el locutor más joven y atlético.

—Bueno, veremos lo que tiene para mostrarnos hoy. Él es solo uno de los

muchos jóvenes aspirantes que quieren que el partido de esta noche sea su presentación en el escenario nacional.

—Entonces, ¿este es un partido realmente importante para Nero? —pregunté a Quin ya que aún no me había dado cuenta de eso.

—Es su primera oportunidad de llamar la atención nacional. Si entra al draft, todavía tendrá que pasar por pruebas donde verán qué tan rápido corre y todo eso. Pero si juega bien aquí, les mostrará a todos cómo juega bajo presión. Eso cuenta mucho —explicó Quin.

Una vez que Quin me dijo eso, me enganché con el partido. Claro, ayudé a preparar el juego de mesa y luego lo jugué, pero la mayor parte de mi atención estaba en la televisión. Cuando los equipos salieron de los túneles, mi corazón latió con fuerza.

—Ese es él. Es Nero —dije a todos cuando lo mostraron calentando los músculos en los márgenes.

Dios mío, era hermoso. Lo había visto con su uniforme de fútbol, pero solo desde los asientos baratos del estadio de la universidad. Al verlo de cerca, sentí una ola caliente recorriendo mi cuerpo.

La primera vez que pisó el campo apenas podía respirar de lo nerviosa que estaba. No le tomó mucho tiempo ponerse en posición y retroceder. En un segundo estaba corriendo con el balón en la mano. Ni siquiera había visto las manos libres del mariscal de campo. Y chocando contra una pared de hombres de cien kilos, de alguna manera encontró una grieta.

—¡Oh, Dios mío! —dije poniéndome de pie—. ¡Lo tiene! ¡Lo tiene! —dije mientras Nero dejaba atrás un defensor tras otro.

Eventualmente, estaba corriendo en un campo abierto. Pasó la línea de las veinte yardas, luego la de diez. Solo quedaba un defensor a la vista. Este estaba seguro de que derribaría a Nero antes de que llegara a la línea de gol.

El oponente se zambulló y Nero lo esquivó. Como si fuera un acróbata, Nero se aventó por sobre la cabeza de su oponente y dio un salto mortal hacia la zona de anotación. Fue la cosa más asombrosa que jamás haya visto.

—¡Lo hizo! —grité de emoción.

Todos a mi alrededor vitorearon. Nunca me había sentido más eufórica. Me sentía borracha sin haber bebido. Quería más de lo que acababa de ver. Habiendo evitado el fútbol durante toda mi vida, no me había dado cuenta de lo emocionante que podía ser.

No había forma de que pudiera prestar atención al juego de mesa después de eso. Las únicas dos personas que podían hacerlo eran Titus y Lou. Eventualmente, comenzaron a jugar una partida por su cuenta. Los demás nos sentamos pegados a la televisión como si nuestras vidas dependieran de ello. Me preguntaba cuánto de la mía lo hacía.

Nero había dicho que ganaría el partido por mí. ¿Qué significaba si lo ganaba? ¿Qué pasaría si lo reclutaran? ¿No significaría eso que tendría que mudarse? ¿Y querría estar con una chica universitaria mientras juega fútbol profesional?

Aunque todas eran preocupaciones legítimas, no tenía tiempo para pensar en ellas en ese momento. Porque a pesar de lo increíble que había sido la primera jugada del partido, hubo muchas más que le siguieron. El balón no siempre terminaba en manos de Nero. Pero cuando lo hacía, era un touchdown automático. Era la cosa más increíble que jamás haya visto.

No estaba sola. Los locutores no podían dejar de hablar de ello. Lo llamaron una estrella en ascenso. Lo era. Y con cada jugada, me enamoraba más del chico que ya había cambiado mi mundo.

En el medio tiempo, el equipo de Nero estaba 12 puntos arriba. Los locutores dijeron que Nero había batido el récord de más yardas corridas en una mitad. Estaba tan orgullosa de él que me dolía el corazón. Podría haber llorado solo de pensarlo.

Cuando comenzó la segunda mitad, Nero retomó donde lo dejó. Girando, zambulléndose, esquivando, prácticamente estaba bailando en el campo. Nadie podía pararlo.

Al final, los locutores dijeron que había batido todos los récords en la historia del fútbol americano universitario. Entonces, cuando pasaron a una entrevista con él, tuve que secarme las lágrimas de las mejillas.

—Nero Roman, acabas de romper los récords de la NCAA en yardas corridas, pases conectados y touchdowns en un partido, y lo hiciste como estudiante de primer año. Tu nombre se consolidará en la historia del fútbol universitario como uno de los más grandes de la historia. Tengo que preguntar, ¿qué inspiró esta actuación?

Nero miró a la mujer que lo entrevistaba con una luz en los ojos. Era como si hubiera estado esperando ese momento.

—Amor. El amor lo inspiró.

—Tu amor por el fútbol.

—No —dijo con una sonrisa—. El fútbol es genial. Pero le dije a alguien que vendría aquí y haría todo lo posible para ganar este partido por ella. Así que lo hice.

»Kendall, todo lo que hice, lo hice por ti. Sé que piensas que no deberíamos estar juntos. Pero quiero que sepas que haré cualquier cosa y cruzaré cualquier línea que tenga que cruzar para estar contigo. Porque me haces ser mejor. Me haces querer ser mejor. Y cuando te tenga de vuelta en mi vida, me harás la persona más feliz del planeta.

»Te amo, Kendall. Te amo desde el primer momento en que te vi. Y nada de lo que alguien pueda hacer o decir cambiará eso —dijo con los ojos llorosos mientras miraba a la cámara.

—Bueno, ahí lo tienes, Frank. Un partido histórico de un estudiante de primer año hecho no por amor al deporte, sino por amor a una chica. Ninguno de nosotros había visto algo así antes. Volviendo a ti, Frank.

Miré la televisión atónita. Estaba sin palabras. Me tomó un momento darme cuenta de que las lágrimas rodaban por mis mejillas. Mirando a mi alrededor, no estaba sola. El único que no lloraba era Cage. Estaba sonriendo

y mirándome como si supiera algo que yo no sabía. Fue entonces cuando se levantó, caminó hacia la puerta y la abrió.

—Ahora, mi sorpresa —dijo Cage, revelando que Nero estaba parado en la entrada con un ramo de rosas.

—¡Nero! ¡Estás aquí! —dije poniéndome de pie.

—Escuché que ibas a estar en la noche de juegos. No podía estar muy lejos —dijo con una sonrisa.

Mi corazón se derritió. No podía hablar.

Nero entró en la habitación. Con él parado frente a mí, todos nos miraban.

—Compré esto para ti —dijo entregándome las hermosas flores. Eso no me ayudó a contener el llanto.

—¿A qué se debe esto?

—¿Escuchaste lo que dije en la entrevista después del partido?

Apreté los labios y asentí con nerviosismo.

Nero abrió la boca para hablar y luego miró a todos.

—¿Creen que podríamos tener algo de privacidad?

—Claro, hermano —dijo Cage—. ¿Por qué no vamos a buscar un poco de helado? —dijo a todos los demás en la habitación.

—¿Quieren que les traigamos?

Nero se volvió hacia mí y me miró a los ojos. Estaba hipnotizada.

—Traeremos un poco —confirmó Cage antes de salir y dejarnos solos.

Cuando todos se fueron, Nero cogió mi mano y me llevó al sofá. Apagó la televisión, apoyó las rosas en la mesa y tomó mis manos entre las suyas.

—Quise decir todo lo que dije, Kendall. Nadie ha hecho más por mí que tú. ¿Organizaste que todas las personas que conocí en mi vida me encontraran y me dijeran cuánto significo para ellos? ¿Quién hace eso? Eres la chica más increíble que he conocido. Sería un tonto si no hiciera todo lo posible para tenerte en mi vida.

Abrí la boca para hablar, pero me interrumpió.

—Y sé lo que vas a decir. Crees que la única forma en que puedes ayudarme es manteniendo las cosas profesionales entre nosotros. Pero si tengo que elegir entre tener una carrera como futbolista y tú, te elijo a ti. Si es entre millones de dólares y tú, te elijo a ti. No hay nada que elegiría antes que a ti. Y si nos das una oportunidad, te lo prometo, nunca te arrepentirás.

»Trabajaré todos los días para hacerte tan feliz como tú me has hecho a mí. Y no me importa lo que alguien piense o diga de nosotros. Te amo. Siempre te amaré. Quiero estar contigo. Y estoy parado aquí rezándole a Dios que digas que sí.

Lo miré. Solo pude decir una palabra.

—Sí.

—¿Sí, estarás conmigo? —preguntó con su rostro radiante.

—Sí, te amo. Sí a todo eso —dije necesitándolo.

—No puedo creerlo. Yo…

Fue entonces cuando lo besé. La sensación de sus labios sobre los míos

convirtió mi cerebro en caramelo derretido. Mi cabeza daba vueltas. Necesitaba ser parte de él. Y como si leyera mis pensamientos, Nero me cogió de la nuca y separó mis labios.

Nuestras lenguas bailaron juntas. Eran flashes crepitantes. Estaba viva por primera vez. El calor flotaba a través de mí, pero quería más. Entonces, cuando deslizó su mano debajo de mi camisa, estaba ciega de placer.

No había ningún lugar en el mundo en el que hubiera preferido estar más que entre sus fuertes brazos y manos. Nero era mi hogar. Él era mi protector. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para mantenerlo a mi lado. Y sabía que él haría lo mismo.

Amaba a Nero con todo mi ser. Y supe que iba a amarlo hasta el día de mi muerte. Claro, estábamos destinados a tener algunos momentos difíciles, especialmente si lo reclutaban. Pero no tenía dudas al respecto: al final, los dos viviríamos felices para siempre.

Día del Draft de la NFL

Nero

Cuando llegó el día del draft, resultó ser mucho más complicado de lo que había pensado. Pero sentarme en el centro de convenciones con todos mis seres queridos alrededor de la mesa, valió la pena.

¿Los tantos que anoté en los partidos fueron más difíciles que los que anoté antes de que declarara mi amor por Kendall en la televisión nacional? Algunos lo fueron. Y hubo algunos insultos. No a todas las personas les gustó verme llorando.

Pero mi equipo y yo nos vengamos de la mejor manera que conocíamos. Pasamos el resto de la temporada sin perder un partido y ganamos el primer campeonato nacional desde que Cage dejó el equipo.

Eso solo hizo las cosas solo un poco más fáciles al lidiar con posibles equipos de la NFL. Recibía muchas menos invitaciones a los entrenamientos previos al draft que cualquier otra persona con mi puntaje. Yo tenía un 7.1. Eso es increíblemente alto para un corredor. Sin embargo, solo siete equipos me probaron. Eso no era una buena señal.

Cage me había advertido que los equipos de la NFL ya no buscaban corredores. Él estaba en lo cierto. No me importaba. Lo que podía obtener era mucho más que lo que tenía antes de que mi hermano y su increíble novia entraran en mi vida.

Antes de que aparecieran, organizaba clubes de lucha por dinero y trabajaba como ayudante de camarero. Gracias a mi hermano, obtuve una beca, encontré el amor de mi vida y tuve la oportunidad de hacer una carrera en el fútbol profesional. Ahora parecía que sería un coordinador de video o algo así. Pero mientras tuviera a mi familia y a Kendall a mi lado, no me importaba.

Miré al amor de mi vida. Estaba sentada a mi lado con un hermoso vestido negro. Dios, se veía muy hermosa. ¿Cómo podría alguien no ver por qué le declaré mi amor frente a millones de personas?

Alcancé su mano, la cogí y la besé. Ella sonrió recordándome una vez más lo único importante.

—La primera selección del draft para la NFL de este año… —dijo el comisionado de fútbol americano antes de leer el nombre de una tarjeta—. Todd Percy.

—Un mariscal de campo, ¿te imaginas? —dije a Cage, quien soltó una risita sarcástica—. Ese podrías haber sido tú.

—Estoy feliz donde estoy, muchas gracias —dijo entrelazando sus dedos con los de Quin.

Tal vez Cage tenía la razón todo el tiempo. Había elegido una vida con Quin en lugar de todo el sinsentido del draft. Y trabajando como entrenador de fútbol americano en la escuela secundaria de Frozen Falls, no podía ser

más feliz. En serio, no conocía a nadie más feliz que mi hermano. Ni siquiera Titus lo era, aunque parecía que ponía drogas en su café de la mañana.

Mirando a Titus, decidí que sin importar lo que pasara ese día, haría lo que fuera necesario para ayudarlo a encontrar el amor. Después de que le di un puñetazo y aun así apareció en la intervención, era lo menos que se merecía.

Era el mejor amigo que tenía. Iba a ayudarlo a conquistar a Lou. Ella lo haría feliz, ¿no? Incluso si todavía no admitía lo que pasaba.

El teléfono de mi agente sonó y me sacó de mis pensamientos. Estaba sentado en la mesa frente a él. Mirando por encima, me miró y lo recogió.

—La segunda selección del draft para la NFL de este año… —dijo el comisionado recogiendo el sobre frente a él.

—Absolutamente —dijo mi agente con una mirada de sorpresa en su rostro. Terminó la llamada y me miró fijamente.

—No puedo creerlo.

—¿Qué? —pregunté confundido.

—Nero Roman —dijo el comisionado—. Era el equipo que te seleccionó. Acabas de ser reclutado en segundo lugar en el draft para la NFL de este año —dijo sin aclarar mi confusión.

—Nero, te reclutaron para la NFL —dijo Kendall cogiéndome la cara y besándome.

No entendí de qué estaba hablando Kendall. Mi agente me había dicho que no esperara ser seleccionado antes de las últimas rondas. Además, los corredores no quedan segundos en el draft. Eso no sucedía.

—Nero, ven aquí. Acabas de quedar segundo en el draft —gritó Cage radiante.

Estaba aturdido. No podía moverme. Miré a mi madre. Se veía tan hermosa con su vestido. Tenía lágrimas en los ojos y me aplaudió.

—Nero, tienes que subir al escenario —me recordó Kendall logrando que finalmente me moviera.

Todavía aturdido, me puse de pie. Mis piernas tambaleantes casi colapsaban. Luché para mantenerme en pie. No iba a perder la jugada ahora.

Al acercarme al escenario me di cuenta de que mi vida estaba a punto de superar mis sueños más increíbles. No solo tenía una familia y una gran carrera, tenía a alguien a quien amaría hasta el final de los tiempos.

Realmente iba a hacer lo que fuera necesario para hacer feliz a Kendall. La amaba con todo mi corazón. Y cuando subí al escenario sintiendo las luces brillar sobre mí, solo pude sentir gratitud.

Lo único que me faltaba era tener un padre con quien compartirlo. Tal vez ahora que estaba a punto de ser rico y famoso, encontraría una manera de lograr eso también.

De todos modos, estaba muy agradecido por mi vida. Lo tenía todo. Y Kendall y yo definitivamente estábamos a punto de vivir felices para siempre.

Pida ahora el libro 3 para obtener un descuento por pre-orden. Haz clic aquí para conseguirlo en Amazon. Todos los precios subirán el día del lanzamiento.

¿Piensa releer este libro? Considere leerlo como una historia entre chico y chica en el romance deportivo sexy *Mi debilidad*, como un tórrido romance de hombres lobos en *Lobo atormentado,* o como un tórrido romance entre hombre y hombre en 'Atraído por problemas'.

*****

Consigue 5 libros gratis al inscribirse para la lista de correo del autor en: AlexAndersBooks.com

*****

Follow me on TikTok @AlexAndersBooks where I create funny, fun book related videos:

*****

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y sin intención por parte del autor. La persona o personas retratadas en la cubierta son modelos y de ninguna forma están asociadas con la creación, el contenido o el tema principal de este libro.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de forma alguna y por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento de información o de recuperación, sin el permiso escrito de la editorial, excepto por un revisor que pueda citar pasajes breves en una revisión. Para obtener información, póngase en contacto con la editorial en: Alex@AlexAndersBooks.com